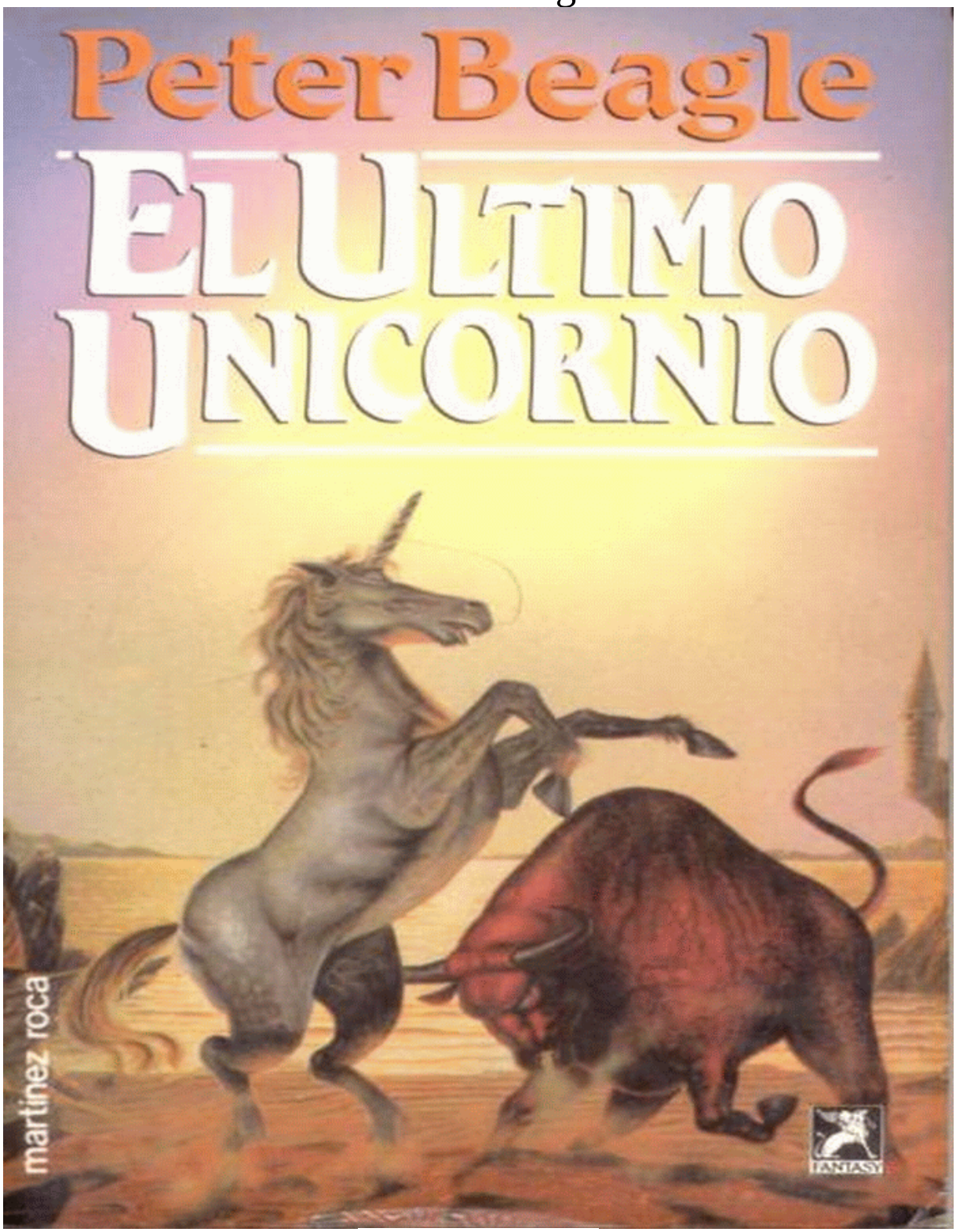
El último unicornio
Peter S. Beagle



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A la memoria del doctor Olfert Dapper, que en 1673 vio a un unicornio salvaje en los bosques de Maine, y para Roben Nathan, que ha visto uno o dos en Los Ángeles.

Librodot

1

La unicornio vivía en un bosque de lilas, completamente sola. Era muy vieja, aunque no lo supiera, y ya no tenía el negligente color de la espuma del mar, sino más bien el de la nieve que cae en las noches iluminadas por la luna. Pero sus ojos todavía eran límpidos e inquietos, y se movía como una sombra sobre el mar.

No se parecía en nada a un caballo astado, tal como suelen pintar a los unicornios. Era más pequeña, con las patas hendidas, y poseía esa gracia antigua y salvaje que los caballos nunca han tenido, que los ciervos intentan imitar tímidamente y que las cabras parodian en sus brincos burlones. El cuello, largo y esbelto, producía la impresión de que la cabeza era de menor tamaño, y la crin que le llegaba casi hasta la mitad del lomo era suave como la pelusa del diente de león, fina como los cirros. Tenía las orejas puntiagudas y las patas delgadas, con plumas de pelo blanco en los tobillos, y el cuerno que se alzaba entre sus ojos brillaba y se estremecía con su propia luz perlina aun en la más profunda de las noches. Con él había matado dragones, sanado la herida envenenada y sin cicatrizar de un rey y derribado castañas maduras para alimento de los oseznos.

Los unicornios son inmortales. Su naturaleza exige que vivan solos en un único lugar, por lo general un bosque donde haya un estanque de agua lo bastante clara como para mirarse en ella; pues son un poco vanidosos y saben perfectamente que son los seres más bellos del mundo..., y mágicos, además. Se aparean con escasa frecuencia, y no hay lugar más encantado que aquel en el que ha nacido un unicornio. La última vez que ella había visto a otro unicornio, las doncellas que aún venían en su busca de vez en cuando le habían llamado en una lengua diferente; pero entonces no tenía idea de meses, años o siglos, ni siquiera de estaciones. Siempre era primavera en su bosque, dado que ella vivía allí, y se pasaba el día vagabundeando entre las grandes hayas, velando por los animales que vivían en el suelo y bajo los matorrales, en nidos y en cuevas, en madrigueras y en las copas de los árboles. Generación tras generación, lobos y conejos por igual cazaban, amaban, criaban y morían. Y como ella no hacía ninguna de estas cosas, jamás se cansaba de observarlos.

Sucedió un día que dos hombres armados con grandes arcos penetraron en su bosque. Eran cazadores de ciervos. La unicornio les siguió, moviéndose con tal cautela que ni los caballos olfatearon su presencia. La visión de los hombres le avivó una vieja, lenta y extraña sensación en la que ternura y terror se mezclaban. Procuró que no la vieran, pero le gustaba verles cabalgar y escuchar su conversación.

-Hay algo que no me gusta en este bosque -gruñó el más viejo de los dos cazadores-. Los animales que viven en tierra de unicornios aprenden algo de magia con el tiempo, sobre todo en lo que se refiere a desaparecer. No encontraremos buena caza aquí.

-Los unicornios se marcharon hace mucho tiempo -dijo el segundo-, suponiendo que existieran alguna vez. Este es un bosque como otro cualquiera.

-Entonces, ¿por qué aquí no se marchitan nunca las hojas, ni nieva? Yo te lo diré: sólo queda un unicornio en el mundo, viejo y solitario, y al que le deseo mucha suerte, y mientras viva en este bosque no habrá cazador que se lleve a casa ni un triste pajarillo. Anda, sigue, ya lo verás. Conozco las costumbres de los unicornios.

-Por los libros -replicó el otro-. Sólo por los libros, los cuentos y las canciones. Nadie ha visto un unicornio en los últimos tres reinados, ya sea en este país o en cualquier otro. No sabes de unicornios más que yo, que he leído los mismos libros y escuchado las mismas historias, sin haber visto jamás ni uno.

El primer cazador se mantuvo callado un rato, mientras el otro silbaba para sí mismo, malhumorado. Al cabo, dijo el primero:

-Mi bisabuela vio una vez a un unicornio. Solía hablarme de ello cuando era pequeño.

-¿De veras? ¿Y lo capturó con una brida de plata?

-No. No tenía ninguna. No es necesaria una brida de plata para atrapar a un unicornio; eso forma parte de la leyenda. Sólo necesitas ser puro de corazón.

-Ya, ya. -Se mofó el más joven-. ¿Montó en el unicornio después? ¿A pelo, bajo los árboles, como una ninfa en los albores del mundo?

-A mi bisabuela la atemorizaban los animales grandes -dijo el primer cazador-. No lo montó, sino que se sentó con mucha serenidad y el unicornio apoyó la cabeza en su regazo y se quedó dormido. Mi bisabuela no se movió hasta que despertó.

-¿A qué se parecía? Plinio describe a los unicornios como animales muy feroces, similares en el resto de su cuerpo al caballo, pero con cabeza de ciervo, pies de elefante y cola de oso, voz profunda y ronca, con un solo cuerno negro de dos codos de largo. Y los chinos...

-Mi bisabuela únicamente dijo que el unicornio olía muy bien. Nunca pudo soportar el olor de las bestias, ni siquiera de los gatos o las vacas; mucho menos de un animal salvaje. Sin embargo, le gustó el olor del unicornio. Hablando de ello una vez se puso a llorar. Claro que ya era muy vieja entonces, y lloraba por algo que le recordaba su juventud.

-Demos media vuelta y vayamos a cazar a otra parte -dijo bruscamente el segundo cazador.

La unicornio se introdujo en la espesura sin hacer ruido mientras hacían girar a los caballos, y sólo volvió a seguirles cuando estuvieron delante. Los hombres cabalgaron en silencio hasta que se aproximaron a la orilla del bosque. Entonces el segundo cazador preguntó en voz baja:

-¿Por qué piensas que se marcharon? Si alguna vez hubo tales cosas...

-¿Quién sabe? Los tiempos cambian. ¿Dirías que ésta es una buena época para los unicornios?

-No, pero me pregunto si ha existido alguien antes de nosotros que se planteara esta cuestión. Y ahora que lo pienso, me parece haber oído historias sobre el particular..., pero estaba borracho o distraído. Bien, no importa. Todavía hay luz suficiente para cazar, si nos damos prisa. ¡Vamos!

Al salir del bosque pusieron los caballos al galope y se alejaron rápidamente. Pero antes de perderse de vista, el primer cazador miró por encima del hombro y gritó, como si pudiera ver a la unicornio oculta en las sombras:

-Quédate donde estás, pobre bestia. Tú no eres de este mundo. Quédate en tu bosque, cuida de tus árboles y de tus amigos. No prestes atención a las jovencitas, todas acaban siendo necias ancianas. Y buena suerte.

La unicornio permaneció inmóvil en el límite del bosque y dijo en voz alta:

-Soy el único unicornio que existe.

Eran las primeras palabras que pronunciaba, incluso para sí, en más de cien años.

No puede ser, pensó. Nunca le había importado estar sola, sin ver a otros unicornios, pues siempre supo que otros como ella estaban diseminados por el mundo, y esto le basta a un unicornio para sentirse acompañado.

-Pero si todos los demás se hubieran ido yo lo sabría. De hecho, yo me habría ido también. Nada puede sucederles a ellos que no me suceda a mí.

El sonido de su voz la atemorizó y la impulsó a huir. Atravesó como un rayo los oscuros senderos de su bosque, en que los claros de un verde intensísimo se alternaban con otros tamizados por las sombras, consciente de cuanto la rodeaba, desde la maleza que arañaba sus tobillos a los veloces centelleos azules y plateados que producía el viento al agitar las hojas.

-Oh, nunca podría dejar esto, nunca, ni aunque fuera el único unicornio del mundo. Sé cómo vivir aquí, conozco todos los olores, todos los sabores, absolutamente todo. ¿Qué podría buscar en el mundo, sino esto de nuevo?

Pero cuando por fin cesó de correr y se quedó quieta, escuchando a los cuervos y el alboroto de las ardillas en lo alto, reflexionó:

-¿Podría ser que estuvieran en algún lugar muy lejano, cabalgando juntos? ¿Y si están ocultos, esperándome?

Desde ese primer instante de duda no hubo paz para ella; la idea de abandonar su bosque la inquietaba hasta el punto de no sentirse a gusto en ninguna parte. Los unicornios no están hechos para elegir. Decía que no, decía que sí, y que no otra vez, día y noche, y por primera vez percibió el paso de los minutos, arrastrándose sobre su piel como gusanos.

-No me iré. El que los hombres no hayan visto unicornios en mucho tiempo no significa que se hayan extinguido. No me iría ni aunque fuera cierto. Yo vivo aquí.

Pero, al fin, despertó en medio de una cálida noche y dijo:

-Sí, pero ahora.

Corrió a través de su bosque, tratando de no ver nada, de no oler nada, de no sentir la tierra que pisaban sus patas hendidas. Los animales que merodean en la oscuridad, búhos, zorros y venados, alzaron la cabeza a su paso, pero ella no los miró. Debo darme prisa, pensaba, y regresar lo antes posible. Tal vez no tendré que ir muy lejos. Pero, tanto si los encuentro como si no, volveré muy pronto, lo más pronto posible.

El camino que se iniciaba en la linde del bosque brillaba como agua bajo la luna, pero al entrar en él, lejos de los árboles, notó su dureza y su extensión. Estuvo tentada de volver, pero, en cambio, aspiró una profunda bocanada del aire de los bosques y lo retuvo en su boca como una flor todo el rato que pudo.

El camino era largo, conducía a ninguna parte y no tenía fin. Serpenteaba a través de aldeas y pueblos, llanuras y montañas, eriales pedregosos y praderas inmaculadas, pero a ninguno pertenecía y no se concedía reposo. Arrastró a la unicornio consigo, tirando de sus patas como la marea, agotando sus fuerzas, sin concederle tiempo para escuchar el viento como antes. El polvo cegaba sus ojos, y su crin colgaba sucia y enredada.

El tiempo siempre había pasado de largo en su bosque, pero ahora era ella quien viajaba a través del tiempo. El color de los árboles cambiaba, el pelaje de los animales se hacía más espeso y desaparecía de nuevo. Las nubes se deslizaban perezosamente o ganaban velocidad, según la potencia del viento; el sol las pintaba de púrpura y oro, y palidecían al arribar la tormenta. Buscaba a sus iguales allá donde iba, pero no halló rastro de ellos, y no había palabra para describirlos en ninguna de las lenguas que oyó a lo largo de la ruta.

Una mañana, temprano, cuando estaba a punto de apartarse del camino para dormir, vio a un hombre trabajando en su jardín. Aunque sabía que era preferible ocultarse,

permaneció inmóvil y le observó afanarse, hasta que él se irguió y la vio. Era gordo, y sus mejillas temblaban a cada paso que daba.

- ¡Oh! - exclamó-. Vaya, qué cosa tan bonita.

Cuando se quitó el cinturón, hizo un lazo y se aproximó cautelosamente, la unicornio se sintió más complacida que asustada. El hombre sabía qué era ella y lo que él era capaz de hacer: plantar nabos y perseguir algo maravilloso que podía correr más rápido que cualquiera. Ella evitó su primera embestida tan velozmente como si el aire desplazado la hubiera empujado lejos de su alcance.

-En mis tiempos, trataban de cazarme con campanas y estandartes -le dijo - . Los hombres sabían que la única forma de atraparme era hacer la cacería tan fascinante que me acercara para verla. Y aun así, nunca me capturaron.

-Lo que pasa es que he resbalado -dijo el hombre-. Ahora no te muevas, preciosidad.

-Lo que nunca he comprendido -reflexionó en voz alta la unicornio mientras el hombre recobraba el aliento- es qué pensáis hacer conmigo después de cogerme. -El hombre cargó de nuevo y ella se escabulló ágilmente-. No creo que os conozcáis bien a vosotros mismos.

-Ah, quieta, quieta, tranquila. -El rostro sudoroso del hombre estaba cubierto de suciedad, y no conseguía recobrar el aliento-. Bonita -jadeó-, yegua bonita...

-¿Yegua? -La unicornio repitió la palabra con una voz tan estridente que el hombre cesó de perseguirla y se tapó las orejas con las manos-. ¿Yo, una yegua? -preguntó-. ¿Eso es lo que crees que soy? ¿Eso es lo que ves?

-Una buena yegua -farfulló el hombre. Se apoyó en la cerca y se limpió la cara-. Después de una buena somanta y un buen cepillado serás la más hermosa de las yeguas. -Enarboló el cinturón de nuevo-. Te llevaré a la feria -dijo-. ¡Arre, caballo!

-Un caballo -dijo la unicornio-. Eso es lo que todos intentabais capturar: una yegua blanca de fuertes crines.

Cuando el hombre se aproximó, pasó el cuerno a través del lazo del cinturón, le dio una fuerte sacudida y lo arrojó al otro lado de la carretera, al interior de un macizo de margaritas.

-Así que un caballo -resopló-. ¡Es increíble! Por un momento los grandes ojos de la unicornio estuvieron muy cerca de los pequeños, cansados y asombrados del hombre. Entonces se apartó y huyó hacia la carretera, corriendo con tal ligereza que quienes la vieron pasar exclamaron:

- ¡Mira ese caballo! ¡Ése sí que es un buen caballo!

Un anciano comentó en voz baja a su mujer:

-Es un caballo de Ayrab. Una vez viajé en barco con un caballo de Ayrab.

Desde aquel día la unicornio evitó las ciudades, incluso de noche, aunque no hubiera senda que las rodeara. Aun así, hubo quien intentó darle caza, pero siempre pensando que era una yegua blanca vagabunda. Por desgracia, no hacían gala de aquellas maneras elegantes y respetuosas adecuadas a la caza de unicornios. Venían provistos de cuerdas, redes y cebos de azúcar, silbaban y la llamaban *Bess o Nellie.* A veces, se retrasaba lo suficiente para que los caballos percibieran su olor, y los veía retroceder, girar locamente y salir huyendo con sus aterrorizados jinetes. Los caballos siempre la reconocían.

-¿Qué es lo que sucede? -se preguntaba-. Podría comprender que los hombres hubieran olvidado a los unicornios, o que los odiaran de tal forma que trataran de matarlos nada más

verlos. Pero lo cierto es que no ven a ninguno, y cuando lo ven no lo reconocen... ¿Cómo se ven entre sí? ¿Cómo ven los árboles, las casas, los caballos de verdad y a sus propios hijos?

Otras veces pensaba:

-Si los hombres ya no reconocen lo que miran, es muy posible que todavía existan unicornios en el mundo, ignorados y felices.

Pero sabía, más allá de toda esperanza y vanidad, que los hombres habían cambiado, y el mundo con ellos, porque los unicornios ya no existían. Aun así, continuó su camino, a pesar de que cada día deseaba un poco más no haber abandonado su bosque.

Cierto atardecer, una mariposa se desprendió de la brisa y fue a posarse en el extremo de su cuerno. Estaba recubierta de un vello aterciopelado, oscuro y polvoriento, con las alas tachonadas de oro y el cuerpo tan fino como el pétalo de una flor. Bailó alrededor de su cuerno y la saludó con las antenas rizadas.

-Soy un jugador errante. ¿Cómo estás? [1]

La unicornio rió por primera vez desde que iniciara el viaje.

-Mariposa, ¿qué estás haciendo en un día tan ventoso? -le preguntó-. Cogerás un resfriado y te morirás mucho antes de tu día.

-La muerte toma lo que el hombre guarda -dijo la mariposa- y desprecia lo que el hombre malgasta. Sopla, viento, y agrieta tus mejillas. Me caliento las manos ante el fuego de la vida y encuentro alivio de cuatro maneras distintas.

Brilló como una mota de crepúsculo en su cuerno.

-¿Sabes lo que soy, mariposa? -preguntó la unicornio, esperanzadamente.

-Lo sé perfectamente, eres un vendedor de pescado. Eres todo lo que deseo, eres el sol que me alumbra, eres viejo, gris y somnoliento, eres mi tísica y avinagrada Mary Jane. -Hizo una pausa, agitando las alas en el viento, y añadió con toda naturalidad- : Tu nombre es una campana de oro que pende en mi corazón. Me rompería en pedazos si te llamara una sola vez por tu nombre.

-Entonces, di mi nombre, -suplicó la unicornio-. Si sabes mi nombre, dímelo.

-Rumpelstiltskin -respondió alegremente la mariposa-. ¡Te pillé! Te has quedado sin medalla. -Bailó y centelleó sobre su cuerno, cantando-. Ven a casa, Bill Bailey, ven a casa, de donde te echaron una vez. No cejes, Winsocki, ve en pos de una estrella fugaz. El cuerpo yace en reposo, pero la sangre es vagabunda, de modo que seré llamado matademonios en toda la región.

Sus ojos lanzaban destellos escarlata sobre la superficie del cuerno.

La unicornio suspiró y siguió caminando, divertida y disgustada al mismo tiempo. Te está bien empleado, murmuró para sí misma. Es absurdo esperar que una mariposa sepa tu nombre. Todo lo que saben son canciones y poesías, y cualquier cosa que oigan. Tienen buenas intenciones, pero no perseveran. ¿Y por qué deberían hacerlo? Su vida es demasiado corta.

La mariposa se pavoneó ante sus ojos, cantando:

-Un, dos, tres, al hoyo -siguió dando vueltas, mientras salmodiaba-. No, yo no, consuelo de la inmundicia, bajaré los ojos hacia esa senda solitaria. Pues, oh, malditos minutos, repite aquel que adora, aún dudando. Apresúrate, Alegría, y trae contigo un puñado

[1] Los diálogos de la mariposa están plagados de juegos de palabras intraducibles al español, con numerosas citas de poemas y canciones. (N *del T.)*

de fantasías de las que soy dueño, que serán puestas a la venta sólo por tres días, a precio de rebaja. Te quiero, te quiero, oh, el horror, el horror, y levántate, bruja, levántate, ciertamente has elegido un mal sitio para lastimarte el pie, sauce, sauce, sauce.

Su voz tintineó en la cabeza de la unicornio, como monedas al caer.

Viajó con ella hasta declinar el día, pero cuando el sol se ocultó y el cielo se tino de rosa, voló de su cuerno y revoloteó ante la unicornio.

-Debo tomar el tren A -dijo educadamente.

En contraste con las nubes, sus alas se veían ribeteadas de delicadas venas negras.

-Hasta la vista -dijo la unicornio-. Espero que oigas muchas más canciones. -Consideró que era la manera más adecuada para despedirse de una mariposa. Pero, en lugar de marcharse, revoloteó sobre su cabeza, parecía menos atrevida y un poco nerviosa a la triste luz del anochecer-. Márchate -le urgió-. Hace mucho frío para ti.

Pero la mariposa seguía perdiendo el tiempo, canturreando para sí misma.

- Cabalgan ese caballo que llamas Macedonio -tarareó distraídamente, para luego añadir con toda nitidez-: Unicornio. En francés antiguo, *unicorne.* En latín, *unicornis.* Literalmente, con un solo cuerno; *unus,* uno, y *cornu,* un cuerno. Oh, soy un cocinero y un capitán audaz y el primer oficial de la brigada *Nancy.* ¿Alguien ha visto a Kelly?

Se contoneó gozosamente en el aire ante el asombro de las primeras luciérnagas, que la contemplaron admiradas y algo escépticas.

La unicornio estaba tan estupefacta y feliz de haber oído su nombre por primera vez, que no tomó en cuenta el comentario acerca del caballo.

- ¡Oh, me conoces de verdad! -gritó, y expiró el aliento con tanta fuerza que la mariposa fue a parar veinte pasos más allá. Cuando volvió, no sin ciertas dificultades, le rogó-: Mariposa, si realmente sabes quien soy, dime si viste alguna vez alguien como yo, dime adonde debo ir para encontrarle. ¿Adonde se fueron los míos?

-Mariposa, mariposa, ¿dónde he de esconderme? -cantó, mientras la luz se desvanecía rápidamente-. El dulce y amargo loco aparecerá de un momento a otro. Cristo, ojalá estuviera mi amor entre mis brazos y yo en la cama de nuevo.

Se posó en el cuerno de la unicornio, que la sintió temblar.

-Por favor -dijo la unicornio-, sólo quiero saber si hay otros unicornios en el mundo. Mariposa, dime que todavía queda alguno y te creeré. Volveré a mi bosque. Hace mucho que me fui y prometí que no tardaría en regresar.

-Sobre las montañas de la Luna -empezó a decir la mariposa-, por el Valle de las Sombras cabalga, cabalga temerariamente. -Entonces se detuvo y dijo con voz extraña-: No, no, escúchame, no me escuches, escúchame. Encontrarás a tu gente si eres valiente. Hace mucho tiempo que rebasaron todos los caminos. El Toro Rojo los siguió de cerca y borró sus huellas. No desmayes ante nada, pero no te descuides.

Sus alas rozaron la piel de la unicornio.

-¿El Toro Rojo? -preguntó-. ¿Qué es el Toro Rojo?

La mariposa empezó a cantar.

-Sígueme abajo. Sígueme abajo. Sígueme abajo. Sígueme abajo. -Pero entonces sacudió la cabeza con energía y recitó-: Este toro posee majestad sin igual y sus cuernos son los cuernos de un buey salvaje, y con ellos empujará a todos los pueblos hacia los confines del mundo. Escucha, escucha con atención.

-Ya te escucho -exclamó la unicornio-. ¿Dónde está mi pueblo y qué es el Toro Rojo?

Pero la mariposa planeó cerca de su oreja y rió. -Tengo pesadillas en las que me arrastro sobre la tierra -cantó-. Los cachorros, *Tray, Blanche, Sue,* me ladran, las serpientes me silban, los mendigos están llegando a la ciudad. Y al final llegan las almejas.

Aún bailó un poco más en el crepúsculo. Luego se adentró tiritando en las sombras violáceas del borde del camino, cantando de modo provocativo. - ¡O tú o yo, mariposa! Mano a mano a mano a mano a mano...

Lo último que la unicornio vio de ella fue un tenue aleteo entre los árboles, pero sus ojos debían de haberla engañado porque, la noche se había llenado de alas.

Al menos me reconoció, pensó con tristeza. Eso significa algo. Pero en seguida se respondió: no, no significa nada en absoluto, excepto que alguien compuso una vez una canción o un poema sobre unicornios. Pero el Toro Rojo... ¿Qué habrá querido decir? Tal vez sea otra canción.

Siguió caminando a paso lento y la noche se cerró a su alrededor. El cielo parecía estar muy bajo, de un color negro intenso, salvo por una mancha de plata allí donde la luna se asomaba a través de las delgadas nubes. La unicornio cantó suavemente una canción, que había oído mucho tiempo atrás, de labios de una joven:

Gorriones y gatos vivirán en mi zapato
antes de que tú y yo juntos lo hagamos.
El pez caminará fuera del agua
antes de que tú regreses a casa.

No comprendió la letra, pero la canción hizo que sintiera nostalgia de su hogar. Tenía la impresión de haber oído al otoño, que sacudía las hayas en el preciso momento que empezó a caminar.

Por fin, se acostó sobre la fría hierba y durmió. Los unicornios constituyen la especie más cautelosa de los animales salvajes, pero duermen profundamente cuando lo hacen. Por ello, de no haber estado soñando en su casa, probablemente habría despertado nada más oír el sonido de ruedas y cascabeles acercándose al amparo de la noche, por más que las ruedas estuvieran cubiertas con trapos y las campanillas forradas de lana. Pero se encontraba muy lejos, en un lugar donde las campanillas no podían oírse y no despertó.

Había nueve carretas, todas negras, cada una de ellas tirada por un flaco caballo negro, todas con los flancos erizados de rejas, que parecían dientes cuando el viento agitaba las colgaduras negras. Conducía la primera carreta una anciana rechoncha. A cada lado del vehículo unas grandes letras anunciaban: EL CARNAVAL DE LA MEDIANOCHE DE MAMÁ FORTUNA. Y más abajo, en letras más pequeñas: *Criaturas de la noche devueltas a la luz.*

Cuando la primera carreta pasó por donde dormía la unicornio, la anciana tiró súbitamente de las riendas y detuvo la marcha. Lo mismo hizo el resto de la caravana, mientras la mujer saltaba a tierra con muy poca gracia. Se acercó a la unicornio, la observó detenidamente durante largo rato y luego dijo:

-Bien, bien, bendita sea mi corazonada. Creo que acabo de ver al último de ellos.

Su voz dejó en el aire un aroma a miel y pólvora.

Sonrió y dejó al descubierto sus dientes carcomidos.

-Si lo supiera..., pero no creo que se lo diga.

Miró hacia las negras carretas y chasqueó los dedos dos veces. Los conductores de la segunda y la tercera descendieron y se aproximaron. Uno era bajo, moreno y robusto, como la mujer; el otro, alto, delgado y con aspecto de estar completamente confuso. Se cubría con una raída capa negra y tenía los ojos verdes.

-¿Qué es lo que ves? -preguntó la anciana al más bajo-. Rukh, ¿qué es lo que ves ahí, dormido?

-Un caballo muerto... No, no está muerto. -Emitió una risita sofocada, como el sonido de una cerilla al ser rascada-. Dáselo a la mantícora, o al dragón.

-Estás loco -dijo Mamá Fortuna. Luego preguntó al otro-: ¿Qué opinas tú, mago, profeta, taumaturgo? ¿Qué es lo que ves con tu mirada de brujo?

La mujer y el hombre llamado Rukh lanzaron grandes carcajadas, que se interrumpieron cuando ella vio al hombre alto examinando todavía a la unicornio con suma atención.

- ¡Contéstame, payaso! -rugió la anciana, pero el otro no volvió la cabeza.

Ella le obligó a hacerlo de un fuerte manotazo en la barbilla. El hombre inclinó los ojos ante la feroz mirada biliosa.

-Un caballo -murmuró-. Un potro blanco.

-Tú también eres un imbécil, mago -respondió la anciana después de guardar silencio un rato-, pero un imbécil peor que Rukh. Él sólo miente por avaricia, pero tú lo haces por miedo. ¿O acaso es por bondad?

El hombre no dijo nada y Mamá Fortuna rió entre dientes.

-De acuerdo; es un potro blanco. Lo quiero para el Carnaval. La novena jaula está vacía.

-Necesitaré una soga -indicó Rukh.

Antes de que pudiera dar un paso, la mujer lo detuvo.

-La única cuerda que puede sujetarlo es aquella con la que los antiguos dioses inmovilizaron al lobo Fenris. Estaba hecho de aliento de peces, baba de pájaro, barba de mujer, maullido de gato, nervios de oso y algo más. Ya me acuerdo..., raíz de montaña. Al no tener a mano ninguno de estos elementos, ni duendes para conseguirlos, haremos lo que podamos con barrotes de acero. Le sumiré en un profundo sueño, así.

Las manos de Mamá Fortuna dibujaron jeroglíficos en el aire de la noche, mientras susurraba desagradables palabras. Una vez terminado el conjuro, un aroma similar al del rayo se propagó alrededor de la unicornio.

-Ahora, encerradlo -dijo a los dos hombres-. Dormirá hasta el amanecer, por más estrépito que arméis, a menos que, con vuestra estupidez habitual, lo toquéis con las manos. Desmontad la novena jaula y volvedla a montar a su alrededor, pero cuidado..., la mano que roce apenas su crin instantáneamente en pezuña de burro se convertirá. -Miró burlonamente al hombre alto-. Así que aún te costaría más de hacer tus truquitos de lo que ahora te cuesta, mago. Ve a trabajar. Pronto será de día.

Cuando estuvo lejos del alcance de sus oídos, confundida con la sombra que proyectaba la carreta, el hombre llamado Rukh escupió y dijo:

-Me pregunto qué le preocupa a esa vieja foca. ¿Qué importa si tocamos al animal con la mano?

Librodot

-El simple roce de una mano humana le despertaría del sueño más profundo que el mismísimo diablo le hubiera impuesto. Y Mamá Fortuna no es el diablo -respondió el mago, con voz apenas audible.

-Eso es lo que a ella le gustaría que pensáramos -rezongó el hombre moreno-. ¡Pezuñas de burro...!

Sin embargo, hundió las manos en los bolsillos.

-¿Por qué se rompería el conjuro? No es más que una vieja yegua blanca.

Pero el mago ya se alejaba en dirección a la última carreta negra.

-Date prisa - le apremió-. Falta poco para el amanecer.

Emplearon el resto de la noche en desmontar los elementos de la novena jaula (barrotes, techo y piso) y disponerlos de nuevo alrededor de la dormida unicornio. Rukh estaba forcejeando con la puerta para comprobar que cerraba bien, cuando los árboles grisáceos empezaron a vislumbrarse hacia el este y la unicornio abrió los ojos. Los dos hombres se ocultaron con rapidez, pero el mago miró hacia atrás, justo a tiempo para ver a la unicornio ponerse en pie y contemplar fijamente los barrotes de hierro, balanceando la cabeza, como un viejo caballo blanco.

2

Los nueve carros negros del Carnaval de la Medianoche parecían más pequeños a la luz del día, endebles y frágiles como hojas marchitas, en modo alguno amenazadores. Habían quitado las colgaduras y los adornaron con tristes estandartes negros, hechos con pedazos de sábanas, y groseras cintas negras que la brisa sacudía. Habían acampado formando un extraño cerco: un pentáculo de jaulas que, a su vez, rodeaba un triángulo en cuyo centro destacaba el carromato de Mamá Fortuna. Era el único vehículo cubierto con un velo negro, que ocultaba su contenido. No se veía a Mamá Fortuna por ninguna parte.

El hombre llamado Rukh conducía a un disperso grupo de campesinos de una jaula a otra, haciendo comentarios siniestros acerca de las bestias encerradas.

-Aquí tenemos la mantícora. Cabeza de hombre, cuerpo de león, cola de escorpión. Capturada a medianoche, cuando devoraba hombres lobo para refrescar su aliento. Criaturas de la noche devueltas a la luz. Aquí está el dragón. Arroja fuego de vez en cuando..., por lo general sobre la gente que lo molesta, jovencito. Por dentro es un infierno, pero su piel está tan fría que quema. El dragón habla diecisiete lenguas malamente y padece de gota. El sátiro. Señoras, manténganse alejadas. Un auténtico provocador. Capturado en curiosas circunstancias, que sólo revelaré a los caballeros, por un modesto estipendio, al finalizar el espectáculo. Criaturas de la noche.

De pie junto a la jaula de la unicornio, una de las que formaban el triángulo, el mago contemplaba la procesión que recorría el pentáculo.

-No debería estar aquí -dijo a la unicornio-. La vieja me advirtió de que me mantuviera alejado de ti. -Sonrió complacido- . Se ha burlado de mí desde el día en que me uní a su grupo, pero siempre la pongo nerviosa.

La unicornio apenas le oía. Daba vueltas y vueltas en torno a su celda, procurando que los barrotes no rozaran siquiera su cuerpo. A ninguna criatura de la noche le gusta el frío metal, y mientras la unicornio tuvo que soportarlo, el mortal aroma que desprendía parecía convertir sus huesos en arena y su sangre en lluvia. Los barrotes de su jaula debían de haber sido sometidos a un conjuro, pues no cesaban de susurrar perversamente entre ellos con afiladas y tortuosas voces. El pesado candado reía histéricamente y gimoteaba como un mono enloquecido.

-Dime lo que ves -dijo el mago, tal como Mamá Fortuna le había indicado-. Piensa en las leyendas de tu pueblo y dime lo que ves.

La voz metálica de Rukh se abrió paso a través de la pálida mañana.

-El perro guardián del infierno. Tres cabezas y recubierto de víboras, como podéis comprobar. Visto por última vez sobre la faz de la Tierra en tiempos de Hércules, quien lo sacó a rastras con un solo brazo. Pero lo atrajimos a la luz de nuevo con la promesa de una vida mejor. Cerbero, Contemplad esos engañosos ojos rojizos. Podréis mirarlos otra vez algún día. Por aquí, la Serpiente de la Tierra Media. Por aquí.

La unicornio miró entre los barrotes al animal que había en la jaula. Abrió los ojos con incredulidad.

-Es un perro -susurró-, un infeliz y hambriento perro con una sola cabeza, que está en los huesos, pobrecillo. ¿Quién lo podría tomar por Cerbero? ¿Están ciegos?

-Mira otra vez -dijo el mago.

-Y el sátiro - continuó la unicornio-. El sátiro es un mono viejo con un pie deforme. El dragón es un cocodrilo, y el aliento le huele a pescado más que a fuego. Y la gran mantícora es un león, desde luego en perfectas condiciones, pero no más monstruoso que los otros. No entiendo nada.

-Contiene al mundo entero en sus anillos -repetía en tono monótono Rukh.

Y entonces el mago insistió:

-Mira otra vez.

Como si sus ojos se hubieran habituado a la oscuridad, la unicornio empezó a percibir una segunda figura en cada jaula. Alzaban su enorme masa sobre los cautivos del Carnaval de la Medianoche, pero también estaban unidos a ellos: sueños tenebrosos surgidos de un grano de verdad. De modo que ahí había una mantícora -ojos hambrientos, boca babeante, emitiendo rugidos, su cola mortífera arqueada sobre el lomo hasta que el aguijón envenenado colgaba justo sobre su oído- y también un león, minúsculo y absurdo en comparación. La unicornio pateó el suelo, estupefacta.

Sucedía lo mismo en las otras jaulas. El dragón camuflado abrió sus fauces y vomitó un torrente de fuego inofensivo que hizo encogerse y jadear a los mirones, mientras el perro guardián del Infierno maldecía tres veces a quienes le traicionaron y el sátiro cojeaba impúdicamente hasta los barrotes, haciendo señas a las muchachas para que se acercaran a gozar de placeres imposibles, a la vista de todo el mundo.

En cuanto al cocodrilo, el mono y el triste perro, eran rápidamente borrados por los maravillosos fantasmas hasta quedar reducidos a sombras, incluso a los ojos incrédulos de la unicornio.

-Es una extraña brujería -dijo en un susurro-. Hay más apariencia que magia en todo esto.

El mago rió complacido y aliviado.

- Bien dicho, de veras. Sabía que la vieja momia no te deslumbraría con sus trucos insignificantes. -El tono de su voz se hizo más duro, con cierto aire de secreto-. Ha cometido su tercer error, o sea, dos más de lo conveniente para una vieja y cansada embustera como ella. La hora se acerca.

- La hora se acerca -dijo Rukh al grupo, como si hubiera escuchado las palabras del mago-. Ragnarok. En ese día, el de la caída de los dioses, la Serpiente de la Tierra Media desencadenará una tormenta de veneno sobre el mismísimo Thor, hasta que se derrumbe como un pez emponzoñado. Y así espera el Día del Juicio Final, soñando con el papel que le corresponderá. Quizá sea como digo, aunque lo ignoro. Criaturas de la noche devueltas a la luz.

La serpiente llenaba la jaula. No había cabeza ni cola; tan sólo un oleaje de espesas tinieblas que se derramaba de un extremo a otro de la jaula, sin dejar más espacio que el que ocupaba su poderosa respiración. Solamente la unicornio vio una triste boa enrollada en una esquina de la jaula, meditando, tal vez, en su propio Día del Juicio en el Carnaval de la Medianoche. Pero era minúscula y débil, como el fantasma de un gusano, comparada con la Serpiente.

Un papanatas asombrado levantó la mano y preguntó a Rukh:

-Si esta gran serpiente rodea al mundo entre sus anillos, según dices, ¿cómo conseguisteis meterla en el carro? Y si puede secar el mar con sólo estirarse por completo, ¿cómo podéis impedir que no se marche, arrastrando vuestro espectáculo como un collar?

Hubo murmullos de asentimiento y algunos de los presentes empezaron a desfilar con cautela.

-Me alegro de que lo preguntes, amigo -dijo Rukh, frunciendo el ceño-. Sucede que la Serpiente de la Tierra Media existe en un espacio diferente al nuestro, en otra dimensión. Normalmente, sin embargo, es invisible, pero arrastrada a nuestro mundo, como Thor hizo en una ocasión, se muestra diáfana como el rayo, que también nos visita desde otros lugares en los que tendrá una apariencia por completo diferente. Y, por supuesto, se podría enojar hasta extremos muy desagradables en caso de saber que un pedazo de su perezoso estómago se exhibe a diario, domingos incluidos, en el Carnaval de la Medianoche de Mamá Fortuna. Pero no lo sabe. Tiene otras cosas más importantes en las que pensar, para preocuparse de lo que le sucede a su ombligo, así que nos arriesgamos, como todos vosotros, confiando en que siga estando tranquila.

Pronunció la última palabra con especial énfasis, alargándola y saboreándola como un pastel, provocando tímidas risas en sus oyentes.

-Conjuros de apariencia -dijo la unicornio-. Ella no puede hacer nada.

-Ni cambiarlas -añadió el mago-. Sabe disimular sus torpes habilidades, pero incluso eso le sería imposible de no ser por el ansia de aquellos a quienes estafa de creer en fantasías. No puede convertir la nata en mantequilla, pero sí darle a un león la apariencia de una mantícora para los ojos de los que quieren ver una mantícora; ojos que, por otra parte, tomarían a una mantícora real por león, un dragón por un lagarto y la Serpiente de la Tierra Media por un terremoto. Y a un unicornio por un potro blanco.

La unicornio detuvo su lento y desesperado caminar alrededor de la jaula, y se dio cuenta por primera vez de que el mago comprendía sus palabras. Le sonrió y advirtió que su rostro era

alarmantemente juvenil para un hombre maduro, a salvo de las heridas del tiempo, sin rastro de dolor y de sabiduría.

-Te conozco -dijo el hombre.

Los barrotes susurraban perversamente entre ellos. Rukh se disponía a conducir a su rebaño hacia las jaulas del interior. La unicornio preguntó al hombre alto:

-¿Quién eres tú?

-Me llaman Schmendrick el Mago -respondió-. No habrás oído hablar de mí.

La unicornio se acercó lo más posible para explicarle que difícilmente habría podido conocerle a él o a cualquier otro mago, pero algo en su voz, una mezcla de tristeza y coraje, la detuvo.

-Entretengo a los espectadores mientras se acomodan para el espectáculo -continuó el mago-. Pequeños trucos de magia y pases de manos, como convertir flores en banderas y banderas en peces, todo ello acompañado de una charla persuasiva y la sugestión de que podría realizar prodigios mucho más ominosos si me viniera en gana. Como trabajo no es muy bueno, pero los he tenido peores y espero que algún día los tendré mejores. Esto no es el fin.

Sus palabras hicieron que la unicornio se sintiera atrapada para siempre. De nuevo empezó a pasear por la jaula, como si el movimiento impidiera que su corazón estallara del terror que le provocaba el encierro. Rukh se hallaba ante una jaula que contenía una pequeña araña de color marrón, entretenida en tejer una modesta tela entre los barrotes.

-Aracne de Lidia -anunció al público-. Garantizada como la mejor tejedora del mundo; así lo prueba su destino. Tuvo la mala suerte de desafiar a la diosa Atenea en un concurso de

destreza. Atenea era una mala perdedora, por lo que hoy Aracne es una araña, con creaciones exclusivas para el Carnaval de la Medianoche de Mamá Fortuna. Urdimbre de nieve y trama de llamas, nunca dos iguales. Aracne.

Colgada en la tela de los barrotes, no era más que una araña vulgar y casi descolorida, excepto por un ocasional reflejo irisado, cuando enderezó rápidamente una hebra. Pero atraía los ojos de los espectadores -y también los de la unicornio- cada vez más poderosamente, hasta que les dio la impresión de estar contemplando unas pavorosas grietas en la corteza terrestre, unas negras fisuras que se ensanchaban implacablemente y no terminarían de ceder en tanto la telaraña de Aracne sostuviera el mundo. De pronto, la unicornio se libró del hechizo y vio a la auténtica araña otra vez: vulgar y casi descolorida.

-No es como los otros espejismos -dijo.

-No -admitió el mago de mala gana-, pero el mérito no es de Mamá Fortuna. La araña cree, ¿sabes? Ella ve todos esos arabescos y piensa que son el fruto de su trabajo. La creencia es lo que marca la diferencia con las magias del tipo de Mamá Fortuna. Bueno, si esa pandilla de botarates dejara de lado su credulidad no quedarían de sus triquiñuelas más que el sonido de una araña tejiendo. Y nadie lo oiría.

La unicornio rehusó mirar de nuevo a la telaraña. Echó una ojeada a la jaula más cercana y de repente sintió que se le helaba la sangre en las venas. En una percha de roble se posaba una criatura con el cuerpo de un gran pájaro de bronce y rostro de bruja, reseco y mortífero como las garras que se aferraban a la madera. Tenía las orejas redondas y peludas de un oso, pero sobre sus hombros escamosos, mezclándose con las brillantes capas de su plumaje, caía el pelo color de luz de luna, liso y juvenil, que rodeaba su odiosa faz humana. Resplandecía, pero mirarla era como ver desaparecer la luz del cielo. Captó la mirada de la unicornio y emitió un sonido inquietante, como un siseo y una risa sofocada al mismo tiempo.

-Ésta es real, es la harpía Celeno -dijo la unicornio en voz baja.

El rostro de Schmendrick se había tornado del color de la harina de arena.

-La vieja la capturó por casualidad -susurró-, mientras dormía, al igual que tú. Pero no fue un acierto, y ambas lo saben. El poder de Mamá Fortuna es suficiente para retener al monstruo, pero su mera presencia está debilitando hasta tal punto sus hechizos que en poco tiempo no será capaz ni de freír un huevo. Nunca debió mezclar una auténtica harpía con un auténtico unicornio. La verdad moldea su magia, cierto, y además intenta manipularla para sus fines. Pero esta vez...

-Hermana del arco iris, lo creáis o no -voceó Rukh a sus pasmados oyentes-. Su nombre significa «La Oscura», aquella cuyas alas ennegrecen el cielo antes de la tormenta. Ella y sus dos hermanas casi mataron de hambre al rey Pineo, ensuciándole y robándole la comida. Pero los hijos del Viento del Norte las obligaron a abandonar su diversión. ¿No es así, querida?

La harpía permaneció en silencio y Rukh sonrió, mostrando los dientes.

- Opuso una resistencia superior a la de las otras dos juntas -prosiguió-. Fue como tratar de atar el infierno con un cabello, pero los poderes de Mamá Fortuna bastaron para este trabajito. Criaturas de la noche devueltas a la luz. ¿Quieres una galleta, *Polly?*

Hubo risas entre el grupo. Las garras de la harpía se hundieron en la percha hasta que la madera crujió.

-Necesitarás estar libre cuando ella se libere -dijo el mago-. No debe cogerte enjaulado.

Librodot

-No me atrevo a tocar el metal -replicó la unicornio-. Mi cuerno podría abrir la cerradura, pero no logro alcanzarla. No puedo salir.

Temblaba del horror que le producía la harpía, pero su voz sonó perfectamente serena.

Schmendrick el Mago se irguió varios centímetros más alto de lo que la unicornio creía posible.

-No temas -comenzó en un tono grandilocuente-. A pesar de mi aire de misterio tengo un corazón sensible.

La llegada de Rukh y sus seguidores, mucho más silenciosos ahora que cuando habían prorrumpido en carcajadas ante la mantícora, le interrumpió. El mago desapareció con sigilo, diciendo en voz baja:

-No temas, Schmendrick está contigo. No hagas nada hasta que yo te lo diga.

Su voz flotó hasta la unicornio, tan débil y lejana que por un momento se preguntó si la había oído realmente o sólo le había rozado al pasar.

Oscurecía. La multitud se detuvo ante su jaula, observándola con algo parecido a la timidez.

-El unicornio -anunció Rukh, y se hizo a un lado.

Y ella captó el latido de los corazones, las lágrimas a punto de brotar, la respiración suspendida de los espectadores, pero nadie dijo una palabra. Supo que la habían reconocido cuando vio pintarse en sus rostros la tristeza, el dolor y la dulzura, y aceptó su ansiedad como un homenaje. Pensó en la bisabuela del cazador y se preguntó cómo sería envejecer y llorar.

-La mayor parte de los espectáculos -dijo Rukh, tras una pausa- terminarían aquí porque, ¿qué se puede presentar después de un genuino unicornio? Pero el Carnaval de la Medianoche de Mamá Fortuna depara otro misterio todavía..., un demonio mucho más destructivo que el dragón, mucho más monstruoso que la mantícora, mucho más horripilante que la harpía y, desde luego, mucho más universal que el unicornio. -Hizo un gesto en dirección al último carro y las cortinas negras empezaron a descorrerse, aunque nadie tiraba de ellas-. ¡Contemplad a Elli! ¡Contemplad el último y Definitivo Final! ¡Contemplad a Elli!

El interior de la jaula era más oscuro que el atardecer y el frío se agitaba como un ser viviente al otro lado de los barrotes. Algo se movió en el frío y la unicornio vio a Elli, una vieja, esquelética y andrajosa mujer que se acurrucaba en la jaula, meciéndose y calentándose ante un fuego que no existía. Parecía tan frágil que el peso de las tinieblas casi podría aplastarla, y tan desvalida y solitaria que los espectadores deberían haberse abalanzado a liberarla, llenos de piedad. En cambio, retrocedieron todos en silencio, como si Elli les siguiera los pasos. Pero ni siquiera les miraba. Seguía sentada en la oscuridad y desgranaba una canción con una voz que recordaba a una sierra cortando un árbol y a un árbol a punto de caer.

Lo que se arrancó crecerá,
Lo que murió sigue vivo,
Lo que se robó permanecerá,
Lo que se ha ido se ha ido.

-No parece gran cosa, ¿verdad? -preguntó Rukh-. Pues ningún héroe se le resiste, ningún dios puede derrotarla, ningún mago puede impedirle la entrada... o la salida, ya que no es nuestra prisionera. Aun ahora, ahí expuesta, camina entre vosotros, tocando, tomando. Porque Elli es la Vejez.

El frío de la jaula fluyó hacia la unicornio y fue debilitándole a medida que penetraba. La abandonaron los colores, los músculos desfallecieron, sintió que su belleza se desvanecía junto con su aliento. La decrepitud asomó en su crin, se arrastró hacia la cabeza, despojó la cola, envolvió su cuerpo como un guante, devoró su piel y asoló su mente con el recuerdo de lo que había sido una vez. En algún lugar cercano, la harpía emitió su apremiante y siniestro sonido, pero la unicornio se hubiera refugiado con alivio en la sombra de sus alas de bronce con tal de escapar al último demonio. La canción de Elli destrozaba su corazón.

Lo que nace en el mar muere en la tierra,
suavemente cae abatido.
Lo que se regala la mano quema.
Lo que se ha ido se ha ido.

El espectáculo había terminado. El gentío se disolvió; unos en parejas, otros en pequeños grupos, extraños cogiendo la mano de extraños, todos vigilando que Elli no les siguiera.

-¿No se quedan los caballeros a escuchar la historia del sátiro? -gritó lastimeramente Rukh, y luego lanzó un amargo alarido que quería ser una carcajada para azuzar su lenta fuga-. ¡Criaturas de la noche devueltas a la luz!

Los espectadores se esforzaron por avanzar a través de la pesada atmósfera, dejaron atrás la jaula de la unicornio y continuaron caminando, mientras las risotadas de Rukh les espoleaban hacia la seguridad de su casa. Y Elli aún seguía cantando.

Esto es una ilusión, se dijo la unicornio, esto es una ilusión. Y de alguna manera se las arregló para levantar su cabeza coronada de muerte y mirar sin ambages lo que contenía la última jaula; no era la Vejez, sino Mamá Fortuna en persona, estirándose, riendo y saltando con su conocida y extraña facilidad. Y la unicornio supo entonces que no se había convertido en algo feo y destinado a la muerte, pero tampoco se sintió hermosa. Quizá también esto era ilusión, pensó cansadamente.

-Me gustó eso -dijo Mamá Fortuna a Rukh-, siempre me ha gustado. En el fondo, estoy loca por el teatro.

-Deberías controlar a esa maldita harpía. Esta vez *sentí que* se estaba soltando. Era como si yo fuera la cuerda que la sujetaba y ella me estuviera desatando. -Rukh se estremeció y bajó la voz-. Deshazte de ella, antes de que nos desparrame por el cielo como nubes de sangre. Ella lo está pensando todo el tiempo. Puedo sentir como lo piensa.

- ¡Cállate, imbécil! -El miedo espoleaba la cólera de la bruja-. Si escapa puedo convertirla en viento, en nieve o en siete notas musicales, pero prefiero guardarla. Ninguna otra bruja en el mundo tiene a una harpía cautiva y ninguna la tendrá. La guardaría aunque tuviera que alimentarla con un pedazo de tu hígado cada día.

-Oh, cuánta amabilidad -dijo Rukh, apartándose de ella-. ¿Y si prefiriera tu hígado? ¿Qué harías entonces?

-Alimentarla con el tuyo, en cualquier caso -respondió Mamá Fortuna-. No se daría cuenta de la diferencia. Las harpías no son muy inteligentes.

Sola bajo la luz de la luna, la anciana se deslizó de jaula en jaula, comprobando los candados y reforzando sus encantamientos, igual que un ama de casa que escoge melones en el mercado. Cuando llegó a la jaula de la harpía, ésta profirió un sonido agudo como una lanza y extendió la horripilante corona de sus alas. La unicornio creyó por un momento que los barrotes de la jaula serpenteaban y se derramaban como lluvia, pero Mamá Fortuna chasqueó

Librodot

sus dedos sarmentosos y los barrotes volvieron a ser metálicos, mientras la harpía se aferraba a su percha, esperando.

-Todavía no -dijo la bruja-, todavía no.

Se miraron una a otra con los mismos ojos. Mamá Fortuna continuó:

-Eres mía. Aunque me mates, eres mía.

La harpía no se movió, pero una nube ocultó la luna.

-Todavía no -repitió Mamá Fortuna, y se volvió hacia la jaula de la unicornio, hablando a la criatura con su dulce y tenue voz-. Bien, bien. Te asusté un ratito, ¿verdad?

Se rió con un sonido similar al de serpientes avanzando en el barro y se acercó un poco más.

-Sea lo que sea lo que te ha contado tu amigo el mago -prosiguió-, debo de tener un cierto don después de todo. Hacer creer a una unicornio que se ha vuelto vieja y repelente exige una habilidad considerable. ¿Así que es un truco insignificante mantener prisionera a la Oscura? Nadie antes que yo...

-No fanfarronees, vieja -replicó la unicornio-. Tu muerte está sentada en esa jaula y te escucha.

-Sí -respondió tranquilamente Mamá Fortuna-, pero al menos sé dónde está. Tú, en cambio, vagabas por el camino en pos de tu propia muerte. Y también sé dónde se halla, de modo que te ahorré ese fatal encuentro y deberías mostrarte agradecida por ello.

Olvidando su situación, la unicornio se abalanzó contra los barrotes. El dolor del golpe no consiguió hacerla retroceder.

-El Toro Rojo -dijo-. ¿Dónde puedo encontrar el Toro Rojo?

Mamá Fortuna se adelantó hasta casi tocar la jaula y murmuró:

- El Toro Rojo del rey Haggard... Así que conoces al Toro. -Enseñó dos de sus dientes-. Bien, en cualquier caso no te conseguirá: me perteneces.

La unicornio meneó la cabeza.

-Tú lo sabrás mejor -asintió con gentileza-. Libera a la harpía, antes de que sea demasiado tarde, y a mí también. Quédate con tus pobres sombras, si quieres, pero déjanos marchar.

Los ojos inmóviles de la bruja llamearon con un brillo tan salvaje que una desastrada compañía de mariposas nocturnas, de camino hacia una fiesta, revolotearon directamente hacia ellos, chisporroteando como cenizas de nieve.

-Primero dejaría el negocio del espectáculo -aulló la vieja-. Vagar a lo largo de la eternidad acarreando mis horrores caseros... ¿Crees que ése era mi sueño cuando era joven y malvada? ¿Crees que elegí esa magia de dos al cuarto, pedazo de estúpida, porque nunca conocí la verdadera brujería? Hago trucos con perros y monos porque no puedo conmover la hierba, pero sé la diferencia. Y ahora me pides que renuncie a vuestra visión, a la presencia de vuestro poder... Le dije a Rukh que alimentaría a la harpía con su hígado si me viera obligada a ello, y lo haría. Y para conservarte a ti cogería a tu amigo Schmendrick y le...

Las palabras se atropellaron en su boca y, por fin, guardó silencio.

-Hablando de hígados -dijo la unicornio-, nunca se puede hacer auténtica magia ofreciendo el hígado de otro. Debes arrancarte el tuyo y no esperar devolución. Todas las brujas de verdad lo saben.

Algunos granos de arena se deslizaron por la mejilla de la bruja, que miraba fijamente a la unicornio. Todas las brujas lloran así. Se dio la vuelta y caminó con paso lento hacia su carreta, pero luego volvió atrás y exhibió su torcida sonrisa.

-En realidad, te he engañado dos veces. ¿Piensas de veras que todos esos patanes te hubieran reconocido sin mi ayuda? No, tuve que darte un aspecto que comprendieran, incluso un cuerno que les entrara por los ojos. En estos días es necesario practicar trucos de feria barata para que la gente reconozca a un unicornio. Te conviene permanecer conmigo y pasar desapercibida porque sólo el Toro Rojo te conocerá cuando te vea.

Desapareció en el interior de su carro y la harpía permitió que la luna saliera de nuevo.

3

Schmendrick regresó poco antes del amanecer, deslizándose entre las jaulas tan silenciosamente como el agua. Sólo la harpía hizo algo de ruido cuando se aproximó.

-No me pude escabullir antes -dijo a la unicornio-. La vieja le ordenó a Rukh que me vigilara, y casi no duerme. Pero le propuse una adivinanza y siempre le cuesta una noche entera solucionarla. La próxima vez le contaré un chiste y estará ocupado una semana.

La unicornio se veía seria y preocupada.

-Estoy embrujada -dijo-. ¿Por qué no me lo dijiste?

-Pensé que lo sabías -respondió el mago despacio-. Después de todo, ¿no te preguntaste cómo pudo reconocerte toda esa gente? -Sonrió y pareció más viejo-. No, por supuesto que no. Nunca te preguntaste cosas como ésas.

-Es que nunca estuve bajo el influjo de un hechizo. -Suspiró larga y profundamente-. No ha existido ni un mundo en el que no fuera conocida.

-Sé exactamente cómo te sientes -dijo Schmendrick con vehemencia. La unicornio escudriñó sus ojos oscuros e insondables, hasta que el mago sonrió nerviosamente y se miró las manos-. Muy pocos son los hombres a quienes toman por lo que son. Hay muchos juicios erróneos en el mundo. Supe que eras una unicornio en cuanto te vi, y ahora sé que soy tu amigo. Si me tomas por un payaso, un ignorante o un traidor, es lo que debo ser si me ves así. La magia que te domina no es más que magia y

desaparecerá tan pronto seas libre, pero tu juicio erróneo sobre mí quizá permanezca siempre en tus ojos. No siempre somos lo que parecemos, y casi nunca somos lo que soñamos. Recuerdo haber leído o escuchado en una canción que los unicornios, cuando el tiempo era joven, podían distinguir la diferencia «entre los dos... el brillo falso y el auténtico, la sonrisa de los labios y la tristeza del corazón».

Alzó su voz serena a medida que el cielo se hacía más claro y, por un momento, la unicornio dejó de oír el quejido de los barrotes y el suave movimiento de las alas de la harpía.

-Creo que eres mi amigo -dijo-. ¿Me ayudarás?

-O tú o nadie -respondió el mago-. Eres mi última oportunidad.

Una a una, las tristes bestias del Carnaval de la Medianoche se fueron despertando entre gemidos, estornudos y temblores. Una había estado soñando en rocas, sabandijas y hojas tiernas; otra, en andar saltando entre la alta y cálida hierba; una tercera, en barro y sangre. Y había una que había soñado en una mano que aplastaba el lugar solitario entre sus orejas. Sólo la harpía no había dormido y continuaba sentada, mirando al sol sin parpadear.

-Si es la primera en conseguir la libertad -dijo Schmendrick- estamos perdidos.

Oyeron la voz de Rukh cerca, aunque esa voz siempre parecía sonar cerca, llamando al mago.

- ¡Schmendrick! ¡Eh, Schmendrick, ya lo tengo! Es una cafetera, ¿verdad?

El interpelado empezó a alejarse lentamente.

-Esta noche -murmuró-. Dame hasta el amanecer.

Desapareció en un abrir y cerrar de ojos y, como antes, dio la sensación de que dejaba una parte de él detrás suyo. Rukh irrumpió junto a la jaula un momento después, sin resuello. Oculta en su carreta negra, Mamá Fortuna tarareaba la canción de Elli:

Aquí es allí, arriba es abajo;
todo debe ser interrumpido.
Conocer la verdad es arduo trabajo.
Lo que se ha ido se ha ido.

No tardó en formarse un nuevo grupo de espectadores para presenciar el espectáculo. Rukh les llamó, gritando «Criaturas de la noche» como un loro metálico, y Schmendrick se subió a una caja para ofrecer algunos trucos. La unicornio le contempló con gran interés y creciente incertidumbre, provocada más por su destreza que por su sinceridad. Convirtió una oreja de cerda en una cerda entera; transformó un sermón en una piedra, un vaso de agua en un charquito de agua, un cinco de espadas en un doce de espadas y un conejo en un pez de colores que se ahogaba. Cada vez que cometía una equivocación miraba rápidamente a la unicornio, como diciendo «bueno, tú ya sabes lo que en realidad hice». En una ocasión transformó una rosa en una semilla. A la unicornio le gustó el truco, a pesar de que resultó ser una semilla de rábano.

El espectáculo dio comienzo de nuevo. Una vez más, Rukh condujo a la multitud de jaula en jaula, mostrando las penosas invenciones de Mamá Fortuna. El dragón escupió llamas, Cerbero clamó al infierno para que viniera en su ayuda, el sátiro tentó a las mujeres hasta hacerlas llorar. Los espectadores bizquearon y señalaron con dedos temblorosos los colmillos amarillentos y el robusto aguijón de la mantícora; se petrificaron en presencia de la Serpiente de la Tierra Media y no regatearon alabanzas a la nueva telaraña de Aracne, que era como la red de un pescador iluminada por la Luna. Todos la tomaron por una auténtica telaraña, pero sólo la araña creía firmemente que la había tejido con la luz de la luna.

Esta vez, Rukh no contó la historia del rey Pineo y los Argonautas; de hecho, apresuró el paso ante la jaula de la harpía, limitándose a farfullar su nombre y el significado. La harpía sonrió. Nadie reparó en su sonrisa, excepto la unicornio, que deseó al instante haber estado mirando hacia otra parte.

Cuando se pararon frente a su jaula, observándola silenciosamente, la amargura se apoderó de la unicornio.

Sus ojos son tan tristes -pensó-. ¿Cuánto más tristes serían si se disolviera el conjuro que me disfraza y se encontraran frente a un vulgar potro blanco? La bruja tiene razón: nadie me reconocería.

Pero una suave voz, muy parecida a la de Schmendrick el Mago, susurró en su interior: «Pero sus ojos son tan tristes...».

Y cuando Rukh aulló: «Cuidado con el Final», y las cortinas negras se apartaron para mostrar a Elli, hablando entre dientes en el corazón de las heladas tinieblas, la unicornio sintió el mismo temor e impotencia de envejecer que puso alas en los pies de la multitud, a pesar de saber que la jaula sólo albergaba a Mamá Fortuna. Pensó que la bruja sabía más que lo que ella sabía que sabía.

La noche llegó pronto, tal vez porque la harpía la apresuró. El sol se hundió entre sucias nubes como una piedra en el agua, con idénticas posibilidades de volver a surgir, y no hubo luna ni estrellas. Mamá Fortuna realizó su habitual inspección de las jaulas. La harpía no se movió cuando estuvo cerca, de modo que la vieja se detuvo y la examinó durante largo rato.

-Todavía no, todavía no -murmuró, pero su voz sonó fatigada y dubitativa. Echó una ojeada a la unicornio y sus ojos brillaron como una explosión amarilla en la espesa oscuridad-. Bien, un día más.

Sus ojos parecían despedir chispas. Dio media vuelta y se alejó.

Después de su marcha, el Carnaval quedó sumido en el silencio. Todas las bestias dormían, excepto la araña, que tejía, y la harpía, que aguardaba. La noche crujía, como sometida a una presión insoportable, hasta que la unicornio pensó que se rompería en dos mitades, abriendo una grieta en el cielo y revelando... más barrotes. ¿Dónde estaría el mago?

Por fin llegó, cruzando el silencio a toda prisa, dando vueltas y bailando como un gato sobre el hielo, trastabillando en las sombras. Cuando estuvo frente a la jaula hizo una alegre reverencia y dijo orgullosamente:

-Schmendrick está contigo.

En la jaula vecina se escuchó el afilado estremecimiento del bronce.

-Creo que tenemos muy poco tiempo -dijo la unicornio-. ¿De veras puedes liberarme?

El hombre alto sonrió y hasta sus pálidos y solemnes dedos parecieron alegrarse.

-Ya te dije que la bruja había cometido tres graves errores. Capturarte fue el último y encerrar a la harpía el segundo, pues ambos sois reales y Mamá Fortuna no puede en modo alguno reteneros, al igual que no puede prolongar el invierno un día más. Pero suponer que yo soy un saltimbanqui como ella..., ésa fue su primera y fatal locura. Porque yo también soy real. Soy Schmendrick el Mago, el último de los grandes iniciados, y soy mucho más viejo de lo que parezco.

-¿Dónde está el otro? -preguntó la unicornio.

-No te preocupes por Rukh -repuso Schmendrick mientras se subía las mangas-. Le he planteado un acertijo que no tiene solución. Quizá no se mueva nunca más.

Pronunció tres enigmáticas palabras y chasqueó los dedos. La jaula desapareció. La unicornio se encontró de repente en una arboleda en la que crecían naranjos y limoneros, perales y granados, almendros y acacias. Pisaba una suave tierra henchida de primavera y sobre su cabeza se abría un cielo inmenso. Su corazón se tornó ligero como el humo y reunió toda la energía de su cuerpo para dar un gran salto en la dulce noche, pero, en última instancia, retuvo su impulso porque sabía, aun sin verlas, que las rejas todavía seguían allí. Era demasiado vieja para ignorarlo. -Lo siento -dijo Schmendrick desde algún punto en las tinieblas-. Me hubiera gustado que este conjuro te liberase.

Empezó a cantar con voz fría y queda, y los extraños árboles se desvanecieron como semillas de diente de león.

- Éste es un conjuro más seguro -afirmó-. Los barrotes son ahora frágiles como el queso viejo; los desmenuzaré y los esparciré, ¡así!

Movió y agitó sus manos. De los dedos brotó sangre. -Creo que me equivoqué en el tono. -Ocultó las manos bajo la capa y habló más bajo -. Ocurre a veces.

Una cascada de frases altisonantes y las ensangrentadas manos de Schmendrick aleteando contra el cielo constituyeron el segundo intento. Algo gris que enseñaba los dientes en su boca abierta, algo parecido a un oso, pero más grande que un oso, algo que reía sombríamente surgió de algún lugar remoto, algo capaz de romper la jaula como una nuez y de arrancar la piel de la unicornio a tiras con sus garras. Schmendrick le ordenó regresar a la noche, pero no lo hizo.

La unicornio se refugió en un rincón y bajó la cabeza, pero la harpía se agitó en su jaula con el horrible ruido habitual y la forma gris volvió lo que debía de ser su cabeza en aquella dirección y la vio. Lanzó un opaco y pequeño grito de terror y desapareció. El mago maldijo y se estremeció.

- Lo convoqué una vez, hace mucho tiempo. Tampoco lo pude dominar. Ahora le debemos nuestras vidas a la harpía y nos las puede exigir antes de que salga el sol. - Permaneció en silencio, retorciéndose los dedos heridos, a la espera de que la unicornio hablara-. Lo intentaré otra vez. ¿Puedo hacerlo?

la unicornio accedió, a pesar de que aún podía ver el crepitar de la noche en el lugar que había ocupado la cosa gris.

Schmendrick respiró hondamente, escupió tres veces y pronunció unas palabras que sonaron como campanas bajo el mar. Espolvoreó un puñado de polvo sobre los esputos y sonrió con aire de triunfo cuando se produjo una breve y silenciosa humareda verdosa. Cuando el resplandor se disipó, pronunció tres palabras más. Sonaron como el ruido que harían las abejas al zumbar sobre la luna.

La jaula empezó a disminuir de tamaño. La unicornio no veía moverse las rejas, pero cada vez que Schmendrick decía: «¡Ah, no!», tenía menos espacio, hasta que ya no pudo ni darse la vuelta. Las barras se contraían, inapelables como la marea o el amanecer, como si fueran a hundirse en su carne y rodear su corazón, que aprisionarían para siempre. No había gritado cuando la criatura convocada por Schmendrick llegó hasta ella con las fauces abiertas, pero ahora se le escapó un sonido, humilde y desesperado, aunque no resignado.

Schmendrick detuvo los barrotes sin que la unicornio supiera cómo. Si había pronunciado palabras mágicas no las oyó, pero la jaula dejó de encogerse un instante antes de que las rejas tocaran su cuerpo. Aun así le fue fácil sentirlas, cada una como un soplo de viento helado, maullando de ansiedad. Pero no llegaron a alcanzarla.

El mago dejó caer sus manos a los lados.

-No me atrevo a continuar -musitó-. La próxima vez quizá no sería capaz de... -Su voz se apagó y en sus ojos se impuso la misma derrota que en sus manos-. La bruja no se equivocó conmigo.

-Prueba otra vez -dijo la unicornio-. Eres mi amigo. Prueba otra vez.

Pero Schmendrick, sonriendo amargamente, hurgaba en sus bolsillos en busca de algo que tintineaba.

-Sabía que llegaría a esto. Imaginé que sería diferente, pero lo sabía. -Extrajo un aro del que pendían varias llaves oxidadas-. Mereces los servicios de un gran mago, pero me temo que deberás contentarte con las artimañas de un ratero de segunda mano. Los unicornios no sabéis nada de adversidades, vergüenza, duda o deber, pero los mortales, como habrás advertido, se agarran a lo que pueden. Y Rukh sólo se puede concentrar en una cosa a la vez.

La unicornio comprendió de repente que todos los animales del Carnaval estaban despiertos, en silencio, con las miradas concentradas en ella. En la jaula vecina, la harpía se apoyaba ora en un pie, ora en el otro.

- ¡Rápido! -exclamó-. ¡Rápido!

Schmendrick ya estaba introduciendo una llave en la cerradura. En el primer intento, que fracasó, la cerradura permaneció muda, pero al probar otra llave gritó en voz alta:

- ¡Aja, un mago! ¡Un mago!

Era la voz inconfundible de Mamá Fortuna.

- ¡Cierra el pico! -masculló el mago, pero la unicornio pudo sentir cómo se ruborizaba. Dio vueltas a la llave y la cerradura cedió con un último gruñido de desprecio. Schmendrick abrió la puerta de la jaula de par en par y dijo elegantemente-: Salid, señora. Sois libre.

La unicornio pisó con cautela el suelo. Schmendrick el Mago retrocedió, asombrado:

- ¡Oh! -musitó-. Era diferente cuando nos separaban las rejas. Pareces más pequeña y no tan... ¡Vaya!

Estaba de nuevo en casa, en su bosque, negro, húmedo y descuidado porque había permanecido alejada tanto tiempo. Alguien la llamaba desde una gran distancia, pero estaba en casa, los árboles cálidos, la hierba crecida.

Entonces oyó la voz de Rukh, parecida al ruido de un barco al romperse contra los escollos.

-De acuerdo, Schmendrick, abandono. ¿En qué se parece un cuervo a un escritorio?

La unicornio se desplazó hacia una zona más oscura, de modo que Rukh sólo vio al mago y a la jaula vacía y empequeñecida. Su mano voló hacia un bolsillo y apareció de nuevo.

- ¡Tú, ladrón de poca monta! -Sus dientes rechinaron de furia-. Ella te coserá con alambre de púas, para que sirvas de collar a la harpía.

Se alejó corriendo hacia la carreta de Mamá Fortuna.

- ¡Corre! -dijo el mago. Efectuó un frenético, alocado y fulgurante salto que le hizo caer sobre la espalda de Rukh, apresándolo con sus largos brazos hasta obligarle a permanecer quieto. Rodaron juntos, pero Schmendrick llevaba ventaja y pronto clavó las rodillas en los hombros de su rival-. Conque alambre de púas, ¿eh? Tú, desperdicio, basura, ruina humana... Te llenaré de aflicciones hasta que te salgan por los ojos, te transformaré el corazón en hierba fresca y a todo lo que amas en oveja, te convertiré en un poeta demente torturado por sus sueños, haré que las uñas de los pies te crezcan hacia dentro. Te has equivocado conmigo.

Rukh sacudió la cabeza y empujó a Schmendrick unos metros más allá.

-¿De qué hablas? -se burló-. No puedes convertir la nata en mantequilla.

Cuando el mago iba a incorporarse Rukh le golpeó en la espalda y se sentó sobre él.

-Nunca me gustaste -dijo complacido-. Te das muchos aires, pero no eres muy fuerte.

Pesadas como la noche, sus manos se cerraron en torno a la garganta del mago.

La unicornio no estaba mirando. Se encontraba frente a la jaula más alejada, donde la mantícora gruñía, lloriqueaba y yacía inerte. Tocó con la punta del cuerno la cerradura y, sin mirar atrás, se encaminó hacia la jaula del dragón. Una a una fue liberando a todas las criaturas, el sátiro, Cerbero, la Serpiente de la Tierra Media. Los hechizos que pesaban sobre ellas se desvanecieron en cuanto alcanzaron la libertad; saltaron, se deslizaron, reptaron hasta la noche, de nuevo un león, un mono, una serpiente, un cocodrilo, un perro jovial. Ninguno dio gracias a la unicornio ni ella les vio marchar.

Sólo la araña no prestó atención a la unicornio cuando la llamó suavemente desde el umbral de la puerta abierta. Aracne estaba muy ocupada con una telaraña que se le antojaba la Vía Láctea esparciéndose como copos de nieve.

-Tejedora, es mejor la libertad, es mejor la libertad -susurró la unicornio, pero la araña se afanaba sin oírla, incansable, arriba y abajo de su telar de acero. No se detuvo un instante, ni siquiera cuando la unicornio gritó-: Es realmente muy atractiva, Aracne, pero no es arte.

Y la nueva telaraña se desplomó a lo largo de las rejas como nieve.

Entonces comenzó a soplar el viento. La telaraña voló más allá de la vista de la unicornio y desapareció. La harpía agitaba sus alas, invocando sus poderes, al igual que las olas esparcen, rugientes, agua y arena a lo largo de la playa. Una luna teñida de sangre asomó entre las nubes; la unicornio pudo verla, un bulto dorado con el pelo lacio y suelto y las frías y pesadas alas sacudiendo la jaula. La harpía estaba riendo.

A la sombra de la jaula de la unicornio Rukh y Schmendrick se pusieron de rodillas. El mago blandía el pesado manojo de llaves, mientras Rukh parpadeaba y se frotaba los ojos. Sus rostros estaban lívidos de terror ante la visión de la harpía que recobraba su vigor. El viento les obligó a inclinarse, empujándoles uno contra otro. Sus huesos resonaron sordamente al chocar.

La unicornio empezó a caminar hacia la jaula de la harpía. Schmendrick el Mago, diminuto y pálido, abría y cerraba la boca en una muda súplica y, aunque no podía oírle, supo lo que chillaba:

- ¡Te matará, te matará! ¡Corre, estúpida, mientras aún esté presa! ¡Te matará si la dejas libre!

Pero la unicornio continuó caminando, siguiendo la luz de su cuerno, hasta detenerse ante Celeno, la Oscura.

Por un momento las heladas alas colgaron silenciosas en el aire, como nubes, y los viejos ojos amarillentos de la harpía se hundieron en el corazón de la unicornio y tiraron de ella.

-Te mataré si me dejas libre -decían los ojos-. Déjame libre.

La unicornio bajó la cabeza hasta que el cuerno tocó la cerradura de la jaula de la harpía. La puerta no se abrió. Las rejas de hierro no se convirtieron en luz de estrellas. La harpía levantó las alas y los cuatro lados de la jaula se derrumbaron hacia afuera, como los pétalos de una enorme flor que madurara en la noche. Y de los restos surgió la harpía, libre y terrible, clamando su satisfacción, oscilando el cabello como una espada. La luna palideció y huyó.

La unicornio se oyó gritar, no de terror sino de asombro: - ¡Oh, tú eres como yo!

Se alzó sobre los cuartos traseros para recibir la embestida de la harpía y su cuerno atravesó el vendaval. La harpía golpeó una vez, erró y pasó de largo, sus alas batieron ruidosamente y su aliento era cálido y hediondo. Su calor abrasaba y la unicornio se vio reflejada en el pecho de bronce de la harpía, sintió el resplandor en su propio cuerpo. Se movieron dibujando un círculo, como una estrella doble, y bajo el marchito cielo nada era más real que ellas dos. La harpía rió gozosamente y sus ojos se tornaron del color de la miel. La unicornio comprendió que iba a atacar de nuevo.

La harpía recogió las alas y descendió como una estrella..., no sobre la unicornio, sino más allá, tan cerca que solamente una pluma hizo manar sangre del lomo de la unicornio. Las brillantes garras buscaban el corazón de Mamá Fortuna, que extendió sus manos afiladas, como dándole la bienvenida.

-¡Solas no! -aulló la vieja triunfalmente, en dirección a las dos criaturas-. ¡Nunca os hubierais podido liberar solas! ¡Yo os ayudé! Entonces la harpía la alcanzó, la bruja se quebró como un bastón podrido y se desplomó. La harpía se agachó sobre el cuerpo, ocultándolo a la vista, y las alas de bronce se mancharon de sangre.

La unicornio se apartó. Muy cerca, oyó una voz infantil diciéndole que debía huir, que debía huir. Era el mago. Sus ojos eran inmensos, vacíos, y su rostro, siempre demasiado joven, se estaba refugiando en la infancia cuando la unicornio le miró.

-No -dijo-. Ven conmigo.

La harpía emitió un sonido velado aunque risueño y el mago sintió que sus rodillas se fundían. Pero el unicornio le ordenó de nuevo que fuera con ella, y juntos se alejaron del Carnaval de la Medianoche. La luna había desaparecido, pero a los ojos del mago la unicornio era la luna, fría, blanca y muy vieja, que iluminaba su camino hacia la salvación, o tal vez

hacia la locura. La siguió, sin mirar ni una vez hacia atrás, ni siquiera cuando escuchó el desesperado patalear de unos pesados pies, el estampido de las alas de bronce y el chillido interrumpido de Rukh.

-Huyó -explicó la unicornio con voz suave, desprovista de piedad-. Nunca debes huir de algo inmortal. Atraerás su atención. Nunca huyas. Camina despacio y finge que estás pensando en otras cosas. Canta una canción, recita un poema, ensaya alguno de tus trucos, pero camina despacio y quizá no te siga. Has de caminar muy despacio, mago.

Se adentraron juntos en la noche, paso a paso, el hombre alto vestido de negro y la bestia blanca con un solo cuerno. El mago se cobijaba lo más cerca posible de la luz de la unicornio, pues más allá se movían sombras ansiosas, las sombras de los sonidos que lanzaba la harpía mientras destrozaba lo poco que quedaba por destruir del Carnaval de la Medianoche. Pero otro sonido les siguió mucho después de que el primero se hubiera extinguido, les siguió hasta bien entrada la mañana, al borde de un extraño sendero..., el imperceptible y seco sonido de una araña tejiendo.

Librodot

4

El mago lloró durante largo rato, como un niño recién nacido, antes de poder hablar.

-Pobre vieja -murmuró finalmente.

La unicornio no dijo nada y Schmendrick levantó la cabeza y la miró de una forma extraña. Una lluvia grisácea ensuciaba la mañana, pero ella brillaba entre la cortina de agua como un delfín.

-No -respondió, en respuesta a su mirada-. No puedo arrepentirme.

El mago seguía callado, inclinado a un lado del camino bajo la lluvia, con la capa empapada rodeándole el cuerpo, de forma que recordaba un paraguas negro roto. La unicornio esperó. Tenía la sensación de que todos los días de su vida se derramaban a su alrededor, como la lluvia.

-Puedo sentir pena -condescendió-, pero no es lo mismo.

Cuando Schmendrick la miró de nuevo, había conseguido recomponer de nuevo la expresión de su rostro, si bien a duras penas.

-¿Adonde irás ahora? -preguntó el mago-. ¿Adonde te dirigías cuando te capturaron?

-Iba en busca de mi pueblo -dijo la unicornio-. ¿Les viste alguna vez, mago? Son libres y blancos como el mar, lo mismo que yo.

Schmendrick meneó su cabeza con gesto de pesar.

-Nunca vi a nadie como tú, al menos estando despierto. Se supone que aún existían unos pocos unicornios cuando yo era niño, pero sólo conocí a un hombre que hubiera visto uno. Probablemente se marcharon todos, excepto tú. Cuando caminas, despiertas un eco en los lugares que solían frecuentar.

-No, puesto que otros los han visto. -Le llenaba de gozo oír que en tiempos tan recientes como los años de la infancia del mago aún existían unicornios-. Una mariposa me habló del Toro Rojo y la bruja comentó algo acerca del rey Haggard. De modo que iré a dondequiera que se encuentren para averiguar todo lo que sepan. ¿Sabes en qué país reina Haggard?

El rostro del mago estuvo a punto de descomponerse, pero disimuló y esbozó una débil sonrisa, como si su boca fuera de acero. Consiguió curvar los labios de la manera apropiada, pero, en todo caso, era una sonrisa forzada.

-Te recitaré un poema:

Donde las colinas se yerguen desnudas como cuchillas
y nada crece, ni hojas ni vidas;
donde los corazones son amargos como espuma de cerveza,
allí, Haggard gobierna.

-Por tanto, lo sabré cuando llegue allí -repuso la unicornio, sospechando que se burlaba de él-. ¿Sabes algún poema sobre el Toro Rojo?

-No existen -contestó Schmendrick. Se puso en pie, pálido y todavía sonriente-. Sobre el rey Haggard sé solamente lo que he oído. Se trata de un anciano, mezquino como los últimos días de noviembre, que gobierna un estéril país a orillas del mar. Algunos dicen que la tierra era verde y suave antes de que Haggard llegara; al pisarla, perdió el color. Los granjeros

suelen repetir un dicho cuando contemplan los campos devastados por el fuego, las langostas o el viento: «marchitos como el corazón de Haggard». También cuentan que no se ven luces ni fuegos en su castillo, y que envía a sus hombres a robar pollos, sábanas y pasteles puestos a enfriar en los alféizares. La historia dice que la última vez que el rey Haggard rió...

La unicornio pateó el suelo con impaciencia. Schmendrick reanudó su relato.

-En cuanto al Toro Rojo, todavía sé menos de lo que he oído, pues he escuchado un número incalculable de habladurías, todas ellas contradictorias: el Toro existe, el Toro es un fantasma, el Toro es el mismísimo Haggard que se transforma al ponerse el sol. El Toro habitaba en el país antes de Haggard, o llegó en su compañía, o vino en su busca. Le protege de invasiones y revoluciones, y le paga los gastos de su ejército. Le mantiene prisionero en su propio castillo. Es el diablo al que Haggard vendió su alma. Es la cosa por cuya posesión vendió su alma. El Toro pertenece a Haggard. Haggard pertenece al Toro.

La unicornio sintió que la inseguridad se apoderaba de ella, invadiéndola como una ola. Recordó las palabras de la mariposa: «Hace mucho tiempo que rebasaron todos los caminos. El Toro Rojo los siguió de cerca y borró sus huellas». Vio blancas formas arrastradas por el rugiente viento y cuernos amarillentos agitándose.

-Iré allí -afirmó-. Mago, te debo un favor, puesto que conseguiste liberarme. ¿Qué quieres de mí antes de separarnos?

Los grandes ojos de Schmendrick destellaban como hojas al sol.

-Que me lleves contigo.

La unicornio se apartó, ágil y fría, sin responder.

-Te sería útil -insistió el mago-. Conozco el camino que conduce al país de Haggard y las lenguas de las tierras que de él nos separan. - La unicornio estaba a punto de desvanecerse en la espesa neblina, y Schmendrick habló más rápido-. Además, ningún viajero es mala compañía para un brujo, ni siquiera un unicornio. Recuerda la historia del gran hechicero Nikos. Una vez, en medio del bosque, encontró a un unicornio dormido, con la cabeza reposando en el regazo de una muchacha virgen, al tiempo que tres cazadores se acercaban con los arcos dispuestos para matarlo, pues deseaban apoderarse de su cuerno. A Nikos sólo le quedaba un segundo para actuar. Con una palabra y un gesto transformó al unicornio en un apuesto joven que, al despertar y contemplar a los tres cazadores asombrados y boquiabiertos, se lanzó sobre ellos y los mató. El diseño de la espada era peculiarmente afilado, y luego dio cuenta de los cadáveres sin ningún miramiento.

- ¿Qué pasó con la muchacha? -preguntó la unicornio-. ¿La mató también?

-No, se casó con ella. Dijo que no era más que una chiquilla desvalida, maltratada por la familia y que lo que realmente necesitaba era un buen hombre, lo que fue desde ese momento porque ni siquiera Nikos pudo devolverle su forma original. Murió viejo y respetado, a causa de una indigestión de violetas, según algunas murmuraciones; nunca se hartaba de violetas. No tuvieron hijos.

La historia había impresionado bastante a la unicornio. Con voz suave, comentó:

-El mago no le prestó servicio alguno, más bien le produjo una terrible desgracia... Sería espantoso que todos mis hermanos hubieran sido convertidos en hombres por hechiceros bienintencionados, exiliados, atrapados en casas devoradas por las llamas. Pronto averiguaría que el Toro Rojo los exterminó a todos.

-Adonde vas ahora -argumentó Schmendrick- encontrarás muy poca gente que te desee el bien, y un corazón amigable, si bien algo necio, puede que algún día te sea tan útil

Librodot

como el agua. Llévame contigo, compartiremos las risas, la fortuna, lo desconocido. Llévame contigo.

Mientras hablaba la lluvia había disminuido de intensidad, el cielo empezaba a clarear y la hierba húmeda brillaba como el interior de una concha. La unicornio miró a lo lejos, buscando entre la niebla de reyes a un rey, y a través del resplandor nevado de castillos y palacios uno construido sobre los hombros de un toro.

-Nadie viajó antes conmigo -dijo-, pero tampoco nadie me encarceló, ni me confundió con un potro blanco, ni me disfrazó de mí misma. Parece que me van a suceder muchas cosas por primera vez, y tu compañía no será ni la más extraña ni la última. Por tanto, puedes venir conmigo si quieres, aunque hubiera deseado que me pidieras otro tipo de recompensa.

-Ya lo pensé. -Schmendrick sonrió tristemente. Se miró los dedos y la unicornio advirtió las marcas semicirculares ocasionadas por las rejas-. Pero nunca hubieras podido concederme mi verdadero deseo.

Ya empezamos, pensó la unicornio, sintiendo la primera punzada de dolor en el interior de su piel, así será viajar todo el tiempo con un mortal.

-No -replicó-, yo no puedo convertirte en algo que no eres, como tampoco podía la bruja. No puedo convertirte en un auténtico mago.

-Lo sabía -dijo Schmendrick-. Está bien. No te preocupes.

-No pienso preocuparme -contestó la unicornio.

En ese primer día de su viaje, un arrendajo azul voló súbitamente por encima de ellos, muy bajo y dijo:

-Vaya, esto es lo que se dice estar de suerte.

Y partió como una flecha hacia su casa para contárselo a su esposa. Estaba sentada en el nido, cantando a los niños con una cadencia monótona.

Arañas, sabandijas, escarabajos y grillos,
babosas de los rosales y garrapatas de los zarcillos,
saltamontes, caracoles y uno o dos huevos de codorniz,
todos ellos regurgitaré para ti.
Sueña, mi niño, sueña con portentos y quimeras,
no es tan divertido volar como quisieras.

-He visto a un unicornio -dijo el arrendajo azul con una amplia sonrisa.

-Lo que no has visto es la cena, por lo que parece -replicó fríamente su esposa-. Detesto a los hombres que hablan con la boca vacía.

- ¡Un unicornio, chica! -El arrendajo abandonó su aire de indiferencia y se puso a dar saltitos sobre la rama-. No había visto uno desde...

-Nunca viste ninguno -dijo ella-. Fui yo, ¿recuerdas? Sé todo lo que has visto y lo que no.

-Había un tipo extraño, vestido de negro, con él -continuó sin prestarle atención-. Se dirigían hacia la Montaña del Gato. Me pregunto si su punto de destino es el país de Haggard. -Ladeó su cabeza en el artístico ángulo en que había conquistado el amor de su esposa, mucho tiempo atrás-. Menudo desayuno tendrá Haggard cuando lo vea... Llega un unicornio, tan audaz como puedas imaginar, y llama a su lúgubre puerta, toe, toe, toe. Daría cualquier cosa por ver...

-Supongo que no os pasasteis los dos el día entero mirando unicornios -interrumpió su esposa chasqueando el pico-. Al menos, tengo entendido que ella solía ser más imaginativa en lo referente a pasar el rato.

Avanzó hacia él con las plumas del cuello encrespadas. -Cariño, si ni siquiera la vi... -empezó a decir el arrendajo azul, y ella comprendió que, en efecto, ni la había visto ni se habría atrevido, pero de todas formas le atizó un sopapo.

Era una mujer que sabía cómo enderezar una moral débil.

La unicornio y el mago caminaron a través *de* la primavera, ascendieron la suave pendiente de la Montaña del Gato y bajaron hacia un valle violeta donde crecían manzanos. Más allá del valle aparecían colinas de escasa altitud, frágiles y redondas como ovejas, que inclinaron su cabeza, maravilladas, para olfatear a la unicornio cuando pasó entre ellas. Después llegaron las primeras cumbres del verano y las llanuras recalentadas donde el aire colgaba inmóvil, lustroso como el azúcar. Juntos vadearon ríos, coronaron lomas erizadas de zarzales, salvaron riscos y vagaron por bosques que recordaron a la unicornio su hogar, aunque no se le parecieran en nada. Así es mi bosque ahora, pensaba, pero se decía que no importaba, que cuando volviera todo sería como antes.

Por la noche, mientras Schmendrick dormía con el sueño de un hambriento y fatigado mago, la unicornio se acurrucaba, insomne, esperando a ver la enorme forma del Toro Rojo precipitarse desde la luna sobre ella. A veces captaba lo que creía su aroma, un oscuro y taimado hedor que se abría camino en la noche, buscándola. Entonces se ponía en pie con un resuelto grito de desafío, sólo para encontrar dos o tres venados que la observaban desde una respetuosa distancia. Los venados aman y envidian a los unicornios. En cierta ocasión, un gamo, en su segundo verano de existencia, se adelantó a sus risueños amigos, llegó a su altura y musitó sin mirarla a los ojos:

-Eres muy bella. Eres tan bella como contaban nuestras madres.

La unicornio le miró en silencio, sabiendo que no esperaba su respuesta. Los otros venados ocultaron la risa y murmuraron: «Sigue, sigue». Entonces el venado levantó la cabeza y gritó rápida y alegremente:

- Pero conozco alguien más bello que tú.

Y de un salto se marchó a toda velocidad, bañado por la luz de la luna. Sus amigos le siguieron y la unicornio volvió a acostarse.

En el transcurso de su viaje se detenían a veces en algún pueblo, y en ellos se presentaba Schmendrick como un mago portentoso, ofreciéndose por las calles a «cantar a cambio de mi cena, molestaros un poquito, turbar vuestro sueño ligeramente y continuar la ruta». Pocas eran las ciudades en las que no se le invitaba a instalar su hermoso potro blanco y a pasar la noche; antes de que los niños se marcharan a la cama, actuaba en la plaza del mercado a la luz de los faroles. Jamás intentaba nada más espectacular que transformar el jabón en golosinas y hacer hablar a las muñecas, pero incluso este tipo de magia insignificante se le escapaba de las manos. Aun así gustaba a los niños, y sus padres le obsequiaban con espléndidas cenas, de modo que las veladas veraniegas transcurrían ligeras y tranquilas. Siglos después, la unicornio todavía recordaba con agrado el extraño aroma a chocolate de las cuadras y la sombra de Schmendrick danzando sobre las paredes, las puertas y las chimeneas a la luz de las hogueras.

Al amanecer reanudaban su camino, los bolsillos de Schmendrick repletos de pan, queso y naranjas, y la unicornio trotando mansamente tras él, blanca como el mar bajo el sol, verde como el mar a la sombra de los árboles. La gente olvidaba los trucos del mago antes de

que se perdiera de vista, pero su potro blanco turbó las noches de más de un lugareño y algunas mujeres despertaron anegadas en llanto después de soñar con él.

Una tarde hicieron alto en una próspera y confortable ciudad, en la que hasta los mendigos tenían doble papada y los ratones pululaban. El alcalde requirió de inmediato la presencia de Schmendrick a la hora de cenar, en compañía de varios de sus más orondos concejales. La unicornio, inadvertida como siempre, fue abandonada en un prado donde la hierba crecía dulce como la miel. La cena se sirvió al aire libre, en la plaza, pues la noche era calurosa y el alcalde deseaba hacer los honores a su huésped. Fue una cena excelente.

A lo largo del banquete Schmendrick narró acontecimientos de su vida como hechicero errante, adornándola con dragones, reyes y nobles damas. No mentía; simplemente organizaba los hechos con más sensibilidad, de forma que sus relatos aparentaban ser auténticos, incluso ante los más desconfiados concejales. No sólo éstos, sino toda clase de gente se arremolinó a su alrededor para desvelar la naturaleza del don que abría todas las cerraduras, si se aplicaba convenientemente. Y ni uno de ellos dejó de aterrarse ante las marcas de sus dedos.

-Un recuerdo de mi encuentro con una arpía -explicaba Schmendrick pausadamente-. Muerden.

-¿Y no tuvisteis miedo? -preguntó una muchacha con voz queda.

El alcalde le indicó por señas que callara, pero Schmendrick encendió un cigarrillo y le sonrió a través del humo.

-El miedo y el hambre me mantienen joven -replicó.

Examinó con la mirada el círculo de amodorrados y atónitos concejales y guiñó un ojo con descaro a la chica.

-Es cierto. -El alcalde no se mostró ofendido. Acarició el borde del plato con sus manos enjoyadas y añadió-: Gozamos de una buena vida aquí, o al menos eso parece. A veces pienso que un poco de miedo o un poco de hambre nos harían bien, fortalecería nuestras almas, en una palabra. Por este motivo siempre recibimos con agrado a los forasteros que nos traen relatos y canciones. Amplían nuestra perspectiva..., nos impulsan a examinar nuestro interior...

Bostezó y se estiró con unos espasmos ruidosos.

De pronto uno de los concejales exclamó:

- ¡Caramba! ¡Mirad el prado!

Pesadas cabezas se volvieron sobre unos agotados cuellos para contemplar las vacas, ovejas y caballos del pueblo agrupados en el extremo del campo, alrededor del potro blanco, que pacía tranquilamente en la fresca hierba. Ningún animal hacía el menor ruido. Incluso los cerdos y los gansos permanecían silenciosos como fantasmas. Un cuervo croó a lo lejos y su grito se esfumó en el ocaso como cenizas.

-Notable -murmuró el alcalde-. Muy notable.

-Sí, ¿verdad? -condescendió el mago-. Si os contara las ofertas que me han hecho por él...

-Lo más interesante -comentó el concejal que había hablado en primer lugar- es que no parecen temerle. Tienen un aire reverente, como si le estuvieran rindiendo homenaje.

-Ven lo que vosotros habéis olvidado ver. - Schmendrick apuró el vino, mientras la muchacha le miraba con unos ojos más dulces y transparentes que los ojos de la unicornio. El mago golpeó la mesa con el vaso y dijo al sonriente alcalde-: Es una criatura mucho más

extraña de lo que os atrevéis a imaginar. Es un mito, un recuerdo, el deseo del deseo, el lamento del vestigio... Si pudierais recordar, si os atrevierais a anhelar...

Su voz se perdió en el tumulto ocasionado por el redoblar de cascos sobre los adoquines y el griterío de los niños. Una docena de jinetes, ataviados con ropajes otoñales, irrumpió en la *plaza.,* aullando y riendo, dispersando a los peatones como si fueran guijarros. Formaron en línea y desfilaron alrededor de la plaza, golpeando todo lo que encontraban en su camino, farfullando incomprensibles bravuconadas y desafíos a todos y a nadie. Uno de los jinetes se incorporó en su montura, tensó el arco y desprendió la veleta del capitel de la iglesia; otro le arrebató el sombrero a Schmendrick, se lo colocó en la cabeza y partió al galope, riéndose a carcajadas. Algunos cazaban aterrorizados niños al vuelo y otros se contentaban con odres de vino y bocadillos. Sus ojos chispeaban locamente en los rostros mal afeitados y sus carcajadas resonaban como tambores.

El alcalde mantuvo la serenidad hasta que consiguió llamar la atención del que encabezaba a los jinetes. Entonces enarcó una ceja; el hombre chasqueó los dedos y al instante cesó la algarabía. Los hombres enmudecieron como los animales frente a la unicornio. Depositaron a los niños en tierra y devolvieron la mayor parte de los odres.

-Jack Jingly, por favor -dijo el alcalde con calma.

El cabecilla de los asaltantes desmontó y caminó despacio hacia la mesa donde los concejales y su invitado habían cenado. Era un hombre de gran envergadura, cercano a los dos metros, y a cada paso que daba resonaba y tintineaba por los anillos, campanillas y pulseras que llevaba cosidos en su justillo remendado.

-Buenas tardes, Su Excelencia -dijo con una risita grosera.

-Zanjemos el asunto de inmediato -respondió el alcalde-. No comprendo por qué no podéis venir a caballo tranquilamente, como gente civilizada.

-Bueno, no es que los muchachos quieran hacer daño a nadie -gruñó el gigante en tono afable-. Veréis, Su Excelencia, es lógico que después de todo un día enfrascados en sus quehaceres necesiten un poco de distracción, un ligero desahogo, en fin. A que sí, ¿eh? -Con un suspiro extrajo un arrugado monedero de su cinturón y lo depositó en la mano abierta del alcalde-. Ahí va eso, Su Excelencia. No es mucho, pero no podemos desprendernos de más dinero.

El alcalde puso las monedas en su palma y las rechazó con un grueso dedo.

-Por supuesto que no es mucho -se lamentó-. Ni siquiera está a la altura de lo requisado el mes anterior, y ya era bastante poco. Sois un lamentable hatajo de bandoleros.

-Son tiempos duros -se excusó Jack Jingly hoscamente-. No podemos quejarnos si los viajeros tienen menos plata que nosotros. No se pueden pedir peras al olmo.

-Yo sí puedo -dijo el alcalde. Su rostro adquirió un tono purpúreo y amenazó con el puño al gigantesco salteador-. Y si me estáis estafando, si os estáis llenando los bolsillos a mis expensas, amigo mío, os aplastaré, os reduciré a pulpa, os haré picadillo y dejaré que el viento os disperse. ¡Largaos ahora mismo y decídselo a vuestro piojoso capitán! ¡Fuera de mi vista, tunantes!

En el momento en que Jack Jingly se iba a marchar, mascullando entre dientes, Schmendrick se aclaró la garganta y solicitó tímidamente:

-Me gustaría recuperar el sombrero, si no os importa. El gigante se paró en seco y le miró con los ojos inyectados en sangre, como un búfalo a punto de atacar.

-Mi sombrero -exigió Schmendrick con voz más firme-. Uno de tus hombres me cogió el sombrero y demostraría ser bastante inteligente si me lo devolviera.

-¿Inteligente, dices? -gruñó finalmente el hombre-. ¿Y quién se supone que eres tú? ¿Sabes lo que es la inteligencia?

-Soy Schmendrick el Mago -declaró, animado por el vino que recorría sus venas- y puedo ser un mal enemigo. Soy más viejo de lo que parezco y aún mucho menos amigable. Mi sombrero. Jack Jingly le observó unos momentos, retrocedió hacia su caballo y montó en él. Luego avanzó hasta situarse a escasos centímetros de Schmendrick y dijo:

-Pues bueno, si eres un mago hazme algún truquillo. Vuelve mis napias verdes, llena mis alforjas de nieve, sácame la barba. Enséñame tu magia o pon pies en polvorosa.

Sacó una oxidada daga del cinturón y la sostuvo por la punta, silbando maliciosamente.

-El mago es mi invitado -advirtió el alcalde. -Muy bien -dijo Schmendrick con solemnidad-. Que se ponga en tu cabeza.

Tras asegurarse, con un rápido vistazo, que la muchacha estaba pendiente de él, señaló con el dedo al grupo de espantajos arremolinados detrás de su cabecilla y pronunció unas palabras que rimaban. Al instante, su sombrero negro se desprendió de los dedos del hombre que lo sujetaba y flotó lentamente en la oscuridad, silencioso como un búho. Dos mujeres se desvanecieron y el alcalde volvió a sentarse. Los bandoleros lanzaron chillidos infantiles.

El sombrero negro recorrió toda la longitud de la plaza hasta llegar a la altura de un abrevadero en el que se sumergió, reapareciendo de nuevo lleno de agua. Entonces, casi invisible en las tinieblas, recorrió el camino inverso, dando la impresión de que se dirigía en línea recta hacia la cabeza descubierta de Jack Jingly. Éste se la cubrió con las manos, sollozando, lo que provocó risas disimuladas entre sus hombres. Schmendrick dibujó una sonrisa de triunfo en sus labios y chasqueó los dedos para apresurar el desenlace.

Pero, a medida que se aproximaba al cabecilla de los bandoleros, la trayectoria del sombrero se iba desviando, primero gradualmente, luego con enérgica decisión hacia la mesa de los concejales. El alcalde tuvo el tiempo justo para ponerse en pie antes de que el sombrero se instalara confortablemente en su cabeza. Schmendrick lo esquivó a duras penas, pero dos de los concejales más cercanos quedaron empapados por completo.

En el torbellino de carcajadas que siguió al incidente, Jack Jingly se agachó y se apoderó de Schmendrick el Mago, que trataba de secar al alcalde con el mantel.

-No dudo que te soliciten muchas repeticiones -bramó en su oreja-. Será mejor que vengas con nosotros.

Colocó a Schmendrick boca abajo atravesado en su montura y galopó hacia la salida del pueblo, seguido de la innoble horda. Sus bufidos, eructos y risotadas persistieron en la plaza mucho después de que el sonido de los cascos se hubo disipado.

Los hombres acudieron corriendo al alcalde para preguntarle si debían acudir en rescate del mago, pero aquél agitó su mojada cabeza con estos argumentos:

-No creo que sea necesario. Si nuestro invitado es el hombre que afirma ser, es capaz de entendérselas con cualquiera a las mil maravillas. Si, por el contrario, no lo es, es evidente que un impostor que haya abusado de nuestra hospitalidad tampoco merece nuestra ayuda. No, no, no debemos preocuparnos por él.

Por sus mejillas se deslizaban riachuelos que iban a encontrarse con los arroyos de su garganta, desembocaban en el río de la camisa, pero él desvió su plácida mirada hacia el prado donde el potro blanco del mago resplandecía en las tinieblas. Trotaba de un lado a otro del cercado sin hacer ruido.

Librodot

-Me parece que sería conveniente cuidar de la montura de nuestro amigo ausente, ya que es evidente que la tenía en gran estima -dijo el alcalde sin levantar la voz.

Envió a dos hombres al prado con instrucciones de atar con una cuerda al potro y encerrarlo en el establo más seguro de su propia cuadra.

Pero antes de que los hombres hubieran abierto la puerta del prado, el potro blanco saltó el cercado y desapareció en la noche como una estrella errante. Los dos hombres se quedaron un momento donde estaban, sin prestar atención a la orden del alcalde de que volvieran; y a nadie comentaron, ni siquiera entre ellos, por qué se habían quedado tanto tiempo mirando el potro del mago. Y después de esto, a veces, se ponían a reír con auténtica satisfacción en el transcurso de acontecimientos muy graves, de modo que llegaron a ser considerados como unos tipos de lo más frívolo.

Librodot

5

Todo lo que Schmendrick fue capaz de recordar después de su loca cabalgada en compañía de los asaltantes fue el viento, el borde de la silla de montar y la risa del jovial gigante. Estuvo demasiado ocupado meditando sobre el desenlace del truco del sombrero para apercibirse de algo más. Demasiada ortodoxia, se dijo. Sobrecompensación. Pero meneó la cabeza, lo que era bastante incómodo en la posición en que se encontraba. La magia sabe lo que quiere hacer, pensó, botando como una pelota mientras el caballo vadeaba un riachuelo, pero yo nunca sé lo que ella sabe; no en el momento apropiado, al menos. Si supiera donde vive, le escribiría una carta.

Matorrales y ramas arañaban su rostro, y los búhos ululaban en sus oídos. Los caballos aminoraron el trote y luego marcharon a paso lento. Una voz aguda y temblorosa surgió de algún lugar indeterminado.

- ¡Alto! ¡La contraseña!

- ¡Maldición, allá vamos! -masculló Jackjingly. Se rascó la cabeza con el ruido de una sierra, elevó la voz y respondió-: Una vida corta y alegre en el apacible bosque; alegres camaradas unidos y en la victoria comprometidos...

-Libertad - corrigió la otra voz-. En la libertad comprometidos. Un pequeño matiz semántico.

-Gracias, tú. En la libertad comprometidos. Camaradas unidos..., si eso es lo que dije. Veamos: una vida corta y alegre, alegres camaradas..., no, no es eso. -Jackjingly se rascó la cabeza otra vez y gruñó-: En la libertad comprometidos... Ayúdame un poco, ¿vale?

-Todos para uno y uno para todos -contestó la voz amablemente-. ¿Adivinas lo que sigue?

-Todos para uno y uno para todos..., no caigo. Todos para uno y uno para todos, unidos vencemos, divididos fracasamos.

Después de gritar estas palabras, el gigante espoleó su caballo y siguió adelante.

Una flecha silbó en la penumbra, le rebanó un trozo de oreja, hirió al caballo del hombre que cabalgaba detrás suyo y se perdió a lo lejos, vibrando como un murciélago. Los forajidos buscaron refugio entre los árboles.

- ¡Malditos sean tus ojos! - graznó Jackjingly-. He dado la contraseña diez veces. ¡Deja que te ponga las manos encima...!

-Cambiamos el santo y seña mientras estabais fuera, Jack -dijo el centinela-. Era muy difícil de recordar.

-Ah, conque cambiasteis el santo y seña, ¿eh? -Jackjingly se puso un trozo de la capa de Schmendrick en su oreja ensangrentada-. ¿Y cómo se supone que debería saberlo, descerebrado, deficiente, atontado?

-No te enfades, Jack -respondió el centinela en tono tranquilizador-. Ya ves, en realidad no importa que no sepas el nuevo santo y seña, porque es muy sencillo. Consiste en gritar como una jirafa. Lo pensó el capitán en persona.

-¿Gritar como una jirafa? -El jinete blasfemó de un modo tan atroz que hasta los caballos empezaron a dar signos de inquietud-. Mira, zoquete, las jirafas no gritan. A lo mejor al capitán le gustaría que gritáramos como un pez o como una mariposa.

-Ya lo sé, pero de esta manera a nadie se le puede olvidar el santo y seña, ni siquiera a ti. ¿A que es muy listo el capitán?

-Este hombre no tiene límites -repuso Jackjingly perplejo-. Pero, escúchame, ¿qué es lo que impedirá que uno o dos de los guardabosques del rey griten como una jirafa cuando les des el alto?

-Aja -rió el centinela-, ahí está lo bueno del asunto. Debes gritar como una jirafa tres veces, dos largas y una corta.

Jackjingly guardó silencio, inmóvil sobre su montura, con el trozo de tela todavía en la oreja herida.

-Dos largas y una corta -suspiró por fin-. Bien, bien, no es más estúpido que matar a todo aquel que no responda al quién vive, como hacíamos en los tiempos en que no teníamos santo y seña. Dos largas y una corta, me parece muy bien.

Se adentró entre los árboles, seguido de sus hombres.

Se oía un murmullo de voces más adelante, hoscas como abejas molestadas. A medida que se acercaban, Schmendrick creyó distinguir la voz de una mujer. Luego notó en la mejilla el soplo de unas llamas y levantó la cabeza. Se habían detenido en un pequeño claro donde unos diez o doce hombres estaban sentados alrededor de una hoguera, con aspecto malhumorado e impaciente. El aire olía a judías requemadas.

Un pelirrojo pecoso, vestido con unos harapos un poco más dignos que los del resto, avanzó hacia los recién llegados.

-Muy bien, Jack, ¿a quién traes contigo, camarada o cautivo? -Luego gritó por encima del hombro de alguien-: Pon más agua en la sopa, cariño, tenemos compañía.

-Y yo qué sé quién es -bufó Jackjingly.

Empezó a contar la historia del alcalde y el sombrero, pero, cuando apenas había llegado al triunfal momento de su irrupción en la plaza, le interrumpió el hiriente falsete de una mujer que se abría paso a empujones entre el círculo de hombres congregados.

- ¡No lo pienso hacer, Cully, la sopa es menos espesa que el sudor! -Su rostro era huesudo y pálido, los ojos lanzaban chispas de furor y tenía el pelo del color de la hierba pisoteada-. ¿Y quién es este paria? -Inspeccionó a Schmendrick como si se tratara de algo que hubiera encontrado pegado a la suela de los zapatos-. No es de la ciudad. No me gusta su mirada. Arráncale el talento.

Había querido decir talego o trasero, o ambas cosas a la vez, pero la coincidencia hizo que un escalofrío recorriera la espina dorsal de Schmendrick. Bajó del caballo de Jack Jingly y se plantó ante el capitán de los bandidos.

-Soy Schmendrick el Mago -anunció, haciendo girar la capa con ambas manos hasta que quedó colgando flojamente-. ¿Y no sois vos acaso el famoso capitán Cully del Verde Bosque, el más audaz de los audaces y el más libre de los hombres libres?

Algunos de los forajidos rieron por lo bajo y la mujer gruñó.

-Lo sabía -declaró-. Destrípalo, Cully, como a un gusano, antes de que haga contigo lo que hizo el último.

Pero el capitán hizo una orgullosa reverencia, que descubrió su coronilla calva, y respondió:

-Ése soy yo. El que busca mi cabeza encuentra un enemigo temible, pero el que viene como amigo halla un amigo sincero. ¿Cómo vinisteis a parar aquí, señor?

Librodot

-A causa de mi estómago -dijo Schmendrick- y en contra de mi voluntad, pero amigablemente, a pesar de que alguien lo dude -añadió, señalando a la mujer, y ésta escupió en el suelo.

El capitán Cully sonrió y puso su brazo cautelosamente sobre los hombros angulosos de la mujer.

-No os preocupéis, son los modales propios de Molly Grue -explicó-. Cuida de mí mejor que yo mismo. Soy generoso y espléndido; quizá hasta límites extravagantes. La mano siempre abierta para los fugitivos de la tiranía, ése es mi lema. Es natural que Molly se volviera suspicaz, avara, terca, vieja antes de tiempo, incluso poco autoritaria. Hasta un globo necesita estar atado por un extremo, ¿eh, Molly? -La mujer se apartó bruscamente de él, pero el capitán no le hizo caso-. Sed bienvenido, señor brujo. Acercaos al fuego y contadnos vuestra historia. ¿Qué dicen de mí en vuestro país? ¿Qué habéis oído acerca del gallardo capitán Cully y su cuadrilla de hombres libres? Comed un trozo de carne.

Schmendrick aceptó un lugar junto al fuego, declinó con elegancia el gélido bocado y replicó:

-He oído que sois el amigo de los indefensos y el enemigo de los poderosos, y que vos y vuestros leales lleváis una vida placentera en los bosques, robando a los ricos para ayudar a los pobres. He oído el relato de cómo Jackjingly y vos luchasteis con palos hasta abriros la cabeza, siendo desde entonces hermanos de sangre; y también cómo salvasteis a Molly de casarse con el rico anciano al que su padre la había prometido. -De hecho, Schmendrick jamás había oído hablar del capitán Cully hasta esa misma tarde, pero poseía extensos conocimientos sobre el folklore anglosajón y había tropezado con tipos semejantes, así que continuó especulando-. Por supuesto, hubo cierto rey malvado...

- ¡Haggard, que la ruina y la miseria caigan sobre él! -exclamó Cully-. Sí, no hay nadie aquí que no haya sido perjudicado por el rey Haggard: expulsado de sus tierras legítimas, desposeído de su posición y de sus rentas, esquilmado de su patrimonio. Escucha bien, mago, viven sólo para la venganza, y un día Haggard pagará sus deudas...

Un coro de peludas sombras silbó con aprobación, pero la carcajada de Molly Grue cayó como una tormenta de granizo, que arrasa todo a su paso.

-Quizá lo haga -se burló-, pero no a una pandilla de cobardes charlatanes como vosotros. Su castillo se pudre y tambalea cada día más, sus hombres son tan viejos que ya no pueden ni vestir la armadura, pero él reinará siempre, a pesar de las bravuconadas del capitán Cully.

Schmendrick levantó una ceja y Cully se puso rojo como un tomate.

-Ya os lo explicaré -balbuceó-. El rey Haggard tiene ese Toro...

- ¡Ah, el Toro Rojo, el Toro Rojo! -aulló Molly-. Déjame que te diga, Cully, que después de vivir todos estos años en el bosque contigo, he llegado a pensar que el Toro no es más que un apodo para tu cobardía. Si oigo ese cuento otra vez, iré a matar al viejo Haggard yo misma, y verás...

- ¡Basta! -rugió Cully-. ¡No te lo permito ante extraños!

Desenvainó la espada y Molly abrió los brazos, riendo todavía. Alrededor del fuego, manos grasientas volaron hacia las empuñaduras de los cuchillos y los arcos parecieron tensarse por propia voluntad.

Entonces Schmendrick habló en voz alta, tratando de salvar la menguada vanidad de Cully. Odiaba las escenas familiares.

-Cantan una balada sobre ti en mi país -empezó-, pero me he olvidado de la letra...

Librodot

El capitán Cully saltó como un gato que se ha mordido la cola.

-¿Cuál? -preguntó.

-No lo sé -contestó Schmendrick, sorprendido-. ¿Hay más de una?

- ¡Pues claro! -gritó Cully, encendido de entusiasmo, rebosante de orgullo-. ¡Willie Gentle! ¡Willie Gentle! ¿Dónde está ese chico?

Un joven de pelo lacio, con la cara llena de granos y un laúd apareció arrastrando los pies.

-Canta una de mis hazañas para el caballero -le ordenó el capitán Cully-. Canta la que describe cómo te uniste a mi banda. No la he escuchado desde el martes pasado.

El juglar suspiró, pulsó una cuerda y empezó a cantar con una temblorosa voz de tenor:

Oh, a lomos de su caballo volvía el capitán Cully al hogar,
gozoso de cazar en tierras del rey venados, cuando
¿a quién vio sino a un joven de pálida faz
que marchaba entristecido a través de los prados?

¿Qué nuevas me traes, apuesto caballero,
qué pena te aflige, por qué sin cesar suspiras?
¿Acaso has perdido a la dama de tus sueños,
o tal vez tienes roña en las tripas?

No tengo roña, sea lo que sea eso,
y mis tripas hacen bien su trabajo;
suspiro por la dama de mis sueños
a la que mis tres hermanos secuestraron.

Soy el capitán Cully, de los bosques dueño,
y los hombres que me siguen son bravos y libres.
Si rescato a la dama de tus sueños,
¿qué servicio piensas rendirme?

Si rescatas a la dama de mis sueños
te romperé las narices, viejo pazguato.
Pero llevaba una esmeralda en el cuello
que mis tres hermanos también tomaron.

Entonces el capitán se dirigió al encuentro de los canallas
y blandió hasta hacerla vibrar y cantar su espada:
quedaos con la chica y entrenadme la esmeralda,
porque está hecha para ornar corona de monarcas.

-Ahora viene lo mejor -susurró Cully a Schmendrick. Se balanceaba ansioso sobre la punta de los pies, orgulloso de sí mismo.

Entonces arrojaron las capas y desenvainaron la espada
y las tres espadas silbaron como el viento.
«A fe mía, dijo el capitán Cully,
que os quedaréis sin rehén ni esmeralda.»

Y los batió por alto y los batió por bajo
y los batió de un lado a otro como corderos...

-Como corderos -canturreó Cully.

Paró, esquivó y lanzó por los aires las tres espadas con el antebrazo en honor de las diecisiete estrofas restantes de la canción, olvidando en su éxtasis las burlas de Molly y el descontento de sus hombres. Por fin terminó la balada y Schmendrick aplaudió con entusiasmo y expresión de seriedad, y cumplimentó a Willie Gentle con su proverbial diplomacia.

-Es lo que yo llamo una selección de Alano-Dale -respondió el juglar.

Se habría extendido más en el tema de no mediar la interrupción de Cully.

-Bueno, Willie, buen chico, ahora toca las otras. -Lanzó una mirada de agradecimiento hacia la forzada expresión de complacida sorpresa que Schmendrick logró componer-. Ya os dije que existían varias canciones acerca de mí. Treinta y una, para ser exactos, aunque ninguna forma parte de la colección Child, al menos hasta el momento. -Sus ojos se agrandaron súbitamente y zarandeó al mago por los hombros-. ¿No seréis acaso el señor Child en persona? Se cuenta que a menudo viaja disfrazado de hombre sencillo, a la busca de nuevas baladas...

Schmendrick meneó la cabeza.

-No, lo siento de veras.

-No importa. -El capitán suspiró y dejó de sujetarle-. Uno siempre abriga la esperanza, incluso ahora, de ser... coleccionado, verificado, reseñado, de poseer diferentes versiones, de mantener, si me apuráis, la duda sobre la propia existencia... Bien, bien, es lo mismo. Canta las otras canciones, Willie. Necesitarás la práctica algún día, cuando te hagan una prueba de grabación.

Los forajidos protestaron golpeando una piedra con otra y pataleando. Una voz ronca se elevó a pleno pulmón desde un rincón en sombras.

-No, no, canta una canción auténtica. Cántanos una sobre Robin Hood.

-¿Quién dijo eso?

La espada de Cully resonó en la funda cuando su dueño se volvió frenéticamente de un sitio a otro. El rostro del capitán estaba tan pálido y marchito como un limón exprimido.

-Yo lo hice -mintió Molly Grue-. Los hombres están aburridos de baladas sobre tu valentía, querido capitán. Aun en el caso de que las hayas escrito todas.

Cully hizo una mueca y dirigió una mirada de soslayo a Schmendrick.

-Todavía pueden existir canciones populares, ¿no es cierto, señor Child? -preguntó en voz baja y preocupada-. Después de todo...

-Yo no soy el señor Child -repuso Schmendrick-. De veras que no lo soy.

-Quiero decir que es mejor evitar que los hechos heroicos sean manejados por el pueblo. Siempre lo equivoca todo.

Un truhán de edad avanzada, que vestía un andrajo de terciopelo se adelantó.

-Capitán, si hubiera canciones populares sobre gente como nosotros, y yo supongo que es así, pensamos que deberían ser canciones verídicas sobre auténticos bandidos, no sobre esta vida de mentira que llevamos. No os ofendáis, capitán, pero realmente no somos muy alegres, dicho sea de paso...

Librodot

-Yo estoy alegre las veinticuatro horas del día, Dick Fancy -dijo fieramente Cully -. Es un hecho comprobado.

-Y no robamos a los ricos para dárselo a los pobres. -Se aventuró a continuar Dick Fancy-. Robamos a los pobres porque no pueden defenderse, al menos la mayoría, y los ricos nos roban a nosotros porque nos pueden aniquilar en un día. No robamos a ese gordo y avaricioso alcalde en medio del camino; le pagamos un tributo mensual para que nos deje en paz. No secuestramos obispos para mantenerles prisioneros en el bosque, festejándoles y entreteniéndoles, porque Molly no sabe cocinar y, además, porque no seríamos una compañía muy estimulante para un obispo. Cuando acudimos a la feria disfrazados, nunca ganamos al tiro al arco o a los dardos. Eso sí, nos dedican más cumplidos si vamos disfrazados.

-Presenté un tapiz al concurso, hace tiempo -recordó Molly-. Quedó en cuarto lugar. Quinto. Una noche en vela..., todo el mundo pasaba las noches en vela aquel año. -Se restregó los ojos con los nudillos-. Maldito seas, Cully.

-Pero ¿qué dices? ¿Es culpa mía que no triunfaras con tu tapiz? En cuanto conseguiste un hombre olvidaste tus talentos. Ya no cosiste ni cantaste, ni iluminaste ningún manuscrito durante años... ¿Y qué ocurrió con la viola de gamba que te conseguí? -Se volvió hacia Schmendrick-. Más valdría habernos casado, por la forma en que se ha echado a perder.

El mago asintió sin convicción y apartó la mirada.

-Y en lo que respecta a poner fin a los abusos, luchar por las libertades civiles y todo ese tipo de cosas -dijo Dick Fancy-, pues no está nada mal, aparte de que yo no soy el típico cruzado; unos lo son, otros no, pero eso nos obliga a cantar canciones sobre la maldad de los poderosos y la necesidad de ayudar a los oprimidos. Y nosotros no lo hacemos, Cully, nosotros los denunciamos a las autoridades para cobrar la recompensa, de modo que esas canciones son, como mínimo, confusas; y ésa es la verdad, tal como lo digo.

-Canta las canciones, Willie -ordenó Cully, cruzándose de brazos, sin escuchar los gruñidos de asentimiento de los bandidos.

-No lo haré. -El juglar no se dignó ni a mover la mano para alcanzar su laúd-. ¡Y nunca te enfrentaste con mis hermanos por una joya! Les escribiste una carta sin firma...

Cully echó el brazo hacia atrás y destellos de acero brillaron entre los hombres, como si alguien hubiera soplado sobre un montón de brasas. En ese momento, Schmendrick se adelantó de nuevo, sonriendo a duras penas.

-Si se me permite ofrecer una alternativa -sugirió-, ¿por qué no dejáis que vuestro huésped agradezca la hospitalidad dispensada divirtiéndoos? No sé cantar ni tocar instrumento alguno, pero poseo otras habilidades que quizá no hayáis visto jamás.

Jack Jingly consintió inmediatamente.

- ¡Caramba, Cully, un mago! Será un regalo extraordinario para los chicos.

Molly Grue murmuró una grosera generalización sobre los magos como clase, pero los hombres rugieron de complacencia, dando entusiásticos brincos en el aire. El único que mostraba escasa disposición de ánimo era el capitán Cully, que protestó tristemente:

-Sí, pero ¿y las canciones? El señor Child debe escuchar las canciones.

-Y lo haré -le tranquilizó Schmendrick-, pero más tarde.

Entonces Cully se animó un poco y gritó a sus hombres que se apartaran y dejaran sitio. Se tumbaron o se sentaron en cuclillas, al abrigo de las sombras, observando con sonrisas expectantes las evoluciones de Schmendrick, que utilizaba los viejos trucos desplegados ante los campesinos que acudían al Carnaval de la Medianoche. Eran trucos insignificantes, pero pensó que serían suficientes para divertir a una concurrencia semejante.

Librodot

Pero les había juzgado muy a la ligera. Aplaudieron sus juegos con aros y pañuelos, las apariciones de peces de colores y ases en las orejas, aunque la suya era una actitud de estricta cortesía, falta de asombro. Al no ofrecer auténtica magia tampoco extraía magia de ellos; y cuando fallaba un conjuro, por ejemplo, cuando prometió convertir un pato en un duque al que pudieran asaltar allí mismo y sólo obtuvo un puñado de cerezas, le aplaudían con tanta gentileza y naturalidad como si hubiera alcanzado el éxito. Era un público perfecto.

Cully sonreía con impaciencia y Jack Jingly daba cabezadas, pero lo que más le disgustó fue sorprender la decepción en los ojos inquietos de Molly Grue. La cólera se apoderó de él y rió nerviosamente. Dejó caer las siete bolas con las que había estado haciendo malabarismos (habían adquirido ya cierta intensidad de brillo, pero en sus buenos momentos los transformaba en globos de fuego), desechó sus odiadas habilidades y cerró los ojos.

- Haz lo que quieras -susurró a la magia-. Haz lo que quieras.

Un estremecimiento le recorrió de pies a cabeza. Se había iniciado en algún lugar secreto, tal vez en el hombro o en la médula de la espinilla. Su corazón se henchió y tensó como una vela, y algo se movió a lo largo de su cuerpo con mucha mayor seguridad de la que él había tenido jamás. Habló con tono de mando. Debilitado por el poder, cayó de rodillas y esperó ser Schmendrick otra vez.

Me pregunto qué es lo que hice. Algo hice.

Abrió los ojos. La mayoría de los bandidos reían a mandíbula batiente y se llevaban el dedo a la sien, contentos de poder burlarse de él. El capitán Cully se había puesto en pie, ansioso de anunciar que esa parte de la velada tocaba a su fin. Entonces Molly Grue lanzó un grito apenas sofocado y todos se volvieron a investigar lo que veía. Un hombre llegó caminando al claro.

Vestía de verde, a excepción de un justillo marrón, y un gorro marrón inclinado sobre la frente, con una pluma de perdiz. Era muy alto, demasiado alto para ser un hombre de este mundo. El gran arco que colgaba de su hombro parecía tan largo como Jack Jingly y, en cuanto a las flechas, el capitán Cully las hubiera podido usar como lanzas o jabalinas. Sin fijarse en las inmóviles y andrajosas formas apostadas alrededor del ruego, el hombre se hundió en la noche y desapareció, sin hacer el menor ruido de respiración o de pisadas.

Tras él llegaron otros, de uno en uno o por parejas. Algunos charlaban, la mayoría reían, pero ninguno hacía ruido. Todos portaban grandes arcos y vestían de verde, salvo uno, ataviado de escarlata, y otro con un hábito parduzco de fraile, calzado con sandalias y ceñido el enorme vientre con un cinto de cuerda. Uno tocaba el laúd y cantaba en silencio.

-Alano-Dale -indicó Willie Gentle. Su voz sonaba tan desnuda como un pájaro recién nacido-. Fijaos en esos cambios.

Orgullosos sin pretenderlo, airosos como jirafas, los arqueros se deslizaron por el claro. Los últimos, que paseaban tomados de la mano, eran un hombre y una mujer. Sus rostros eran tan bellos como si jamás hubieran conocido el miedo. El espeso pelo de la mujer brillaba como si ocultara un secreto, al igual que las nubes que cubren la luna.

- ¡Oh! -exclamó Molly Grue-. Marian.

-Robín Hood es un mito -dijo nerviosamente el capitán Cully-, un clásico ejemplo de los héroes populares legendarios, engendrados por la necesidad. John Henry es otro. Los hombres necesitan héroes, pero ningún hombre puede ser tan grande como la necesidad, y así la leyenda se expande a partir de un grano de verdad, como una perla. De todos modos, reconozco que es un admirable truco.

Fue Dick Fancy quien se movió primero. Cuando sólo quedaban las dos últimas figuras para desvanecerse en las tinieblas, se lanzó tras ellos, gritando en voz alta:

- ¡Robín, Robín, señor Hood, señor, esperadme!

Ni el hombre ni la mujer se volvieron, pero todos los integrantes de la banda de Cully, excepto Jack Jingly y el capitán, corrieron hacia el límite del claro, pisándose y haciéndose zancadillas, agitando el fuego de forma que el claro se llenó de sombras. Gritaban «¡Robín!» y «¡Marian, Scarlet, Little John, volved!». Schmendrick empezó a reír con una mezcla de ternura e impotencia.

- ¡Locos, locos y niños! -aulló el capitán Cully, intentando hacerse oír-. ¡Era una mentira, como toda la magia! ¡No existe nadie como Robín Hood!

Pero los bandidos, fuera de quicio, se adentraron en los bosques en persecución de las resplandecientes figuras, tropezando con troncos, arañándose con los espinos y gimiendo entrecortadamente mientras corrían.

Solamente Molly Grue se detuvo y miró atrás. Su cara estaba blanca por completo.

- ¡No, Cully, no estabas en lo cierto! -le gritó - . ¡No hay personas como tú, o como yo, o como ninguno de nosotros! ¡Robín y Marian son reales y nosotros somos legendarios! - Entonces siguió corriendo, uniéndose al coro de sus compinches, mientras el capitán Cully y Jack Jingly permanecían junto a la pisoteada hoguera, como testigos de la risa del mago.

Schmendrick apenas se dio cuenta de que saltaban sobre él y le sujetaban los brazos; tampoco se alarmó cuando Cully apoyó un cuchillo entre sus costillas.

-Fue una diversión peligrosa, señor Child, y también grosera -siseó-. Podíais haberme advertido de que no deseabais escuchar las canciones.

El cuchillo se hundió un poco más.

Muy lejos, escuchó el graznido de Jack Jingly.

-Ése no es Child, Cully, ni tampoco un mago viajero, no señor. Ahora le reconozco, es el hijo de Haggard, el príncipe Lír, tan vil como su padre y el doble de hábil en magia negra. Contén tu mano, capitán..., nos es más valioso vivo.

-¿Estás seguro, Jack? -La voz de Cully vaciló-. Parecía un tipo muy agradable.

-Un idiota agradable, querrás decir. Sí, Lír tiene ese aspecto, según me han contado. Se hace el inocente y resulta ser el diablo. El modo cómo se hizo pasar por ese tío, Child, sólo para hacerte bajar la guardia...

-No bajé la guardia, Jack -protestó Cully-. Ni por un momento. Quizá lo pareció, pero es que sé disimular muy bien.

-Y el modo cómo hizo aparecer a Robín Hood para enardecer a los chicos y volverlos contra ti... Ah, se delató esta vez y ahora se quedará con nosotros aunque su padre envíe al Toro Rojo para liberarle.

Cully contuvo el aliento ante estas palabras. Como Schmendrick no cesaba de reír, le llevaron hacia un árbol y lo ataron con la cara pegada al tronco y los brazos anudados a su alrededor. Continuó riendo durante la operación y, para hacer las cosas más fáciles, se *abrazó* al tronco como si se tratara de una nueva amante.

-Ya está -dijo por fin Jack Jingly-. No le quites el ojo de encima en toda la noche, Cully, mientras yo duermo, y por la mañana iré a ver al viejo Haggard para averiguar en cuánto estima a su hijo. Se me ocurre que en menos de un mes seremos caballeros acomodados.

-¿Y los hombres? -preguntó Cully con aspecto de preocupación-. ¿Crees que volverán?

El gigante bostezó y dio media vuelta.

-Volverán por la mañana, tristes y resfriados, y deberás ser paciente con ellos durante un tiempo. Volverán, porque no son capaces de vender algo por nada, como tampoco lo soy yo. Robín Hood se hubiera quedado con nosotros si lo fuéramos. Buenas noches, capitán.

Cesaron los sonidos en cuanto se marchó, a excepción de los grillos y el suave parloteo que Schmendrick dedicaba al árbol. El fuego se fue apagando mientras Cully caminaba en círculos, suspirando cada vez que una brasa se consumía. Finalmente se acomodó sobre un tronco y le dirigió la palabra a Schmendrick.

-Tal vez seas el hijo de Haggard -musitó- y no Child el coleccionista, como proclamabas. Pero seas quien seas sabes muy bien que Robín Hood es la fábula y yo soy la realidad. No se compondrán baladas en torno a mi nombre a menos que las escriba yo mismo; los niños no leerán mis aventuras en sus libros de texto, ni jugarán a ser el capitán Cully después de clase. Y cuando los profesores investiguen en antiguos relatos y los alumnos examinen viejas canciones para averiguar si Robín Hood existió realmente, nunca, nunca encontrarán mi nombre; para ello deberían partir el mundo como una nuez y buscar en el fondo de su corazón. Pero tú ya lo sabes y, por lo tanto, voy a cantarte las canciones del capitán Cully. Era un bondadoso y alegre bribón que robaba a los ricos para dárselo a los pobres. En agradecimiento, el pueblo compuso estos versos sobre él.

Con lo cual las cantó todas, incluyendo la que Willie Gentle había cantado para Schmendrick. A menudo hacía una pausa para extenderse en comentarios acerca de las variadas pautas rítmicas, las rimas asonantes y la construcción de las melodías.

6

El capitán Cully se durmió en la decimotercera estrofa de la decimonovena canción, y Schmendrick, que había cesado de reír con sorprendente rapidez, se apresuró a intentar zafarse de sus ligaduras. Las tensó hasta el límite de sus fuerzas, pero resistieron. Jack Jingly le había atado con una cuerda lo suficientemente larga como para aparejar una goleta de tamaño mediano, y había hecho unos nudos del tamaño de un cráneo.

«Tranquilo, tranquilo», se aconsejó a sí mismo. «Ningún hombre con el poder de convocar a Robín Hood -de crearlo, a decir verdad- puede estar sujeto durante mucho tiempo! Una palabra, un deseo, y este árbol será de nuevo una bellota en una rama y la cuerda será una alga de pantano.» Pero supo, antes de suplicar ayuda al poder que le había embargado poco antes, que ya no existía; sólo una ligera molestia indicaba el lugar que había ocupado. Se sintió como una crisálida abandonada.

-Haz lo que quieras -dijo en voz baja.

El capitán Cully despertó al instante y se puso a cantar la decimocuarta estrofa.

Hay cincuenta espadas fuera de la casa
y en su interior cincuenta más,
y me temo, capitán, que con ellas,
para matarnos bastará.

Valor, valor, dijo el capitán Cully,
y no abrigues más temores,
tal vez haya cien espadas,
pero somos siete hombres.

-Ojalá te descuartizaran -le espetó el mago, pero Cully se durmió de nuevo.

Schmendrick probó algunos trucos sencillos para escapar, pero no podía utilizar las manos y, de hecho, estaba harto de trucos. Consiguió, sin embargo, que el árbol se enamorara de él y empezara a describir, con apasionados suspiros y murmullos, la dicha de estar fundido en un eterno abrazo con un roble. «Siempre, siempre», proclamaba, «una fidelidad más allá de todo merecimiento. Conservaré en mi memoria el color de tus ojos cuando nadie quede en la tierra que recuerde tu nombre. No hay más inmortalidad que la del amor de un árbol.»

-Estoy prometido -se disculpó Schmendrick-. A un alerce del Oeste. Desde la niñez. Un matrimonio por contrato, sin la menor posibilidad de elección. Sin esperanza. Nuestro amor es imposible.

Un estremecimiento de furia sacudió al roble, como si una tormenta se cerniera exclusivamente sobre él.

- ¡Caigan rayos y centellas sobre ella! -rugió encolerizado-. ¡Maldito pedazo de madera, condenada conífera, mentirosa hoja perenne, nunca te tendrá! ¡Pereceremos juntos y todos los árboles conservarán en su memoria nuestra tragedia!

Schmendrick podía sentir al árbol, en toda su extensión, palpitar como su corazón, y temió que realmente fuera a partirse de rabia. Las cuerdas le apretaban cada vez más y la noche iba adquiriendo tonalidades rojas y amarillas. Intentó explicar al roble que el amor era generoso precisamente porque nunca podía llegar a ser inmortal, y luego pidió ayuda, con toda la potencia de sus pulmones, al capitán Cully, pero le salió un sonido chirriante y breve como el de un árbol. Tiene buenas intenciones, pensó, y se resignó a ser amado.

Entonces las cuerdas se fueron aflojando a medida que arremetía contra ellas y cayó de espaldas al suelo, respirando convulsivamente. La unicornio estaba parada frente a él, oscura como la sangre más oscura. Le tocó con el cuerno.

Cuando pudo levantarse, la unicornio se marchó en dirección contraria. El mago la siguió, receloso del roble, aunque estaba quieto de nuevo, como cualquier árbol que no ha conocido el amor. El cielo todavía era negro, pero una penumbra húmeda dejaba entrever el inminente amanecer violáceo. El clarear del cielo trajo consigo la formación de gruesas nubes plateadas; las sombras se atenuaron, los sonidos se hicieron indistintos, las formas aún no habían decidido qué iban a ser ese día. Incluso el viento se interrogaba a sí mismo.

-¿Me viste? -preguntó a la unicornio-. ¿Estabas mirándome, viste lo que hice?

-Sí -respondió-. Era verdadera magia.

El vacío volvió, amargo y frío como una espada.

-Se ha ido ahora -dijo-. Lo tenía, o me tenía, pero se ha ido ahora. No pude retenerlo.

La unicornio flotaba ante él, silenciosa como una pluma.

Muy cerca sonó una voz familiar:

-¿Tan pronto nos abandonas, mago? A los hombres les sabrá mal y te echarán de menos.

El interpelado se volvió y vio a Molly Grue apoyada en un árbol. Iba descalza, con los pies llagados y ensangrentados, el vestido andrajoso y el pelo sucio.

-Sorpresa -dijo la muchacha-. Soy la doncella Marian.

Entonces vio a la unicornio. No se movió ni articuló palabra, pero de repente sus ojos se llenaron de lágrimas. Estuvo mucho rato inmóvil; luego aferró el dobladillo con los dedos y dobló las rodillas en una especie de temblorosa reverencia. Cruzó los tobillos y bajó los ojos, pero aún tardó Schmendrick otro instante antes de comprender que Molly Grue estaba rindiendo homenaje a la unicornio.

El mago empezó a reír y Molly se levantó de un salto, sonrojada desde el cabello hasta el cuello.

-¿Dónde estabas? -gritó ella-. Maldito seas, ¿dónde estabas?

Avanzó unos pasos en dirección a Schmendrick, pero miraba más allá de él, a la unicornio.

El mago se interpuso en su camino, sin permitirle que siguiera adelante.

-No hables así -dijo, dudando aún de que hubiera reconocido a la unicornio-. ¿No sabes cómo comportarte, mujer? Y no hagas reverencias.

Pero Molly le apartó a un lado y se plantó ante la unicornio, reprendiéndole como si fuera una vaca extraviada. «¿Dónde estabas?» Ante la blancura y el brillo del cuerno, Molly pareció empequeñecerse, como un escarabajo chillón, pero esta vez fue la unicornio quien bajó la mirada.

-Ahora estoy aquí -dijo por fin.

-Y yo ¿qué gano con que estés aquí, ahora? -dijo Molly, casi sin despegar los labios-. ¿Dónde estabas hace veinte años, diez años? ¿Cómo te atreves, cómo te atreves a venir a mí ahora, ahora que me he convertido en esto? - Con un gesto de la mano se describió: rostro consumido, los ojos sin brillo, el corazón marchito-. Ojalá no hubieras vuelto nunca. ¿Por qué has regresado?

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas.

La unicornio no replicó. Fue Schmendrick el que habló primero.

-Ella es el último. El último unicornio del mundo.

-Podría serlo -dijo Molly conteniendo el llanto-. Podría ser el último unicornio del mundo que viniera a Molly Grue. -Entonces se irguió para acariciar la mejilla de la unicornio con la palma de la mano, pero ambas titubearon un poco y la caricia se perdió en un suave y tembloroso punto bajo la quijada-. Está bien. Te perdono.

-Los unicornios no están hechos para ser perdonados. -Un vertiginoso rapto de celos invadió al mago, no sólo por la caricia, sino porque algo similar a un secreto se estaba perfilando entre Molly y la unicornio-. Los unicornios son para los que empiezan, para los puros y los inocentes, para los recién llegados. Los unicornios son para las vírgenes.

-No sabes mucho sobre unicornios -dijo Molly, acariciando el cuello de la unicornio con la timidez de un ciego.

Se secó las lágrimas en la blanca crin.

El cielo era de un gris jade ahora, y los árboles que se insinuaban en la oscuridad un momento antes ya eran árboles reales, siseando al viento del alba. Schmendrick dijo fríamente, mirando a la unicornio:

-Debemos partir.

-Sí, antes de que los hombres caigan sobre nosotros y te rebanen el cuello por haberles tomado el pelo -apuntó Molly con rapidez. Miró atrás, por encima del hombro-. Quería coger unas cosas, pero ya no importa. Estoy preparada.

Schmendrick avanzó hacia ella y se interpuso en su camino.

-No puedes venir con nosotros. Tenemos una misión.

Puso la máxima energía en su voz y en su mirada, pero notó que su nariz le traicionaba. Nunca había sido capaz de disciplinar su nariz.

La cara de Molly se cerró frente a él como un castillo, por el que asomaban cañones, ballestas y calderos de plomo derretido.

-¿Y quién eres tú para decir «vamos»?

-Soy un guía -señaló el mago con aires de importancia.

La unicornio emitió un débil sonido de sorpresa, como una gata cuando llama a sus crías. Molly lo repitió como un eco.

-No sabes gran cosa sobre unicornios -insistió-. Te deja viajar con él, aunque no entiendo bien por qué, pero no te necesita. Ni a mí tampoco, bien lo sabe el cielo, pero me dejará venir de todos modos. Pregúntale. -La unicornio repitió el ruido de antes y el castillo que era la cara de Molly bajó el puente levadizo, y expuso abiertamente todo cuanto ocultaba-. Pregúntale.

Schmendrick supo la respuesta de la unicornio por un súbito desfallecimiento del corazón. Trató de comportarse con inteligencia, pero la envidia y la vanidad pudieron más y se oyó clamar penosamente:

- ¡Nunca! ¡Te lo prohíbo...! ¡Yo, Schmendrick el Mago! -Su voz adquirió tintes sombríos y hasta su nariz se hizo amenazadora-. ¡Ve con cuidado de no desatar la cólera de un mago! Si me diera la gana de convertirte en un sapo...

-Me moriría de risa -bromeó Molly Grue-. Eres hábil con los cuentos de hadas, pero no puedes convertir la nata en mantequilla. -Sus ojos chispearon con un destello de comprensión-. Sé sensato, hombre. ¿Qué pensabas hacer con el último unicornio del mundo? ¿Meterlo en una jaula?

El mago se apartó de Molly para evitar que viera su cara. No miró directamente a la unicornio, sino que atisbo a hurtadillas breves retazos de ella, con tanta cautela como si estuviera obligado a devolvérselos. Blanca y secreta, con el cuerno brillando a la luz del amanecer, le miraba con profunda dulzura, pero el mago no podía tocarla.

-Ni siquiera sabes adonde nos dirigimos -advirtió a la joven.

-¿De veras crees que me importa? -preguntó Molly.

Repitió el sonido gatuno.

-Nuestro viaje tiene como meta el país del rey Haggard, para encontrar el Toro Rojo.

La piel de Molly se erizó por un momento, con independencia de lo que creyeran sus huesos o supiera su corazón; pero entonces la unicornio echó su aliento sobre la palma de su mano abierta, y Molly sonrió cuando notó cómo el calor corría entre sus dedos.

-Bien, pues vais en dirección equivocada -dijo.

El sol ya estaba alto, sobre el horizonte, cuando ella les condujo de regreso por el camino que habían tomado, más allá de Cully, que dormía profundamente en su tronco, a través del claro y aún más lejos. Los hombres estaban regresando, se oían crujir las ramas secas y el chasquido de la maleza al ser pisada. Tuvieron que ocultarse tras unas matas de espino ante la cercanía de dos de los bandidos de Cully, que se preguntaban amargamente si la visión de Robín Hood había sido real o no.

-Les olí -decía el primero de ellos-. A los ojos es fácil engañarlos, pero seguro que ninguna sombra huele.

- Los ojos falsean la realidad, desde luego -gruñó el segundo hombre, que parecía llevar a cuestas una ciénaga-. Pero, ¿de veras confías en el testimonio de tus orejas, de tu nariz, de tus cuerdas vocales? Yo no, amigo mío. El universo miente a nuestros sentidos, ellos nos mienten a nosotros, así que, ¿qué podemos ser sino mentirosos? Por mi parte, no confío ni en el mensaje ni en el mensajero, ni en lo que me dicen ni en lo que veo. En alguna parte debe existir la verdad, pero nunca me ha sido revelada.

-Ah -exclamó el primero con una sonrisa maligna-. Pero viniste corriendo con el resto de nosotros para marcharte con Robin Hood, y vagaste en su busca toda la noche, gritando y voceando como el resto de nosotros. ¿Por qué no te evitaste todas estas molestias, si eres tan sabio?

-Bien, nunca se sabe-respondió el otro escuetamente, escupiendo barro-. Podía estar equivocado.

Un príncipe y una princesa estaban sentados junto a un riachuelo en un valle boscoso. Sus siete sirvientes habían instalado un dosel bajo un árbol y la joven pareja real tomaba un ligero almuerzo, acompañados por la música de laúdes y tiorbas. Apenas se hablaron mientras duró la comida, y después la princesa suspiró y dijo:

- Bien, creo que sería mejor terminar con esas tonterías.

El príncipe empezó a leer una revista.

-Al menos deberías... -dijo la princesa, pero el príncipe continuó leyendo. La princesa hizo una señal a dos de sus servidores, que se pusieron a tocar música muy antigua con sus

laúdes. Luego dio unos pasos sobre la hierba, levantó una brida reluciente como manteca y llamó-: ¡Aquí, unicornio, aquí! ¡Aquí, precioso, ven conmigo! ¡Ven y ven y ven y ven y ven!

-No estás llamando a tus pollos, ¿sabes? -indicó el príncipe, sin levantar los ojos-. ¿Por qué no cantas algo, en lugar de cloquear así?

-Bueno, hago lo que puedo -protestó la princesa-. Nunca hasta ahora había llamado a una de esas cosas.

Después de un pequeño silencio empezó a cantar:

Soy la hija de un rey,
y si para mí fuera importante,
la luna, que no tiene amante,
revolvería mis cabellos.

Nadie se atreve a desear
lo que elijo reclamar,
todo lo que me ha apetecido,
mío ha sido.

Soy la hija de un rey
y envejezco en el fondo
de la prisión de mi persona,
entre los confines de mi piel.
Y me gustaría escapar
y vagar de puerta en puerta
para ver tu sombra
una vez, y nunca más.

Así cantó, una y otra vez, y luego llamó:

-Hermoso unicornio, precioso, precioso, precioso. -Siguió un rato más y al fin dijo, malhumorada-: Bien, he hecho cuanto podía. Me voy a casa.

-Has cumplido con la tradición bastante bien. -El príncipe bostezó y dobló la revista-. Nadie esperaba más. Era una pura formalidad. Ahora podemos casarnos.

-Sí -dijo la princesa-, ahora podemos casarnos. -Los sirvientes empezaron a empaquetar los enseres, mientras los dos músicos tocaban jubilosas melodías de boda. La voz de la princesa sonó algo triste y desafiante cuando afirmó-: Si hubiera algo como los unicornios, uno al menos habría acudido a mi llamada. Lo hice tan dulcemente como pude, y tenía la brida de oro. Y, por supuesto, soy pura e intocada.

-Al menos en lo que a mí concierne -respondió el príncipe con indiferencia-. Como ya dije, cumpliste con la tradición.

No satisfaces a mi padre, pero tampoco lo hago yo. Haría falta un unicornio.

El príncipe era alto, y su cara poseía la blancura y la placidez de un merengue.

Cuando ellos y su comitiva se hubieron ido, la unicornio salió del bosque, seguida de Molly y el mago, y reanudó su viaje. Tiempo después, errando por otro país en el que no habían riachuelos y nada era verde, Molly le preguntó por qué no había acudido al reclamo de la princesa. Schmendrick se acercó para escuchar la respuesta, a pesar de que estaba al lado de la unicornio. Nunca estaba al lado de Molly.

Librodot

-Esa hija de rey -dijo la unicornio-; jamás se habría escapado para ver mi sombra. Si me hubiera mostrado a sus ojos, y ella me hubiese reconocido, se habría asustado más que si hubiera visto un dragón, pues nadie hace promesas a un dragón. Recuerdo que antes no me importaba mucho ni poco que las princesas dijeran la verdad en sus canciones. Iba hacia ellas y apoyaba la cabeza en sus regazos, y unas pocas llegaron incluso a montarme, aunque casi todas tuvieron miedo. Pero ahora no tengo tiempo para ellas, sean princesas o cocineras. No tengo tiempo.

Molly dijo algo extraño entonces, considerando que era una mujer que jamás dormía una noche sin despertarse varias veces para asegurarse de que la unicornio seguía allí, y cuyos sueños estaban llenos de bridas de oro y de apuestos y jóvenes ladrones.

-Es la princesa la que no tiene tiempo. Las nubes arrastran y barren todas las cosas, princesas, magos, el pobre Cully y los demás, pero tú permaneces. Nunca ves las cosas una única vez. Me gustaría que, por un rato, fueras una princesa, o una flor, o un pato, algo que no pudiera esperar.

Cantó una estrofa de una lánguida y lúgubre canción, haciendo una pausa después de cada verso como si tratara de recordar el siguiente:

Quien puede elegir no elige,
a quien no puede se le ha exigido.
Podemos amar, pero cuánto perdemos...
Lo que se ha ido se ha ido.

Schmendrick se asomó por encima del lomo de la unicornio para observar a Molly.

-¿Dónde oíste esa canción? -preguntó.

Era la primera vez que le hablaba desde el amanecer en que se unió a la expedición.

-No me acuerdo. -Molly meneó la cabeza-. Me la sé desde hace mucho.

La tierra que atravesaban se iba haciendo más y más estéril cada día, y los rostros de la gente que encontraban más y más amargados, como la hierba marrón; pero a los ojos de la unicornio Molly se estaba transformando en un paisaje mucho más suave, salpicado de estanques y cavernas, en el que viejas flores refulgían de nuevo al brotar. Bajo la capa de suciedad e indiferencia asomó una mujer de apenas treinta y siete o treinta y ocho años..., no más vieja que Schmendrick, con toda probabilidad, a pesar de la cara sin edad del mago. Su áspero cabello florecía, su piel cobraba vida y su voz era casi igual de amable para todas las cosas que cuando hablaba con la unicornio. Aunque sus ojos nunca estaban alegres, del mismo modo que no podían ser verdes o azules, también parecían haber despertado a una nueva realidad. Caminaba con ilusión hacia los dominios del rey Haggard, con los pies descalzos y llenos de ampollas, y cantaba a menudo.

Y muy lejos, al otro lado de la unicornio, Schmendrick el Mago acechaba en silencio. Su capa negra estaba toda agujereada, prácticamente inservible, al igual que él. La lluvia que había renovado a Molly no cayó encima suyo, de modo que presentaba el mismo aspecto seco y desértico que el país. La unicornio no podía curarle. Un toque de su cuerno le habría rescatado de la muerte, pero no tenía poder sobre la desesperación, ni tampoco sobre la magia que ha venido y se ha marchado.

Así que prosiguieron el viaje juntos, bajo una luz macilenta y a merced de un viento que arañaba como uñas. La corteza del paisaje se resquebrajó como si fuera piel, ahondándose en barrancos y gargantas, o dando lugar a resecas colinas. El cielo se veía tan alto y difuminado que parecía desaparecer durante el día; la unicornio pensaba a veces que los tres debían de tener un aspecto similar al de ciegas y desvalidas babosas bajo el sol, arrojadas de

Librodot

su tronco o de su maloliente peñasco. Pero todavía era una unicornio, con la peculiar manera de los unicornios de acrecentar su belleza en lugares y momentos siniestros. Incluso los sapos que gruñían en las charcas o en los árboles muertos retenían su aliento al verla.

De hecho, los sapos habrían sido más hospitalarios que los hoscos campesinos del país de Haggard. Sus pueblos yacían desnudos como huesos entre colinas puntiagudas en las que nada crecía, y sus corazones eran tan inequívocamente amargos como la espuma de cerveza. Sus niños apedreaban a los forasteros, obligándoles a entrar en la ciudad, y sus perros los expulsaban. Algunos de los perros jamás volvieron, dado que Schmendrick había desarrollado una gran rapidez de reflejos y cierta inclinación por los perros callejeros. Esto enfureció a los aldeanos más que si les hubieran robado. Ellos no regalaban nada y sabían que sus enemigos eran aquellos que sí lo hacían.

La unicornio estaba harta de los seres humanos. Contemplaba a sus compañeros mientras dormían y veía la sombra de sus sueños recorrerles el rostro; entonces sentía que se doblaba bajo el peso que supone conocer el nombre propio. En noches como ésas corría hasta el amanecer para aliviar el dolor; más veloz que la lluvia, rápida como la pérdida, tratando desesperadamente de recuperar aquel tiempo en que no tenía más que el de la dulzura de estar a solas consigo. Con frecuencia, entre el instante de tomar aliento y el de expulsarlo, se imaginaba que Schmendrick y Molly estaban muertos desde hacía mucho tiempo, así como el rey Haggard, y que el Toro Rojo había sido hallado y derrotado (tan atrás en el pasado que las nietas de las estrellas que habían visto lo sucedido ya se estaban apagando, convirtiéndose en carbón) y que ella era todavía el último unicornio del mundo.

Y entonces, en un anochecer de otoño particularmente silencioso, coronaron una cresta y vieron el castillo. Se recortaba contra el cielo, en el extremo de un ancho y profundo valle, estrecho y enroscado, erizado de torres puntiagudas, oscuro y mellado como la sonrisa de un gigante. Molly rió abiertamente, pero la unicornio se estremeció, pues tuvo la impresión de que las engañosas torres parecían avanzar a tientas hacia ella, a través del ocaso. Detrás del castillo, el mar centelleaba como el acero.

-La fortaleza de Haggard -murmuró Schmendrick, moviendo la cabeza con asombro-. La horrible guarida de Haggard. Dicen que una bruja se lo construyó, pero al no recibir la paga convenida echó una maldición sobre el castillo. Juró que un día se hundiría en el mar junto con Haggard, cuando su avaricia causara el desbordamiento de las aguas. Entonces profirió un chillido espantoso, tal como lo hacen las brujas, y desapareció en medio de una nube sulfurosa. Haggard se mudó al castillo inmediatamente. Dijo que el castillo de un tirano no está completo sin una maldición.

-No le culpo por no pagar a la bruja -dijo Molly Grue desdeñosamente-. Podría saltar sobre ese sitio y derribarlo como un montón de hojas. De cualquier forma, espero que la bruja tenga algo interesante que hacer mientras aguarda a que la maldición se cumpla. El mar es más grande que la avaricia de nadie.

Huesudos pájaros aletearon penosamente en el cielo, chillando «Ayúdame, ayúdame, ayúdame», y pequeñas formas negras se agitaron ante las ventanas sin luz del castillo del rey Haggard. Un húmedo y suave aroma llegó hasta la unicornio.

-¿Dónde está el Toro? -preguntó-. ¿Dónde lo tiene encerrado Haggard?

-Nadie tiene encerrado al Toro Rojo -replicó el mago tranquilamente-. He oído que merodea de noche y se oculta de día en una gran caverna bajo el castillo. Pronto sabremos más cosas, pero éste no es nuestro problema ahora. El peligro más próximo está allí. -Señaló hacia el valle, donde algunas luces habían comenzado a despuntar-. Eso es Hagsgate -precisó.

Molly no hizo comentarios, pero acarició a la unicornio con una mano fría como las nubes. Solía poner las manos sobre la unicornio cuando estaba triste, cansada o asustada.

Librodot

-Ésta es la ciudad del rey Haggard -dijo Schmendrick-, la primera que conquistó cuando llegó desde el otro lado del mar, la que ha permanecido más tiempo bajo su dominio. Posee una perversa reputación, aunque nadie me supo explicar nunca por qué. Nadie entra en Hagsgate y nada sale de ella, excepto cuentos para aterrar a los niños..., monstruos, seres humanos transformados en bestias, brujerías, demonios en pleno día y cosas por el estilo. Pero me parece que hay algo malvado en Hagsgate. Mamá Fortuna nunca quiso venir, y una vez dijo que ni siquiera Haggard estará a salvo mientras Hagsgate perdure. Hay algo ahí.

Miraba atentamente a Molly mientras hablaba, porque en esos días encontraba un amargo placer en verla asustada, a pesar de la blanca presencia de la unicornio. Pero ella le respondió con absoluta tranquilidad, con sus manos en la cintura:

-He oído que llaman a Hagsgate «la ciudad que ningún hombre conoce». Tal vez su secreto está esperando a una mujer que lo descifre..., una mujer y una unicornio. En ese caso, ¿qué vamos a hacer contigo?

-No soy un hombre -sonrió Schmendrick-. Soy un mago sin magia, y no hay ningún otro como yo.

Las luces fosforescentes de Hagsgate se hicieron más brillantes mientras la unicornio las observaba, pero ni una chispa alumbró en el castillo del rey Haggard. Estaba demasiado oscuro para ver a los hombres moviéndose en la muralla, pero, a través del valle, pudo oír el breve retumbar de las armaduras y el golpe de las picas contra la piedra. Los centinelas se habían encontrado y retomaban su ronda. El aroma del Toro Rojo jugueteó con la unicornio cuando pisó el estrecho y accidentado sendero que conducía a Hagsgate.

Librodot

7

La ciudad de Hagsgate tenía forma de pisada; de una ancha zarpa surgían largos dedos rematados en uñas del tamaño de una azada. Y en verdad, así como las otras ciudades del territorio del rey Haggard parecían apenas arañar como gorriones la mísera tierra, Hagsgate tenía el aspecto de estar firmemente construida. Sus calles presentaban un pavimentado impecable, sus jardines florecían, sus orgullosas casas hubieran podido brotar directamente de la tierra, como árboles. Había luces en todas las ventanas. Los viajeros podían oír voces, el ladrido de los perros y el vigoroso frotar de estropajos sobre los platos hasta hacerlos brillar. Se detuvieron junto a una cerca para reflexionar.

-¿Suponéis que nos desviamos en alguna parte y esto no es Hagsgate? - suspiró Molly. Se cepilló inútilmente y con furia sus trapos y harapos y suspiró-. Sabía que debía haberme traído el vestido bueno.

Schmendrick se rascó la nuca antes de responder.

-Esto es Hagsgate. Debe de ser Hagsgate, pero no huele a brujería, no se intuye la magia negra. Pero entonces, ¿por qué las leyendas, por qué las fábulas y los cuentos de hadas? Muy confuso, especialmente si sólo has tenido medio nabo para cenar.

La unicornio no dijo nada. Más allá de la ciudad, más oscuro que la oscuridad, el castillo del rey Haggard se balanceaba como un lunático sobre unos zancos, y más allá del castillo el mar se deslizaba. El olor del Toro Rojo se filtraba en la noche, frío en comparación con los aromas a vida y cocina que llenaban la ciudad.

-La buena gente debe de estar en su casa -dijo Schmendrick-, pensando en sus beneficios. La saludaré.

Se adelantó y tiró la capa hacia atrás, pero antes de que pudiera abrir la boca una voz ronca le advirtió desde algún lugar inconcreto:

-Ahorra tu aliento, forastero, mientras te quede.

Cuatro hombres surgieron del otro lado de la cerca. Dos de ellos apoyaron sus espadas en la garganta de Schmendrick, mientras otro vigilaba a Molly con un par de pistolas. El cuarto se acercó a la unicornio para sujetarla por la crin, pero ésta se encabritó, llameando salvajemente, y el hombre se apartó de un salto.

- ¡Tu nombre! -ordenó a Schmendrick el que había hablado primero.

Era de mediana edad o tal vez más, como los otros, y vestía con ropas elegantes y de tonos oscuros.

- Gick -dijo el mago, temeroso de las espadas.

-Gick -musitó el hombre de las pistolas-. Un nombre extranjero.

-Naturalmente -dijo el primer hombre-. Todos los nombres son extranjeros en Hagsgate. Bien, señor Gick -continuó, acercando la espada al punto en que las clavículas de Schmendrick convergían-, si vos y la señora Gick nos quisierais confesar amablemente qué motivo os ha traído por aquí...

- ¡Apenas conozco a esta mujer! -rugió Schmendrick, que por fin había encontrado su voz -. Mi nombre es Schmendrick, Schmendrick el Mago, y estoy hambriento, cansado y malhumorado. Apartad esas cosas si no queréis encontraros un escorpión donde menos os lo pensáis.

Los cuatro hombres se miraron entre sí.

-Un mago -dijo el primero-. Uno auténtico.

Dos de los asaltantes asintieron, pero el que había intentado capturar a la unicornio gruñó:

-En estos días cualquiera puede decir que es un mago. Las antiguas convenciones han desaparecido, los antiguos valores han sido abandonados... Además, un verdadero mago lleva barba.

-Bueno, si no es un mago -dijo el primer hombre alegremente-, pronto deseará serlo. -Envainó la espada y se inclinó ante Schmendrick y Molly-. Me llamo Drinn y posiblemente será un placer daros la bienvenida a Hagsgate. Decís que estáis hambriento y me lo creo. Eso tiene fácil remedio..., y después quizá nos podáis hacer una demostración de vuestra capacidad profesional. Venid conmigo.

Con una cortesía repentina, les condujo hacia una posada iluminada, mientras los otros tres les seguían muy de cerca. A ellos se sumaron más habitantes del pueblo, que salían a toda prisa de sus casas, dejando la cena a medias y la tetera en el ruego, de modo que cuando Schmendrick y Molly tomaron asiento ya se había congregado alrededor de un centenar de personas en los largos bancos de la posada, obstruyendo la entrada o saltando por las ventanas quienes no habían podido conseguir un sitio. La unicornio, inadvertida, paseaba tranquilamente en el exterior, un potro blanco de extraña mirada.

El hombre llamado Drinn se sentó en la misma mesa de Schmendrick y Molly, charlando mientras comían y llenándose los vasos de un áspero vino negro. Molly Grue bebía muy poco. Estaba sentada en silencio, y observaba las caras que les rodeaban; advirtió que ninguna aparentaba menos edad que la de Drinn, si bien algunas eran mucho más viejas. Había algo en todos esos rostros que los hacía muy similares, pero no conseguía dilucidar el qué.

-Y ahora -dijo Drinn al terminar la comida-, ahora debéis permitirme que os explique por qué os salimos al encuentro con tan malos modos.

- ¡Bah!, no hace falta -dijo Schmendrick, ahogando una risita. El vino le había puesto risueño y alegre, y sus ojos verdes chispeaban con un brillo dorado-. Lo que quiero saber es en qué se fundamentan todos esos rumores que pueblan Hagsgate de necrófagos y hombres lobo. Es la cosa más absurda que he oído en mi vida.

Drinn sonrió. Era un hombre áspero, con las mandíbulas duras y vacías como las de una tortuga.

-Es lo mismo -dijo-. Escuchad. La ciudad de Hagsgate padece una maldición.

Se hizo un silencio repentino en la sala. La luz amarillenta se reflejó en unas caras pálidas y estiradas como queso. Schmendrick rió otra vez.

-Una bendición, queréis decir. En este escuálido reino del viejo Haggard sois como otro país completamente diferente..., un remanso, un oasis. Estoy de acuerdo contigo en que existe un encantamiento aquí, pero bebo por él.

-No hagas ese brindis, amigo mío. -Drinn le detuvo antes de que levantara el vaso-. ¿Beberás por un infortunio que dura ya cincuenta años? Porque ése es el tiempo que ha transcurrido desde que la desgracia cayó sobre nosotros, cuando el rey Haggard construyó su castillo junto al mar.

-Cuando la bruja lo construyó, según creo. -Schmendrick movió un dedo ante él-. Hay que darle el mérito a quien se lo merece, después de todo.

-Ah, conoces la historia -dijo Drinn-. Entonces también sabrás que Haggard se negó a pagarle a la bruja cuando terminó su tarea.

-Sí -asintió el mago-, y ella le maldijo por su avaricia..., bueno, maldijo al castillo. Pero ¿qué tiene todo eso que ver con Hagsgate? La ciudad no había perjudicado en nada a la bruja.

-No -replicó Drinn-, pero tampoco la había beneficiado. No podía deshacer el castillo..., o no quería, porque se vanagloriaba de su talento artístico y proclamaba que su obra se había adelantado en muchos años a su tiempo. Sea lo que fuere, vino a ver a los gobernantes de Hagsgate y les conminó a que obligaran a Haggard a pagar la deuda contraída con ella. «Miradme y os veréis a vosotros mismos», dijo con voz áspera. «Ésta es la mejor prueba para una ciudad, o para un rey. Un noble que engaña a una fea y vieja bruja engañará a sus súbditos en lo sucesivo. Detenedle mientras podáis, antes de que os acostumbréis a él.» -Drinn bebió su vino y llenó pensativamente la copa de Schmendrick una vez más. Luego prosiguió-: Haggard no le pagó ninguna suma y Hagsgate, ¡ay!, no le prestó atención. Fue tratada con gentileza y remitida a las autoridades competentes, con lo cual montó en cólera y gritó que en nuestro deseo de no hacernos enemigos nos habíamos creado dos. -Hizo una pausa, cubriéndose los ojos con unos párpados tan finos que Molly se sintió segura de que podía ver a través de ellos, como un pájaro. Con los ojos aún cerrados, dijo-: Fue entonces cuando maldijo el castillo de Haggard, y maldijo nuestra ciudad también. Así la avaricia de Haggard causó la ruina de todos nosotros.

En el silencio resignado que se produjo, la voz de Molly Grue se abatió como un martillo sobre una herradura, como si estuviera regañando de nuevo al pobre capitán Cully.

-Haggard es aún menos culpable que vosotros -se burló de la gente de Hagsgate-, porque él era sólo un ladrón y vosotros erais muchos. Os ganasteis vuestra desventura a causa de vuestra avaricia, no la del rey.

Drinn abrió los ojos y le dirigió una mirada furiosa.

-Nosotros no ganamos nada -protestó-. Fue a nuestros padres y abuelos a quienes pidió ayuda la bruja, y puedo garantizarte que, a su manera, eran tan culpables como Haggard. Nosotros hubiéramos manejado las cosas de forma muy diferente.

Cada uno de los rostros de mediana edad de la sala miró con el ceño fruncido a todos los rostros viejos.

Uno de los ancianos habló con una voz que resollaba y se aflautaba.

-Hubierais hecho lo mismo que nosotros. Había que recoger las cosechas y guardar el ganado, igual que hoy. Había que vivir con Haggard, igual que hoy. Sabemos muy bien cuál hubiera sido vuestro comportamiento. Sois nuestros hijos.

Drinn le fulminó con una mirada y otros hombres empezaron a gritar rencorosamente, pero Schmendrick los hizo callar a todos con una pregunta.

-¿Cuál fue la maldición? ¿Acaso tenía algo que ver con el Toro Rojo?

El nombre resonó como el hielo, incluso en aquella sala caldeada. Molly se sintió repentinamente muy sola. Llevada por un impulso añadió una pregunta de cosecha propia, aunque no tenía nada que ver con la conversación.

-¿Alguien ha visto alguna vez un unicornio?

Fue entonces cuando aprendió dos cosas, la diferencia entre el silencio y el silencio absoluto, y que había estado muy oportuna al plantear esa pregunta. Los rostros de Hagsgate intentaron permanecer indiferentes, pero no pudieron.

-Nunca vemos al Toro -respondió Drinn con circunspección-, y nunca hablamos de él. Nada que le concierna puede ser asunto nuestro. En cuanto a los unicornios, no existen.

Nunca existieron. -Se sirvió más vino; luego, juntó las manos y dijo-: Voy a recitaros la maldición:

Vosotros, que de Haggard sois esclavos,
compartiréis su gloria y su fracaso.
Vuestra fortuna florecerá
hasta que el torrente la torre derribará.
Y de Hagsgate sólo uno habrá
de destruir el castillo capaz.

Algunos le hicieron coro mientras recitaba la vieja maldición. Sus voces sonaban tristes y lejanas, como si no estuvieran en la sala, sino rodando en el viento, sobre la chimenea de la posada, indefensos como hojas muertas.

¿Qué hay de especial en sus caras?, se preguntó Molly. Estoy a punto de adivinarlo. El mago seguía sentado sin decir palabra, a su lado, y hacía girar la copa de vino entre sus largas manos.

-Cuando estas palabras se pronunciaron por primera vez -dijo Drinn-, hacía poco que Haggard estaba en el país, que por entonces era todavía suave y fértil..., excepto la ciudad de Hagsgate. Hagsgate era como es hoy el país, un lugar desnudo y seco, donde los hombres aseguraban con grandes piedras los tejados de sus cabañas para evitar que se los llevara el viento. -Sonrió burlonamente a los más viejos-. ¡Recoger las cosechas y guardar el ganado! Cultivabais berzas, nabos y unas pocas y diminutas patatas, y en todo Hagsgate sólo había una pobre y fatigada vaca. Los extranjeros pensaban que la ciudad estaba maldita, que habíamos ofendido a alguna bruja rencorosa.

Molly presintió que la unicornio paseaba por la calle, arriba y abajo, inquieta como las antorchas de las paredes, que no cesaban de serpentear y parpadear. Deseó salir corriendo hacia ella, pero en cambio preguntó con mucha serenidad:

-¿Y después, cuando todo se cumplió?

-Desde aquel momento, no conocimos otra cosa que la abundancia -respondió Drinn-. Nuestra inhóspita tierra se hizo tan fértil que jardines y huertos crecieron por sí solos, sin necesidad de plantar o cultivar. Nuestros rebaños se multiplicaron. Nuestros artesanos ganaron en inspiración mientras dormían. El aire que respiramos y el agua que bebemos nos protegen de cualquier enfermedad. Todas las desgracias se apartan de nosotros..., y esto ha sucedido mientras el resto del territorio, antes tan verde, se ha visto reducido a cenizas bajo el dominio de Haggard. Durante cincuenta años sólo él y nosotros hemos prosperado, mientras que los demás se hallan bajo el influjo de la maldición.

- «Compartiréis su gloria y su fracaso.» Ya veo, ya veo... -murmuró Schmendrick entre sorbo y sorbo de vino, y luego rió-. Pero el viejo rey Haggard todavía reina y lo hará hasta que el mar se desborde. Vosotros no sabéis lo que es una maldición de verdad. Dejadme que os cuente mis penas. -Súbitas lágrimas brillaron en sus ojos-. Para empezar, mi mamá nunca me quiso. Lo intentó, pero yo sabía...

Drinn le interrumpió y justo en ese momento comprendió Molly lo que le resultaba tan extraño en la gente de Hagsgate. Todos vestían con prendas confortables y de buena calidad, pero los rostros que surgían de sus elegantes vestidos eran rostros de gente pobre, fríos como fantasmas y demasiado hambrientos para poder comer.

- «Y de Hagsgate sólo uno habrá de destruir el castillo capaz.» ¿Cómo podemos disfrutar de nuestra buena fortuna cuando sabemos que debe terminar, y que uno de nosotros será el que le pondrá fin? Cada día somos más ricos, y cada nuevo día nos acerca a nuestra

perdición. Mago, durante cincuenta años hemos vivido pobremente, hemos evitado ataduras, hemos desterrado todas las costumbres; nos hemos estado preparando para el mar. No nos hemos tomado ni un momento de alegría por causa de nuestra riqueza, o por cualquier otra cosa, porque la alegría es otra de las cosas que perderemos. Compadeceos de Hagsgate, forasteros, porque en todo este desdichado mundo no hallaréis una ciudad más infeliz.

-Perdidos, perdidos, perdidos -salmodiaron los presentes- . Pobres, pobres de nosotros.

Molly Grue les miraba sin decir palabra, pero Schmendrick dijo respetuosamente:

-Es una buena maldición, un trabajo de profesional. Yo siempre lo digo, hayas hecho lo que hayas hecho, consulta con un experto. A la larga te compensa.

Drinn frunció el ceño y Molly le dio un codazo a Schmendrick. El mago parpadeó.

-Oh, bueno, ¿qué deseáis de mí? Debo advertiros que no soy un brujo muy diestro, pero me sentiré feliz de levantar la maldición que pesa sobre vosotros, si puedo.

-No te tomé por más de lo que eres -respondió Drinn-, pero tal como eres sirves igual que cualquiera. Me parece que dejaremos la maldición como está. Si nos libráramos de ella no nos haríamos pobres de nuevo, pero tampoco aumentaríamos nuestra riqueza, lo que sería igual de malo. No, nuestra auténtica misión es evitar que la torre de Haggard se derrumbe, y si el héroe que la destruirá sólo puede provenir de Hagsgate, entonces no se trata de algo imposible. Hay una razón por la que no permitimos a los extranjeros establecerse aquí. Los mantenemos alejados, por la fuerza si es preciso, pero generalmente por astucia. Esas historias tenebrosas acerca de Hagsgate que habéis oído las inventamos nosotros, y las extendimos tanto como pudimos para asegurarnos de que Hagsgate tendría muy pocos visitantes.

Sonrió orgullosamente con sus huecas mandíbulas.

Schmendrick apoyó la barbilla en los nudillos y miró a Drinn con una ambigua sonrisa.

-¿Y qué me dices de vuestros hijos? -preguntó-. ¿Cómo evitaréis que uno de ellos crezca y cumpla la maldición? -Paseó la mirada por el local, estudiando cuidadosamente cada rostro preocupado que le observaba-. Pensad en ello. ¿No hay jóvenes en la ciudad? ¿A qué hora enviáis los niños a dormir?

Nadie le respondió. Molly podía oír el pulso de la sangre en los ojos y en los oídos y la crispación de los nervios en la piel, como el agua golpeada por la lluvia.

-No tenemos hijos -dijo Drinn-. No hemos tenido ninguno desde el día en que la maldición cayó sobre nosotros. -Se cubrió la boca para toser y añadió-: Nos pareció la manera más obvia de frustrar las intenciones de la bruja.

Schmendrick echó hacia atrás la cabeza y rió sin hacer ningún sonido, rió hasta hacer bailar las llamas. Molly comprendió que el mago estaba completamente borracho. La boca de Drinn desapareció y sus ojos adquirieron la dureza de la porcelana agrietada.

-No veo nada gracioso en nuestra situación. Nada en absoluto.

-Nada -borbotó Schmendrick, doblándose sobre la mesa y derramando el vino-. Nada, perdonadme, nada, nada en absoluto. -Ante la mirada airada de cien pares de ojos, intentó serenarse y responder con seriedad a Drinn-. Por tanto, me da la impresión de que no tenéis problemas. Ningún problema que os inquiete, en cualquier caso.

Un conato de risa asomó en sus labios, como el vapor de una tetera.

-Eso parece. -Drinn se inclinó y tocó la muñeca de Schmendrick con dos dedos-. Pero no te he dicho toda la verdad. Hace veintiún años nació un niño en Hagsgate. Nunca supimos de quién era hijo. Yo mismo lo encontré, mientras cruzaba la plaza del mercado una noche de

invierno. Yacía en un tajo de carnicero, sin llorar, a pesar de que nevaba, arrullado y calentado por unos gatos callejeros. Estaban todos ronroneando en grupo, con un sonido lleno de sabiduría. Me quedé largo rato junto a la extraña cuna, meditando mientras la nieve caía y los gatos ronroneaban la profecía.

Se detuvo y Molly Grue dijo impacientemente:

-Te lo llevaste a casa, por supuesto, y lo criaste como si fuera tuyo.

Drinn puso las manos sobre la mesa, con las palmas hacia el cielo.

-Alejé a los gatos -dijo- y me marché a casa, solo.

El rostro de Molly se tornó del color de la niebla.

-Reconozco el nacimiento de un héroe cuando lo veo. -Drinn se encogió de hombros-. Presagios y portentos, serpientes en el cuarto de los niños. Le hubiera concedido una oportunidad al niño, de no ser por los gatos; era todo tan obvio, tan mitológico... ¿Qué debía hacer yo? ¿Llevar a término el destino de Hagsgate sabiéndolo? -Su labio se contrajo como si le hubieran clavado un anzuelo-. Tal como suele suceder, me equivoqué, pero por el lado de la ternura. Cuando volví al amanecer, el niño había desaparecido.

Schmendrick hacía dibujos con el dedo en un charco de vino, y probablemente no había escuchado nada. Drinn prosiguió.

-Por supuesto, nadie admitió haber abandonado un niño en la plaza del mercado, y aunque registramos cada casa desde el sótano hasta el palomar no lo encontramos. Hubiera podido llegar a la conclusión de que los lobos se habían llevado al bebé, o que todo había sido un sueño, incluyendo a los gatos, de no ser porque justo al día siguiente un heraldo del rey Haggard llegó cabalgando a la ciudad, con la orden de que nos alegráramos. Después de treinta años de espera, por fin el rey había tenido un hijo. -Rehuyó la mirada de Molly-. Nuestro bienamado, por cierto, era un chico.

Schmendrick se humedeció la punta del dedo y levantó la vista.

-Lír -dijo pensativamente-. El príncipe Lír. ¿No había otra forma de explicar su aparición?

-No es probable -bufó Drinn-. Cualquier mujer que quisiera casarse con Haggard sería rechazada hasta por el propio Haggard. Divulgó la historia de que el niño era su sobrino, que había adoptado generosamente al morir sus padres. Pero Haggard no tiene familia, no tiene parientes. Hay quienes dicen que nació de una nube, al igual que Venus surgió del mar. Nadie le daría un niño al rey Haggard para que lo criara.

El mago alargó el vaso con calma y, ante la negativa de Drinn, se sirvió él mismo.

-Bueno, pero tiene uno en alguna parte y es bueno para él. Pero ¿cómo pudo apoderarse de vuestro niño-gato?

-Recorre Hagsgate por las noches, no con frecuencia, pero sí de vez en cuando. Muchos de nosotros le hemos visto... El alto Haggard, gris como la madera que flota en la corriente, vagando solo bajo una luna de acero, recogiendo monedas caídas, platos rotos, cucharas, piedras, pañuelos, anillos, manzanas pisoteadas; cualquier cosa, cada cosa, sin ningún motivo. Fue Haggard el que robó el niño. Estoy tan seguro de ello como de que el príncipe Lír es aquel que derribará la torre y hundirá a Haggard y a Hagsgate juntos.

-Espero que lo sea -interrumpió Molly-. Espero que el príncipe Lír sea el niño que dejasteis morir, y que anegue vuestra ciudad, y espero que los peces os devoren a mordiscos como mazorcas de maíz...

Schmendrick le dio una patada en el tobillo con todas sus fuerzas, pues los que escuchaban habían empezado a sisear como ascuas y algunos se habían puesto en pie.

-¿Qué queréis de mí? -preguntó por segunda vez.

-Según creo, vais camino del castillo de Haggard. -Schmendrick asintió, y Drinn continuó-: Pues bien, un mago inteligente juzgaría sencillo trabar amistad con el príncipe Lír, que tiene fama de ser un joven impetuoso y dotado de una gran curiosidad. Un mago inteligente se informaría sobre toda clase de pociones, polvos, filtros, muñecos mágicos, hierbas, venenos y ungüentos. Un mago inteligente, y fíjate que he dicho «inteligente», nada más, un mago inteligente podría, en circunstancias favorables... -dejó la frase sin terminar, pero no por ello era menos explícita.

-¿Por una comida? -Schmendrick se levantó, volcando la silla. Se apoyó en la mesa con ambas manos, respirando violentamente -. ¿Es la tarifa habitual en estos días? ¿Cena y vino a cambio de envenenar a un príncipe? Tendrás que ofrecerme algo mejor, amigo Drinn. No asesinaría ni a un deshollinador por esos honorarios.

Molly Grue le agarró por el brazo y gritó:

-¿Qué estás diciendo?

Schmendrick apartó la mano con brusquedad, pero se las arregló para guiñarle un ojo disimuladamente.

-Nunca regateo con un profesional -dijo Drinn con una sonrisa, reclinado en la silla-. Veinticinco piezas de oro.

Negociaron durante media hora. Schmendrick exigía cien piezas de oro y Drinn rehusaba ofrecer más de cuarenta. Finalmente fijaron el precio en setenta monedas, la mitad pagada en el acto y la otra mitad al retorno triunfal de Schmendrick. Drinn sacó el dinero de una bolsa que llevaba colgada al cinturón y lo contó allí mismo.

-Pasaréis la noche en Hagsgate, por supuesto. Será un placer alojaros en mi casa.

-No es ésa mi opinión -negó Schmendrick con un movimiento de la cabeza-. Seguiremos hacia el castillo, ya que estamos muy cerca. Cuanto antes lleguemos, antes volveremos, ¿de acuerdo?

Le dirigió una astuta sonrisa de conspirador.

- El castillo de Haggard siempre es peligroso -advirtió Drinn-, pero aún es más peligroso de noche.

-También se dice eso sobre Hagsgate -replicó Schmendrick-. No debes creer todo lo que oigas, Drinn. -Se encaminó hacia la puerta de la posada, seguido de Molly. Entonces se volvió y dedicó una mirada agradecida a la gente de Hagsgate, sentada con sus vistosos trajes-. Me gustaría dejaros con este último pensamiento: la más profesional maldición jamás gruñida, graznada o rugida puede que no tenga efecto sobre un corazón puro. Buenas noches.

Afuera, la noche se extendía enroscada en la calle, fría como una cobra, tachonada de estrellas. No había luna. Schmendrick salió gallardamente, riendo para sí mismo y haciendo tintinear las monedas. Sin mirar a Molly dijo:

-Bobos. Asumir tan alegremente que todos los magos se toman la muerte como un pasatiempo... Si hubieran querido que les librara de la maldición..., ah, lo hubiera hecho por una comida. Lo hubiera hecho por un solo vaso de vino.

-Me alegro de que no lo hicieras -dijo Molly con rabia-. Se merecen su destino, se merecen algo peor. Abandonar a un niño en la nieve...

-Bien, si no lo hubieran hecho no habría podido llegar a ser un príncipe. ¿Has estado antes, alguna vez, en un cuento de hadas? -La voz del mago era cariñosa, pastosa a causa del vino, y sus ojos brillaban tanto como el dinero que había recibido-. El héroe tiene que convertir una profecía en realidad, y el villano es aquel que debe impedírselo..., aunque en otra clase de historias sucede más a menudo lo contrario. Y el héroe debe estar en apuros desde el mismo momento de su nacimiento, o de lo contrario no es un auténtico héroe. Es una gran satisfacción hacer averiguaciones acerca del príncipe Lír. He estado esperando esta historia para encontrar a un protagonista.

La unicornio apareció como aparece una estrella, moviéndose un poco por delante de ellos, como una vela en la oscuridad.

-Si Lír es el héroe, ¿qué es ella? -dijo Molly.

-Eso es diferente. Haggard, Lír, Drinn, tú y yo..., estamos en un cuento de hadas, y debemos ir adonde vaya. Pero ella es real. Ella es real. -Schmendrick bostezó, hipó y se estremeció, todo a la vez-. Deberíamos darnos prisa. Quizá hubiera sido mejor pasar la noche aquí, pero el viejo Drinn me pone nervioso. Estoy seguro de que le he decepcionado por completo, pero me da igual.

Molly tenía la impresión, perdida en ensoñaciones de las que no tardaba en recuperarse, que Hagsgate se estiraba como una garra para retenerles a los tres, haciendo espirales a su alrededor y desviándoles atrás y adelante, poco a poco, de modo que volvían sobre sus pasos una y otra vez. Tardaron cien años en llegar a la última casa al final del pueblo; cincuenta años después, habían atravesado a ciegas los campos húmedos, los viñedos y los encogidos huertos. Molly soñaba que las ovejas les miraban maliciosamente desde las copas de los árboles y que las vacas les salían al paso y les empujaban fuera del blanquecino sendero. Pero la luz de la unicornio flotaba delante, y Molly la siguió, dormida o despierta.

El castillo del rey Haggard acechaba en lo alto del cielo, un pájaro negro y ciego que merodeaba en el valle por las noches. Molly podía escuchar el batir de sus alas. Entonces el aliento de la unicornio agitó sus cabellos y oyó a Schmendrick preguntar:

-¿Cuántos hombres?

-Tres hombres -dijo la unicornio-. Nos han seguido desde que salimos de Hagsgate, pero ahora se acercan con rapidez. Escuchad.

Pasos demasiado suaves para su rapidez; voces demasiado apagadas para significar nada bueno. El mago se frotó los ojos.

-Tal vez Drinn haya empezado a sentirse culpable de haber pagado mal a su envenenador -murmuró-. Tal vez su conciencia no le deja dormir. Todo es posible. Tal vez tengo plumas.

Tomó a Molly del brazo y la introdujo en un hoyo de la cuneta. La unicornio se agazapó en las cercanías, inmóvil como un rayo de luna.

Puñales centelleando como hilo de pescar en un océano oscuro. De repente, una voz airada y fuerte.

-Ya te lo dije, les hemos perdido. Les adelantamos una milla atrás, cuando oí aquel crujido. ¡Que me aspen si doy un paso más!

- ¡Cállate! -susurró ferozmente una segunda voz-. ¿Quieres que escapen y nos traicionen? Tienes miedo del mago, pero más te valdría tenerlo del Toro Rojo. Si Haggard descubre nuestra parte en la maldición, enviará al Toro para que nos pisotee a todos hasta reducirnos a migajas.

Librodot

-No es que tenga miedo -respondió el primer hombre en un tono más suave-. Un mago sin barba no es un mago. Pero estamos perdiendo el tiempo. Abandonaron el camino y huyeron campo a través en cuanto advirtieron que les perseguíamos. Podríamos rondar por estos parajes toda la noche sin conseguir alcanzarles.

- Les hemos seguido la pista toda la noche. - Otra voz, más preocupada que las otras dos-. Mirad a lo lejos. Pronto amanecerá.

Molly, sin darse cuenta, había ido retrocediendo bajo la capa de Schmendrick y había hundido la cara en una mata de hierba muerta erizada de espinas. No se atrevió a levantar la cabeza, pero abrió los ojos y vio que la atmósfera se estaba tiñendo de una extraña luz.

-Eres un idiota -dijo el segundo hombre-. Faltan unas buenas dos horas para que amanezca y, además, vamos en dirección oeste.

-En ese caso -replicó la tercera voz-, me voy a casa.

Unas pisadas resonaron enérgicamente sobre el camino.

- ¡Espera, no te vayas! ¡Espera, iré contigo! -gritó el primer hombre, y luego murmuró precipitadamente al segundo-: No me voy a casa, tan sólo quiero volver sobre nuestros pasos un trecho. Aún sigo pensando que les oí, y dejé caer mi mechero en alguna parte.

Molly pudo oír cómo se iba alejando mientras hablaba.

- ¡Malditos seáis, cobardes! -bramó el segundo hombre-. Esperad un momento, ¿queréis hacer el favor de esperar mientras intento recordar lo que me dijo Drinn? - Los pasos en retirada dudaron, y él recitó en voz alta-: Más cálido que el verano, más alimenticio que la comida, más dulce que la mujer y más querido que la sangre...

-Date prisa -dijo la tercera voz-. Date prisa. ¿Qué son esos disparates?

-No son disparates. -La voz del segundo hombre también empezaba a sonar nerviosa-. Drinn trata tan bien a su dinero que éste no puede soportar estar separado de su dueño. Es la más emotiva relación que jamás hayáis visto. Y ésta es la manera como le llama. -Siguió rápidamente, titubeando un poco-: Más fuerte que el agua y más manso que un rebaño, di el nombre de aquel a quien amas.

-Drinn -tintinearon las monedas en el bolso de Schmendrick-, drinndrinndrinndrinn.

Entonces sucedió todo a la vez.

La ajada capa negra azotó el rostro de Molly mientras Schmendrick caía de rodillas y tanteaba frenéticamente en busca de su bolso. Zumbaba como una serpiente de cascabel entre sus manos. Lo arrojó con todas sus fuerzas dentro de un zarzal, pero los tres hombres se precipitaron hacia ellos, con los puñales tan rojos como si ya hubieran sido utilizados. Más allá del castillo del rey Haggard, una ardiente luminosidad se alzaba, irrumpiendo en la noche como un gigantesco hombro. El mago se irguió y amenazó a los atacantes con toda clase de demonios, metamorfosis, enfermedades paralizantes y llaves secretas de judo. Molly cogió una piedra.

Con un arcaico, jubiloso y terrible grito de destrucción, la unicornio salió de su escondite. Sus cascos hendían el suelo como una lluvia de cuchillas, su crin lanzaba destellos de furia y en la frente llevaba un penacho de rayos. Los tres asesinos dejaron caer los puñales y ocultaron sus rostros; incluso Schmendrick y Molly Grue se acobardaron ante su presencia. Pero la unicornio no veía a ninguno de ellos. Enloquecida, bailarina, blanca como el mar, lanzó de nuevo su desafío.

Y la claridad le respondió con un bramido similar al sonido de los hielos que se parten al llegar la primavera. Los hombres de Drinn huyeron, dando tumbos y chillando de terror.

El castillo de Haggard estaba en llamas, oscilando violentamente por obra de un repentino y frío viento.

-Pero debe de ser el mar -dijo Molly en voz alta-, se supone que debe serlo.

Pensó que estaba viendo una ventana, por lejana que estuviera, y un rostro gris.

Y entonces llegó el Toro Rojo.

Librodot

8

Era del color de la sangre, no de la sangre que brota del corazón, sino de la sangre que fluye bajo una vieja herida que jamás se ha cerrado. De él se desprendía una luz terrible, como sudor, y su rugido provocó desprendimientos de tierra que colisionaron entre sí. Sus cuernos eran pálidos como cicatrices.

La unicornio le plantó cara un instante, temblorosa como la ola a punto de romper. Luego se apagó la luz de su cuerno, dio media vuelta y huyó. El Toro Rojo bramó por segunda vez y salió en su persecución.

La unicornio nunca había tenido miedo de nada. Era inmortal, pero podían matarla, bastaba una harpía, una quimera o un dragón, una flecha perdida en el curso de un batalla. Pero los dragones podían matarla, solamente..., nunca podrían hacerla olvidar lo que era, ni olvidar que, incluso muerta, seguiría siendo más bella que ellos. El Toro Rojo no la conocía, pero, sin embargo, intuyó que era a ella a quien buscaba, no a un potro blanco. Entonces el miedo nubló su razón y huyó, mientras la salvaje ignorancia del Toro llenaba el cielo y se derramaba sobre el valle.

Los árboles arremetieron contra ella y trató de sortearlos locamente (pensar que se había deslizado con toda suavidad a lo largo de la eternidad sin tropezar con nada). La acometida del Toro Rojo los iba rompiendo a sus espaldas como el cristal. Bramó otra vez. Una gran rama golpeó a la unicornio en el lomo con tal dureza que se tambaleó y cayó. Se levantó al instante, pero había raíces que dificultaban su carrera y otras que se abrían camino con el afán de los topos a todo lo ancho del sendero. Las parras la azotaban como serpientes estranguladoras, las enredaderas tejían redes entre los árboles, ramas muertas crujían sin cesar. Cayó por segunda vez. El tronar de los cascos del Toro sobre la tierra retumbaba en sus huesos y gritó.

De alguna manera había logrado salir de la arboleda, porque corría sobre la desnuda y dura llanura que se abre más allá de los prósperos pastos de Hagsgate. Ahora tenía espacio para galopar, y un unicornio sólo se emplea a fondo cuando deja al cazador fustigando a su reventado y moribundo caballo. Se movía a la velocidad de la vida, de un cuerpo a otro en un abrir y cerrar de ojos, esquivando las espadas; más rápido que cualquier cosa provista de brazos o alas. Sin mirar atrás, sabía que el Toro Rojo le ganaba terreno. Llegaba como la luna, la hinchada y taciturna luna del cazador. Podía sentir el impacto de los lívidos cuernos en su flanco como si ya la hubieran golpeado.

Maduros y puntiagudos tallos de maíz se inclinaban para abrirle paso, pero los pisoteaba. Los trigales plateados se tornaron fríos y gomosos cuando el Toro respiró sobre ellos; cayeron a sus pies como nieve. Y aún seguía corriendo, derrotada y lastimera, recordando el helado sonsonete de la mariposa: «Hace mucho tiempo que rebasaron todos los caminos. El Toro Rojo los siguió de cerca y borró sus huellas». Él los había matado a todos.

De repente se encontró al Toro frente a frente, como si lo hubieran levantado al igual que a una pieza de ajedrez, suspendido en el aire un momento y vuelto a colocar para cerrarle el camino. No cargó de inmediato, ni tampoco la unicornio huyó. Ya era inmenso cuando se escapó por primera vez, pero, a medida que progresaba la persecución, se había hecho tan vasto que ni siquiera podía imaginarlo. Ahora parecía curvarse siguiendo la curva del cielo teñido de sangre, sus piernas como grandes molinos de viento, la cabeza oscilante como las luces del norte. Las ventanas de su nariz retumbaban y se arrugaban mientras la buscaba, y la unicornio comprendió que el Toro Rojo estaba ciego.

De haber arremetido en ese instante lo hubiera esperado a pie firme, frágil y desesperada, con su cuerno apagado, aun a riesgo de ser despedazada. El monstruo era más

rápido que ella; sería mejor enfrentársele ahora que perecer en plena fuga. Pero el Toro avanzaba lentamente, con una especie de siniestra delicadeza, como si tratara de no asustarla, de modo que la unicornio se acobardó de nuevo. Con un triste y breve grito dio la vuelta y huyó por el mismo camino que la había llevado hasta allí, a través de los campos y por la llanura, hacia el castillo del rey Haggard, oscuro y encorvado como siempre. El Toro Rojo la siguió, olfateando su miedo.

Schmendrick y Molly habían sido barridos como astillas cuando el Toro pasó por su lado; Molly fue arrojada al suelo sin aliento, atontada, y el mago fue a parar a una maraña de espinos que le costó la mitad de la capa y una octava parte de su piel. Se levantaron como pudieron y reemprendieron la persecución cojeando, apoyados el uno en el otro. Ninguno de los dos dijo una palabra.

Les resultó más sencillo que a la unicornio abrirse paso entre los árboles, porque el Toro Rojo ya había pasado por allí. Molly y el mago sortearon troncos de árbol, no sólo derribados sino pisoteados y semihundidos en la tierra, y necesitaron arrastrarse con manos y pies para contornear grietas cuya anchura la oscuridad les impedía apreciar. No hay pezuñas capaces de hacer esto, pensó Molly aturdida; la tierra se había agrietado por decisión propia, espantada ante el peso del Toro. Pensó en la unicornio y su corazón desfalleció.

La vieron al desembocar en la llanura..., lejana y borrosa, un rizo de agua blanca en el viento, casi invisible a causa de la luz deslumbradora del Toro Rojo. Molly Grue, algo desquiciada por el cansancio y el terror, les vio moverse tal como se mueven las estrellas y los meteoritos en el espacio, siempre cayendo, siempre siguiendo una estela, siempre en soledad. El Toro Rojo jamás alcanzaría a la unicornio, al menos hasta que Ahora alcanzara a Nuevo, el Principio alcanzara al Pasado. Molly sonrió serenamente.

Pero la sombra abrasadora se cernió sobre la unicornio hasta dar la impresión de que el Toro la rodeaba por completo. La criatura retrocedió, se desvió bruscamente y partió en otra dirección, sólo para encontrar de nuevo al Toro, con la cabeza gacha y derramando baba sin cesar. Se giró una y otra vez, se movió hacia atrás o hacia los lados con cautela, efectuó breves maniobras de distracción, pero cada vez el Toro Rojo la interceptó con sólo permanecer quieto. No atacaba, pero tampoco la dejaba el camino libre, salvo uno.

- La está dirigiendo -dijo Schmendrick en voz baja-. Si hubiera querido matarla, a estas alturas ya lo habría hecho. La está dirigiendo hacia donde dirigió a los otros..., hacia el castillo, hacia Haggard. Me pregunto por qué.

-*Haz* algo -dijo Molly.

Su voz sonó extrañamente casual y despreocupada, y el mago le respondió en el mismo tono.

-No puedo hacer nada.

La unicornio huyó otra vez, penosamente, incansable, y el Toro Rojo le dejó espacio para correr, pero no para volver atrás. Cuando se le enfrentó por tercera vez, estaba lo bastante cerca de Molly para que ella pudiera ver sus patas de cierva temblar como las de un perro asustado. Se preparó a resistir, piafando con furia, las pequeñas y delgadas orejas aplastadas por completo. Pero no pudo hacer ningún ruido y su cuerno no volvió a brillar. Aunque se encogió de pánico cuando el bramido del Toro Rojo hizo que el cielo se ondulara y se agrietase, no retrocedió ni un paso.

-Por favor -dijo Molly Grue-. Por favor, haz algo.

Schmendrick la miró, con el rostro transido de furor.

- ¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer con mi magia? ¿El truco del sombrero, el truco de las monedas o el de batir piedras para hacer una tortilla? ¿Crees que bastarían para divertir

Librodot

al Toro Rojo, o tal vez debería intentar el de las naranjas cantarinas? Haré cualquier cosa que me sugieras, porque me haría completamente feliz ser de alguna utilidad.

Molly no le respondió. El Toro se acercó y la unicornio se agachó más y más, hasta que pareció a punto de partirse en dos.

-Sé lo que hay que hacer -dijo Schmendrick-. Si pudiera, la transformaría en alguna otra criatura, alguna bestia lo bastante humilde para que el Toro se desentendiera de ella. Pero sólo un gran mago, un hechicero como Nikos, que fue mi maestro, posee esta clase de poder. Transformar a un unicornio..., aquel que pudiera hacerlo podría hacer juegos malabares con las estaciones y barajar los años como si fueran cartas. Y yo no tengo más poder que tú; menos, de hecho, pues tú puedes acariciarla y yo no. -Entonces dijo de repente-: Mira. Todo ha terminado.

La unicornio estaba muy quieta ante el Toro Rojo, la cabeza baja, con un color grisáceo que ensuciaba su blancura. Parecía flaca y diminuta, e incluso Molly Grue, que la amaba, comprendió que un unicornio es un animal absurdo cuando su resplandor le ha abandonado. Cola de león, patas de ciervo, pezuñas de cabra, la crin fría y suave como la espuma bajo su mano, el cuerno chamuscado, los ojos..., ¡oh, los ojos! Molly se aferró al brazo de Schmendrick y le clavó las uñas tan fuerte como pudo.

-Tú tienes magia -dijo. Oyó su propia voz, clara y profunda como la de la sibila-. Quizá no seas capaz de encontrarla, pero está ahí. Convocaste a Robín Hood, a pesar de que no existe, y vino, y era real. Y eso es magia. Tienes todo el poder que necesitas, si te atreves a buscarlo.

Schmendrick la contempló en silencio, con una mirada tan fija como si sus ojos verdes hubieran iniciado la búsqueda de su magia en los de Molly Grue. El Toro avanzó lentamente hacia la unicornio, ya no en su persecución, sino imponiéndose con el peso de su presencia. La unicornio le precedió, dócil y obediente. El Toro actuaba como un perro pastor, guiándola en dirección al mellado castillo del rey Haggard, y hacia el mar.

- ¡Oh, por favor! -La voz de Molly se desmoronaba ahora-. Por favor, esto no es justo, no puede estar ocurriendo. La llevará hasta Haggard y nadie la volverá a ver, nadie. Por favor, tú eres un mago, no la dejes. -Sus dedos se hundieron todavía más en el brazo de Schmendrick-. ¡Haz algo! ¡No la dejes, haz algo!

Schmendrick intentaba en vano liberarse de su presa. -No haré nada -dijo entre dientes- hasta que no me sueltes el brazo.

- ¡Oh! -dijo Molly-, lo siento.

-Me podías cortar la circulación, ¿sabes? -le reprendió el mago con severidad.

Se frotó el brazo y avanzó unos pasos, siguiendo la pista del Toro Rojo. Se detuvo con los brazos cruzados y la cabeza erguida, que se le doblaba de vez en cuando a causa del cansancio.

-Quizá esta vez -le oyó murmurar Molly-, quizá esta vez. Nikos dijo..., ¿qué es lo que dijo Nikos? No me acuerdo. Ha pasado mucho tiempo. -Había en su voz una singular y vieja tristeza que Molly nunca había oído antes. Pero una nota de alegría estalló de repente cuando dijo-: Bien, ¿quién sabe, quién sabe? Aunque no sea esta vez, igual puedo hacerlo. Existe un gran consuelo, amigo Schmendrick, no veo la forma de hacer que las cosas sean peor de lo que están -concluyó con una breve carcajada.

La ceguera del Toro Rojo le impidió reparar en la alta figura, parada en el camino, hasta que casi estuvo encima. Entonces se detuvo, olfateando el aire. Una tormenta se formó en su garganta, pero mostró una cierta confusión en el balanceo de su gran cabeza. La

unicornio se paró cuando lo hizo el Toro, y Schmendrick perdió el aliento cuando la vio tan dócil.

- ¡Corre! -le gritó-. ¡Corre ahora!

Pero ella no le miró, ni a él ni al Toro, sino que continuó con los ojos fijos en el suelo.

Con el sonido de la voz de Schmendrick, el bramido del Toro ganó en intensidad y se hizo más amenazador. Parecía impaciente por estar fuera del valle con la unicornio, y el mago pensó que conocía la razón. Más allá de la colosal brillantez del Toro Rojo pudo ver dos o tres estrellas amarillentas y una ligera insinuación de una luz más brillante. La aurora se acercaba.

-No le preocupa la luz del día -se dijo Schmendrick-. Más vale saberlo.

De nuevo gritó a la unicornio que se marchara corriendo, pero la única respuesta que obtuvo llegó en forma de un bramido potente, como un redoble de tambores. La unicornio se precipitó hacia adelante y Schmendrick se vio obligado a saltar fuera de su camino, para no ser aplastado. Muy cerca de la unicornio iba el Toro, empujándola enérgicamente, de la misma forma que el viento empuja a una niebla tenue y cuarteada. La energía de su impulso lanzó a Schmendrick por los aires y lo depositó en otro lugar. Dio varias vueltas y tumbos para no ser destrozado, cegado y con la cabeza envuelta en llamas. Pensó que había oído chillar a Molly.

Apoyándose en una rodilla, vio que el Toro Rojo había conducido a la unicornio casi hasta el comienzo de los árboles. Si tan sólo intentara escapar una vez más..., pero se hallaba sujeta a la voluntad del Toro y no a la suya propia. El mago tuvo un atisbo de la unicornio, pálida y perdida entre los fúnebres cuernos, antes de que las rojas y salvajes espaldas se abatieran contra su costado. Entonces, perdido el sentido del equilibrio, mareado y derrotado, cerró los ojos y se abandonó a la desesperación, hasta que algo despertó en algún rincón, algo que ya había despertado en él anteriormente. Lanzó un grito de miedo y de júbilo.

Nunca supo con seguridad qué palabras había empleado esta segunda vez. Salieron de él como águilas y las dejó marchar; y cuando hubo partido la última, de nuevo irrumpió el vacío, con un trueno que le estalló en la cara. Sucedió así de rápido. En esta ocasión supo, antes de recobrarse, que el poder había llegado y partido.

Allá delante, el Toro Rojo estaba parado, olisqueando algo en el suelo. Schmendrick no podía ver a la unicornio. Corrió tan rápido como le fue posible, pero Molly se situó antes en un punto lo bastante cercano para ver lo que el Toro olfateaba. Se puso la mano delante de la boca, como una niña.

Una joven yacía a los pies del Toro Rojo, tendida sobre una pequeñísima acumulación de luz y sombras. Estaba desnuda y su piel era del color de la nieve a la luz de la luna. Su hermoso y enmarañado cabello, blanco como una cascada, le caía casi hasta el extremo de la espalda. Ocultaba el rostro entre sus brazos.

- ¡Oh! -dijo Molly-, ¡oh!, ¿qué has hecho?

Y, sin tener en cuenta el peligro, corrió hacia la muchacha y se arrodilló junto a ella. El Toro Rojo levantó su inmensa y ciega cabeza y la hizo oscilar lentamente en dirección a Schmendrick. Parecía menguar y desvanecerse a medida que el cielo gris clareaba, aunque todavía ardía con la salvaje brillantez de la lava que lo destruye todo a su paso. El mago se preguntó cuáles serían su auténtico tamaño y color cuando estuviera solo.

Una vez más el Toro olió la forma inmóvil, bañándola con su aliento helado. Entonces, sin hacer ningún ruido, se precipitó en la arboleda y desapareció de la vista en tres gigantescas zancadas. Schmendrick tuvo una última visión de él cuando alcanzó el borde del valle, no una forma, sino una oscuridad que giraba confusamente, la roja oscuridad que se ve

Librodot

al cerrar los ojos presa del pánico. Los cuernos se habían convertido en las dos torres más aguzadas del demencial castillo del viejo rey Haggard.

Molly Grue había colocado la blanca cabeza de la muchacha en su regazo y no cesaba de murmurar: «¿Qué has hecho?». El rostro de la joven, sereno en su sueño, a punto de sonreír, era el más bello que Schmendrick había visto nunca. Le hirió y llenó de calor al mismo tiempo. Molly le alisaba su extraño cabello y Schmendrick reparó en una pequeña y clara marca en la frente, más arriba y en el centro de sus ojos cerrados, de un color oscuro que contrastaba con el resto de la piel. No era una cicatriz ni un morado. Parecía una flor.

-¿Qué quieres decir con esa pregunta? ¿Qué he hecho? -preguntó a la entristecida Molly-. Sólo la salvé del Toro gracias a la magia, eso es lo que he hecho. Gracias a la magia, mujer, gracias a mi propia y auténtica magia.

Estaba ebrio de placer, quería bailar y quería estar quieto; gritos y discursos acudían a su boca, pero aún no deseaba decir nada. Acabó por reír como un idiota, abrazándose a sí mismo hasta jadear, y se derrumbó junto a Molly cuando las piernas le fallaron.

-Dame tu capa -pidió Molly.

El mago le sonrió y parpadeó. Molly alargó la mano y le arrancó sin miramientos la capa de los hombros. Cubrió a la muchacha dormida todo cuanto la podía cubrir. La joven brillaba a través de la tela, como el sol brilla a través de las hojas.

-Sin duda, te estarás preguntando de qué manera pienso devolverla a su antigua forma -insinuó Schmendrick-. Olvídalo. El poder vendrá a mí cuando lo necesite..., ahora ya lo sé. Un día vendrá cuando lo llame, pero ese día aún no ha llegado. -Asió impulsivamente a Molly Grue, sujetando la cabeza entre sus largas manos-. ¡Pero tenías razón! -gritó-, ¡tenías razón! ¡Está aquí y es mío!

Molly lo apartó de un empellón, con una mejilla completamente roja y ambas orejas machacadas. La muchacha suspiró en su regazo, cesó de sonreír y ocultó su cara de la luz del sol.

-Schmendrick, desgraciado, mago de pacotilla, ¿no ves que...? -empezó Molly.

-¿Ver qué? No hay nada que ver. -Pero, de repente la voz se hizo dura y cauta, y sus ojos verdes lanzaron destellos de pánico-. El Toro Rojo buscaba un unicornio, de manera que tenía que convertirlo en otra cosa. Me pediste que lo transformara... ¿Qué te inquieta ahora?

Molly meneó la cabeza, vacilando como una anciana, y contestó:

-No sabía que pretendías convertirla en un ser humano. Hubieras podido hacerlo mejor...

Sin acabar la frase desvió la mirada del mago. Con una mano siguió acariciando el pelo de la chica.

-La magia eligió la forma, no yo. -Fue la respuesta de Schmendrick-. Un saltimbanqui puede seleccionar tal o cual trampa, pero un mago es un mozo de cuerda, un asno que carga a su amo donde le manda. El mago propone, pero la magia dispone. Si transforma un unicornio en un ser humano significa que no había otra cosa que hacer. -Su rostro estaba poseído de un ardiente delirio, que le hacía parecer mucho más joven-. Soy un criado -cantó-, soy un recipiente, soy un mensajero...

-Eres un idiota -dijo Molly Grue llena de furia-. ¿Me oyes? Eres un mago, de acuerdo, pero eres un mago idiota.

La chica intentaba despertarse. Abría y cerraba las manos y sus párpados se agitaban como el pecho de un pájaro. Mientras Molly y Schmendrick continuaban con la mirada fija en ella, se escapó un leve sonido de sus labios y abrió los ojos.

Eran unos ojos fuera de lo común, de una profundidad extraordinaria, oscuros como el fondo del mar, iluminados, como el mar, por extrañas y fosforescentes criaturas que jamás salían a la superficie. La unicornio podría haber sido transformado en un lagarto, pensó Molly, en un tiburón, un caracol o un ganso y, de un modo u otro, sus ojos todavía delatarían la transformación. «Me da igual. Yo lo sabría.»

La joven yacía sin moverse. Sus ojos se reflejaban alternativamente en los de Molly Grue y en los de Schmendrick. Luego, de un solo movimiento, se puso en pie y la capa negra cayó sobre el regazo de Molly. Durante un instante giró en círculo; examinó sus manos, levantadas e inservibles, que apretaba contra su pecho. Se agitó y arrastró los pies como un mono que ensayara un truco y su rostro era el rostro atontado y perplejo de la víctima de un bromista. Y, sin embargo, no hacía un solo gesto que no fuera bello. Su terror bloqueado era más adorable que cualquier alegría que Molly hubiera presenciado, lo que hacía más terrible la escena.

-Asno -dijo Molly-. Mensajero.

-Puedo cambiarlo de nuevo -respondió el mago con voz ronca-. No te preocupes. Puedo cambiarlo de nuevo.

Brillando al sol, la blanca muchacha cojeó adelante y atrás sobre sus jóvenes y fuertes piernas. Tropezó súbitamente y cayó, y fue una mala caída porque no supo protegerse con las manos. Molly se precipitó hacia ella, pero la joven se encogió en el suelo, la miró fijamente y habló en voz baja.

-¿Qué me habéis hecho?

Molly Grue empezó a llorar.

Schmendrick se adelantó con una expresión helada, el rostro húmedo y la voz serena.

-Te convertí en un ser humano para salvarte del Toro Rojo. No podía hacer otra cosa. Te transformaré en lo que eras tan pronto como pueda.

-El Toro Rojo -murmuró la chica-. ¡Ay! -Temblaba violentamente, como si algo la estuviera sacudiendo y martilleando desde dentro-. Era demasiado fuerte, demasiado fuerte. Su fuerza no tenía ni principio ni fin. Es más viejo que yo.

Sus ojos se abrieron de par en par. Molly tuvo la impresión de que el Toro se movía en ellos, atravesaba su inmensidad como un pez en llamas y desaparecía. La chica empezó a tocarse la cara tímidamente, pero el tacto de sus propias facciones la asustó. Sus agarrotados dedos rozaron la marca en la frente; entonces cerró los ojos y lanzó un tenue pero agudo aullido de pérdida, de abatimiento y desesperación sin límites.

-¿Qué me has hecho? -gritó-. ¡Moriré aquí! -Se arañó el suave cuerpo y los dedos dibujaron estelas de sangre-. ¡Moriré aquí! ¡Moriré aquí!

Sin embargo, no había señales de temor en su rostro, pero se adivinaba en su voz, en sus manos y en sus pies, en el blanco cabello que resbalaba a lo largo de su nuevo cuerpo. Su rostro permanecía sereno y tranquilo.

Molly se acercó a ella tanto como se atrevió, suplicándole que no se hiriera a sí misma.

- ¡Cállate! -dijo Schmendrick, y la palabra sonó como las ramas de otoño al quebrarse-. La magia sabía lo que hacía. Cállate y escucha.

-¿Por qué no dejaste que el Toro me matara? -se quejó la muchacha blanca-. ¿Por qué no me abandonaste a la arpía? Hubiera sido mucho más piadoso que encerrarme en esta jaula.

Librodot

El mago hizo una mueca de dolor, recordando la vejatoria acusación de Molly Grue, pero habló con desesperante calma.

-En primer lugar, es una forma muy atractiva. No lo habrías hecho mejor de haber sido humana.

Ella se miró atentamente: los hombros de soslayo, a continuación los brazos, y bajó la vista para examinar su cuerpo lleno de arañazos y magulladuras. Se sostuvo con un solo pie para inspeccionar la planta del otro; volvió los ojos hacia arriba para atisbar las cejas plateadas, bizqueó para captar un fragmento de su nariz, e incluso acercó los ojos cuanto pudo a las venas verdemar de sus muñecas, tan vistosas como jóvenes nutrias. Por último volvió la cara hacia el mago, y éste retuvo el aliento de nuevo. He hecho magia, pensó, pero la pena se ancló en su garganta como un anzuelo clavado firmemente.

-De acuerdo -dijo-. No sería diferente para ti si te hubiera transformado en rinoceronte, que es precisamente el origen de todo ese estúpido mito. Pero de esta manera tienes alguna oportunidad de llegar hasta el rey Haggard y averiguar qué le ocurrió a tu pueblo. Como unicornio, sólo lograrías sufrir su mismo destino..., por más que pienses que puedes derrotar al Toro si lo encuentras por segunda vez.

-No -negó con la cabeza la muchacha blanca-, nunca. No resistiría tanto tiempo otra vez. -Su voz se hizo muy suave, como si todos sus huesos se hubieran quebrado-. Mi pueblo ha perecido y yo le seguiré pronto, sea cual sea la forma en que me encierres. Pero yo habría escogido cualquier otra prisión antes que ésta. Un rinoceronte es tan feo como un ser humano, y también debe morir, pero al menos nunca piensa que es hermoso.

-No, nunca lo piensa -condescendió el mago-. Es por ello que seguirá siendo un rinoceronte y no será acogido con agrado ni en el castillo del rey Haggard. Pero una muchacha, una joven para la que no tiene ningún sentido el hecho de no ser un rinoceronte..., una joven así, mientras el rey y su hijo la investigan, debería descifrar su propio enigma hasta llegar al final. Los rinocerontes no hacen preguntas, pero las muchachas sí.

El cielo aparecía cálido y espeso; el sol ya se había fundido en un charco de color amarillo; y en la llanura de Hagsgate nada se agitaba, salvo el viento, fresco y fuerte. La joven, desnuda y con la marca en forma de flor grabada en la frente, miraba silenciosamente al hombre de los ojos verdes, y la mujer les observaba a ambos. A la luz tostada del amanecer, el castillo del rey Haggard no parecía ni oscuro ni maldito, sino puramente mugriento, decadente y diseñado con escasa imaginación. Sus escuálidos chapiteles no recordaban en nada a los cuernos de un toro, sino a los del gorro de un bufón. O a las soluciones de un dilema, pensó Schmendrick. Nunca tienen solamente dos.

-Estoy tranquila -dijo la muchacha-. Este cuerpo se está muriendo. Puedo notar como se pudre a mi alrededor. ¿Cómo puede ser real algo que va a morir? ¿Cómo puede ser auténticamente bello?

Molly Grue le puso la capa del mago sobre los hombros otra vez, no por decoro o pudor, sino presa de una extraña piedad, como si tratara de impedirle que se viera a sí misma.

-Te contaré una historia -dijo Schmendrick-. De niño, fui aprendiz del más poderoso de todos los magos, el gran Nikos, del cual ya he hablado en otras ocasiones. Pero incluso Nikos, que podía transformar gatos en vacas, copos de nieve en campanillas blancas, y unicornios en hombres, no pudo hacer de mí más que un tahúr de feria. Por fin me dijo: «Hijo mío, tu ineptitud es tan inmensa y tan profunda tu incompetencia que estoy seguro de que estás habitado por el más grande poder que jamás haya conocido. Por desgracia, da la impresión de que, por el momento, actúa al revés, y ni siquiera yo puedo encontrar la forma de enderezarlo. Esto significa que estás destinado a encontrar el medio de descubrir tu poder a su debido tiempo; pero, francamente, deberás vivir tanto como sea necesario. Por lo tanto, te

Librodot

garantizo que de ahora en adelante no envejecerás y que viajarás por el mundo sin cesar, eternamente inútil, hasta que al fin vuelvas a ti y sepas qué eres. No me des las gracias. Tu destino me estremece».

La joven le miró con los ojos claros y del color del amaranto de la unicornio, dulces y aterradores en aquel rostro inusual, pero no dijo nada. Fue Molly Grue la que preguntó:

-Y cuando encuentres tu magia... ¿qué pasará?

-Entonces el hechizo se romperá y empezaré a morir, tal como empecé a hacerlo en el instante de nacer. Hasta los más grandes brujos envejecen, como el resto de los hombres, y mueren. -Se tambaleó y cabeceó, para despertar de golpe, en seguida, un hombre alto, delgado y vestido de harapos que olía a polvo y bebida-. Ya te dije que soy más viejo de lo que parezco. Nací mortal y he sido inmortal durante un largo y absurdo tiempo, y un día seré mortal otra vez; de modo que sé algo que un unicornio no puede saber. Todo aquello que puede morir es bello... más bello que un unicornio, que vivirá para siempre, y que es la criatura más bella del mundo. ¿Me comprendes?

-No -dijo la muchacha.

- Lo harás. -El mago sonrió cansadamente - . Ahora estás en la historia, con todos nosotros, y debes seguir en ella, quieras o no. Si quieres encontrar a tu pueblo, si quieres volver a ser una unicornio, debes proseguir el cuento de hadas hasta el castillo del rey Haggard, o hacia cualquier otro lugar que decida. La historia no puede terminar sin la princesa.

- No iré -dijo la muchacha de piel blanca. Se hizo a un lado, con el cuerpo en tensión y el pelo caído-. No soy una princesa, no soy mortal y no iré. Sólo me han sucedido desgracias desde que abandoné mi bosque, y sólo desgracias pueden sucederle a un unicornio en este país. Devuélveme mi verdadera forma y regresaré a mis árboles, a mi estanque, a mis raíces. Tu relato no tiene poder sobre mí. Soy un unicornio. Soy el último unicornio.

¿No había dicho eso mismo antes, mucho tiempo atrás, en el silencio verde y azul de los árboles? Schmendrick continuó sonriendo, pero Molly Grue dijo:

-Transfórmala en lo que era. Dijiste que podías hacerlo. Déjala que vuelva a casa.

-No puedo -respondió el mago-. Te lo dije, no tengo control sobre la magia, todavía no. Por esta razón yo también debo seguir hasta el castillo y afrontar la fatalidad o la fortuna que allí aguarda. Si intento anular la transformación ahora, podría convertirla realmente en un rinoceronte, en el mejor de los casos. Y en el peor...

Se estremeció y calló.

La joven les volvió la espalda y miró hacia la lejanía, hacia el castillo que dominaba el valle. No pudo advertir ningún movimiento en las ventanas o entre las ruinosas torres, ni tampoco señal alguna del Toro Rojo. En todo caso, sabía que estaba allí, meditando al abrigo de los cimientos del castillo, hasta que anocheciera de nuevo; fuerte más allá de la fuerza, invencible como la misma noche. Por segunda vez acarició el punto de su frente donde había estado el cuerno.

Cuando se volvió, el hombre y la mujer dormían sentados. Sus cabezas se apoyaban en el aire y sus bocas estaban abiertas. Se quedó junto a ellos y observó como respiraban, sujetando con una mano la capa negra ceñida a su cuello. Por primera vez, muy tenuemente, percibió el olor del mar.

9

Los centinelas les vieron llegar un poco antes de la puesta de sol, cuando el mar estaba en calma y reflejaba cegadoramente la luz del ocaso. Los centinelas pasaban ante la segunda más alta de la muchas torres torcidas que brotaban del castillo, que lo asemejaban a uno de esos raros árboles que se alzan con las raíces al aire. Desde donde estaban situados, los dos hombres podían inspeccionar todo el valle de Hagsgate, hasta la misma ciudad y las colinas angulosas más lejanas, así como el camino que serpenteaba desde el extremo del valle hasta la enorme, aunque combada, puerta principal del castillo del rey Haggard.

-Un hombre y dos mujeres -dijo el primer centinela.

Corrió hacia el otro lado de la torre; una actitud sorprendente, por cuanto la torre se ladeaba de tal manera que la mitad de cielo que veía el centinela era mar. El castillo se asentaba sobre el borde de un acantilado que caía a pico sobre una estrecha y amarillenta franja de tierra, que se había ido desgastando hasta dejar al descubierto rocas negras y verdes. Delicados pájaros abolsados tomaban posesión de las rocas repitiendo «Dijoasí, dijoasí».

El segundo centinela siguió a su compañero más pausadamente.

-Un hombre y una mujer -dijo-. El tercero lleva una capa..., pero no estoy seguro. -Los dos hombres vestían mallas caseras (anillas, cápsulas de botella y eslabones de cadena cosidos en unos pellejos semicurtidos) y sus rostros resultaban invisibles detrás de las oxidadas viseras, pero la voz y el modo de andar del segundo centinela denotaban que era el de mayor edad-. El de la capa negra. No te fíes demasiado de ése.

Pero el primer centinela se había asomado a la luz anaranjada del ondulante mar, perdiendo algunos clavos de su miserable armadura al apoyarse en el parapeto.

-Es una mujer -declaró-. Dudaría de mi sexo antes que del suyo.

-Y harías bien -observó el otro con sarcasmo-, pues no haces nada para parecer un hombre, salvo cabalgar a horcajadas. Te lo advierto otra vez, piénsatelo bien antes de llamar al tercero hombre o mujer. Espera un poco y verás.

-Si hubiera crecido sin sospechar jamás que existían dos secretos diferentes para el mundo -replicó el primer centinela sin volverse-, si hubiera tomado a todas las mujeres que conocí como si fueran exactamente iguales a mí, aun en ese supuesto sabría que esta criatura es diferente de cualquier otra cosa que hubiera visto antes. Siempre he lamentado que yo no te gustara; pero ahora, cuando la miro, todavía lamento más no haberme gustado a mí mismo. Oh, ya lo creo que lo lamento.

Se inclinó un poco más sobre el muro y forzó la vista para observar mejor a las tres lentas figuras del camino. Una risa sofocada sonó tras la visera.

- La otra mujer parece que esté de mal humor y que tenga los pies llagados -informó-. El hombre aparenta ser un tipo afable, pero de vida azarosa. Un juglar, a buen seguro, o un actor.

Calló un largo rato, vigilando su lenta progresión.

-¿Y el tercero? -inquirió el más viejo, después-. ¿Tu quimera nocturna de atractivos cabellos? ¿Te has cansado de ella en menos de un cuarto de hora? ¿La has visto más cerca de lo que osaría el amor?

Su voz rechinó dentro del casco como unos pequeños y curvados clavos.

Librodot

-Pienso que no podría verla de cerca -replicó el centinela- por más que se aproximara. -Su propia voz era sorda y doliente, como el eco de las oportunidades perdidas-. Posee la cualidad de lo nuevo. Todo sucede por primera vez. Mira cómo se mueve, cómo camina, cómo gira la cabeza... Todo por primera vez, como la primera vez que todos hacemos estas cosas. Mira cómo retiene el aliento y lo deja ir, como si nadie más en el mundo supiera que el aire es bueno. Es todo para ella. Si me dijeran que ha nacido esta mañana, lo único sorprendente sería que ya fuera tan vieja.

El segundo centinela miró a los tres caminantes desde la torre. El hombre alto le vio primero, y después la mujer de semblante severo. En sus ojos, inexorables, cansados y vacíos, sólo se reflejó la armadura. Pero luego, la joven de la raída capa negra levantó la cabeza y el centinela tuvo que retroceder detrás del parapeto, oponiendo un guante de hojalata a su brillo cegador. Al instante siguiente, la muchacha se situó bajo la sombra del castillo con sus compañeros, y él bajó su mano.

-Debe de estar loca -dijo con calma-. Ninguna chica mayor puede mirar de esa manera sin estar loca. Sería fastidioso, pero sería mejor que la otra posibilidad.

-¿Cuál es? -preguntó el más joven, después.

-Que verdaderamente haya nacido esta mañana. Preferiría que estuviera loca. Bajemos ahora.

Cuando el hombre y las mujeres llegaron al castillo, los dos centinelas se habían colocado uno a cada lado de la puerta, con sus despuntadas y dobladas alabardas cruzadas y las cimitarras desenvainadas. El sol se había ocultado, y sus absurdas armaduras se hacían más firmemente amenazadoras a medida que el mar se desvanecía. Los viajeros titubearon, mirándose unos a otros. No tenían un oscuro castillo a sus espaldas ni los ojos ocultos.

-Decid vuestros nombres -ordenó con voz seca el segundo centinela.

-Yo soy Schmendrick el Mago -dijo el hombre alto, al tiempo que daba un paso al frente-. Ésta es Molly Grue, mi ayudante..., y ésta es lady Amalthea. -Pronunció el nombre de la muchacha con inseguridad, como si nunca antes lo hubiera hecho-. Solicitamos audiencia al rey Haggard. Hemos recorrido un largo camino para verle.

El segundo centinela esperó a que el primero hablara, pero el más joven no cesaba de mirar a lady Amalthea.

-Exponed el asunto que deseáis tratar con el rey Haggard -dijo con paciencia.

-Lo haré -replicó el mago-, pero al mismo Haggard. ¿Qué clase de cuestiones reales serían si pudiera confiarlas a lacayos y porteros? Conducidnos al rey.

-¿Qué clase de cuestiones reales podría discutir un brujo vagabundo, de lengua imprudente, con el rey Haggard? -fue la sombría contestación del segundo centinela.

Sin embargo, dio media vuelta y atravesó a grandes zancadas la puerta del castillo, seguido a cierta distancia por los visitantes del rey. En último lugar caminaba el centinela más joven, acompasando el paso al de lady Amalthea, cuyos movimientos imitaba sin darse cuenta. La muchacha se detuvo un momento ante la puerta, contempló el mar, y el centinela hizo lo mismo.

El que precedía le llamó con aspereza, pero el joven estaba entregado a otros menesteres, ahora que debería responder de sus negligencias ante un nuevo capitán. Atravesó la puerta sólo cuando lady Amalthea se dignó hacerlo. Entonces la siguió, cantando para sí en tono soñador:

¿Qué es lo que me está sucediendo?

¿Qué es lo que me está sucediendo?
No puedo decir si estoy contento o aterrado.
¿Qué es lo que me está sucediendo?

Cruzaron un patio empedrado, en el que colgaba ropa húmeda que les azotó el rostro al pasar, y atravesaron una puerta más pequeña que daba acceso a un vestíbulo tan inmenso que no podían ver las paredes y el techo, sumergidos en las tinieblas. Grandes columnas de piedra salían a su paso mientras recorrían el vestíbulo, pero en seguida las dejaron atrás, casi sin tiempo de verlas. Su respiración despertaba el eco en aquel lugar tan vasto, y los pasos de otras criaturas de menor tamaño sonaban con tanta nitidez como los suyos. Molly Grue se mantenía lo más cerca posible de Schmendrick.

A continuación del gran vestíbulo encontraron otra puerta y, después, una estrecha escalera. Había unas pocas ventanas y ninguna clase de luz. La escalera caracoleaba hacia lo alto, haciéndose más y más estrecha a medida que ascendían, hasta dar la sensación de que cada peldaño giraba sobre sí mismo y la torre les encerraba en un puño sudoroso. La oscuridad les miraba y les tocaba. Olía a lluvia y a excrementos de perro.

Algo retumbó en algún lugar cercano, aunque a una gran profundidad. La torre tembló como un barco en trance de encallar y respondió con un lamento pétreo y sordo. Los tres viajeros gritaron, luchando por conservar el equilibrio sobre los peldaños que se estremecían, pero su guía aceleró la marcha sin vacilar ni hablar.

-No pasa nada, no tengáis miedo -susurró con toda seriedad el más joven de los centinelas a lady Amalthea-. Se trata del Toro.

El sonido no se repitió.

El segundo centinela se detuvo de repente, sacó una llave de un lugar secreto y la introdujo, aparentemente, en el muro. Una sección de la pared se abrió hacia dentro y la pequeña procesión se introdujo en una minúscula y estrecha habitación, sin otras cosas que una ventana y una silla en el extremo opuesto. No había nada más, ni muebles, ni alfombras, ni colgaduras, ni tapices. En la estancia había cinco personas, la silla y la harinosa luz de la luna nueva.

-Éste es el salón del trono del rey Haggard -dijo el segundo centinela.

El mago le agarró por el codo y le obligó a volverse hasta que estuvieron frente a frente.

-Esto es una celda. Esto es una tumba. Ningún rey vivo se sienta aquí. Condúcenos hasta Haggard, en el caso de que esté vivo.

-Puedes juzgar por ti mismo -dijo la voz escurridiza del centinela. Aflojó el casco y lo deslizó sobre su cabeza grisácea-. Yo soy el rey Haggard.

Sus ojos eran del mismo color que los cuernos del Toro Rojo. Era más alto que Schmendrick y, aunque su cara estaba surcada de profundas arrugas, no había indicios de indulgencia o necedad en ella. Era una cara llena de aristas; largas y crueles mandíbulas, unas sólidas mejillas, y una nariz delgada y plena de energía. Debía de tener setenta años, ochenta, o quizá más,

El primer centinela se adelantó con el casco bajo el brazo. Molly Grue dio un respingo cuando vio su cara, pues era la afable y ajada cara del príncipe que leía una revista mientras su princesa intentaba atraer a un unicornio.

-Éste es Lír -dijo el rey Haggard.

-Hola -dijo el príncipe Lír-. Encantado de conoceros.

Librodot

Su sonrisa saltó a los pies de los viajeros como un cachorro esperanzado, pero sus ojos, de un azul profundo y sombreado, cubiertos por espesas pestañas, permanecían inalterablemente fijos en los de lady Amalthea. Ella le devolvió la mirada, silenciosa como una joya, sin verle realmente, tal como los hombres ven a los unicornios. Pero el príncipe experimentó la extraña y feliz sensación de que ella le había mirado muy adentro, descendiendo a cavernas que él nunca había sabido dónde se hallaban; y allá su mirada cantaba y despertaba ecos. Algunos prodigios empezaron a producirse al sudoeste de su duodécima costilla, y él mismo, como un espejo ante lady Amalthea, empezó a brillar.

-¿Qué os interesa de mí?

Schmendrick el Mago se aclaró la garganta e hizo una reverencia ante el anciano de ojos claros.

-Deseamos entrar a vuestro servicio. La legendaria corte del rey Haggard, a lo largo y a lo ancho...

-No necesito criados.

El rey le dio la espalda, mostrando una actitud y unos ademanes indiferentes. Aun así, Schmendrick detectó cierta curiosidad que persistía en la piel de color pétreo y en las raíces del pelo gris.

-Pero seguro que conserváis algún séquito, algunos partidarios -dijo con cautela-. La sencillez es el más rico adorno de un rey, os lo garantizo, pero para un rey como Haggard...

-Haces que pierda mi interés -le interrumpió la voz cascada de nuevo-, y eso es muy peligroso. Dentro de un momento te habré olvidado por completo y jamás seré *capaz* de recordar lo que hice contigo. Lo que olvido no sólo deja de existir sino que, en realidad, no llegó nunca a existir. -Mientras hablaba, al igual que su hijo, buscó con sus ojos los de lady Amalthea-. Mi corte, para utilizar vuestros propios términos, consiste en cuatro hombres de armas. Pasaría sin ellos, si pudiera, pues cuestan más de lo que valen, como todo lo demás, pero hacen sus turnos de centinelas y de cocineros y, desde lejos, aparentan ser un ejército. ¿Qué otros sirvientes necesito?

-Pero los placeres de la corte -exclamó el mago-, la música, la conversación, las mujeres y las fuentes, las cacerías, los bailes de máscaras, las grandes fiestas...

-No significan nada para mí -dijo el rey Haggard-. Los he conocido todos y no me han hecho feliz. No conservaré nada que no me haga feliz.

Lady Amalthea pasó junto a él parsimoniosamente y se acercó a la ventana para contemplar el mar nocturno.

Schmendrick consiguió recuperar el aliento y declaró:

- ¡Os comprendo perfectamente! ¡Cuan fatigosas, rancias, insípidas y poco provechosas os deben parecer todas las costumbres de este mundo! Estáis aburrido de deleites, saciado de sensaciones, hastiado de alegrías estériles. Es la aflicción de los reyes y, por tanto, nadie desea más los servicios de un mago que un rey. Porque sólo para un mago el mundo es por siempre fluido, infinitamente mutable, eternamente nuevo. Sólo él conoce el secreto del cambio, sólo él sabe en verdad que todas las cosas aguardan con impaciencia poder convertirse en algo diferente, y

es de esta tensión universal de donde extrae su poder. Para un mago, marzo es mayo, la nieve es verde y la hierba es gris; esto es aquello, o como queráis decirlo. ¡Poned un mago en vuestra vida!

Terminó doblando una rodilla y con los brazos abiertos. El rey Haggard se apartó nerviosamente de él y murmuró:

- Levántate, levántate, me das dolor de cabeza. Además, ya tengo un mago.

Schmendrick se puso en pie de inmediato, sonrojado e inexpresivo.

-Nunca me lo dijisteis. ¿Cuál es su nombre?

-Se llama Mabruk -replicó el rey Haggard-. No suelo hablar de él. Ni siquiera mis hombres de armas saben que vive aquí, en el castillo. Mabruk posee todas las cualidades que mencionaste antes, más algunas otras que tal vez no sospeches. En su oficio le conocen como el «mago de magos». No veo razón alguna para reemplazarle por un vagabundo, desconocido, grotesco y...

- ¡Ah, pero yo sí! -interrumpió Schmendrick desesperadamente- . Veo una razón, señalada por vos no hace ni un minuto. Este maravilloso Mabruk no os hace feliz.

Una sombra de decepción y revelación pasó lentamente por la enfurecida cara del rey Haggard. Durante un instante, pareció un adolescente desconcertado.

-Caramba, pues es verdad -murmuró-. Hace mucho tiempo que la magia no me complace. Me pregunto desde cuando... -Dio unas enérgicas palmadas y gritó-: ¡Mabruk! ¡Mabruk! ¡Aparece, Mabruk!

-Aquí estoy -dijo una voz profunda, desde uno de los extremos de la estancia.

Un anciano vestido con un traje negro adornado con lentejuelas, que se tocaba con un sombrero puntiagudo, también cubierto de lentejuelas, estaba sentado allí, y nadie podía afirmar a ciencia cierta que no se hallaba a la vista de todos cuando habían entrado en el salón del trono. Tenía la barba y las cejas blancas, facciones suaves e inteligentes, pero sus ojos eran duros como el granizo.

-¿Qué desea Su Majestad de mí?

-Mabruk -dijo el rey Haggard-, este caballero pertenece a tu fraternidad. Se llama Schmendrick.

Los ojos helados del viejo hechicero se abrieron un poco y miró con curiosidad al hombre de aspecto desharrapado.

- ¡Bueno, así que eres tú! -exclamó con aparente placer-. ¡Schmendrick, querido muchacho, qué alegría tengo de verte! No te acordarás de mí, pero yo era un muy buen amigo de tu tutor, el querido Nikos. Pobre hombre, tenía grandes esperanzas depositadas en ti. ¡Vaya, vaya, qué sorpresa! ¿Así que todavía continúas en la profesión? ¡Caramba, si que eres un tipo tenaz! Yo siempre digo que la perseverancia constituye las nueve décimas partes de cualquier arte..., aunque no sirva de mucho ser nueve décimas partes de artista, por supuesto. Pero ¿qué es lo que te trae por aquí?

-Ha venido a ocupar tu lugar. -La voz del rey Haggard era terminante y categórica-. Él es ahora mi mago.

El asombro inicial de Schmendrick no pasó desapercibido al viejo hechicero, aunque tampoco pareció muy sorprendido por la decisión del rey. Obviamente, consideró por un momento si valía la pena montar en cólera, pero eligió, en cambio, un tono de afable diversión.

- Como desee Su Majestad, ahora y siempre -dijo suavemente-. Pero tal vez Su Majestad se halle interesado en conocer un fragmento de la historia de este nuevo mago. Estoy seguro de que al querido Schmendrick no le importará que mencione el hecho de que ya se ha convertido en una especie de leyenda en el oficio. De hecho, entre los adeptos, se le conoce mejor como la «Locura de Nikos». Su encantadora y completa torpeza en el dominio de los misterios más simples, su creativo estilo de emplear los más infantiles versos de la teurgia, por no hablar de...

Librodot

El rey Haggard hizo un breve movimiento con la mano, Mabruk se calló inmediatamente.

-No necesito que me convenzan de su incapacidad para este puesto. Basta con una simple mirada para comprobarlo, del mismo modo que una simple mirada prueba que eres uno de los grandes hechiceros del mundo.

Mabruk expresó su satisfacción acariciándose la magnífica barba y frunciendo su bondadosa frente.

-Pero eso no significa nada para mí -siguió el rey Haggard-. En el pasado has realizado todos los milagros que te pedí, con la consecuencia de que mi afición por los milagros se ha disipado. No hay tarea demasiado ingente para tus poderes y, sin embargo, cuando la maravilla ha tenido lugar nada ha cambiado. Debo suponer que ese gran poder es incapaz de darme lo que realmente deseo. Un mago magistral no me ha hecho feliz

- Veré lo que un incompetente puede hacer. Puedes irte, Mabruk.

Con un gesto de la cabeza despidió al viejo hechicero.

La apariencia afable de Mabruk se desvaneció como una chispa en la nieve y con el mismo sonido. Todo su rostro pareció concentrarse en los ojos.

-No es tan fácil deshacerse de mí -dijo con mucha suavidad-. No por un capricho, aunque sea el capricho de un rey, y menos en favor de un imbécil. ¡Ten cuidado, Haggard! La ira de Mabruk no es ligera.

Una ventolera se desató en la oscura habitación. Daba igual que entrara por una parte u otra, la ventana, la puerta cerrada, pues su auténtico origen provenía de la figura enjuta del viejo hechicero. Era un viento frío, rancio, un húmedo y ululante viento de las marismas, que brincaba a lo largo y a lo ancho de la estancia como un regocijado animal que acaba de descubrir la endeblez de los seres humanos. Molly Grue se acurrucó junto a Schmendrick, que parecía inquieto. El príncipe Lír envainaba y desenvainaba nerviosamente su espada.

Hasta el rey Haggard retrocedió un paso ante la sonrisa triunfal del viejo Mabruk. Las paredes del recinto parecían reblandecerse y alejarse, y el rutilante vestido del brujo se convirtió en la inmensa noche que aullaba. Mabruk no decía ninguna palabra, pero el viento estaba empezando a emitir un perverso y chirriante sonido a medida que cobraba fuerza. De un momento a otro se haría visible, tomaría forma. Schmendrick abrió la boca, pero si estaba gritando algo para neutralizar el conjuro no se oyó, ni tampoco funcionó.

En medio de las tinieblas, Molly Grue vio que lady Amalthea se volvía, muy lejos, y extendía una mano donde los dedos corazón y medio tenían la misma longitud. Aquel lugar extraño de su frente irradiaba una luz brillante como una flor.

Y de repente el viento desapareció como si nunca hubiera existido, los muros de piedra les rodearon una vez más y la sombría habitación se hizo tan alegre como el mediodía después de la noche de Mabruk. El brujo estaba inclinado casi hasta el suelo, mirando fijamente a lady Amalthea. Su rostro bondadoso e inteligente era ahora el de un hombre acabado, y su barba pendía flojamente de su mentón como el agua estancada. El príncipe Lír le agarró del brazo.

-Vamos, anciano -le dijo, no sin cierta gentileza-. Fuera de aquí, abuelito. Escribiré tus referencias.

-Ya me voy -dijo Mabruk-. No porque te tema a ti, pedazo de alcornoque, ni a tu loco y desagradecido padre; ni a causa de tu nuevo mago, que mucha felicidad os proporcione. -Sus ojos se cruzaron con los ojos hambrientos del rey Haggard y rió como una cabra-. Haggard, no me gustaría estar en tu pellejo por nada del mundo. Has dejado que tu perdición

entrara por la puerta principal, aunque no se irá por el mismo camino. Te contaría más detalles, pero ya no estoy a tu servicio. Es una pena, porque llegará un día en que sólo un maestro podrá salvarte... ¡y en esa hora tendrás a Schmendrick para que te ayude! ¡Adiós, pobre Haggard, adiós!

Aún sonriente, desapareció; pero su regocijo habitó para siempre en los ángulos de la cámara, como el perfume del humo o del polvo antiguo y frío.

-Bien -dijo el rey Haggard a la luz gris de la luna-. Bien. -Se acercó lentamente hacia Schmendrick y Molly, pisando sin hacer ruido, balanceando la cabeza como si jugara-. Estaos quietos -les ordenó cuando se movieron-. Quiero veros las caras.

-Encended una luz, pues -dijo Molly Grue.

La calma de su voz la asustó más que la furia del viejo hechicero. Es fácil arriesgarse por ella, pensó, pero si empiezo a arriesgarme por mí, ¿quién sabe dónde podemos acabar?

-Nunca enciendo las luces -replicó el rey-. ¿Qué hay de bueno en la luz?

Se alejó de ellos, murmurando para sus adentros.

-Un rostro es casi inocente, casi imbécil, pero no lo bastante imbécil. El otro rostro es como el mío, y eso significa peligro. De todas formas, todo eso lo vi en la puerta... ¿Por qué les dejé entrar, entonces? Mabruk tenía razón; soy viejo, estúpido y crédulo. Aun así, sólo veo a Haggard cuando les miro a los ojos.

El príncipe Lír se agitó, nervioso, cuando el rey atravesó el salón del trono en dirección a lady Amalthea. Estaba mirando de nuevo por la ventana, pero se dio la vuelta rápidamente cuando ya el rey Haggard se hallaba muy cerca. Inclinó la cabeza de forma muy peculiar.

-No te tocaré -dijo el monarca, y ella esperó, inmóvil-. ¿Por qué permaneces junto a la ventana? ¿Qué estás mirando?

-Miro el mar -dijo lady Amalthea.

Su voz era suave y temblorosa, pero no de pánico, sino de vida, del mismo modo que una mariposa recién nacida se estremece bajo el sol.

-Ah -dijo el rey-. Sí, el mar siempre es bueno. No hay nada que me guste mirar por mucho tiempo, salvo el mar.

Siguió contemplando largo rato el rostro de lady Amalthea, sin reflejar en absoluto su luz, como había hecho el príncipe Lír, sino absorbiéndola y reteniéndola en algún lugar. Su aliento era tan rancio como el viento del hechicero, pero lady Amalthea no se movió.

-¿Qué les ocurre a tus ojos? -gritó repentinamente-. Están llenos de hojas verdes, abarrotados de árboles, ríos y animalillos. ¿Dónde estoy yo? ¿Por qué no me puedo ver en tus ojos?

Lady Amalthea no respondió. El rey Haggard se plantó de un salto frente a Schmendrick y Molly. Su sonrisa de cimitarra apoyó su fría hoja en las gargantas de ambos.

-¿Quién es ella? -preguntó.

Schmendrick carraspeó varias veces antes de contestar.

- Lady Amalthea es mi sobrina. Soy su único pariente vivo y, por tanto, su guardián. Sin duda os confunde el estado de su ropa, pero tiene una fácil explicación. En el transcurso de nuestro viaje fuimos atacados por unos bandidos y despojados de nuestras...

-¿Qué tonterías estás farfullando? ¿Qué pasa con su atavío?

El rey volvió a mirar a la muchacha y Schmendrick comprendió de repente que ni el rey ni su hijo habían reparado en el hecho de que iba desnuda bajo su capa raída. La gracia natural de lady Amalthea hacía parecer jirones y andrajos el único vestido apropiado para una princesa; y, además, no sabía que estaba desnuda. Quien daba la impresión de estarlo era el rey, a pesar de su armadura.

-Lo que ella vista -dijo Haggard-, lo que os pueda haber ocurrido, lo que seáis unos para otros..., todo eso, por fortuna, no me concierne. Podéis mentirme sobre tales aspectos tanto como os atreváis. Quiero saber quién es ella. Quiero saber cómo destruyó la magia de Mabruk sin decir una palabra. Quiero saber por qué hay hojas verdes y crías de zorro en sus ojos. Habla rápido y evita la tentación de mentir, especialmente acerca de las hojas verdes. Respóndeme.

Schmendrick no replicó de inmediato. Produjo algunos sonidos con un esfuerzo vehemente, pero ni una palabra discernible salió de sus labios. Molly Grue reunió valor para contestar, aunque sospechaba que era imposible contar la verdad al rey Haggard. Algo en su aspecto invernal agostaba todas las palabras, embrollaba los significados y torcía las rectas intenciones en formas tan atormentadas como las torres de su castillo. Aun así hubiera hablado, pero fue otra voz la que se oyó en la oscura estancia, la clara, educada e ingenua voz del joven príncipe Lír.

-Padre, ¿qué diferencia hay? Ella está aquí ahora.

El rey Haggard suspiró. No fue un sonido suave, sino sordo y rasposo; ni tampoco un sonido de capitulación, sino la retumbante meditación de un tigre que se apresta a saltar.

-En efecto, tienes razón -dijo-. Ella está aquí, todos ellos están aquí y, tanto si significan mi perdición como si no, los contemplaré durante un rato. Un plácido aire de desastre les acompaña. Tal vez sea lo que deseo. -Se dirigió a Schmendrick secamente-. En calidad de mi brujo, me divertirás cuando quiera que me diviertan, de formas variadamente profundas y frívolas. Espero de ti que sepas cuándo y cómo has de ser requerido, ya que no puedo estar todo el tiempo adivinando mis estados de ánimo y mis deseos en beneficio tuyo. No percibirás salario alguno, pues no viniste aquí por eso. En cuanto a tu amante, asistente, o como quieras llamarla, me servirá también si es su voluntad permanecer en el castillo. Desde esta tarde es cocinera y criada a la vez, y también fregona y barrendera.

Hizo una pausa, como si aguardara las protestas de Molly, pero ella se limitó a asentir con la cabeza. La luna se había deslizado fuera del marco de la ventana, pero el príncipe Lír advirtió que, a pesar de ello, la sombría habitación no estaba más oscura. La fría luminosidad de lady Amalthea se intensificaba más lentamente que el viento de Mabruk, pero el príncipe comprendió muy bien que era mucho más peligrosa. Anhelaba escribir poemas bajo esa luz, aunque nunca antes lo había deseado.

-Puedes ir y venir cuanto te plazca -dijo el rey Haggard a lady Amalthea-. Puede que haya sido una locura por mi parte admitirte, pero no soy tan idiota como para no prohibirte el acceso a esta puerta o aquella. Mis secretos se guardan ellos mismos... ¿Hacen lo mismo los tuyos? ¿Qué estás mirando?

- Estoy mirando el mar -replicó por segunda vez lady Amalthea.

-Sí, el mar siempre es bueno -dijo el rey-. Un día lo miraremos juntos. -Caminó despacio hacia la puerta-. Será curioso tener en el castillo a una criatura cuya presencia hace que Lír me llame «padre» por primera vez desde que tenía cinco años.

-Seis -dijo el príncipe Lír-. Tenía seis.

-Cinco o seis, ¿qué más da? -dijo el rey-. Había dejado de

Librodot

hacerme feliz mucho antes y tampoco me hace feliz ahora. Nada ha cambiado porque ella esté aquí.

Se marchó casi tan silenciosamente como Mabruk y oyeron resonar sus botas de hojalata en la escalera.

Molly Grue se acercó poco a poco a lady Amalthea y se acodó en la ventana junto a ella.

-¿Qué sucede? -preguntó-. ¿Qué es lo que ves?

Schmendrick se apoyó en el trono, observando al príncipe Lír con sus grandes y verdes ojos. A lo lejos, en el valle de Hagsgate, se oyó de nuevo el frío bramido.

-Encontraré aposentos para vosotros -dijo el príncipe Lír-. ¿Estáis hambrientos? Os conseguiré algo de comer. Sé donde hay ropas, delicado raso. Os podréis confeccionar vestidos.

Nadie le respondió. La opresiva noche se tragó sus palabras, y le pareció que lady Amalthea ni le oía ni le veía. Ella no se movió, pero el príncipe abrigaba la íntima convicción de que se estaba alejando de él, como la luna, mientras permanecía inmóvil, contemplándola.

-Deja que te ayude -pidió el príncipe Lír-. ¿Qué puedo hacer por ti? Deja que te ayude.

Librodot

10

-¿Qué puedo hacer por ti? -preguntó el príncipe Lír.

-No mucho, por ahora -dijo Molly Grue-. Sólo necesitaba agua. A menos que queráis pelar patatas, lo que me iría de perlas.

-No, no quería decir eso. Bueno, sí, lo haré si quieres, pero le estaba hablando a ella. Quiero decir que, cuando le hablo, es lo que pregunto una y otra vez.

-Sentaos y pelad unas cuantas patatas -dijo Molly-. Así tendréis ocupadas las manos.

Se hallaban en la cocina, una pequeña y húmeda habitación que olía fuertemente a nabos podridos y a remolachas fermentadas. Una docena de platos de loza se apilaban en un rincón y un pequeñísimo fuego ardía bajo un trípode, tratando de hacer hervir una gran olla de agua gris. Molly estaba sentada frente a una tosca mesa cubierta de patatas, puerros, cebollas, pimientos, zanahorias y otras hortalizas, muchas de ellas pasadas y picadas. El príncipe Lír permaneció de pie ante ella, balanceándose sobre los pies y retorciéndose sus largos y elegantes dedos.

-He matado otro dragón esta mañana -dijo de sopetón.

-Fantástico -respondió Molly-. Magnífico. ¿Qué número hace éste?

- Cinco. Éste era más pequeño que los otros, pero me ocasionó más problemas. Me fue imposible acercarme a pie, de modo que tuve que cargar con la lanza y mi caballo sufrió horribles quemaduras. Fue divertido lo del caballo...

-Sentaos, Alteza -le interrumpió Molly-, y parad de hacer eso. Me estoy poniendo nerviosa sólo de veros.

El príncipe Lír tomó asiento en el lado opuesto. Extrajo un cuchillo del cinturón y comenzó a pelar patatas melancólicamente. Molly le contempló con una ligera y lenta sonrisa.

- Le llevé la cabeza -siguió el príncipe-. Estaba en su aposento, como de costumbre. Cargué con aquella cabeza escalera arriba para depositarla a sus pies. -Suspiró y se hizo un corte en el dedo con el cuchillo-. Maldición. No me importó. Mientras subía la escalera era una cabeza de dragón, el más preciado regalo que se puede dar a alguien. Pero cuando ella la miró, se convirtió de pronto en una triste y maltrecha masa de escamas y cuernos, una lengua cartilaginosa, unos ojos sanguinolentos. Me sentí como un carnicero de pueblo que le lleva a su novia, como prenda de amor, un pedazo de carne fresca. Y luego me miró y me sentí culpable de haber matado al monstruo. ¡Culpable de haber matado a un dragón!

Le dio un tajo a una patata gomosa y se hirió de nuevo.

-Cortad hacia afuera, no hacia adentro -aconsejó Molly-. Sabéis, realmente pienso que deberíais parar de matar dragones para lady Amalthea. Si cinco no la han conmovido, es probable que uno más tampoco lo haga. Probad otra cosa.

-Pero ¿qué me queda por probar? -preguntó el príncipe Lír-. He atravesado a nado cuatro ríos, todos ellos caudalosos y de un kilómetro y medio de ancho, por lo menos. He escalado siete montañas nunca escaladas antes, he dormido tres noches en el Pantano de los Ahorcados y he salido con vida de aquel bosque donde las flores te queman los ojos y los pájaros destilan veneno. He roto mi compromiso con la princesa a la que me había prometido en matrimonio..., y si piensas que no fue una empresa heroica es porque no conoces a su madre. He vencido a quince caballeros negros, ni uno más ni uno menos, que vigilaban quince vados con sus pabellones negros y desafiaban a todo el que quisiera cruzar. Y ya he perdido la cuenta de las brujas de los bosques impenetrables, de los gigantes, de los demonios

Librodot

disfrazados de damiselas; de las colinas de cristal, los acertijos fatales y las empresas terroríficas; de las manzanas mágicas, los anillos, las lámparas maravillosas, las espadas, las pociones, las capas, las botas, los collares y los gorros de dormir. Por no mencionar los caballos alados, los basiliscos y las serpientes de mar y todo el resto del repertorio. -Levantó la cabeza, mostrando tristeza y confusión en sus ojos azul oscuro-. Y todo para nada.

No puedo tocarla, haga lo que haga. Por ella me he convertido en un héroe, yo, el abúlico Lír, el escarnio y la vergüenza de mi padre, pero, para el caso, igual me hubiera valido continuar siendo el mismo idiota aburrido. Mis grandes hazañas no significan nada para ella.

Molly cogió su cuchillo y empezó a cortar los pimientos.

-Quizá a lady Amalthea no se la gane con grandes hazañas.

El príncipe la miró fijamente, frunciendo el ceño con estupor.

-¿Hay alguna otra forma de conquistar a una doncella? -preguntó con la mayor seriedad-. Molly, ¿conoces otra forma? ¿Me la dirás? -Se inclinó sobre la mesa para cogerle la mano-. Me gusta mucho ser valiente, pero volveré a ser un perezoso cobarde si piensas que es mejor. Sólo el verla me impulsa a luchar contra la maldad y la perversión, pero también a sentarme en un rincón y ser desgraciado. ¿Qué debería hacer, Molly?

-No lo sé -dijo ella, desconcertada-. Gentileza, cortesía, buenas obras, esa clase de cosas. Y un buen sentido del humor. -Un gatito de color ceniciento, con una oreja torcida, saltó a su regazo, ronroneando atronadoramente, y apoyó la cabeza en su mano. Para cambiar de conversación, preguntó-: ¿Qué le sucedió a vuestro caballo? ¿Qué fue tan divertido?

Pero el príncipe Lír estaba absorto en la contemplación del gato de la oreja torcida.

-¿De dónde ha salido? ¿Es tuyo?

-No -dijo Molly-, sólo le di de comer y lo sostuve algunas veces. Pensé que vivía aquí.

Frotó el corto cuello del gato y éste cerró los ojos.

-Mi padre odia los gatos. Dice que no hay nada igual a un gato, pues es una forma que a toda clase de demonios les gusta adoptar para conseguir entrar en las casas de los hombres. Lo mataría si supiera que lo escondes aquí.

-¿Qué le sucedió al caballo? -preguntó Molly.

El rostro del príncipe Lír se oscureció de nuevo.

-Fue algo extraño. Cuando vi que a ella no le complacía mi regalo, pensé que tal vez le interesaría saber cómo lo conseguí, de modo que le describí el paisaje, mi método de ataque, ya sabes, los silbidos de furor, las alas desnudas y el peculiar olor de los dragones, especialmente en una mañana lluviosa; y también cómo brotó la sangre negra cuando le clavé la lanza. Pero no prestó atención a lo que le contaba hasta que hablé del chorro de fuego que casi quemó por completo las patas de mi caballo.

Entonces..., ah, entonces regresó del lugar al que se evade cuando le hablo y dijo que debía ir a ver mi caballo. Así que la conduje al establo donde el pobre bruto continuaba relinchando de dolor, y ella le puso las manos en el cuerpo, en las piernas. Y cesó de quejarse. Es horrible el sonido que hacen cuando están heridos. Al terminar es como una canción.

El cuchillo del príncipe rutilaba entre las patatas. En el exterior, gruesas gotas de lluvia resonaban con fuerza alrededor de los muros del castillo, pero los que se encontraban en la cocina sólo podían oírlas, pues no había ni una ventana en la fría habitación. Tampoco había luz, excepto el raquítico resplandor del fuego que calentaba la olla. El gato dormitaba en el regazo de Molly como un puñado de hojas de otoño.

-¿Y qué sucedió entonces? -preguntó la mujer-. Cuando lady Amalthea tocó al caballo.

-No sucedió nada. Nada en absoluto. -El príncipe Lír pareció enfurecerse de repente. Dio un puñetazo en la mesa, que hizo saltar por todas partes puerros y lentejas-. ¿Esperabas que sucediera algo? Pues ella sí. ¿Esperabas que las heridas del caballo se curaran instantáneamente? ¿Que la piel quemada cicatrizara? ¿Que la carne negra estuviera impoluta como antes? Pues ella sí... ¡Te lo juro por la esperanza que deposito en ella! Y cuando las patas no se enderezaron bajo su mano, huyó. No sé dónde está ahora.

Su voz se fue suavizando a medida que hablaba, y la mano sobre la mesa se desplomó tristemente a su costado. Se levantó y fue a mirar la olla que estaba en el fuego.

-Está hirviendo -dijo-, si quieres echar las verduras. Lloró cuando las patas de mi caballo no se curaron, la oí sollozar, y, sin embargo, no había lágrimas en sus ojos cuando escapó. Había de todo, excepto lágrimas.

Molly puso el gato en el suelo con delicadeza y empezó a agrupar las venerables verduras para la olla. El príncipe Lír la miraba trajinar alrededor de la mesa y a través del húmedo suelo, arriba y abajo. Cantaba una canción:

Si bailara con mis pies
igual que bailo en sueños,
airosa y resplandeciente
como la Muerte disfrazada...,
sería como estar en un edén,
pero ¿acaso desearía
retroceder diez años en mi vida,
o ser esposa o ser sabia?

-¿Quién es ella, Molly? -preguntó el príncipe-. ¿Qué clase de mujer es, que cree, o sabe, a juzgar por lo que vi en su cara, que puede curar heridas con una caricia, y que llora sin lágrimas?

Molly continuó con sus tareas, murmurando para sí misma.

- Cualquier mujer puede llorar sin lágrimas -respondió por encima del hombro- y la mayoría puede curar con sus manos. Depende de la herida. Es una mujer, Su Alteza, y eso es todo un enigma.

Pero el príncipe le impidió el paso y ella se detuvo, con el delantal lleno de hierbas y el pelo caído sobre los ojos. El rostro del príncipe se inclinó sobre ella, avejentado a causa de los cinco dragones, pero aún hermoso y estúpido.

-Estás cantando -dijo-. Mi padre te adjudica el trabajo más enojoso y todavía cantas. Nunca ha habido cantos, gatos y aroma de buena cocina en este castillo. Lady Amalthea es la responsable, como es responsable de que salga a cabalgar por las mañanas en busca de peligros.

-Siempre fui una buena cocinera -dijo Molly con dulzura-. Vivir en los bosques durante diecisiete años con Cully y sus hombres...

-Quiero servirla, como tú haces -prosiguió el príncipe Lír, como si Molly no hubiera hablado-, para ayudarla a encontrar lo que ha venido a buscar. Quiero ser lo que ella más necesita. Díselo así. ¿Se lo dirás?

Mientras hablaba, una pisada sin sonido resonó en sus oídos y el roce de un vestido de raso conturbó su rostro. Lady Amalthea se hallaba en el umbral de la puerta.

Una temporada en los fríos dominios del rey Haggard no la había enturbiado ni oscurecido. Más bien el invierno había aumentado su belleza hasta el punto de herir a quien la

contemplaba, como una flecha imposible de extraer. Su cabello blanco estaba recogido con una cinta azul y su vestido era de color lila. No se le ajustaba bien. Molly Grue era una costurera mediocre y el raso la ponía nerviosa. Pero el deficiente trabajo, las frías piedras y el olor a nabos no hacían sino resaltar el encanto de lady Amalthea. La lluvia brillaba en su cabello.

El príncipe Lír hizo una reverencia; una inclinación veloz y poco elegante, como si alguien le hubiera golpeado en la boca del estómago.

-Mi señora -musitó-, deberíais cubriros la cabeza para salir con este tiempo.

Lady Amalthea se sentó a la mesa e inmediatamente el gatito del color del otoño dio un salto, ronroneando de forma rápida y muy suave. Ella extendió la mano, pero el gato se apartó sin dejar de ronronear. No parecía asustado, pero tampoco dispuesto a permitir que le acariciaran el áspero pelaje. Lady Amalthea le hizo señas de que se aproximara y el gato agitó la cola como un perro, pero no quiso acercarse.

-Debo partir -dijo el príncipe Lír con voz ronca-. A dos jornadas a caballo de aquí hay una especie de ogro que se dedica a devorar las doncellas del pueblo. Dicen que sólo podrá matarlo aquel que empuñe la Gran Hacha del Duque Alban. Por desgracia, el propio Duque de Alban fue uno de los primeros en ser consumido, se había disfrazado de campesina para engañar al monstruo, y no hay grandes dudas acerca de quién maneja la Gran Hacha ahora. Si no vuelvo, pensad en mí. Adiós.

-Adiós, Su Alteza -dijo Molly.

El príncipe hizo otra reverencia y abandonó la cocina, en pos de su noble misión. Sólo miró atrás una vez.

-Sois cruel con él -dijo Molly.

Lady Amalthea no se dignó mirarla, ocupada como estaba en ofrecer la palma de su mano al gato de la oreja torcida, que se estremecía deseando ir hacia ella.

-¿Cruel? -preguntó-. ¿Cómo puedo ser cruel? Eso es para los mortales. -Pero entonces levantó los ojos, inundados de pena y de algo muy próximo a la burla-. También lo es la amabilidad.

Molly Grue se ocupó de la olla, removiendo la sopa y sazonándola, mientras temblaba de frío.

-Podíais haberle dicho una palabra gentil, como mínimo -remarcó, sin alzar la voz-. Se ha sometido a grandes pruebas por vos.

-Pero ¿qué quieres que le diga? -preguntó lady Amalthea-. No le he dicho nada y, sin embargo, cada día aparece con más cabezas, más cuernos, pieles y colas, más joyas encantadas y más armas mágicas. ¿Qué hará si le hablo?

-Desea que penséis en él -dijo Molly-. Los caballeros y los príncipes sólo conocen una manera de ser recordados. No es culpa suya. Pienso que actúa muy bien.

Lady Amalthea volvió sus ojos hacia el gato. Sus largos dedos retorcieron una costura del vestido de raso.

-No, él no desea mis pensamientos -dijo suavemente-. Me desea a mí, tanto como el Toro Rojo, y sin mucho mayor discernimiento. Pero aún me asusta más que el Toro Rojo, porque tiene un corazón bondadoso. No, nunca le haré falsas promesas.

La pálida marca de su frente era invisible en la oscuridad de la cocina. La tocó y apartó la mano rápidamente, como si quemara.

-El caballo murió -le dijo al gatito-. No pude hacer nada por él.

Molly se giró al instante y puso sus manos sobre los hombros de lady Amalthea. Bajo la delgada tela su piel estaba fría y dura como una piedra cualquiera del castillo del rey Haggard.

-Oh, mi señora -susurró-, es porque no tenéis vuestra auténtica forma. Cuando volváis a ser como antes todo volverá..., todo vuestro poder, toda vuestra fuerza, toda vuestra seguridad. Volverá a vos.

De haberse atrevido, la habría estrechado entre sus brazos y la habría acunado como a una niña. Jamás habían pasado tales pensamientos por su cabeza.

-El mago sólo me proporcionó una apariencia humana, una apariencia, no el espíritu -respondió lady Amalthea-. Si hubiera muerto entonces, habría seguido siendo una unicornio. El viejo lo sabía, el hechicero. No dijo nada por rencor a Haggard, pero lo sabía.

La cinta azul se desató y sus cabellos se derramaron a lo largo del cuello y sobre los hombros. La imagen casi engañó al gato, que alzó una pata para juguetear con ella, pero en seguida se arrepintió y se sentó sobre sus ancas, con la cola enrollada alrededor de sus patas delanteras y la lastimada cabeza ladeada. Sus ojos eran verdes, con reflejos dorados.

-Pero eso fue hace mucho tiempo -dijo la joven-. Ahora soy dos: yo y esa otra a la que llamas «mi señora». Pues está aquí tan realmente como estoy yo, aunque una vez sólo fue un velo que me cubría. Deambula por el castillo, duerme, se viste, come y piensa sus propias cosas. Aunque no tiene el poder de curar o de calmar, posee otra magia. Los hombres le hablan, la llaman «lady Amalthea» y ella les responde o no les responde. El rey siempre la vigila con sus claros ojos, preguntándose qué es, y el hijo del rey se atormenta amándola y preguntándose quién es. Y cada día ella escudriña el cielo y el mar, el castillo y el patio, el torreón y la cara del rey, en busca de algo que nunca puede recordar. ¿Qué es? ¿Qué es lo que busca en este extraño lugar? Lo sabía hace un momento, pero se le ha olvidado.

Miró a Molly Grue y sus ojos ya no eran los ojos de la unicornio. Todavía eran adorables, pero de una forma definida, como la belleza de una mujer. Se podía sondear y medir su profundidad, y describir perfectamente su grado de oscurecimiento. Molly vio miedo, desazón y desconcierto cuando miró dentro de ellos, y también su reflejo; pero nada más.

-Unicornios -dijo-. El Toro Rojo los ahuyentó a todos, excepto a vos. Sois el último unicornio. Vinisteis a buscar a los otros y a liberarlos. Y lo conseguiréis.

Poco a poco, el mar profundo y secreto retornó a los ojos de lady Amalthea, colmándolos hasta hacerlos tan viejos, oscuros, insondables e indescifrables como el mar. Molly fue testigo de la transformación y tuvo miedo, pero apretó los encorvados hombros con mayor fuerza todavía, como si sus manos pudieran absorber la desesperación como un pararrayos. Y, mientras lo hacía, el suelo de la cocina retumbó con un ruido que ya había oído antes, parecido al rechinar de unos dientes, o unas muelas. El Toro Rojo se agitaba en sueños. Me pregunto si sueña, pensó Molly.

-Debo ir a él -dijo lady Amalthea-. No hay otra salida y no hay tiempo que perder. Con esta forma o con la mía auténtica debo enfrentarme otra vez con él, incluso si mi pueblo ha perecido y no queda nada por salvar. Debo ir a él, antes de que me olvide para siempre, pero no sé la manera y estoy sola.

El gato azotó el aire con la cola y produjo un ruido que no era ni un maullido ni un ronroneo.

-Iré con vos -dijo Molly-. Yo tampoco sé la forma de llegar hasta él, pero debe de existir alguna. Schmendrick también vendrá. Él nos abrirá paso si nosotras no podemos.

Librodot

-Espero no necesitar la ayuda del mago -replicó desdeñosamente lady Amalthea-. Le veo cada día haciendo el idiota para el rey Haggard, divirtiéndole con sus errores, cometiendo fallos garrafales incluso con los trucos más insignificantes. Dice que es todo lo que puede hacer hasta que el poder le inspire. Pero nunca volverá a suceder. Ya no es un mago, sino el payaso del rey.

Molly sintió que el calor invadía su cara y se dio la vuelta para examinar la sopa. Después de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta respondió:

-Lo está haciendo por vos. Mientras meditáis, os deprimís y os convertís en otra persona, él inventa chismes y bromas para Haggard, divirtiéndole para que tengáis tiempo de encontrar a vuestro pueblo, si es posible. Pero debéis hacerlo antes de que el rey se canse de sus gracias, como se cansa de todo, y lo arroje a sus mazmorras o a otro sitio más tenebroso. Hacéis mal en burlaros de él. Y, aunque esto nunca podrá ocurriros a vos, todo el mundo os quiere.

Su voz era como el lamento tenue de un niño.

Por un momento las dos mujeres se miraron mutuamente; una, bella y distante en la gélida habitación de techos bajos; la otra, sintiéndose como en su casa en semejante decorado, un irritado escarabajo en la pulcritud de su propia cocina. Entonces oyeron el resonar de unas botas, el golpeteo de las armaduras y las voces cascadas de unos viejos. Cuatro hombres de armas del rey Haggard irrumpieron en la cocina.

Tenían no menos de setenta años. Eran flacos, débiles y frágiles como una costra de nieve, pero todos vestían de pies a cabeza la miserable cota de malla del rey Haggard y acarreaban sus torcidas armas. Saludaron alegremente a Molly Grue y le preguntaron qué había preparado para cenar, pero, ante la presencia de lady Amalthea, los cuatro se callaron de inmediato e improvisaron profundas reverencias que les hicieron jadear.

-Mi señora -dijo el más viejo-, disponed de vuestros siervos. Somos hombres fatigados, hombres gastados, pero, si desearais presenciar prodigios, no tendríais más que pedirnos lo imposible. Volveremos a ser jóvenes, si tal es vuestro deseo.

Sus tres compañeros asintieron entre murmullos.

-No, no -susurró ella en respuesta-, nunca volveréis a ser jóvenes.

Y se alejó con rapidez entre el rumor de pliegues de su vestido, el cegador y alborotado cabello ocultándole el rostro.

- ¡Cuánta sabiduría! -declaró el hombre de armas de mayor edad-. Es consciente de que ni siquiera su belleza puede luchar contra el tiempo. Un raro y triste conocimiento para alguien tan joven. Esta sopa huele deliciosamente, Molly.

-Huele demasiado bien para este lugar -gruñó otro de los hombres mientras tomaban asiento alrededor de la mesa-. Haggard odia la buena comida. Dice que ningún manjar es lo bastante bueno para justificar el dinero y el esfuerzo empleados en prepararlo. «Es una ilusión», dice, «y un gasto. Vivid como yo, desengañado». ¡Brraaahh! -hizo muecas y se estremeció, y los demás rieron.

-Vivid como Haggard -dijo otro de los comensales en el momento en que Molly Grue le servía la sopa en el cuenco-. Ése será mi destino en el otro mundo si no me porto bien en éste.

-¿Por qué sigues a su servicio, entonces? -inquirió Molly Grue. Se sentó con ellos y apoyó la barbilla en sus manos-. No os paga ningún salario y os da de comer lo menos que puede. Os envía a robar a Hagsgate en su nombre aunque haga el peor tiempo, porque nunca gasta ni un penique de la riqueza que guarda en su cámara acorazada. Lo prohibe todo, luces y

laúdes, fuegos y fiestas, cantar y pecar, libros y cerveza, hablar de la primavera y jugar con lo que sea. ¿Por qué no le abandonáis? ¿Qué os obliga a permanecer aquí?

Los cuatro viejos se miraron nerviosamente unos a otros, carraspeando y suspirando.

-Es la edad -dijo el primero-. ¿Adonde podríamos ir? Somos demasiado viejos para vagabundear por los caminos en busca de trabajo y albergue.

-Es la edad -coincidió el segundo-. Cuando eres viejo, todo lo que no molesta es un consuelo. Hace mucho que el frío, la oscuridad y el aburrimiento dejaron de afectarnos; en cambio, el calor, las canciones, la primavera..., no, sólo significarían trastornos para nosotros. Hay cosas peores que vivir con Haggard.

-Haggard es más viejo que nosotros -apuntó un tercero-. Algún día el príncipe Lír reinará en este país, y no pienso irme de este mundo hasta que haya visto ese día. Siempre le he tenido cariño al chico, desde que era pequeño.

Molly se dio cuenta de que no tenía hambre. Echó un vistazo a los rostros de los ancianos y escuchó los sonidos que emergían de sus labios repugnantes y de sus apergaminadas gargantas mientras sorbían la sopa; que el rey Haggard tomara sus comidas solo le produjo una alegría repentina; siempre se preocupaba, inevitablemente, de aquellos a quienes alimentaba.

-¿Habéis oído ese rumor de que el príncipe Lír no es en realidad el sobrino adoptado de Haggard? -preguntó con cautela, pero los hombres de armas no se mostraron sorprendidos ante sus palabras.

-Sí -replicó el mayor-. Conocemos la historia. Quizá sea cierta, pues el príncipe no se parece en nada al rey. Pero ¿y qué? Es preferible que gobierne el país un extranjero secuestrado en la cuna que un auténtico hijo del rey Haggard.

- ¡Pero si el príncipe fue traído de Hagsgate -gritó Molly-,quiere decir que es el hombre que ejecutará la maldición que pende sobre este castillo!

Y repitió el verso que Drinn había recitado en la posada de Hagsgate:

Y de Hagsgate sólo uno habrá
de destruir el castillo capaz.

Pero los viejos menearon sus cabezas y rieron, mostrando unos dientes tan mellados como sus cascos y petos.

-No será el príncipe Lír -dijo el tercero-. El príncipe puede matar un millar de dragones, pero no puede destruir castillos o destronar reyes. No va con su carácter. Es un hijo obediente que trata, ¡ay de él!, de ser digno del hombre al que llama su padre. No será el príncipe Lír. El verso debe referirse a algún otro.

-Incluso si el príncipe Lír fuera el hombre -añadió el segundo-, incluso si la maldición le hubiera señalado como mensajero, aun en ese caso fracasaría. Porque entre el rey Haggard y cualquier hado se interpone el Toro Rojo.

Un brusco silencio se adueñó de la habitación, oscureciendo todos los rostros con su sombra poderosa y enfriando la sabrosa y caliente sopa con su aliento. El gato de colores otoñales dejó de ronronear en el regazo de Molly y el débil fuego estuvo a punto de apagarse. Las frías paredes de la cocina parecieron encogerse.

El cuarto hombre de armas, que aún no había hablado, interpeló a Molly en la oscuridad.

-Ahí tienes la auténtica *tazón* por la que seguimos al servicio de Haggard. No desea que le abandonemos, y lo que Haggard desea o no sólo le concierne al Toro Rojo. Somos los esbirros de Haggard, pero también los prisioneros del Toro Rojo.

Molly acariciaba con mano firme al gato, pero su voz sonó pastosa y tensa al formular la siguiente pregunta:

-¿Qué significa el Toro Rojo para el rey Haggard?

-No lo sabemos -respondió el hombre de armas más viejo-. El Toro siempre ha estado aquí. Le sirve como ejército y de baluarte a Haggard; es su fuerza y la fuente de su fuerza; y debe de ser su único amigo también, porque estoy seguro de que baja a su guarida, al alba, por una escalera secreta. Pero si obedece a Haggard por elección o por fuerza, si el amo es Haggard o lo es el Toro..., eso nunca lo hemos sabido.

El cuarto hombre, que era el más joven, se inclinó hacia Molly con sus rojizos y húmedos ojos llenos de vehemencia.

-El Toro Rojo es un demonio -dijo- y su precio por servir a Haggard será el mismo Haggard.

Otro de los hombres le interrumpió para insistir en que las evidencias demostraban que el Toro era el esclavo hechizado de Haggard y que lo sería hasta que rompiera el encantamiento y destruyera a su primitivo dueño. Todos empezaron a gritar y a escupir la sopa.

Y entonces Molly preguntó, sin alzar la voz, pero de una manera que les hizo callar en el acto:

-¿Sabéis lo que es un unicornio? ¿Habéis visto uno alguna vez?

Sólo el gato y el silencio, entre todas las cosas vivientes que ocupaban la estancia, parecieron mirarla con una chispa de comprensión. Los cuatro hombres parpadeaban, eructaban y se frotaban los ojos. Desde las profundidades les llegó el rumor del Toro que se agitaba, inquieto, en su sueño.

Una vez terminada la cena los hombres de armas saludaron a Molly Grue y abandonaron la cocina; dos fueron a dormir y los otros dos a hacer la ronda nocturna bajo la lluvia. El más viejo esperó a que los demás salieran y le dijo en voz baja a Molly:

-Cuida a lady Amalthea. Cuando llegó aquí era tal su belleza que hasta este castillo maldito también se hizo bello..., como la luna, que solamente es una piedra brillante. Pero ha permanecido demasiado tiempo en este lugar. Sigue siendo tan bella como siempre, pero las habitaciones y los tejados que la rodean son demasiado sórdidos para su presencia. -Suspiró largamente y pareció que gimoteaba-. Esa clase de belleza me es familiar -continuó-, pero nunca había visto otra de este tipo. Cuídala bien. Debería marcharse de aquí.

Cuando se quedó sola, Molly apoyó su rostro sobre el pelaje del gatito. El fuego se estaba debilitando, pero no se levantó para reavivarlo. Pequeñas y veloces criaturas correteaban por la habitación, con un sonido similar a la voz del rey Haggard; y la lluvia golpeaba los muros del castillo, retumbante como el Toro Rojo. Entonces, como en respuesta, oyó al Toro. El bramido hizo añicos el suelo bajo sus pies. Molly tuvo que agarrarse desesperadamente a la mesa para evitar que ella y el gato cayeran. *Lanzó* un terrible grito.

-Está saliendo -dijo el gato-. Sale cada noche para cazar la extraña bestia blanca que se le escapó. Lo sabes perfectamente. No seas tonta.

Oyeron de nuevo el ansioso rugido, pero esta vez de más lejos. Molly miró fijamente al gatito. No estaba tan asombrada como lo hubiera estado otra persona; en estos días era una de las mujeres más difíciles de sorprender.

Librodot

-¿Siempre has podido hablar? -preguntó al gato - . ¿O fue la presencia de lady Amalthea la que te dio el habla?

El gato se lamió una pata delantera pensativamente.

-Fue su presencia la que me dio la sensación de poder hacerlo -respondió al cabo de un rato-, y dejémoslo así. De manera que es una unicornio. Es muy hermosa.

-¿Cómo sabes que es un unicornio? -preguntó Molly-. ¿Y por qué tenías miedo de que te tocara? Te vi. Ella te asustó.

-Dudo que sea capaz de seguir hablando durante mucho tiempo -replicó el gato sin rencor-. En tu lugar, no perdería el tiempo en tonterías. Respondiendo a tu primera pregunta, las apariencias no engañan a ningún gato salido de su primer pellejo, al contrario de los seres humanos, que se complacen en ellas. En cuanto a la segunda pregunta... -titubeó y, de repente, pareció muy interesado en asearse; no pronunció una palabra hasta que se hubo lamido bien la piel, y repitió la operación para alisarla. Ni siquiera entonces miró a Molly, sino que se examinó las garras-. Si me hubiera tocado -dijo muy lentamente- le habría pertenecido para siempre. Quería que me tocara, pero no podía permitírselo. Ningún gato lo haría. Dejamos que los seres humanos nos acaricien porque es agradable y les tranquiliza..., pero no a ella. El precio es mayor de lo que un gato puede pagar.

Entonces Molly lo cogió otra vez. El gato ronroneó junto a su cuello durante tanto rato que Molly empezó a temer que hubiera terminado de hablar para siempre. Pero en seguida dijo:

-Te queda muy poco tiempo. Pronto dejará de recordar quién es o por qué vino a este lugar, y el Toro Rojo ya no rugirá más. Tal vez se case con el buen príncipe, que la ama. -El gato apretó con fuerza su cabeza contra la rígida mano de Molly-. Haz esto. El príncipe es lo bastante valiente como para amar a una unicornio. Un gato es capaz de apreciar lo absurdo de la valentía.

-No -dijo Molly Grue-. No, eso no puede ser. Ella es el último de todos los unicornios.

-Bueno, pues entonces debe hacer lo que vino a hacer -replicó el gato-. Debe encontrar el camino que utiliza el rey para llegar hasta el Toro.

Molly lo agarró con tanta violencia que el gato dio un chillido de protesta casi ratonil.

-¿Sabes el camino? -preguntó, con la misma impaciencia del príncipe Lír cuando le había planteado a ella la misma pregunta-. Dime el camino, dime adonde debemos ir.

Puso el gato sobre la mesa y le quitó las manos de encima.

Pasó mucho tiempo antes de que el gato contestara, pero sus ojos se fueron haciendo más y más brillantes, un temblor dorado recubría su verdor. Sacudió su oreja torcida y el extremo negro de la cola, y nada más.

-Cuando el vino se beba a sí mismo -respondió-, cuando la calavera hable, cuando el reloj suene a la hora correcta..., sólo entonces hallará el túnel que conduce a la guarida del Toro Rojo. -Dobló las garras bajo el pecho y añadió-: Hay un truco para encontrarlo, por supuesto.

-Apostaría por ello -dijo Molly severamente-. Hay una horrible y vieja calavera medio destrozada que cuelga en lo alto de una columna del gran vestíbulo, pero no ha dicho nada desde hace años. El reloj de pie que hay cerca está loco y suena cuando le da la gana, las doce cada hora, las cinco a las cuatro, o enmudece durante una semana. Y el vino... Oh, gato, ¿no sería más sencillo enseñarme el túnel? Sabes dónde está, ¿no?

-Claro que lo sé -contestó el gato con un prolongado y sonoro bostezo-. Claro que sería más sencillo que te lo enseñara. Ahorraría cantidad de tiempo y de problemas.

Librodot

Su voz se estaba haciendo lenta y pesada, y Molly comprendió que, como el rey Haggard, había perdido el interés.

-Dime una cosa -preguntó rápidamente-. ¿Qué se hizo de los unicornios? ¿Dónde están ahora?

El gato bostezó una vez más.

-Cerca y lejos, lejos y cerca -murmuró-. Al alcance de los ojos de tu señora, pero casi fuera de los límites de su memoria. Se están acercando y se están alejando.

Cerró los ojos.

Molly contuvo la respiración, y la sintió como una soga que lastimara su garganta.

-Maldito, ¿por qué no me ayudas? ¿Por qué has de hablar siempre con acertijos?

El gato abrió lentamente un ojo, verde y dorado como el sol en el bosque.

-Yo soy lo que soy. Te diría lo que quieres saber si pudiera, porque has sido amable conmigo. Pero soy un gato, y ningún gato de ningún lugar le dio jamás a nadie una respuesta sencilla.

Sus últimas palabras se confundieron con un profundo y regular ronroneo, y se quedó dormido con un ojo parcialmente abierto. Molly lo acunó en su regazo y lo acarició y, aunque continuó ronroneando en sueños, no dijo una palabra más.

Librodot

11

El príncipe Lír volvió a casa a los tres días de partir con el propósito de matar al ogro devorador de doncellas. Traía la Gran Hacha del Duque Alban en bandolera y la cabeza del ogro oscilando en el arzón. No ofreció el trofeo a lady Amalthea ni corrió hacia ella con la sangre del monstruo manchando todavía sus manos. Había cambiado de idea, tal como explicó a Molly Grue en la cocina, por la tarde, no tan sólo para no turbar a lady Amalthea con sus atenciones, sino también para vivir serenamente con sus pensamientos puestos en ella, sirviéndola con ardor hasta el momento de su muerte solitaria, pero sin buscar compañía, ni su admiración, ni su amor.

-Seré tan anónimo como el aire que respira -declaró-, tan invisible como la fuerza que la mantiene sujeta a la tierra. - Pensó un poco sobre el particular y añadió-: Quizá le escriba un poema de vez en cuando y lo deslice bajo su puerta, o lo dejaré en algún lugar donde pueda encontrarlo por casualidad. Pero nunca firmaré el poema.

-Es muy noble -dijo Molly. Se sintió aliviada por el hecho de que el príncipe abandonara los intentos de hacerle la corte a lady Amalthea, y también divertida, pero, al mismo tiempo, un poco triste-. A las chicas les gustan más los poemas que los dragones muertos y las espadas encantadas, al menos es lo que yo pensaba cuando era más joven. La razón por la que me fugué con Cully...

-No, no me des esperanzas -la interrumpió el príncipe Lír con determinación-. Debo aprender a vivir sin esperanza, como mi padre, y tal vez así llegaremos a comprendernos de una vez. -Rebuscó en sus bolsillos y Molly escuchó el crujido de papeles-. En este momento tengo escritos ya algunos poemas sobre el tema, la esperanza, ella y todas esas cosas. Me gustaría que les echaras una ojeada, si no te importa.

-Lo haré con mucho gusto -dijo Molly-. ¿Quiere decir esto que no os volveréis a marchar a combatir caballeros negros y a saltar a través de círculos de fuego?

Las palabras parecían contener una cierta burla, pero se dio cuenta, mientras las pronunciaba, de que lo iba a lamentar, porque las aventuras del joven le habían hecho más atractivo y más delgado, además de proporcionarle una pizca de la almizclada fragancia de la muerte, que se adhiere a todos los héroes. Pero el príncipe meneó la cabeza, mostrándose un poco azorado.

-Bueno, creo que no lo abandonaré del todo -murmuró-, pero no será para hacer ostentación o para que ella se entere. Así era al principio, pero luego te habitúas a rescatar gente, a romper encantamientos, a desafiar al perverso duque en combate singular... Es difícil dejar de ser un héroe, una vez que te has acostumbrado. ¿Te gusta el primer poema?

-Tiene mucho sentimiento -dijo ella-. ¿De veras creéis que riman «Florecido» y «arruinado»?

-Necesita un retoque -admitió el príncipe-. La palabra que me preocupa es «milagro».

-La que me intriga a mí es «grajo».

-No, no estoy seguro de cómo se deletrea. ¿Va antes la / que la *r, o* al revés?

-Me parece que la /, en cualquier caso. Schmendrick -Molly interpeló al mago, que acababa de detenerse en el umbral de la puerta-, ¿va primero la *I* en «milagro»?

-No, la *r* -dijo el mago con un tono de hastío-. Tiene la misma raíz que «mirada».

Molly le sirvió un tazón de caldo y el mago se sentó a la mesa. Tenía los ojos cansados y turbios como el jade y un *tic* en un párpado.

Librodot

-No puedo resistirlo más -dijo lentamente -. Ya no se trata de este horrible lugar, ni de tener que escucharlo todo el rato, soy bastante bueno en eso, sino las penosas y lamentables triquiñuelas que me hace representar en beneficio suyo durante horas y horas; hoy, por ejemplo, toda la noche. No me importaría si pidiera magia auténtica o simples conjuros, pero siempre son las anillas y los peces de colores, las cartas, los pañuelos y las cuerdas, exactamente igual que en el Carnaval de la Medianoche. No puedo hacerlo. No por mucho tiempo más.

-Pero eso es lo que él deseaba de ti -protestó Molly-. De haber querido magia auténtica no se habría desembarazado del viejo hechicero, ese Mabruk. - Schmendrick levantó la cabeza y le dirigió una mirada casi divertida-. No quería decir eso. Además, es sólo por una corta temporada, hasta que encontremos el camino que lleva al Toro Rojo, del que me habló el gato.

Molly redujo la voz hasta un susurro mientras pronunciaba la última frase, y ambos echaron una rápida mirada al príncipe Lír, que estaba sentado en un taburete, en el extremo de la habitación, escribiendo, evidentemente, otro poema.

-Gacela -murmuró, dándose golpecitos en los labios con el lápiz-. Damisela, ciudadela, filomela, melopea...

Eligió «hasta la vuelta» y garrapateó velozmente sobre el papel.

-Nunca encontraremos el camino -dijo Schmendrick con absoluta tranquilidad-. Aun en el caso de que el gato haya dicho la verdad, cosa que dudo, Haggard se asegurará de que nunca tengamos tiempo de investigar la calavera y el reloj. ¿Por qué supones que te da más trabajo cada día, sino para evitar que rondes y curiosees en el gran vestíbulo? ¿Por qué piensas que me aceptó como mago de buenas a primeras? ¡Molly, él lo sabe, estoy seguro! Sabe qué es ella, aunque no acaba de creerlo todavía..., pero cuando lo haga sabrá cómo actuar. Él lo sabe. Lo veo en su cara, a veces.

-La fuerza del deseo y el dolor de la pérdida -dijo el príncipe Lír-. La amargura de la miseria. Ciénaga, licencia, paciencia. ¡Maldición!

-No podemos quedarnos aquí, esperando que nos fulmine. -Schmendrick se recostó en la mesa-. La única esperanza que nos queda es huir de noche..., por mar, digamos, si puedo apoderarme de un bote. Los hombres de armas mirarán al lado contrario, y la puerta...

-Pero ¿y los otros? -exclamó Molly en voz baja-. ¿Cómo vamos a marcharnos, cuando ella ha llegado tan lejos en busca de los otros y sabemos que se hallan aquí? - Pero, de repente, una pequeña, débil y traicionera parte de su ser anheló convencerse del fracaso de la expedición; ella lo supo y se revolvió contra Schmendrick-. Bien, ¿qué me dices de tu magia? ¿Qué me dices de tu propia investigación? ¿También vas a abandonar?

¿Morirá ella en su forma humana y vivirás tú para siempre? Ya podrías dejar que el Toro la atrapara.

El mago se dejó caer cansadamente hacia atrás, con el rostro tan pálido y arrugado como los dedos de una lavandera.

-Ya nada importa -musitó-. No es una unicornio, sino una mujer mortal..., alguien por la que ese bobo puede suspirar y escribir poemas. Después de todo, es posible que Haggard nunca descubra su secreto. Será su hija y nada sabrá. Es divertido. -Apartó el tazón sin haber probado la sopa, y apoyó la cabeza en sus manos-. No podría transformarla en unicornio aunque encontráramos a los otros. No hay magia en mí.

-Schmendrick... - empezó Molly.

Pero en ese momento el mago se puso en pie de un salto y salió precipitadamente de la cocina, sin que la mujer hubiera llegado a oír la llamada de Haggard. El príncipe Lír no

levantó la vista; siguió contando sílabas y probando rimas. Molly colgó una marmita sobre el fuego para hacer el té de los centinelas.

-Lo tengo completo a falta del pareado final -anunció Lír al cabo de un instante-. ¿Quieres oírlo ahora, o prefieres esperar?

- Como queráis -contestó ella, así que el príncipe lo leyó, a pesar de que Molly no le prestó la menor atención.

Por fortuna, los hombres de armas hicieron acto de presencia antes de que finalizara la lectura, y era demasiado tímido para preguntarle su opinión delante de ellos. Cuando se marcharon estaba trabajando en algo diferente y ya era muy tarde cuando le deseó las buenas noches. Molly se quedó sentada ante la mesa, acunando a su gato de varios colores.

El nuevo poema era, supuestamente, una sextina que el príncipe Lír canturreaba alegremente en su cabeza, pues había improvisado los versos finales conforme subía la escalera.

Dejaré la primera delante de su puerta y me guardaré las otras para mañana, pensó. Estaba sopesando su primitiva decisión de no firmar las obras, imaginando algunos seudónimos como «El Caballero de las Sombras» y «Le Chevalier Mal Aimé» cuando, al doblar una esquina, se topó con lady Amalthea. Bajaba rápidamente los escalones en la oscuridad y, al verle, se le escapó un peculiar y angustiado sonido. Se quedó inmóvil, tres peldaños por encima del joven.

Vestía una túnica que uno de los hombres del rey había robado para ella en Hagsgate. Llevaba el pelo liso y los pies descalzos, y su mirada estremeció de pena al príncipe, hasta la médula de los huesos. Dejó caer al mismo tiempo sus poemas y sus pretensiones y se giró para huir. Pero, al fin y al cabo, era un héroe, y dio valientemente media vuelta para enfrentarse a ella, diciendo con modales serenos y corteses:

-Os doy las buenas noches, mi señora.

lady Amalthea le escudriñó desde las tinieblas, extendió una mano, pero se detuvo antes de tocarle.

-¿Quién eres? -susurró-. ¿Eres Rukh?

-Soy Lír -respondió, presa de pánico-. ¿No me conocéis? -Pero la muchacha retrocedió, y el príncipe creyó observar que sus pasos eran tan ágiles como los de un animal, y que inclinaba la cabeza a la manera de las cabras o los ciervos-. Soy Lír.

-La vieja -dijo lady Amalthea-. La luna se fue. ¡Ay!

Se estremeció y, luego, sus ojos le reconocieron, pero su cuerpo estaba todavía tenso y vigilante, y no se acercó más a su interlocutor.

-Estabais soñando, mi señora -indicó caballerosamente Lír, recuperando el habla-. Me gustaría saber vuestro sueño.

-Lo he soñado antes -respondió despacio-. Yo estaba en una jaula, y había otras... bestias enjauladas, y una vieja. Pero no os afligiré, mi señor príncipe. Lo he soñado muchas veces anteriormente.

Se hubiera alejado de no ser porque él habló con esa voz que sólo los héroes poseen, de la misma forma que ciertos animales desarrollan un grito especial cuando son madres.

-Un sueño que se repite tan a menudo es una suerte de mensajero, que viene a predeciros el futuro o a recordaros cosas prematuramente olvidadas. Contadme más, por favor, y trataré de interpretarlo para vos.

Ella continuó sin moverse, la cabeza algo ladeada, todavía con el aspecto de una criatura diminuta y cubierta de pelo que surge de un matorral. Con todo, una humana sensación de pérdida se transparentaba en sus ojos, como si la hubieran privado de algo, o hubiera comprendido de repente que jamás lo había poseído. Un solo parpadeo del príncipe la habría impulsado a huir; pero él no parpadeó y consiguió retenerla, así como había aprendido a paralizar grifos y quimeras con la fuerza de su mirada. Sus pies descalzos le herían más profundamente que cualquier colmillo o garra, pero era un auténtico héroe.

-En el sueño veo carretas negras provistas de rejas, bestias que a veces no lo son y un ser alado que rechina como el metal a la luz de la luna. El hombre alto tiene los ojos verdes y las manos manchadas de sangre.

-El hombre alto debe de ser vuestro tío, el mago -musitó el príncipe Lír-. En cualquier caso, esa parte parece bastante clara y lo de las manos manchadas de sangre no me sorprende. Nunca me gustó mucho su aspecto, si permitís que me exprese con estas palabras. ¿Es ése todo el sueño?

-No os lo puedo contar todo -dijo lady Amalthea-. Nunca termina. -El temor retornó a sus ojos como una gran roca al caer en un estanque; nubes, remolinos y veloces sombras moviéndose por todas partes-. Huyo de un confortable lugar en el que estaba fuera de peligro y la noche arde a mi alrededor. Pero también es de día y camino entre hayas bajo una lluvia cálida y ácida, y hay mariposas y un sonido a miel, y senderos moteados y ciudades como espinas de peces, y la cosa con alas que está matando a la vieja. Me precipito irremediablemente en el fuego helado, a pesar de que intento desviarme, y mis piernas son las patas de un animal...

-Señora -interrumpió el príncipe-, mi dama, por favor, no prosigáis. -El sueño de la muchacha se oscurecía en torno a ambos como algo animado, y ya no deseaba averiguar su significado-. No prosigáis.

-Pero debo seguir -repuso lady Amalthea-, puesto que no tiene fin. Al despertar no consigo diferenciar lo real de lo ficticio, ni tampoco cuando hablo, camino o me siento a comer. Recuerdo lo que no puede haber sucedido y olvido lo que tiene lugar en el presente. La gente me mira como si debiera reconocerla, y sé que la he conocido en mi sueño, y siempre el fuego que crepita muy cerca aunque esté despierta...

-No prosigáis. Una bruja edificó este castillo, y podría suceder que al hablar de pesadillas entre sus muros las hiciera realidad.

No era el sueño lo que provocaba escalofríos en el príncipe, sino el hecho de que ella no lloraba al relatarlo. En su condición de héroe, sabía cómo tratar a las mujeres llorosas y cómo conseguir que contuvieran el llanto -bastaba, por lo general, con matar alguna cosa-, pero su sereno terror le confundía y desasosegaba, por cuanto destruía la máscara de distante dignidad que tanto le complacía mantener. Cuando habló de nuevo lo hizo con voz entrecortada y juvenil.

-Me agradaría cortejaros con más gracia, si supiera. Mis dragones y mis hechos de armas os enojan, pero es todo lo que os

puedo ofrecer. Tardé mucho en llegar a ser un héroe y, antes de conseguirlo, no era nada en absoluto, tan sólo el necio y delicado hijo de mi padre. Quizá sea todavía un necio, si bien de forma diferente, pero estoy aquí y sería cruel de vuestra parte permitir que me consumiera. Me gustaría que desearais algo de mí. No es necesario que sea una acción valerosa... Basta con que sea útil.

Entonces lady Amalthea le sonrió por primera vez desde que había llegado al castillo del rey Haggard. Fue una sonrisa minúscula, como la luna nueva, una estrecha faja de claridad

Librodot

en el límite de lo invisible, pero suficiente para que el príncipe Lír se arropara en ella. Habría guardado su sonrisa en las manos para insuflarle más calor, si hubiera podido hacerlo.

-Cantad para mí -dijo la muchacha-. Será atrevido alzar vuestra voz en este lugar solitario y oscuro, y útil también. Cantad para mí, cantad en voz alta... Apagad mis sueños, guardadme de recordar aquello que pugna por ser recordado. Cantad para mí, mi señor príncipe, si tal es vuestro deseo. Puede que no parezca empresa de héroes, pero me hará sentir dichosa.

Y allí, en la fría escalinata, cantó con todas sus fuerzas el príncipe Lír, y muchas criaturas viscosas e invisibles se escabulleron y se atropellaron para refugiarse de la diáfana alegría de su voz. Cantó lo primero que le vino a la cabeza, de esta manera:

Cuando era un joven de buena reputación
ni una dama me negó lo que pedía.
Devoraba sus corazones como racimos de uvas
y nunca hablé de amor sin saber que mentía.

Pero yo me decía, ninguna de ellas conoce
el secreto que guardo, paladeo y protejo.
Aún espero a la que me arrancará la máscara,
y sabré por mi forma de obrar que la quiero.

Los años se acumularon como nubes en el cielo,
como nieve en el viento vi a las damas desaparecer.
Seducí y engañé, burlé y fingí,
y pequé, y pequé, y pequé, y pequé.

Pero yo me decía, ninguna de ellas ve
la parte de mí pura como las olas en movimiento.
Mi dama se retrasa, pero comprenderá que le he sido fiel,
y yo sabré por mi forma de obrar que la quiero.

Por fin apareció una dama sabia y tierna
y dijo: No eres lo que sueles aparentar.
Antes de que terminase de hablar la traicioné,
ingirió un frío veneno y se lanzó al mar.

Y me digo, cuando aún queda tiempo para las palabras,
mientras me hundo en la corrupción y la depravación más y más.

Ah, el amor es fuerte, pero más la costumbre,
y supe que la amaba por mi forma de obrar.

Lady Amalthea rió cuando hubo concluido la canción y el sonido pareció repeler la antiquísima oscuridad del castillo, lejos de los jóvenes.

-Fue útil -dijo-. Gracias, mi señor.

-No sé por qué canté ésa -repuso el príncipe Lír, algo incómodo-. Uno de los hombres de mi padre solía cantármela. Pienso que el amor es más fuerte que las costumbres y las circunstancias. Pienso que es posible esperar a alguien durante mucho tiempo, e incluso recordar por qué lo esperabas cuando por fin llega.

Librodot

Lady Amalthea sonrió a modo de respuesta y el príncipe avanzó un paso hacia ella.

-Entraría en vuestro sueño si pudiera -explicó, maravillándose de su audacia-, para ser vuestro guardián y matar la cosa que os acecha, y también lo haría si tuviera el coraje de plantarme cara a plena luz del día, pero no podré entrar a menos que soñéis conmigo.

Antes de que ella respondiera oyeron pasos al pie de la escalera de caracol, así como la voz velada del rey Haggard.

-Le oí cantar. Me pregunto en qué estaría ocupado.

En seguida se oyó la contestación precipitada y sumisa de Schmendrick, el mago de la corte.

- Excelencia, se trataba de alguna trova, alguna *chanson de geste,* como las que acostumbra a cantar cuando parte cabalgando hacia la gloria, o cuando regresa al hogar aureolado de fama. Tenedlo por cierto, Su Majestad...

-Nunca canta aquí -dijo el rey-. Canta incesantemente en sus locos ensueños, estoy seguro, al estilo de los héroes. Pero estaba cantando aquí, y no sobre batallas y demás heroicidades, sino sobre el amor. ¿Dónde está ella? Sabía que era una canción

de amor mucho antes de oírle, pues hasta las mismísimas piedras se estremecieron, como sucede cuando el Toro camina sobre la tierra. ¿Dónde está ella?

El príncipe y lady Amalthea intercambiaron miradas en la oscuridad, muy cerca el uno del otro, completamente inmóviles. El rey les aterraba a ambos porque, fuera lo que fuese lo que hubiera nacido entre ellos era algo que deseaba. El rellano superior daba a un pasillo por el que huyeron a toda velocidad, a pesar de que no veían nada. Los pies de lady Amalthea se deslizaban tan silenciosos como la promesa que le había hecho al príncipe, pero las pesadas botas de éste resonaban exactamente como botas sobre el piso de piedra. El rey Haggard no hizo el menor intento de perseguirles, pero su voz, amplificada por las altas paredes del vestíbulo, les alcanzó, como un susurro debilitado por las palabras del mago.

-Ratones, mi señor, sin duda alguna. Por fortuna, poseo una singular intuición...

-Dejémosles huir -dijo el rey-. Me conviene que huyan.

Cuando interrumpieron su fuga, donde fuese que se hallaran, se miraron de nuevo el uno al otro.

Y el invierno silbó y transcurrió con lentitud, pero no hacia la primavera, sino hacia el breve y avasallador verano del país del rey Haggard. La vida se desarrolló en el castillo con el silencio que invade los lugares donde nadie tiene esperanzas. Molly Grue cocinaba, lavaba y planchaba, fregaba las baldosas, remendaba armaduras y afilaba las espadas; cortaba leña, molía harina, almohazaba los caballos y limpiaba los establos, fundía el oro y la plata robados para las arcas del rey, y fabricaba ladrillos sin paja. Y por las noches, antes de acostarse, repasaba, por lo general, los nuevos poemas del príncipe Lír, dedicados a lady Amalthea, los alababa y corregía la ortografía.

Schmendrick bromeaba, hacía juegos malabares y producía falsos prodigios a petición del rey. Odiaba sus quehaceres y sabía que el rey lo sabía, y que disfrutaba justamente por esa razón. Nunca volvió a sugerir a Molly que escaparan del castillo antes de que Haggard descubriera el secreto de lady Amalthea, ni tampoco insistió en buscar el camino secreto que conducía al Toro Rojo, incluso cuando dispuso de bastante tiempo libre. En aquel invierno y en aquel lugar parecía haberse rendido a un enemigo mucho más viejo y cruel que el rey, un enemigo que le había dado caza después de una enconada persecución.

Librodot

La belleza de lady Amalthea aumentaba cada día, a pesar de que los días fueran más tristes y oscuros que los anteriores. Los ancianos hombres de armas, cuando regresaban empapados y ateridos de montar guardia bajo la lluvia o de robar objetos para el rey, se abrían silenciosamente como flores al encontrarla en la escalera o en los pasillos. Ella les sonreía entonces y les hablaba con gentileza; pero, en cuanto se marchaba, el castillo volvía a ser tan sombrío como siempre y, en el exterior, el viento azotaba la pesada atmósfera al igual que una sábana tendida. Pues su belleza era mortal y predestinada y nada en ella podía consolar a los viejos. Sólo podían envolverse en sus capas mojadas y renquear hasta el escuálido fuego de la cocina.

Sin embargo, lady Amalthea y el príncipe Lír caminaban, charlaban y cantaban juntos, tan alegremente como si el castillo del rey Haggard se hubiera convertido en un inmenso bosque, floreciente y enigmático con la llegada de la primavera. Ascendían a las torcidas torres como si fueran colinas, merendaban en prados de piedra, bajo cielos de piedra, chapoteaban arriba y abajo de escaleras que se habían reblandecido y acelerado hasta transformarse en arroyos. El príncipe le contó cuanto sabía, lo que opinaba de ello y, muy contento, inventó para ella una vida y unos pensamientos, con la ayuda muda y fervorosa de la propia interesada. En verdad que lady Amalthea no le engañaba, puesto que no recordaba absolutamente nada de su existencia anterior al castillo y a él. Empezaba y terminaba con el príncipe Lír..., excepto en los sueños, que se esfumaban con rapidez, tal como el joven había pronosticado.

Apenas oían ya el rugido de caza nocturno del Toro Rojo, pero cuando aquel sonido ansioso se dejaba escuchar, ella se asustaba y los muros y el invierno se agigantaban a su alrededor, como si la primavera fuera una creación suya, un gozoso regalo para el príncipe. A él le hubiera gustado abrazarla en esos momentos, pero desde tiempo atrás conocía su aversión a ser tocada.

Una tarde, lady Amalthea subió a la torre más alta del castillo para vigilar el regreso del príncipe Lír de una expedición contra el cuñado del ogro que había matado, puesto que, ocasionalmente, todavía acometía alguna gesta, tal como había dicho a Molly que haría. Grandes nubes plomizas cubrían el valle de Hagsgate, pero no llovía. A lo lejos, el mar se deslizaba hacia el brumoso horizonte dibujando franjas plateadas, verdes y marronosas. Los pájaros estaban inquietos; volaban a menudo, en grupos de dos y tres, planeaban velozmente en círculos sobre el agua y volvían a posarse en la arena para reír a carcajadas y echar significativas miradas hacia el castillo del rey Haggard, en lo alto del acantilado. «¡Dijoasí, dijoasí!.» La marea estaba en su punto más bajo, apunto de iniciar un cambio.

Lady Amalthea empezó a cantar y su voz se balanceó y flotó en el aire calmo y frío, como un pájaro de otra especie:

Soy la hija de un rey
y envejezco en el fondo
de la prisión de mi persona,
entre los confines de mi piel.
Y me gustaría escapar
y vagar de puerta en puerta...

No recordaba haber escuchado la canción antes, pero las palabras la pellizcaban y le daban tirones como niños, tratando de arrastrarla de vuelta hacia algún lugar que querían ver otra vez. Movió los hombros para desembarazarse de ellos.

-Pero no soy vieja -dijo para sí-, ni tampoco una prisionera. Soy lady Amalthea, la amada de Lír, que ha penetrado en mis sueños de forma que no puedo dudar de mí, ni siquiera

Librodot

cuando duermo. ¿Dónde puedo haber aprendido una canción tan triste? Soy lady Amalthea y sólo conozco las canciones que el príncipe me ha enseñado.

Se llevó la mano a la marca de su frente. El mar seguía su rumbo, invariable como el zodíaco, y los feos pájaros chillaban. La preocupaba un poco que la marca no hubiera desaparecido.

-Su Majestad -dijo, a pesar de que no se había producido ningún ruido.

Oyó una risita sofocada a sus espaldas y se giró para ver al rey. Se cubría la malla con una capa gris, pero llevaba la cabeza descubierta. Las negras arrugas de su cara señalaban los lugares donde las uñas de la edad habían rasgado su dura piel, pero parecía más fuerte y fiero que su hijo.

-Eres rápida para ser lo que eres -dijo-, pero lenta para lo que eras, según creo. Dicen que el amor hace a los hombres rápidos y lentas a las mujeres. Te atraparé por fin, si amas mucho más.

Ella sonrió sin replicarle. Nunca sabía qué decirle al anciano de los ojos claros, al que raramente veía, excepto como un fugaz movimiento en el borde de la soledad, que compartía con el príncipe. Entonces observó el destello de una armadura en la profundidad del valle y oyó el sonido de los cascos de un fatigado caballo sobre las piedras.

-Vuestro hijo vuelve a casa -dijo-. Esperémosle juntos.

El rey Haggard se reunió con ella en el parapeto, pero apenas echó un vistazo a la diminuta y centelleante figura que cabalgaba hacia el castillo.

-Bah, en verdad, ¿qué nos importa Lír a ti o a mí? -preguntó-. No es nada mío, ni por nacimiento ni por pertenencia. Le recogí donde alguien lo había abandonado, pensando que yo nunca había sido feliz, nunca había tenido un hijo. Me sentí satisfecho al principio, pero esa sensación murió pronto. Todas las cosas de las que me apodero mueren pronto. No sé por qué, pero siempre sucede así, salvo en el caso de una apreciada posesión que no se ha vuelto fría y apagada en todo el tiempo que la he conservado... La única cosa que me ha pertenecido desde siempre. -Su rostro severo se transformó de repente, y mostró una expresión de gran astucia-. Y Lír no te ayudará a encontrarla; nunca ha sabido dónde estaba.

Sin previo aviso, el castillo vibró como una cuerda tensada cuando la bestia dormida en su guarida trasladó su tremendo peso de lugar. Lady Amalthea conservó el equilibrio sin dificultades, gracias a la costumbre, y preguntó suavemente:

-El Toro Rojo. Pero ¿por qué sospecháis que he venido a robar el Toro? No poseo reinos ni anhelo conquistas. ¿Qué haría con él? ¿Cuánto come?

- ¡No te burles de mí! -replicó el rey-. El Toro Rojo no me pertenece más de lo que me pertenece el chico, y no come ni puede ser robado. Sirve a aquel que no tiene miedo... y tengo tanto miedo como paz interior. -Lady Amalthea aún podía ver los presagios deslizándose a lo largo de su cara grisácea, refugiándose en las sombras de las cejas y los huesos-. No te burles de mí. ¿Por qué finges que has olvidado tu propósito y que yo debo recordártelo? Sé el motivo que te ha traído aquí, y tú sabes que yo lo sé. Toma lo que deseas, pues, tómalo si puedes..., ¡pero no te atrevas a rendirte ahora! -dijo, y las negras arrugas se destacaron como cuchillos.

El príncipe Lír iba cantando mientras cabalgaba, pero lady Amalthea no podía oír la letra de la canción.

-Mi señor -dijo con serenidad al rey-, en todo vuestro castillo, en todos vuestros dominios, en todos los reinos que el Toro Rojo os pueda proporcionar, sólo existe una cosa que desee..., y acabáis de confesarme que no está en vuestra mano concedérmelo o negármelo.

Cualquiera que sea vuestro tesoro, aparte del Toro, espero de todo corazón que disfrutéis de él. Buenos días, Su Majestad.

Se dirigió hacia la escalera de la torre, pero, cuando el rey le cerró el paso, se detuvo y le miró con ojos tan oscuros como las pisadas en la nieve. El rey sonrió y la joven sintió por un momento una extraña benevolencia por el anciano, que la hizo estremecer, pues comprendió que, de alguna forma, ambos eran iguales.

-Te conozco -dijo Haggard-. Te conocí casi cuanto te vi en el sendero, cuando caminabas hacia mi puerta en compañía de tu cocinera y tu payaso. Desde entonces, ni un movimiento tuyo ha dejado de traicionarte. Un paso, una mirada, un giro de la cabeza, la vibración de tu cuello cuando respiras, incluso la forma de quedarte perfectamente inmóvil... Todos ellos han sido espías. Me obligaste a darle vueltas al asunto durante una temporada, y te estoy agradecido a mi manera. Pero tu tiempo se ha terminado.

Miró hacia el mar por encima del hombro y avanzó hacia el parapeto con la gracia descuidada de un muchacho.

-La marea está subiendo -dijo-. Ven a verla. Ven aquí. - Hablaba en voz muy baja, pero de repente adoptó el tono de los espantosos pájaros de la playa-. Ven aquí, no te tocaré.

El príncipe Lír cantaba:

Te amaré tanto tiempo como pueda,
por más años que transcurran...

La horrible cabeza que se balanceaba en la silla de montar hacía las armonías en una especie de falsete bajo. Lady Amalthea se situó junto al rey.

Las olas se aproximaron bajo el cielo espeso y arremolinado, creciendo con la lentitud de los árboles a medida que se formaban en el mar. Se encogían en las cercanías de la costa, arqueaban el lomo cada vez más alto y rompían sobre la playa con tanta furia como animales atrapados, sujetos a un muro, que retroceden y vuelven a saltar con un rugido entrecortado de sollozos, las garras endurecidas y a punto de quebrarse, mientras los pájaros chillaban tristemente. Las olas eran verdes y grises como palomas antes de romperse, y luego tomaban el color del pelo que cubría los ojos de lady Amalthea.

-Allí -una extraña y aguda voz habló junto a ella-. Allí están. - El rey Haggard sonreía maliciosamente y señalaba con el dedo la blanca extensión de agua-. Allí están, allí están. Di que no es tu pueblo, di que no viniste a buscarlos. Di ahora que has permanecido todo el invierno en mi castillo sólo por amor.

Sin esperar la respuesta se puso a mirar las olas. Su rostro había cambiado de forma impensable; el placer coloreaba su piel oscura, enrojecía las mejillas y llenaba los finísimos labios.

-Son míos -dijo con mucha suavidad-, me pertenecen. El Toro Rojo los capturó para mí, uno cada vez, y yo le ordené que los condujera hacia el mar. ¿Qué mejor lugar para custodiar a los unicornios? ¿Qué otra jaula podría retenerles? El Toro los vigila, dormido o despierto, y hace mucho tiempo que amedrentó su corazón. Ahora viven en el mar y cada marea los arrastra a un simple paso de la tierra, pero no se atreven a dar este paso, no se atreven a salir del agua; tienen miedo del Toro Rojo.

-Otros pueden ofrecer más de lo que pueden dar, todo lo que les resta hasta el fin de sus días...

Sonaba tan cerca la canción del príncipe Lír que lady Amalthea se aferró al parapeto y deseó que ya hubiera llegado, porque ahora sabía que el rey Haggard estaba loco. Bajo ellos se extendía la estrecha y amarillenta playa, las rocas, la marea creciente y nada más.

-Me gusta mirarlos. Me producen una gran alegría. -La voz del rey se había hecho infantil, poco menos que cantarina-. Estoy seguro de que es alegría. La primera vez que experimenté esta sensación creí que me iba a morir. Había dos de ellos y estaba amaneciendo. Uno bebía en un arroyuelo y el otro descansaba la cabeza en su lomo. Creí que me iba a morir. Le dije al Toro Rojo: «Debo conseguirlos. Debo conseguirlos a todos, absolutamente todos, porque mi necesidad es muy grande». De modo que el Toro los capturó, uno a uno. Al Toro le daba igual; tanto le importaba que solicitara escarabajos peloteros o cocodrilos. Sólo es capaz de diferenciar lo que quiero de lo que no quiero.

Se había olvidado de ella en el mismo instante de apoyarse en la almena. Lady Amalthea habría podido huir de la torre, pero se quedó donde estaba; un antiguo y desagradable sueño tomaba forma en su interior, a pesar de que era de día. La marea se estrellaba en las rocas una y otra vez, mientras el príncipe Lír cabalgaba y cantaba:

-Pero te amaré hasta el fin de mis días y nunca te preguntaré si me quieres.

-Me parece que era joven cuando los vi por primera vez -siguió diciendo el rey Haggard-. Ahora debo de ser viejo..., al menos he conseguido obtener más cosas de las que tenía entonces y desecharlas al cabo. Pero siempre supe que ésa era la mejor inversión de mi corazón, porque nada dura. Estaba en lo cierto y siempre fui viejo. Y cada vez que veo a mis unicornios es como aquella mañana en los bosques, me siento verdaderamente joven a pesar de la edad y sé que cualquier cosa puede suceder en un mundo que encierra semejante belleza.

En el sueño me sostenía sobre cuatro patas blancas y sentía la tierra bajo los cascos hendidos. Algo quemaba en mi frente, como ahora. Pero la marea no arrastraba unicornios. El rey está loco.

-Me pregunto qué será de ellos cuando yo me haya ido -dijo Haggard-. El Toro Rojo los olvidará inmediatamente, lo sé, y partirá en busca de un nuevo amo, pero me pregunto si, aun en ese caso, serán capaces de otorgarse la libertad. Espero que no, porque entonces me pertenecerán para siempre.

Se volvió para observarla de nuevo, y sus ojos eran tan gentiles y ávidos como los del príncipe Lír cuando la miraba.

-Tú eres el último -dijo-. El Toro no te atrapó porque tenías forma humana, pero yo lo supe desde el primer momento. ¿Cómo conseguiste realizar el cambio? ¿Con qué medios? No pudo hacerlo tu mago. Creo que no es capaz ni de transformar la nata en mantequilla.

Si lady Amalthea se hubiera soltado del parapeto habría caído, pero, en lugar de ello, respondió con absoluta tranquilidad:

-Mi señor, no os comprendo. No veo nada en el agua.

La cara del rey tembló como si la estuviera contemplando a través del fuego.

-¿Aún lo niegas? -susurró-. ¿Aún te atreves a negarlo? Tu falsedad y cobardía son dignas de un verdadero ser humano. Te arrojaré a los tuyos con mis propias manos si lo niegas.

Avanzó un paso hacia ella, que lo miraba con los ojos abiertos, incapaz de moverse.

El tumulto del mar llenó su cabeza, juntamente con el canto del príncipe Lír y el borboteante aullido de muerte del hombre llamado Rukh.

-Debe ser así, no puedo equivocarme. -El rostro grisáceo del rey Haggard colgaba sobre ella como un martillo-. Hasta sus ojos son tan estúpidos como los de..., como los ojos

Librodot

que jamás han visto un unicornio, que jamás han visto otra cosa que su propio reflejo en un espejo. ¿Qué clase de engaño es éste? ¿Cómo es posible? Ya no hay hojas verdes en sus ojos.

Entonces la joven los cerró, pero vio más cosas de las que quería ver: la criatura de alas de color bronce, con la bamboleante cara de bruja, risueña y parloteante, y la mariposa que recogía sus alas para atacar. El Toro Rojo se movía en silencio a través del bosque, apartando las ramas desnudas con los pálidos cuernos.

Advirtió que el rey Haggard se había marchado, pero no abrió los ojos.

Había pasado mucho tiempo, o tal vez sólo unos instantes, cuando oyó la voz del mago muy cerca de ella.

-En el mar -dijo-. En el mar. Bueno, no te sientas muy mal por ello. No los he visto ahora ni en ninguno de los ratos que he pasado aquí mirando la subida de la marea. Pero él los vio..., y si Haggard ve algo, es que está allí. -Rió, como el sonido del hacha al caer sobre la madera-. No te sientas mal. Éste es un castillo embrujado, y al que vive en él le cuesta mirar las cosas de cerca. No es suficiente con estar predispuesto a ver... Hay que mirar todo el tiempo. -Rió otra vez, con algo más de suavidad-. De acuerdo. Ahora los encontraremos. Vamos, ven conmigo.

Lady Amalthea intentó hablar, pero las palabras no salieron de su boca. Los ojos verdes del mago estudiaron su semblante.

-Tu rostro está húmedo -dijo, mostrando cierta preocupación-. Espero que sea rocío. Si te has vuelto lo bastante humana para llorar, ninguna magia en el mundo... Oh, debe de ser rocío. Ven conmigo. Sería mejor que fuera rocío.

Librodot

12

El reloj dio las seis en el gran vestíbulo del castillo del rey Haggard. En realidad pasaban once minutos de la medianoche, pero el vestíbulo no estaba más oscuro que a la seis, o a mediodía. Los que vivían en el castillo sabían la hora, sin embargo, por el diferente grado de oscuridad. Había horas en que el vestíbulo estaba frío, simplemente por la necesidad de calor, y en tinieblas por falta de luz; otras en que el aire viciado no se movía y las paredes apestaban a agua sucia, porque no había ventanas que dejaran entrar el viento purificado. Entonces era de día.

Pero de noche, del mismo modo que algunos árboles retienen una viva luz todo el día en el envés de sus hojas, hasta mucho después del ocaso... de noche el castillo se llenaba de oscuridad, bullía de oscuridad, revivía con la oscuridad. Entonces el gran vestíbulo estaba frío por una razón; entonces los imperceptibles sonidos que dormían de día despertaban para tamborilear y arañar en las esquinas. Era de noche cuando el viejo perfume de las piedras parecía elevarse a gran distancia del suelo.

-Enciende una luz -dijo Molly Grue-. Por favor, ¿puedes iluminarme?

Schmendrick murmuró algo breve y profesional. Por un momento no sucedió nada, pero luego una extraña y amarillenta claridad empezó a extenderse desde el suelo, esparciéndose por la habitación en mil fragmentos que brillaban y chasqueaban. Todos los pequeños animales nocturnos del castillo centelleaban como luciérnagas. Se movían como flechas de un lado a otro

del vestíbulo, producían fugaces sombras con su luz enfermiza y hacían que la oscuridad fuera más fría que antes.

-Ojalá no lo hubieras hecho -dijo Molly-. ¿Puedes hacerlas desaparecer? Especialmente las púrpuras con.,., con piernas, me parece.

-No, no puedo -respondió Schmendrick, contrito-. Calla, ¿dónde está la calavera?

Lady Amalthea podía ver su sonrisa horrible en lo alto de una columna, pequeña como un limón en la penumbra y borrosa como la luna al amanecer, pero no dijo nada. No había hablado desde que bajó de la torre.

-Allí -dijo el mago. Se precipitó sobre la calavera y miró dentro de sus vacías y cuarteadas cuencas durante largo rato, en tanto asentía lentamente con la cabeza y murmuraba sonidos solemnes. Molly Grue seguía con mucha seriedad sus evoluciones, sin dejar de echar ocasionales miradas a lady Amalthea-. Ya está. Aléjate un poco.

-¿De verdad que hay conjuros para hacer que una calavera hable? -preguntó Molly.

El mago extendió los dedos y le dedicó una breve y competente sonrisa.

-Hay conjuros para hacer que hable cualquier cosa. Los mejores hechiceros fueron grandes oyentes, e idearon métodos para conseguir que todas las cosas del mundo, vivas o muertas, les hablaran. Es lo principal para un hechicero..., ver y escuchar -exhaló un largo suspiro y apartó la mirada abruptamente, frotándose las manos-. Lo demás es técnica. Bueno, allá vamos.

Se situó sin más dilación frente a la calavera, posó levemente la mano sobre el pálido cráneo y le habló con voz profunda y conminatoria. Las palabras salieron de su boca como soldados, marcando el paso enérgicamente mientras cruzaban el oscuro espacio, pero la calavera no respondió.

-Me lo imaginaba -musitó el mago.

Levantó la mano y le habló otra vez. El nuevo conjuro sonaba razonable y halagador, casi dolorido. La calavera permaneció en silencio, pero Molly tuvo la impresión de que algo daba signos de vida en aquellos huesos descraneados y volvía a desaparecer.

A la luz tenebrosa de los radiantes bichos, el cabello de lady Amalthea brillaba como una flor. No aparentaba interés o indiferencia, sino esa calma que a veces se apodera de los campos de batalla, y miraba a Schmendrick como recitaba sucesivos encantamientos a un descolorido pedazo de hueso que no decía ni una

palabra más que ella. A pesar de que cada ensalmo era proferido en un tono más desesperado que el anterior, la calavera no hablaba. Hasta Molly Grue estaba segura de que se hallaba despierta y bien atenta... y entretenida. Conocía el silencio de la burla demasiado bien para confundirlo con el de la muerte.

El reloj dio las veintinueve... al menos, ése fue el punto en que Molly dejó de contar. Las oxidadas campanadas aún resonaban en el suelo cuando Schmendrick se golpeó los puños repentinamente y gritó:

- ¡Está bien, has ganado, rótula pretenciosa! ¿Qué te parecería un puñetazo en el ojo?

Las últimas palabras desembocaron en un gruñido de rabia y sufrimiento.

-Está bien -dijo la calavera-. Grita bien fuerte. Despierta al viejo Haggard. -Su voz sonaba como las ramas crujiendo y azotándose en el viento-. Grita más alto. El viejo debe merodear por aquí cerca. No duerme mucho.

Molly soltó un gritito de placer, incluso lady Amalthea avanzó un pie tímidamente. Schmendrick continuaba con los puños cerrados, pero sin ninguna expresión de triunfo en el rostro.

-Vamos -dijo la calavera-, pregúntame cómo encontrar al Toro Rojo. No te equivocas al pedirme consejo. Soy el vigía del rey, con la misión de guardar el camino que conduce al Toro. Ni el príncipe Lír conoce el camino secreto, pero yo sí.

-Si de verdad montas guardia aquí, ¿por qué no das la alarma? -preguntó tímidamente Molly Grue-. ¿Por qué nos ofreces tu ayuda, en lugar de llamar a los hombres de armas?

-He estado sobre esta columna mucho tiempo -rió la calavera con un ruido seco-. En tiempos fui el jefe de los guardaespaldas de Haggard, hasta que me hizo cortar la cabeza no sé por qué razón. Eso era en los días en que intentaba averiguar si realmente le gustaba esta ocupación. No le gustó, pero pensó que igualmente podía utilizar mi cabeza, así que la emplazó aquí arriba para que le hiciera de centinela. No soy tan leal al rey Haggard como debería serlo.

-Entonces, descífranos el enigma -dijo Schmendrick en voz baja-. Enséñanos el camino que lleva al Toro Rojo.

-No -dijo la calavera, y se puso a reír como un loco.

-¿Por qué no? -gritó Molly, furiosa-. ¿Qué clase de juego es...?

Las grandes mandíbulas amarillas de la calavera no se movieron, pero pasó algún tiempo antes de que la despreciable risa se calmara. También las veloces cosas nocturnas, bañadas en su suave luz, hicieron una pausa hasta que cesó.

-Estoy muerto -dijo la calavera-. Estoy muerto y cuelgo en la oscuridad, vigilando las propiedades del rey Haggard. La única pequeña diversión que tengo es fastidiar y exasperar a los vivos, y no hay demasiadas oportunidades para hacerlo. Es una triste circunstancia porque, cuando vivía, la mía era una naturaleza particularmente irritante. Estoy seguro de que me perdonaréis si me entretengo un poco con vosotros. Intentadlo mañana; tal vez os lo diga.

- ¡Pero no tenemos tiempo! -alegó Molly. Schmendrick le dio un codazo, pero ella se lanzó adelante y se plantó frente a la calavera, apelando a sus ojos deshabitados-. No tenemos tiempo. Puede que ahora ya sea demasiado tarde.

-Yo tengo tiempo -dijo la calavera pensativamente-. No es tan bueno tener tiempo, prisas, disputas, desesperación, esto perdido, aquello abandonado, cosas que no sabes cómo encajar en un espacio tan pequeño... Así es la vida. Creéis que habéis hecho tarde para algunas cosas: no os preocupéis.

Molly habría seguido suplicando, pero el mago la cogió por el brazo y la apartó a un lado.

- ¡Cállate! -dijo con voz enfurecida-. Ni una palabra, ni una palabra más. La maldita cosa habló, ¿no es así? Quizá es lo único que necesita el enigma.

-No lo es -le informó la calavera-. Hablaré tanto como queráis, pero no os diré nada. Despreciable, ¿verdad? Deberíais haberme conocido cuando estaba vivo.

-¿Dónde está el vino? -preguntó Schmendrick a Molly, sin prestar atención a la calavera-. Veré lo que puedo hacer con el vino.

-No pude encontrarlo -respondió la mujer, algo nerviosa- . Miré por todas partes, pero me parece que no hay una gota en todo el castillo. -El mago le dirigió una mirada feroz, en medio de un inmenso silencio-. Miré, de veras.

Schmendrick alzó los brazos lentamente y los dejó caer a sus costados.

-Bien -dijo-. Bien, dejémoslo correr, pues, si no podemos encontrar vino. Tengo mis esperanzas, pero no puedo sacar vino del aire.

-La materia no se crea ni se destruye -señaló la calavera con una risa hueca y restallante-. Al menos, la mayoría de los magos no lo han conseguido.

Molly sacó de un bolsillo del vestido un frasquito que brilló en la oscuridad.

-Pensé que si tenías un poco de agua para empezar... -La mirada que le dedicó Schmendrick era extraordinariamente parecida a la de la calavera-. Bueno, ya está hecho. No es lo mismo que producir algo nuevo. Nunca te lo pediría.

Aún sin terminar de hablar, miró de soslayo a lady Amalthea, pero Schmendrick le quitó el frasco de la mano y lo estudió con aire pensativo, dándole vueltas al tiempo que murmuraba curiosas y delicadas palabras.

-¿Por qué no? -dijo al fin-. Como tú dices, es un truco común. Hizo furor una temporada, según creo recordar, pero actualmente está algo pasado de moda.

Movió una mano lentamente sobre el frasco, trenzando una palabra en el aire.

-¿Qué estás haciendo? -inquirió la calavera-. Oye, hazlo más cerca, no puedo ver nada.

El mago se dio la vuelta y ocultó el frasco contra su pecho. Inició un cántico entre susurros, que hizo pensar a Molly en los sonidos que continúa haciendo un fuego apagado mucho después de que se ha consumido la última brasa.

-Has de comprender -se interrumpió un instante- que no será nada especial. *Vin ordinaire,* si llega. -Molly asintió solemnemente y Schmendrick prosiguió-: Suele salir demasiado dulce. Y cómo conseguiré que el vino se beba a sí mismo, no tengo la más ligera idea. -Reemprendió el sortilegio, en voz todavía más baja, mientras la calavera se lamentaba amargamente de que no podía ver ni oír nada. Molly ensayó algunas palabras tranquilizadoras y llenas de esperanza para lady Amalthea, que siguió en silencio y sin mirarla.

El cántico se detuvo de repente y Schmendrick se llevó el frasco a los labios, pero antes lo olió.

-Flojo, flojo, ningún aroma. Nadie ha conseguido nunca hacer buen vino con magia.

Se inclinó para beber del frasco..., luego lo agitó, miró en su interior y lo volcó con una débil y horrible sonrisa. No salió nada, absolutamente nada.

-Ya está hecho -dijo, con algo parecido a la alegría. Se tocó los secos labios con la seca lengua y repitió-. Ya está hecho, al fin está hecho.

Sin dejar de sonreír, alzó el frasco de nuevo para estrellarlo en el piso.

- ¡No, espera..., no! -La ruidosa voz de la calavera protestó con tanta vehemencia que Schmendrick se detuvo antes de que el frasco abandonara su mano. Él y Molly se giraron al unísono para mirar a la calavera que, de tanta angustia, había empezado a bambolearse donde estaba colgada, golpeándose el maltrecho occipucio contra la columna, como si luchara por liberarse-. ¡No hagas eso! Debes de estar loco para tirar un vino como ése. ¡Dámelo a mí si no lo quieres, pero no lo tires! -gritaba mientras daba tumbos y sacudidas, y lloriqueaba.

Una expresión perpleja y calculadora, como una nube de lluvia que se desliza sobre una tierra seca, cruzó el rostro de Schmendrick.

-¿Y de qué te sirve el vino? -preguntó con cautela- si no tienes lengua para probarlo, paladar para saborearlo, ni garganta para tragarlo? Cincuenta años muerto... ¿Es eso lo que aún recuerdas, lo que aún deseas...?

- Cincuenta años muerto, sí. ¿Qué otra cosa puedo hacer? - La calavera había cesado sus grotescas contorsiones, pero la frustración hacía que su voz fuera casi humana-. Recuerdo, recuerdo más cosas que el vino. Dame un trago, nada más, un sorbo, y lo disfrutaré como nunca haréis vosotros, con toda vuestra carne palpitante, todos vuestros sentidos y órganos. He tenido tiempo para pensar. Sé a qué sabe el vino. Dámelo.

Schmendrick meneó la cabeza y sonrió, enseñando los dientes.

-Elocuente, pero me siento algo rencoroso últimamente.

Por tercera vez levantó el frasco vacío, y la calavera gimió con mortal padecimiento.

-Pero no es... -empezó a decir Molly Grue, pero el mago le propinó un pisotón.

-Claro que -meditó Schmendrick en voz alta- si consiguieras recordar la entrada de la caverna del Toro Rojo tan bien como recuerdas el vino, todavía podríamos negociar.

Hizo girar el frasco entre dos dedos, de manera despreocupada.

- ¡Hecho! -gritó al instante la calavera-. ¡Hecho, por un trago, pero dámelo ahora! Sólo de pensar en el vino me entra más sed de la que tuve en vida, cuando tenía un gaznate para remojar. Dame un traguito ahora y te diré todo lo que quieras saber.

Las desgastadas mandíbulas estaban empezando a entrechocar entre sí. Los polvorientos dientes temblaban y se disolvían.

-Dáselo -susurró Molly a Schmendrick.

La sola idea de que las desnudas cuencas de los ojos empezaran a llenarse de lágrimas la aterrorizaba. Sin embargo, Schmendrick negó de nuevo con la cabeza.

-Te lo daré todo..., después de que nos digas cómo podemos encontrar al Toro.

La calavera suspiró, pero no dudó.

-A través del reloj. Pasas a través del reloj y sales allí. ¿Me darás ahora el vino?

-A través del reloj. -El mago fue a mirar la lejana esquina del gran vestíbulo donde estaba el reloj. Era alto, negro y estrecho, la pálida sombra de un reloj. El cristal de la esfera estaba roto y la manecilla de la hora no existía. Al otro lado del cristal gris se podían distinguir las ruedecillas, sacudiéndose y girando como el movimiento espasmódico de los peces-. Quieres decir que cuando el reloj da la hora correcta se abre y da paso a un túnel o a una escalera secreta.

La duda asomaba en su voz, porque el reloj parecía demasiado delgado para ocultar semejante pasadizo.

-No sé nada sobre eso -replicó la calavera-. Si esperas a que este reloj marque la hora exacta, estarás aquí hasta que te quedes tan calvo como yo. ¿Por qué complicar un sencillo secreto? Pasas a través del reloj y el Toro Rojo está detrás. Dame.

-Pero el gato dijo... -empezó Schmendrick.

Entonces caminó en dirección al reloj. La oscuridad producía el efecto de que se estuviera alejando bajo una colina, cada vez más pequeño y encorvado. Cuando llegó ante el reloj siguió caminando sin pausa, como si realmente no fuera más que una sombra, pero se dio un golpe en la nariz.

-Esto es estúpido -dijo fríamente a la calavera, cuando volvió-. ¿Cómo piensas engañarnos? Es posible que el camino hacia el Toro pase por el reloj, pero hay algo más que no sabemos. O me lo dices o derramaré el vino en el suelo, para que te acuerdes de su olor y de su apariencia tanto como quieras. ¡Rápido!

Pero la calavera estaba riendo nuevamente, con un ruido solícito, casi amable.

-Recuerda lo que te dije acerca del tiempo. Cuando estaba vivo creía igual que tú, que el tiempo era, como mínimo, tan real y sólido como yo, o incluso más. Decía «es la una» como si pudiera verla, y «lunes» como si pudiera encontrarlo en el mapa; me dejé arrastrar de minuto en minuto, de día en día, de año en año, como si realmente me trasladara de un lugar a otro. Como todo el mundo, vivía en una casa de ladrillos con segundos, minutos, fines de semana y días de Año Nuevo, y nunca salí afuera hasta que morí, puesto que no había otra puerta. Ahora sé que podría haber atravesado las paredes.

Molly parpadeó asombrada, pero Schmendrick continuó negando con la cabeza.

-Sí, así es como actúan los auténticos magos. Pero el reloj...

-El reloj nunca dará la hora exacta -afirmó la calavera-. Haggard estropeó la maquinaria hace mucho tiempo, un día que intentó retrasar la hora mientras estaba en funcionamiento. Pero lo importante es que comprendáis que no importa si el reloj da las diez, las siete o las tres de la tarde; podéis marcaros vuestra propia hora y detener la cuenta cuando deseéis. Cuando comprendáis esto..., cualquier hora será la hora correcta.

En ese momento, el reloj dio las cuatro. Aún no se había desvanecido la última campanada cuando, en respuesta, se oyó un ruido bajo el gran vestíbulo. No se trataba de un bramido, ni del salvaje estruendo que provocaba el Toro Rojo mientras soñaba; era un sonido grave e interrogativo, como si el Toro hubiera despertado al intuir algo nuevo en la noche. Cada losa silbó como una serpiente, y la oscuridad se estremeció del mismo modo que las luminosas criaturas nocturnas, diseminadas locamente por los rincones del vestíbulo. Molly presintió, sin lugar a dudas, que el rey Haggard estaba cerca.

-Dame el vino -pidió la calavera-. He cumplido mi parte del trato. -En silencio, Schmendrick vertió el frasco vacío en la boca vacía, y la calavera gorjeó, suspiró y se relamió-. ¡Aja, algo delicioso, esto sí que es vino! Eres mucho mejor mago de lo que pensaba. ¿Comprendes ahora lo que dije sobre el tiempo?

Librodot

-Sí -contestó Schmendrick-. Creo que sí. -El Toro Rojo repitió aquel curioso sonido y la calavera se encogió contra la columna-. No, no lo sé. ¿No hay otro camino?

-¿Cómo puede haberlo?

Molly oyó pasos, después nada, después el ruido tenue y cauteloso de una respiración. No estaba segura de dónde venía. Schmendrick se volvió hacia ella y mostró su rostro, en el que se transparentaban el miedo y la confusión como en el interior de un farol de cristal. Había una luz también, pero temblaba como un fanal en el viento.

-Creo que lo comprendo -dijo el mago-, pero no estoy seguro. Lo intentaré.

-Todavía creo que es un auténtico reloj -dijo Molly-, pero, de todas formas, me parece bien lo que dices. Soy capaz de pasar a través de un reloj. -En parte, trataba de darle ánimos, pero sintió una calidez en el cuerpo al darse cuenta que lo que había dicho era cierto-. Sé dónde tenemos que ir, y eso es tan bueno como saber la hora en cualquier momento.

- Os daré gratis un pequeño consejo -interrumpió la calavera-, ya que el vino era muy bueno. -Schmendrick compuso una expresión de culpabilidad-. Destrozadme. Tiradme al suelo y dejad que me rompa en pedazos. No preguntéis por qué, sólo hacedlo -hablaba muy rápido, casi entre susurros.

-¿Qué? ¿Por qué? -exclamaron Schmendrick y Molly al mismo tiempo.

La calavera repitió su ruego.

-¿Qué estás haciendo? ¿Por qué demonios deberíamos destrozarte?

- ¡Hacedlo! -insistió la calavera-. ¡Hacedlo!

El ruido de la respiración se acercaba desde todas direcciones, pero sólo un par de pies taconeaba.

-No -dijo Schmendrick-. Estás loco.

Le dio la espalda y se encaminó por segunda vez hacia el oscuro y ascético reloj. Molly cogió la fría mano de lady Amalthea y le siguió, arrastrando a la joven como una cometa.

-Está bien -dijo tristemente la calavera-. Os advertí. -Empezó a gritar en el acto con voz terrible, una voz como el tableteo de la lluvia sobre el metal-. ¡Socorro, mi señor! ¡A mí, la guardia! ¡Hay ladrones, bandidos, secuestradores, rateros, asesinos, criminales redomados, merodeadores, plagiarios! ¡Rey Haggard! ¡A mí, rey Haggard!

Oyeron el estruendo de numerosas pisadas, sobre sus cabezas y a su alrededor, y las voces entrecortadas de los ancianos hombres de armas, que gritaban mientras corrían. Las antorchas no flameaban, pues no se podía encender ninguna luz en el castillo sin el permiso del rey Haggard, y éste permanecía en silencio. Los tres ladrones estaban confundidos e indecisos, y contemplaban boquiabiertos a la calavera.

-Lo siento. Soy así, traicionero. Pero intenté... -Entonces sus ojos inexistentes repararon en lady Amalthea y, por imposible que fuese, se ensancharon y brillaron-. Oh, no, no, tú no. Soy desleal, pero no tan desleal.

- ¡Corre! -dijo Schmendrick, como tiempo atrás había gritado a la salvaje leyenda blanca como el mar, que acababa de poner en libertad.

Atravesaron a toda velocidad el gran vestíbulo, mientras los hombres de armas tropezaban en la oscuridad y la calavera chillaba:

- ¡Unicornio! ¡Unicornio! ¡Haggard, Haggard, allá va, hacia el Toro Rojo! Vigila el reloj, Haggard... ¿Dónde estás? ¡Unicornio! ¡Unicornio!

Librodot

Por encima del alboroto se elevó el furioso siseo del rey Haggard.

- ¡Necio, traidor, fuiste tú quien se lo dijo!

Sus rápidos y silenciosos pasos se aproximaban; Schmendrick se mentalizó de que debía dar media vuelta y combatir, pero en ese preciso instante se oyó un gruñido, un crujido, unos arañazos, y por último, el chasquido de viejos huesos al caer sobre viejas piedras. El mago se lanzó hacia adelante.

Cuando se detuvieron frente al reloj ya no había margen para la duda o la comprensión. Los hombres de armas habían entrado en el vestíbulo y el fragor de sus pasos despertaba ecos en las paredes, mientras el rey Haggard no cesaba de maldecirlos e insultarlos. Lady Amalthea no dudó, entró en el reloj y desapareció como la luna bajo las nubes, cubierta por ellas, pero no dentro de ellas, solitaria, a miles de kilómetros.

Como si fuera una dríada, pensó absurdamente Molly, y el tiempo su árbol. A través del turbio y manchado espejo podía ver las pesas, el péndulo y los gastados carillones, balanceándose y fulgurando ante su mirada. No existía una puerta al otro lado por la que lady Amalthea hubiera podido pasar, sólo la herrumbrosa avenida de los mecanismos que llevaba la lluvia a sus ojos. Las pesas oscilaban de un lado a otro como algas marinas.

- ¡Detenedles! ¡Haced pedazos el reloj! -gritaba el rey Haggard.

Molly volvió un poco la cabeza para decirle a Schmendrick que creía haber adivinado lo que ocultaban las palabras de la calavera, pero el mago había desaparecido, y también el vestíbulo del rey Haggard. Lo mismo sucedía con el reloj. Se encontró al lado de lady Amalthea, en un lugar muy frío.

La voz del rey le llegó desde muy lejos, más como un recuerdo que como una realidad. Al volver la cabeza vio el rostro del príncipe Lír. Tras él caía un telón de bruma, que se estremecía como los flancos de un pez, y que no se parecía en nada con la maquinaria corroída de un reloj. No había ni rastro de Schmendrick.

El príncipe Lír dedicó una inclinación de cabeza a Molly, pero habló primero a lady Amalthea.

-Te habrías ido sin mí -dijo-. No has escuchado nada en absoluto.

Ella le respondió otra vez, a pesar de que no había dirigido la palabra ni a Schmendrick ni a Molly, con voz dulce y clara.

- Habría vuelto. No sé por qué estoy aquí, o quién soy. Pero habría vuelto.

-No -dijo el príncipe-, nunca habrías vuelto. Antes de que pudiera continuar, Molly le interrumpió, para su propio asombro, y gritó:

- ¡Eso no importa ahora! ¿Dónde está Schmendrick? -Aquellos dos extraños la miraron con tan genuino asombro que nadie habría sido capaz de abrir la boca. Molly se estremeció de la cabeza a los pies, pero luego reaccionó-. ¿Dónde está? Si no volvéis atrás, yo lo haré.

Entonces el mago surgió de la bruma, la cabeza baja, como si estuviera soportando el empuje de un fuerte viento. Con una mano se apretaba la sien y, al retirarla, manó un poco se sangre.

-No pasa nada -dijo cuando vio que la sangre caía sobre las manos de Molly Grue-. No pasa nada, no es profundo. No pude llegar hasta que sucedió. -Se inclinó torpemente ante el príncipe Lír-. Pensé que erais vos el que pasó junto a mí en la oscuridad. Decidme, ¿cómo atravesasteis el espejo con tanta facilidad? La calavera dijo que no conocíais el camino.

-¿Qué camino? -preguntó, estupefacto-. ¿Qué tenía que saber? Vi por dónde se iba ella y la seguí.

La repentina carcajada de Schmendrick rebotó ásperamente en las protuberantes paredes, que se iban materializando ante ellos a medida que sus ojos se acostumbraban a la nueva oscuridad.

-Por supuesto -observó el mago-. Algunas cosas, por su naturaleza, requieren su propio tiempo. -Rió de nuevo, agitando la cabeza, y la sangre siguió manando. Molly desgarró un trozo de su vestido-. Aquellos pobres hombres... -prosiguió Schmendrick-. No querían herirme y yo no quería herirles, en la medida de lo posible, así que escurrimos el bulto, intercambiando disculpas, y Haggard no paraba de gritar. Entonces salté dentro del reloj. Sabía que no era real, pero lo sentía real, y eso me preocupaba. Haggard se abalanzó sobre mí y me hirió. - Cerró los ojos mientras Molly le vendaba la cabeza-. Haggard... Había conseguido gustarle, y todavía le gusto. Parecía tan asustado...

Las confusas y lejanas voces del rey y de sus hombres iban subiendo de tono.

-No entiendo -dijo el príncipe Lír-. ¿Mi padre... asustado? ¿Qué...?

En aquel instante, al otro lado del reloj, oyeron un grito inarticulado de triunfo y el principio de un gran estrépito. La trémula neblina desapareció inmediatamente y un negro silencio cayó sobre ellos.

-Haggard ha destruido el reloj -afirmó Schmendrick sin vacilar-. Ahora no podemos retroceder, y el único camino que nos queda es el camino que conduce al Toro.

Un viento lento y espeso comenzó a soplar.

13

El camino era lo bastante ancho para caminar uno al lado del otro, pero lo hacían de uno en uno. Lady Amalthea marchaba en cabeza por propia elección. El príncipe Lír, Schmendrick y Molly Grue, por este orden, seguían detrás, iluminados únicamente por su pelo, pero la joven no tenía ninguna luz delante para orientarse. Sin embargo, avanzaba con tanta facilidad como si hubiera recorrido el camino en ocasiones anteriores.

Ignoraban en qué lugar se hallaban. El viento frío parecía real, y también el olor húmedo que transportaba; la oscuridad dificultaba su progresión mucho más que el reloj. El mismo sendero era tangible, hasta el extremo de magullarles los pies y, en determinados puntos, estaba obstruido por piedras auténticas y por fragmentos de tierra desprendida de los bordes de la caverna. Pero su ruta era el imposible delirio de un sueño; en pendiente y sesgada, dando vueltas sobre sí misma; cayendo casi a pico y luego elevándose un poco; en suave descenso y retrocediendo para devolverles de nuevo, quizá a su lugar de origen, bajo el gran vestíbulo donde el rey Haggard estaba furioso aún ante un reloj caído y una calavera destrozada. Brujería, probablemente, pensó Schmendrick, pero nada de lo que hace una bruja es real, en último término..., en caso de que sea el último. Si no lo es, todo esto será real.

Mientras avanzaban a tientas y a ciegas le hizo un relato sumario de sus aventuras al príncipe Lír, empezando por su propia y extraña historia y su extraño destino. Narró la destrucción del Carnaval de la Medianoche y su huida con la unicornio, el encuentro con Molly Grue, el viaje a Hagsgate y la historia de Drinn acerca de la doble maldición, que recaía sobre el castillo y sobre la ciudad. Se detuvo en esta parte, pues más allá se extendía la noche del Toro Rojo, una noche que terminaba, para bien o para mal, en la magia..., y en una muchacha desnuda que se debatía en su cuerpo como una vaca en las arenas movedizas. Tenía la esperanza de que el príncipe se interesara más en conocer los hechos de su heroico nacimiento que en los orígenes de lady Amalthea.

El asombro del príncipe Lír parecía sospechoso, lo cual hacía las cosas más difíciles.

-Desde hace mucho tiempo sé que el rey no es mi padre -declaró-, pero, no obstante, he tratado con todas mis fuerzas de ser su hijo. Soy enemigo de todo aquel que conspira contra él, y las habladurías de un patán no son suficientes para incitarme a provocar su ruina. En cuanto a lo otro, creo que ya no existen unicornios y sé que el rey Haggard nunca ha visto uno. ¿Cómo podría un hombre que ha contemplado un unicornio, al menos una vez, dejando aparte los miles que arrastra cada marea, ser tan triste como lo es el rey Haggard? ¿Por qué, si sólo la vi una vez y nunca más...?

Hizo una pausa, algo confuso, porque se dio cuenta de que la conversación derivaba hacia algo tan doloroso que no podrían seguir el hilo de la narración. Molly escuchaba atentamente, pero lady Amalthea no daba señales de oír lo que los dos hombres hablaban.

-Sin embargo, el rey oculta algún suceso feliz de su vida -señaló Schmendrick-. ¿No habéis observado jamás un indicio..., un rastro en sus ojos? Yo sí. Reflexionad un momento, príncipe Lír.

El príncipe seguía en silencio. Se hundieron más en la siniestra oscuridad. No siempre sabían si estaban subiendo o bajando, o si el pasadizo volvía a doblar, hasta que las prominentes rocas, contra las cuales chocaban sus hombros, se convertían súbitamente en la desagradable barrera de una pared. No les llegaba el menor sonido del Toro Rojo, ni destellos de su maligna luz, pero cuando Schmendrick se tocó la cara húmeda el olor del Toro se desprendió de sus dedos.

Librodot

-A veces, después de haber estado en la torre -dijo el príncipe Lír-, hay algo en su rostro, en su expresión. Una claridad que no es del todo una luz. Me acuerdo que, cuando era pequeño, esto no sucedía cuando me miraba, o cuando miraba a otra persona. Y yo tenía un sueño. -Hablaba muy lentamente, arrastrando los pies-. Solía tener un sueño, siempre el mismo sueño, en el que estaba asomado a mi ventana en mitad de la noche y veía al Toro, veía al Toro Rojo...

No terminó la frase.

-Veíais al Toro conduciendo a los unicornios hacia el mar -dijo Schmendrick-. No era un sueño. Haggard los tiene a todos, a merced de las mareas, para su disfrute..., a todos, excepto uno. -El mago aspiró una larga bocanada de aire-. Ése uno es lady Amalthea.

-Sí -respondió el príncipe Lír-. Sí, lo sé.

-¿Qué quiere decir que lo sabéis? -preguntó airadamente Schmendrick-. ¿Cómo es posible que sepáis que lady Amalthea es un unicornio? Ella no puede habéroslo dicho, porque no lo recuerda. Desde que os encaprichasteis con ella sólo piensa en ser una mujer mortal. -Sabía que la verdad era completamente diferente, pero en ese momento no le importaba-. ¿Cómo lo sabéis?

El príncipe Lír dejó de caminar y le miró de frente. Estaba demasiado oscuro para que Schmendrick pudiera ver algo más que el frío y lechoso resplandor en el lugar que ocupaban sus ojos.

-No sabía lo que era hasta ahora. Pero supe, desde la primera vez que la vi, que era algo más de lo que yo veía. Unicornio, sirena, lamía, hechicera, Gorgona... Ningún nombre que le des puede sorprenderme o aterrorizarme. Yo amo a quien amo.

-Un hermoso sentimiento -dijo Schmendrick-, pero cuando la transforme en lo que es, para que pueda luchar contra el Toro Rojo y liberar a su pueblo...

-Yo amo a quien amo -respondió firmemente el príncipe Lír-. No tienes ningún poder sobre lo que es fundamental.

Antes de que el mago pudiera replicar lady Amalthea se interpuso entre los dos, sin que ninguno de ellos la hubiera visto u oído retroceder por el pasadizo. Relucía y temblaba como el agua en movimiento.

-No seguiré adelante.

Hablaba al príncipe, pero fue Schmendrick el que replicó.

-No hay elección. Sólo podemos continuar adelante. -Molly Grue se aproximó, con la mirada inquieta, y el pálido sobresalto de un pómulo-. Sólo podemos continuar adelante.

-No debe cambiarme -hablaba al príncipe, rehuyendo la mirada del mago-. No le permitáis que utilice sus poderes. Al Toro no le interesan los seres humanos... Pasaremos de largo y huiremos. El Toro quiere unicornios. Decidle que no me transforme en unicornio.

El príncipe Lír se retorció los dedos hasta hacerlos crujir.

- Es verdad -confirmó Schmendrick-. Así podríamos escapar del Toro Rojo, incluso ahora, como escapamos antes. Pero si lo hacemos no habrá oportunidad. Todos los unicornios del mundo serán sus prisioneros para siempre, excepto uno, y finalmente morirá. Envejecerá y morirá.

-Todo muere -repuso ella, hablando siempre para el príncipe Lír-. Es bueno que todo muera. Quiero morir cuando mueras tú. No dejes que me hechice, no permitas que me haga inmortal. No soy una unicornio, no soy una criatura mágica. Soy humana, y te quiero.

Librodot

- No sé mucho sobre encantamientos, excepto cómo romperlos -dijo el príncipe Lír suavemente-, pero sé que hasta los más grandes magos no pueden hacer nada contra lo que nos une a ti y a mí..., y, al fin y al cabo, el pobre Schmendrick no debe preocuparnos. No tengas miedo, no tengas miedo de nada. Hayas sido lo que hayas sido, ahora eres mía. Puedo tocarte.

Lady Amalthea miró al mago y, a pesar de la oscuridad, éste percibió un destello de terror en sus ojos.

-No, no somos lo bastante fuertes. Me transformará y, ocurra lo que ocurra después, tú y yo nos separaremos para siempre. No te amaré cuando sea una unicornio, pero tú me seguirás queriendo porque no podrás evitarlo. Seré más bella que cualquier cosa en el mundo y viviré eternamente.

Schmendrick empezó a hablar y el sonido de su voz la hizo temblar como la llama de una vela.

-No lo haré. No lo haré así.

Ella paseó su mirada del uno al otro y habló con gran firmeza.

-Si queda algo de amor en mí cuando me haya cambiado lo sabrás, porque dejaré que el Toro Rojo me lleve hacia el mar con los otros. Así, al menos, estaré cerca de ti.

-No hay necesidad de todo eso. -Schmendrick habló en un tono ligero, obligándose a reír-. Dudo que pudiera cambiarte, aun en el caso de que lo desearas. El mismo Nikos nunca pudo transformar un humano en unicornio..., y tú eres verdaderamente humana ahora. Puedes amar, tener miedo, prohibir que las cosas sean como son y exagerar las cosas. Dejémoslo así, terminemos la búsqueda. ¿Es peor el mundo sin unicornios? ¿Sería

mejor si volvieran a correr en libertad? Una buena mujer más en el mundo es preferible a todos los unicornios desaparecidos. Acabemos con ello. Cásate con el príncipe y sé feliz hasta el fin de tus días.

La iluminación del pasadizo parecía aumentar, y Schmendrick imaginó al Toro Rojo avanzando con sigilo en su dirección, grotescamente cauteloso, posando sus pezuñas en el suelo con la coquetería de una garza. El leve rubor en la mejilla de Molly Grue se disipó cuando la mujer escondió el rostro.

-Sí -dijo lady Amalthea-, ése es mi deseo.

-No -exclamó el príncipe Lír al mismo tiempo.

La palabra se le escapó con tanta brusquedad como un estornudo y ascendió a la superficie con el tono agudo de un interrogante; la voz de un muchacho tímido, mortalmente aturdido ante un espléndido y terrible regalo.

-No -repitió, y esta vez la palabra fue pronunciada con otra voz, la voz de un rey; no la de Haggard, sino la de un rey afligido, más por lo que no podía dar que por lo que no podía tener-. Mi señora, soy un héroe. Simplemente es un oficio, como tejer o fabricar cerveza, y como todos tiene sus trucos, sus mañas y sus secretos. Hay formas de intuir a las brujas y de reconocer la presencia de un veneno; existen ciertos puntos débiles en todos los dragones y ciertas argucias que emplean encapuchados desconocidos para ponerte a prueba. Pero el verdadero secreto del héroe consiste en saber el orden de las cosas. El porquero no puede casarse con la princesa antes de emprender sus aventuras, el chico no puede llamar a la puerta de la bruja cuando se ha marchado de vacaciones. El tío malvado no puede ser puesto en evidencia y frustrado en sus intentos antes de cometer alguna maldad. Las cosas deben suceder en el momento adecuado. Las búsquedas no pueden ser abandonadas así como así; no se puede permitir que las profecías se pudran como la fruta no recogida; puede pasar un

tiempo antes de que los unicornios sean rescatados, pero no toda la eternidad. No puede haber un final feliz en mitad de la historia.

Ante el silencio de lady Amalthea, fue Schmendrick el que preguntó primero.

-¿Por qué no? ¿Quién lo dice?

-Los héroes -replicó tristemente el príncipe Lír-. Los héroes lo saben todo sobre el orden, sobre los finales felices... Los héroes saben que algunas cosas son mejores que otras. Los carpinteros saben acerca de hebras, cortes y líneas rectas. -Alargó

una mano hacia lady Amalthea y dio un paso en su dirección. Ella no retrocedió ni volvió la cara; de hecho, levantó más la cabeza, y fue el príncipe el que apartó la mirada-. Tú fuiste la que me enseñaste. Nunca te miré sin dejar de ver la dulce armonía del mundo, o sin apenarme por su degradación. Me convertí en un héroe para servirte a ti y a todos los que son como tú. También para hallar la manera de iniciar una conversación.

Pero lady Amalthea siguió sin hablarle.

Una luminosidad blanca como la cal invadía la caverna. Podían verse con toda claridad; el miedo les hacía aparecer extraños y sebosos. La belleza de lady Amalthea se desvanecía bajo la apagada y sombría luz. Tenía un aspecto más mortal que cualquiera de los otros tres.

-Viene el Toro -anunció el príncipe Lír.

Se adentró en el pasadizo con los andares determinados e impacientes de los héroes. Lady Amalthea le siguió, caminando con la ligereza y el orgullo que las princesas han aprendido a practicar. Molly Grue se apretó junto al mago y le tomó la mano, del modo como solía acariciar a la unicornio cuando se sentía sola. Él le sonrió con aire de autocomplacencia.

-Déjala tal como es. Déjala así.

-Díselo a Lír -respondió alegremente-. ¿Fui yo quien dijo que el orden lo es todo? ¿Fui yo quien dijo que ella debe desafiar al Toro Rojo porque será lo más adecuado y preciso? No me interesan los rescates reglamentados y los finales felices oficiales. Se lo dejo a Lír.

-Pero tú le obligaste a hacerlo -puntualizó ella-. Sabes que lo que más desea en el mundo es que lady Amalthea abandone la búsqueda y se quede con él, y así habría sucedido si no le hubieras recordado que es un héroe; ahora se siente obligado a hacer lo que hacen los héroes. Él la ama y tú le complicaste la vida.

-Nunca hice eso, y calla, que te puede oír.

Molly se sentía torpe y mareada ante la cercanía del Toro. La luz y el olor se habían transformado en un mar pegajoso en el que se debatía como los unicornios, desesperada y eterna. El sendero empezaba a descender hacia la luz del fondo. Muy por delante, el príncipe Lír y lady Amalthea marchaban codo con codo hacia el desastre, con la calma de las velas al consumirse. Molly Grue se rió con disimulo.

-También sé por qué lo hiciste -siguió-. No serás mortal hasta que la transformes de nuevo, ¿verdad? No te importa lo que le suceda a ella o a los demás con tal de llegar a ser un auténtico mago, ni aunque transformes al Toro en una rana toro, porque si lo haces no será más que un vulgar truco. Lo único que te importa es la magia. ¿Qué clase de mago es ése? Schmendrick, no me siento bien. Tengo que sentarme.

Schmendrick tuvo que llevarla en brazos durante un rato, porque no podía andar y sus ojos verdes repiqueteaban en su cabeza.

-Exacto. Sólo me interesa la magia. Yo mismo habría capturado a los unicornios para Haggard si mi poder hubiera aumentado el grosor de medio cabello. Es verdad. No tengo preferencias ni lealtades. Sólo tengo la magia.

Su voz era dura y triste.

-¿De veras? - Molly se revolvió como en sueños, presa del pánico, contemplando la oscilante luz-. ¡Qué horrible! -Estaba muy impresionada-. ¿Realmente eres así?

-No -dijo el mago, entonces o más tarde-. No, no es verdad. ¿Cómo podría ser así y tener tales preocupaciones? Molly, ahora debes caminar. Está allí. Está allí.

Lo primero que Molly vio fueron los cuernos. Se cubrió la cara para rehuir la luz, pero los pálidos cuernos se abrieron paso implacablemente a través de las manos y los párpados hasta alcanzar el centro de su cerebro. Vio al príncipe Lír y a lady Amalthea de pie frente a los cuernos, mientras el fuego florecía en las paredes de la caverna y se elevaba hasta la oscuridad sin límites. El príncipe Lír desenvainó la espada, pero comenzó a arder en su mano. La dejó caer y se rompió como el hielo. El Toro Rojo golpeó el suelo con una pata y todos se desplomaron.

Schmendrick había confiado en que encontrarían al Toro esperando en su guarida o en algún lugar ancho, con suficiente espacio para presentar batalla, pero había subido silenciosamente por el pasadizo hasta dar con ellos; y ahora se extendía ante su vista, no sólo de una pared en llamas a la otra, sino, de alguna manera, en las mismas paredes y más allá de ellas, expandiéndose sin fin. Sin embargo, no se trataba de un espejismo, era el Toro Rojo todavía y siempre, que echaba humo, respiraba con tremendo estruendo y agitaba su ciega cabeza. Su mandíbula retruñía con el terrible sonido de algo enorme revolcándose en el barro.

Ahora. Ahora es la hora, tanto si provoco la destrucción como un gran bien. Esto es el final. El mago se puso lentamente en pie, ignorando al Toro, escuchando sólo a su oculto yo como a una concha marina. Pero ningún poder se insinuó o habló en él. Solamente oyó el lejano y tenue aullido del vacío en su oreja, el mismo sonido, el único sonido que el viejo rey Haggard habría oído jamás al despertar o en sueños. No volverá a mí. Nikos estaba equivocado. Soy lo que aparento.

Lady Amalthea se alejó un paso del Toro, pero no más, y lo contempló serenamente mientras daba zarpazos con una pata delantera y exhalaba enormes, retumbantes y húmedos chorros de aire por las amplias ventanas de su nariz. Parecía desconcertado ante la presencia de la muchacha, casi enloquecido. No bramó. Lady Amalthea, bañada en la luz helada del monstruo, levantó la cabeza cuanto pudo para examinarlo en toda su magnitud. Sin volverse, buscó con su mano la del príncipe Lír.

Bien, bien. No hay nada que yo pueda hacer y me alegro. El Toro la dejará pasar y ella se marchará con Lír. No podía ir mejor. Sólo me apenan los unicornios. El príncipe todavía no había advertido la mano que le ofrecían, pero en seguida volvió la cabeza y la vio, y la tocó por primera vez. Él no supo jamás que era lo que le ofrecía, pero ella tampoco lo supo. El Toro Rojo se encogió y cargó.

Llegó sin avisar, acompañado del ruido de los cascos al arañar la tierra; y, de ser ésa su intención, podría haber aplastado a los cuatro en ese único y silencioso ataque, pero permitió que se dispersaran y se apoyaran en las rugosas paredes. Pasó de largo sin dañarles, aunque fácilmente habría podido expulsarles a cornadas de sus frágiles refugios, como a otros tantos caracoles. Flexible como el fuego, giró donde no había espacio para girar y se lanzó sobre ellos por segunda vez, el hocico casi a ras del suelo, el cuello hinchado como una ola. Fue entonces cuando bramó.

Huyeron y él les siguió; no tan rápido como cuando había cargado, pero lo bastante para que cada uno de los perseguidos se sintiera solo y sin amigos en la salvaje oscuridad. La

tierra vibraba bajo sus pies y gritaban con toda la fuerza de sus pulmones, pero ni así podían escucharse. Cada bramido del Toro Rojo hacía que tierra y piedras se desprendieran y se derrumbaran sobre ellos y, a pesar de todo, trepaban dificultosamente como insectos heridos y el monstruo continuaba la persecución. Mezclado con su loco estrépito les llegó otro sonido, el lastimoso quejido del castillo al estirar sus raíces, restallando como una bandera al viento de su ira. Y a través del pasadizo se coló muy débilmente el olor del mar.

¡Lo sabe, lo sabe! Le engañé una vez de esa forma, pero no volverá a ocurrir. Mujer o unicornio, la empujará hacia el mar, tal como era su propósito, y mi magia no le disuadirá de hacerlo. Haggard ha ganado.

Así pensaba el mago mientras corría, perdidas todas las esperanzas por primera vez en su larga y poco común vida. El camino se ensanchó de repente y desembocaron en una especie de gruta que no podía ser otra cosa que la madriguera del Toro. El hedor de su sueño era tan espeso y antiguo que contenía una nota de repugnante dulzor. La caverna adquirió tintes rojizos, como si su luz hubiera frotado las paredes hasta desgastarlas y se hubiera engastado en las grietas y en las hendiduras. Más allá continuaba el túnel y se adivinaba el confuso destello del agua al romper.

Lady Amalthea cayó tan irrevocablemente como se rompe una flor. Schmendrick saltó a un lado y fue rodando por el suelo para arrastrar a Molly Grue junto a él. Chocaron con fuerza contra un bloque de roca desprendido y se encogieron tras él; el Toro Rojo pasó a su lado lleno de furia, sin volverse, pero se detuvo entre una zancada y la siguiente. Este repentino silencio, roto únicamente por la respiración del Toro y el distante rumor del mar, habría resultado absurdo de no ser por la causa que lo provocaba.

Lady Amalthea yacía de costado, con una pierna doblada bajo el cuerpo. Se movía lentamente sin hacer el menor ruido. El príncipe Lír se interponía entre su cuerpo y el Toro, desarmado, pero con las manos en alto, como si aún sostuvieran la espada y el escudo. Una vez más en esa noche eterna dijo el príncipe:

-No.

Parecía muy aturdido y al borde del desfallecimiento. El Toro Rojo no podía verle, y le hubiera matado sin saber siquiera que se encontraba en su camino. Asombro, amor y una gran tristeza sacudieron en ese momento a Schmendrick el Mago, se introdujeron en su interior y le llenaron, le llenaron hasta que se sintió rebosar y florecer con algo que no era ninguna de las tres emociones. En un principio no lo creyó, pero llegó hasta él de todas formas, tal como le había alcanzado y abandonado ya dos veces, dejándole mucho más estéril que antes. Esta vez era demasiado potente para dominarlo, fluía a través de su piel, brotaba de los dedos de las manos y los pies, se manifestaba por igual en sus ojos, en el pelo, en los omóplatos. Era demasiado potente para dominarlo, demasiado para utilizarlo; y de pronto se encontró sollozando por el dolor de su avaricia imposible. Pensó, o dijo, o cantó:

-No sabía que estaba tan vacío para llenarme tanto.

Lady Amalthea yacía donde había caído, aunque ahora intentaba incorporarse, y el príncipe Lír aún la protegía con las manos desnudas levantadas contra la forma enorme que se cernía encima suyo. La punta de la lengua del príncipe sobresalía en una esquina de la boca, prestándole la seria apariencia de un niño que está desmontando algo. Muchos años más tarde, cuando el nombre de Schmendrick había alcanzado mayor prestigio que el de Nikos y los forajidos se rendían ante su sola mención, nunca era capaz de practicar la magia sin ver al príncipe Lír bizqueando a causa del resplandor y con la lengua entre los dientes.

El Toro Rojo piafó de nuevo. El príncipe Lír cayó de bruces y se levantó sangrando. El bramido del Toro fue creciendo y bajó súbitamente la hinchada y ciega cabeza y colgó como una de las balanzas del destino. El valiente corazón de Lír estaba suspendido entre los

cuernos, como si ya goteara de sus puntas, como si el mismo príncipe estuviera aplastado y descuartizado; su boca estaba torcida, pero continuaba inmóvil. El rugido del Toro aumentó de volumen a medida que bajaba los cuernos.

Entonces salió Schmendrick de su escondrijo y dijo unas palabras. Eran palabras breves, más bien mediocres en musicalidad o aspereza, inaudibles para el mago, a causa del espantoso alarido del Toro Rojo, pero sabía lo que significaban y sabía que podría pronunciarlas otra vez cuando quisiera, de la misma forma o con una construcción diferente. Las dijo dulcemente, con alegría, y al hacerlo sintió que la inmortalidad se desprendía de él como una armadura, o como un sudario.

Al oír la primera palabra del conjuro, lady Amalthea dio un agudo y amargo grito. Trató de llegar hasta el príncipe Lír, pero éste la protegía dándole la espalda y no la oyó. Molly Grue, desconsolada, se aferró al brazo de Schmendrick, pero el mago siguió hablando. Y en el mismo instante en que el prodigio tomó cuerpo, en el lugar donde ella había estado, blanco como el mar, tan infinitamente bello como poderoso era el Toro, aún lady Amalthea se aferró por un segundo a su forma provisional. Ya no estaba allí y, sin embargo, su rostro todavía flotaba como un suspiro en la luz fría y hedionda.

Habría sido mejor que el príncipe Lír no se volviese hasta que ella desapareciera, pero lo hizo. Vio a la unicornio, que se reflejó en él como en un espejo, pero era a otra a quien llamaba,

a la ausente, a lady Amalthea. La voz del príncipe determinó el fin de la muchacha; se desvaneció cuando gritó su nombre, como si hubiera anunciado la llegada del nuevo día.

Los acontecimientos se sucedieron rápidos y lentos a la vez, como en los sueños, donde realmente son indistintos. La unicornio permaneció muy quieta, mirándoles a todos con los ojos perdidos y ausentes. Parecía más hermosa de lo que Schmendrick recordaba, puesto que nadie puede retener en su memoria a un unicornio durante mucho tiempo; y, de hecho, ya no era igual que antes, como tampoco lo era el mago. Molly Grue se movió hacia él, dedicándole palabras dulces y sin sentido, pero la unicornio no dio señales de reconocerla. El maravilloso cuerno se erguía deslustrado como la lluvia.

Con un bramido que resonó en las paredes de su madriguera y las reventó como la lona de un circo, el Toro Rojo cargó por segunda vez. La unicornio atravesó la caverna y se hundió en las tinieblas. El príncipe Lír, que se había apartado a un lado, no tuvo tiempo de saltar y fue barrido por el impulso del Toro en su persecución. Cayó a tierra sin sentido, con la boca abierta.

Molly quiso ir a socorrerle, pero Schmendrick la sujetó y la arrastró siguiendo los pasos del Toro y de la unicornio. Ninguna de las dos criaturas estaba a la vista, pero el túnel aún retumbaba con el eco de su carrera desesperada. Aturdida y desconcertada, Molly se rindió ante el arrojo del extraño, que ni la dejaba caer ni aflojaba el paso. Podía sentir, sobre su cabeza y a su alrededor, el quejido del castillo sobre la roca como un diente suelto. El verso de la bruja repiqueteaba en su memoria una y otra vez.

Y de Hagsgate sólo uno habrá
de destruir el castillo capaz.

De pronto notaron la arena bajo sus pies y el olor del mar, frío como el otro olor, pero tan delicioso y amigable que ambos pararon de correr y estallaron en grandes carcajadas. Por encima de sus cabezas, en lo alto del acantilado, el castillo del rey Haggard se elevaba hacia el cielo verde y gris de la mañana, salpicado de nubes delgadas y lechosas. Molly estaba segura de que el propio rey les estaría espiando desde una de las trémulas torres, pero no pudo verle. Algunas estrellas temblaban todavía en el turbio cielo azul que se extendía sobre el mar. No

Librodot

había marea, y la playa desierta tenía el brillo gris y húmedo de un crustáceo desnudo, pero en el extremo de la orilla el mar se doblaba como un arco, indicando que el reflujo había terminado.

La unicornio y el Toro Rojo estaban frente a frente en la curva del arco, pero la unicornio daba la espalda al mar. El Toro avanzaba poco a poco, sin cargar, empujándola casi tiernamente hacia el agua, sin llegar a tocarla. La unicornio no se resistía. El cuerno carecía de brillo, y mantenía la cabeza baja; el Toro volvía a ser su dueño igual que lo había sido en la llanura de Hagsgate, antes de que se transformara en lady Amalthea. Podría haber sido el mismo amanecer sin esperanza, excepto por el mar.

Aunque todavía no estaba derrotada. Retrocedió hasta que una pata entró en contacto con el agua. Entonces saltó a través del resplandor mortecino del Toro Rojo y galopó a lo largo de la playa, tan veloz y ligera que el viento que levantaba al pasar borraba sus huellas en la arena. El Toro fue tras ella.

-Haz algo -dijo una voz ronca a Schmendrick, repitiendo las palabras que Molly había pronunciado mucho tiempo atrás. El príncipe Lír se hallaba a su lado, la cara ensangrentada y con los ojos de un loco. Parecía el rey Haggard-. Haz algo. Tienes poderes. La transformaste en unicornio... Haz algo para salvarla. Te mataré si no lo haces.

Y mostró sus manos al mago.

-No puedo -respondió Schmendrick con calma-. Toda la magia del mundo no serviría para salvarla. Si no lucha con el Toro, deberá ir hacia el mar con los otros. Ni la magia ni el crimen pueden ayudarla.

Molly percibió las pequeñas olas lamiendo la playa; volvía la marea. No vio a ningún unicornio rodando en el agua, a pesar de que los buscó y de su ardiente deseo de que estuvieran allí. ¿Y si era demasiado tarde? ¿Y si la última marea baja los había arrastrado mar adentro, allí donde los barcos no se arriesgan por temor a los pulpos gigantes y a las serpientes de mar, y alas junglas flotantes de pecios que capturan y hunden incluso a éstos? Entonces nunca encontraría a sus compañeros. ¿Se quedaría acaso con ella?

-Entonces, ¿para qué sirve la magia? -rugió el príncipe Lír-. ¿De qué vale toda esa hechicería, si no puede salvar a un unicornio? -continuó, y se agarró con fuerza al hombro del mago para no caer.

-Para eso están los héroes -dijo Schmendrick, sin volver la cabeza, con acento de burlona tristeza.

No podían ver a la unicornio debido a la inmensidad del Toro, pero de repente volvió sobre sus pasos y enfiló hacia ellos. El Toro la siguió, ciego y paciente como el mar, cavando grandes hoyos con sus patas en la húmeda arena. Humo y fuego, espuma y tempestad se emparejaron en la carrera, ninguno por delante del otro. El príncipe Lír gruñó por lo bajo al dar con la respuesta.

-Sí, claro. Para eso exactamente están los héroes. A los brujos les importa un bledo, dicen que nada importa, pero los héroes estamos destinados a morir por los unicornios.

Se soltó del hombro de Schmendrick, sonriendo para sí.

-Vuestro razonamiento contiene un error básico... -empezó Schmendrick, indignado, pero el príncipe no llegó a saber cuál era.

La unicornio pasó como un rayo junto a ellos, su aliento se derramaba blanco y azul y tenía la cabeza demasiado alzada, y el príncipe Lír saltó al encuentro del Toro Rojo. Por un momento desapareció completamente, como una pluma entre las llamas. El Toro pasó sobre él

Librodot

y le dejó tirado en tierra. Un costado de su cabeza chocó con demasiada violencia contra la arena y una pierna pataleó tres veces antes de inmovilizarse.

Se desplomó sin un grito. Un mazazo de dolor paralizó a Schmendrick y a Molly, que se quedaron tan silenciosos como el príncipe, pero la unicornio volvió. El Toro Rojo se detuvo también y maniobró para poder empujarla de nuevo hacia el mar. Reanudó su afectado y coreográfico avance, pero la unicornio le prestó la misma atención que a un pájaro galanteador. Sin mover un músculo, contemplaba el cuerpo retorcido del príncipe Lír.

La marea arreciaba con gran estrépito. La playa se había reducido a una franja cada vez más estrecha. Cabrillas de mar y otros peces se derramaban en el naciente amanecer, pero Molly no veía más unicornios que aquel al que consideraba de su propiedad. El cielo se teñía de escarlata sobre el castillo y, en la torre más alta, el rey Haggard se recortaba tan nítido y negro como un árbol de invierno. Molly podía ver la recta cicatriz de su boca y sus uñas oscuras que sobresalían del parapeto. Pero el castillo ya no puede caer. Sólo Lír lo habría conseguido.

Súbitamente, la unicornio chilló. No fue la nota desafiante que había empleado en su primer encuentro con el Toro Rojo, sino un agrio y chirriante lamento de pena, de privación y rabia, como jamás una criatura inmortal había proferido. El castillo se estremeció y el rey Haggard se echó hacia atrás, tapándose la cara con un brazo. El Toro Rojo titubeó, removió la arena con las patas y se encogió dubitativo.

La unicornio gritó otra vez y se enderezó como una cimitarra. El suave despliegue de su cuerpo obligó a Molly a cerrar los ojos, pero los abrió a tiempo de ver cómo la unicornio se abalanzaba sobre el Toro Rojo, que esquivó su acometida. El cuerno de la unicornio brillaba, palpitante y tembloroso como una mariposa.

Volvió a la carga y el Toro cedió más terreno, pesado y perplejo, pero todavía rápido como un pez. Sus cuernos eran del color y la apariencia del rayo, y el más ligero balanceo de su cabeza le hacía tambalear, pero continuaba batiéndose en retirada, directamente hacia el mar, como antes la unicornio. Ésta le embistió, dispuesta a matar, pero falló el golpe. Tal vez había corneado a una sombra, o a un recuerdo.

Y el Toro Rojo fue retrocediendo, sin resistencia alguna, hasta el borde del agua. Allí se inmovilizó, con la espuma remolineando entre sus patas y, la arena que se escurría entre ellas. No pretendía luchar ni huir, y la unicornio comprendió que jamás podría destruirle. Pese a ello, se preparó para otra carga, mientras que el Toro mugía sordamente, estupefacto.

Para Molly Grue, el mundo se había detenido en ese momento. Como si estuviera situada en una torre más alta que la del rey Haggard, contemplaba una pálida cáscara de tierra en donde un hombre y una mujer de juguete, con ojos de lana, seguían las evoluciones de un toro de arcilla y de una delicada unicornio de marfil. Había otros juguetes abandonados, un muñeco medio enterrado y un castillo de arena con un rey de madera apuntalado en una torre inclinada. La marea lo arrastraría todo dentro de un instante, y sólo quedarían los fláccidos pájaros de la playa volando en círculos.

-Molly -dijo Schmendrick, palmeándole la espalda para llamar su atención.

Desde el lejano confín del mar se acercaban olas encrespadas, grandes, pesadas olas que irradiaban bucles blancuzcos de su corazón verde, que se disolvían en humo al chocar contra los bancos de arena y las rocas viscosas y que raspaban la playa con el fragor del fuego. Los pájaros levantaron el vuelo chillando estrepitosamente, pero su enérgica protesta se perdió como un alfiler en el lamento de las olas.

Y en la blancura y de la blancura florecieron en el agua deshilachada, sus cuerpos doloridos por los choques contra los huecos de mármol listado de las olas, y sus crines y colas y las frágiles barbas de los machos centelleaban al sol, y sus ojos eran oscuros y parecían

Librodot

engastados en joyas, como el fondo del mar..., ¡y, oh, el resplandor de sus cuernos, el resplandor de concha marina de sus cuernos! Los cuernos se erguían como los mástiles irisados de bajeles de plata.

Pero no pisarían la arena mientras el Toro estuviera allí. Se revolcaban en los bajíos, girando locamente, asustados como un pez cuando son izadas las redes, ya no en el mar, sino a punto de perderlo. Centenares eran arrebatados en cada oleaje y lanzados contra los que pugnaban por evitar ser empujados a tierra firme, y aquéllos, a su vez, se debatían desesperadamente, se levantaban y caían y estiraban sus largos y nublados cuellos hasta el límite.

La unicornio bajó la cabeza por última vez y se arrojó sobre el Toro Rojo. Si hubiera sido de carne real o un fantasma, el golpe lo habría reventado como una fruta podrida, pero dio la vuelta como sin darse cuenta y caminó hacia el mar. Los unicornios que estaban en el agua se atropellaron salvajemente para dejarle paso, pataleando y azotando el oleaje hasta reducirlo a un trémulo velo que sus cuernos vestía con los colores del arco iris; pero en la playa, en la cumbre del acantilado y a lo ancho y a lo largo del reino de Haggard, la tierra respiró aliviada cuando se libró de su peso.

Se adentró un largo trecho antes de empezar a nadar. Las olas más grandes se rompían a la altura del corvejón y la tímida marea se batió en fuga. Pero cuando al fin se sumergió en la corriente, una gran porción del mar se alzó tras él; un oleaje verde y negro, profundo, uniforme y duro como el viento. Creció en silencio, abarcando toda la anchura del horizonte, hasta que cubrió las gibosas espaldas del Toro Rojo y se derramó de nuevo. Schmendrick soltó al príncipe muerto y corrió con Molly hasta que la pared del acantilado les cortó el paso. La gran ola se derrumbó como un diluvio de cadenas.

Entonces los unicornios salieron del mar.

Molly nunca los llegó a ver claramente; eran una luz que saltaba hacia ella y un grito que deslumbraba los ojos. Fue lo bastante lúcida para comprender que ningún mortal estaba destinado a ver todos los unicornios del mundo, así que trató de encontrar a su propio unicornio para contemplarle a placer. Pero eran demasiados y demasiado bellos. Ciega como el Toro, marchó a su encuentro con los brazos abiertos.

Los unicornios la habrían atropellado con toda probabilidad, como el Toro Rojo había pisoteado al príncipe Lír, porque estaban ebrios de libertad. Pero Schmendrick habló y se apartaron a derecha e izquierda de los tres, aunque alguno saltó por encima, del mismo modo que el mar se estrella contra una roca y vuelve a formarse, incólume. Fluían alrededor de Molly y creaban una luz tan imposible como prenderle fuego a la nieve, mientras miles de patas hendidas cantaban como címbalos. La mujer permanecía muy quieta; no reía ni lloraba, porque su alegría era demasiado grande para que su cuerpo lo comprendiera.

-Mira arriba -dijo Schmendrick-. El castillo se derrumba.

Obedeció y vio que las torres se fundían a medida que los unicornios escalaban el acantilado con gigantescas zancadas y se dispersaban en torno a ellas, exactamente como si estuvieran hechas de arena y el mar las estuviera socavando. El castillo se desmenuzó en enormes y helados pedazos que se iban reduciendo de tamaño y adquirían el color de la cera mientras giraban en el aire, hasta que desaparecieron. Se desmoronó y desvaneció sin un ruido y no quedaron ruinas, ni en la tierra ni en la memoria de los que fueron testigos de su caída. Un minuto después, no conseguían recordar su emplazamiento o su aspecto.

Pero el rey Haggard, que era completamente real, cayó entre los restos de su castillo desencantado como un cuchillo arrojado a través de las nubes. Molly le oyó reír una vez, como si se hubieran cumplido sus esperanzas. Un rey Haggard muy poco sorprendido.

Librodot

14

Una vez el mar hubo borrado las huellas en forma de diamante de los unicornios, no quedó rastro de su paso ni del castillo del rey Haggard. La única diferencia es que Molly Grue los recordaba perfectamente.

-Es mejor que se fueran sin decir adiós -habló consigo misma-. Habría sido estúpido. De todas maneras, voy a actuar como una estúpida dentro de un minuto, pero es mejor así. -Entonces algo cálido aleteó sobre su mejilla y entre sus cabellos, como un rayo de sol, y se dio la vuelta para rodear con sus brazos el cuello de la unicornio-. ¡Oh, estás aquí, estás aquí! -Estuvo a punto de comportarse como una niña y preguntó-: ¿Te vas a quedar?

Pero la unicornio se deshizo con dulzura de ella y trotó hacia el lugar en que estaba tendido el príncipe Lír. Los ojos azul oscuro del joven habían perdido el color. La unicornio se detuvo junto al cuerpo yacente, custodiándolo como él había custodiado a lady Amalthea.

-Puede devolverle la vida -musitó Schmendrick-. El cuerno de un unicornio es inmune a la muerte.

Molly le miró fijamente, como no lo hacía desde mucho tiempo antes, y vio que por fin había reconquistado su poder y sus orígenes. No podía explicar cómo lo sabía, puesto que ningún halo de gloria le rodeaba y no ocurrían prodigios en su honor, al menos en ese momento. Era Schmendrick el Mago, como siempre..., aunque se podía decir que por primera vez.

Pasó un largo rato antes de que la unicornio tocara con su cuerno al príncipe Lír. A pesar de que su búsqueda había concluido con la mayor de las alegrías, había una cierta fatiga en sus movimientos, una tristeza en su belleza que Molly nunca había visto. De repente tuvo la intuición de que estaba más apenada por la muchacha perdida que por Lír; por aquella lady Amalthea que habría vivido feliz para siempre en compañía del príncipe. La unicornio bajó la cabeza y su cuerno se deslizó por la barbilla de Lír con la torpeza de un primer beso.

El príncipe se incorporó de un brinco, con una sonrisa dirigida a algo muy lejano en el tiempo.

-Padre -dijo con voz atropellada y llena de asombro-, padre, he tenido un sueño. -Entonces vio a la unicornio y se puso en pie. La sangre circuló por sus venas e iluminó su cara-. Estaba muerto.

La unicornio le tocó por segunda vez, sobre el corazón, sin apartar el cuerno durante unos segundos. Ambos temblaban. El príncipe Lír le abrió los brazos expresivamente. -Te recuerdo, te recuerdo -dijo la unicornio. -Cuando estaba muerto... -empezó el príncipe Lír, pero la unicornio se había marchado.

Escaló el acantilado sin desprender piedras ni arrancar matojos, veloz como la sombra de un pájaro; y cuando miró hacia abajo, con una pata suspendida en el aire, el sol en los flancos, la cabeza y el cuello absurdamente frágiles, en comparación con la magnitud del cuerno..., los tres que la observaban gritaron llenos de pánico. La criatura se giró y desapareció, pero Molly Grue oyó sus voces partir en su dirección como flechas. Por más grande que fuera su deseo de que regresara, mayor era el de no haberla llamado.

-Tan pronto como la vi -dijo el príncipe Lír-, supe que había estado muerto, como la otra vez, cuando la vi desde la torre de mi padre. -Alzó la vista y retuvo el aliento. Fue el único sonido de pesar que recibiera jamás el rey Haggard de un ser vivo - . ¿Fui yo el causante? La maldición afirmaba que yo derribaría el castillo, pero nunca habría sido capaz. Haggard no era bueno conmigo, pero yo no era lo que él deseaba. ¿Provoqué yo su ruina?

-Si no hubieras tratado de salvar a la unicornio -replicó Schmendrick-, nunca se habría enfrentado al Toro Rojo, nunca le habría expulsado hacia el mar. El Toro Rojo provocó la subida de las aguas y, de paso, puso en libertad a los unicornios, que demolieron el castillo. Ahora que lo sabes, ¿cambiarás de opinión?

El príncipe Lír meneó la cabeza sin decir nada. - Pero ¿por qué huyó el Toro? -preguntó Molly-. ¿Por qué no le plantó cara y luchó?

No vieron señales del monstruo cuando otearon el horizonte, a pesar de que era demasiado enorme para haber nadado hasta perderse de vista en tan breve lapso de tiempo. Tanto si había alcanzado otra orilla como si las aguas habían conseguido por fin hundir su inmensa mole, no supieron la respuesta hasta mucho después y, desde luego, jamás se le volvió a ver en aquel reino. -El Toro Rojo nunca lucha -dijo Schmendrick-. Conquista, pero no lucha. -Posó una mano sobre la espalda del príncipe Lír-. Ahora, tú eres el rey.

Tocó también a Molly, dijo algo más cercano a un susurro que a una palabra y los tres flotaron en el aire, como plumas de algodón, hacia la cumbre del acantilado. Molly no estaba asustada. La magia sostenía su cuerpo como si fuera una nota de música que estuviera cantando. Aunque comprendió que tales artes no estaban lejos de ser peligrosas y eran difíciles de manejar, lamentó vivamente que el inesperado viaje finalizara.

No quedaba piedra sobre piedra, ni señal del castillo. El terreno que había ocupado no se veía más descolorido que el resto. Cuatro jovenzuelos, cubiertos con oxidadas y rotas armaduras, vagaban atolondradamente por los pasillos ausentes, dando vueltas sin cesar en el espacio vacío donde se ubicaba el gran vestíbulo. Cuando vieron a Lír, Molly y Schmendrick se precipitaron a su encuentro entre grandes risas. Cayeron de rodillas ante Lír y gritaron a la vez:

- ¡Su Majestad! ¡Viva el rey Lír!

Lír se sonrojó y trató de obligarles a que se pusieran de pie. -No importa -refunfuñó - , no importa. ¿Quiénes sois? -Examinaba con asombro las caras, una a una-. Os conozco, estoy seguro, pero ¿cómo es posible?

-Es verdad, Su Majestad -dijo con gran alegría el primero-. Somos los hombres de armas del rey Haggard..., los mismos que le servimos durante tantos fatigosos y fríos años. Huimos del castillo cuando desaparecisteis en el reloj, porque el Toro Rojo bramaba y todas las torres temblaban y estábamos asustados. Supimos que la antigua maldición se iba a cumplir por fin.

-Una gran ola cayó sobre el castillo -dijo el segundo-, tal como la bruja había profetizado. La vi derramarse por el acantilado, con tanta lentitud como la nieve, pero no puedo explicaros por qué no nos arrastró.

-La ola se dividió para rodearnos -dijo otro-, algo que jamás había visto. El agua era extraña, como el fantasma de una ola, bullía con una luz irisada, y por un momento me pareció que... -Se frotó los ojos y encogió los hombros, sonriendo con la indecisión pintada en el semblante-. No lo sé, fue como un sueño.

-Pero ¿qué os ha sucedido a vosotros? -preguntó Lír -. Ya erais viejos cuando nací, y ahora sois más jóvenes que yo. ¿Qué clase de milagro es éste?

Los tres que habían hablado sofocaron la risa y se miraron, azorados.

-Es un milagro muy significativo -dijo el cuarto hombre de armas-. Lina vez le dijimos a lady Amalthea que volveríamos a ser jóvenes si tal era su deseo, y por cierto que estábamos diciendo la verdad. ¿Dónde está? Iremos en su ayuda aunque eso signifique enfrentarnos al mismísimo Toro Rojo.

Librodot

-Se ha ido -respondió el rey Lír-. Traed mi caballo y ensilladlo. Traed mi caballo.

Su voz era áspera e impaciente, y los cuatro hombres de armas se apresuraron a obedecer a su nuevo señor.

-Su Majestad, no es posible -dijo suavemente Schmendrick a sus espaldas-. No debéis seguirla.

- ¡Mago, ella es mía! -exclamó, con una mirada parecida a la de Haggard. Hizo una pausa y prosiguió en un tono más amable, casi de súplica-: Dos veces me ha rescatado de la muerte. ¿Qué será de mí sin ella? Moriré por tercera vez. -Asió a Schmendrick por las muñecas, con la fuerza suficiente para pulverizarle los huesos, pero el mago no hizo el menor gesto-. No soy el rey Haggard. No deseo capturarla, sólo pasar el resto de mis días siguiéndola, durante millas, leguas o años, sin verla nunca, tal vez, pero satisfecho. Estoy en mi derecho. Un héroe tiene derecho a este final feliz, si llega la ocasión.

-Éste no es el final de ninguno de los dos. Sois el rey de un país devastado, donde no ha habido más rey que el miedo. Vuestra auténtica tarea acaba de empezar, y quizá no sabréis nunca, en el curso de vuestra vida, si la habéis llevado a buen fin, pero sí sabréis si habéis fracasado. En cuanto a ella, su historia es interminable, sea feliz o sea triste. No puede pertenecer a nadie lo bastante mortal para quererla. Pero podéis estar satisfecho, mi señor. -Schmendrick, con gran extrañeza de todos, lo abrazó durante unos instantes-. Ningún hombre ha recibido más de ella, y ningún otro será bendecido en sus recuerdos. La habéis amado y la habéis servido... Podéis estar satisfecho. Ahora podéis ser rey.

- ¡Pero si no es eso lo que quiero! -gritó Lír. El mago no respondió, solamente le miró. Los ojos azules se reflejaron en los verdes; el rostro enjuto y altivo en otro que no era ni tan bien dibujado ni tan osado. El rey parpadeó y bizqueó, como si estuviera mirando al sol, y al poco rato bajó los ojos y murmuró-: Así sea. Me quedaré y gobernaré solo a los despreciables habitantes de un país que odio. Pero, igual que el pobre Haggard, no hallaré ningún gozo en mi actividad.

Un gatito del color del otoño, con una oreja torcida, surgió de algún escondite secreto en el aire y bostezó. Molly lo cogió y lo sostuvo contra su cara, y el felino metió las patas entre su pelo. Schmendrick sonrió y dijo al rey:

-Ahora debemos marcharnos. ¿Vendréis con nosotros para ser testigo de nuestra amistad hasta el límite de vuestros dominios? Hay muchas cosas en el camino que os convendría examinar..., y os puedo prometer que encontraremos alguna señal de los unicornios.

El rey Lír reclamó de nuevo su caballo, hasta que sus hombres lo trajeron, pero no había ninguno para Schmendrick y Molly. Sin embargo, al advertir la mirada de asombro de su señor, se giraron y vieron dos caballos más que seguían sus pasos dócilmente, uno negro y otro marrón, ambos ensillados y equipados. Schmendrick eligió el negro y adjudicó el marrón a Molly.

-¿Son tuyos? -preguntó la mujer, algo atemorizada-. ¿Los has hecho tú? ¿Puedes... hacer cosas ahora?

Su admiración fue acompañada por un suspiro del rey. -Los encontré, pero cuando digo «encontrar» me refiero a otra cosa. No me hagas más preguntas -contestó, y ayudó a Molly a montar y luego lo hizo él.

Así, los tres se alejaron a caballo y los hombres de armas les siguieron a pie. Nadie miró atrás, puesto que no había nada que ver. Pero el rey Lír dijo, sin hablar para nadie en concreto:

-Qué extraño es hacerse hombre en un lugar, asistir a su desaparición, verlo todo cambiado..., y de repente ser rey. ¿Fue real todo ello? ¿Soy real, en ese caso? Schmendrick no respondió.

El rey Lír deseaba marchar de prisa, pero Schmendrick impuso un paso lento y se desvió por un camino secundario. Cuando el rey se irritó por la escasa velocidad, se le reconvino por la falta de consideración hacia sus hombres, aunque, sorprendentemente, resistieron el viaje sin el menor cansancio. Molly no tardó en comprender que el mago se demoraba para que Lír pudiera observar en detalle sus dominios. Y descubrió que el paisaje era admirable.

Porque la primavera, poco a poco, estaba llegando al estéril país que había sido de Haggard. Un extranjero no habría advertido el cambio, pero Molly vio que la tierra marchita empezaba a cubrirse de un verdor tan ligero como el humo. Árboles achaparrados y nudosos, que nunca habían florecido, echaban flores con el estilo cauteloso de un ejército que envía exploradores por delante. Riachuelos sempiternamente secos empezaban a removerse en sus lechos. Pequeñas criaturas se llamaban entre sí. Los olores surgían por franjas; hierba descolorida y barro negro, miel y nueces, menta, heno y manzanos en putrefacción; hasta el sol de la tarde traía un entrañable perfume que Molly hubiera reconocido en cualquier parte. Cabalgó a la altura de Schmendrick y contempló el suave advenimiento de la primavera, sin dejar de preguntarse cómo había llegado hasta ella, tarde pero perdurable.

-Los unicornios han pasado por aquí -susurró al mago-. ¿Es ésta la explicación, o es la caída de Haggard y la huida del Toro Rojo? ¿Cuál es?, ¿qué está ocurriendo?

-Todo, todo a la vez. No es una primavera, son cincuenta; y no se desvanecieron tan sólo uno o dos grandes terrores, sino un millar de pequeñas sombras desparramadas por el país. Espera y verás.

»No es la primera primavera de esta tierra -dijo en voz alta, para que le oyera el rey-. Era un buen país hace muchos años y sólo requiere un buen rey para volver a ser lo que era. Observa cómo se va suavizando delante tuyo.

El rey Lír no pronunció ni una palabra, pero sus ojos no cesaban de moverse a derecha e izquierda, por lo que no pudo dejar de apreciar la rápida maduración. Incluso el valle de Hagsgate, de funesta memoria, bullía con toda clase de flores salvajes, aguileñas y campanillas, espliegos y tramuces, dedaleras y milenramas. Las malvas maduraban en las profundas huellas del Toro Rojo.

Pero cuando llegaron a Hagsgate, muy avanzada la tarde, les esperaba un escenario desolado y extraño. Los campos arados estaban lamentablemente destrozados. Los ricos huertos y viñedos habían sido arrasados y no quedaba ni un triste arbolillo en pie. Un desastre tan fulgurante parecía obra del Toro Rojo, pero Molly Grue pensó que cincuenta años de calamidades contenidas se habían abatido sobre Hagsgate de una vez, al mismo tiempo que otras tantas primaveras confortaban por fin al resto del país. La tierra pisoteada tenía un aspecto ceniciento a la luz del ocaso.

- ¿Qué es esto? -preguntó con calma el rey Lír. -Seguid cabalgando, Majestad -replicó el mago-. Seguid cabalgando.

El sol se ponía cuando traspasaron las derruidas puertas de la ciudad, y guiaron sus caballos lentamente, a través de las calles sembradas de tablas, enseres, cristales rotos y restos de paredes, ventanas, chimeneas, sillas, útiles de cocina, tejados, bañeras, camas, repisas y tocadores. Todas las casas de Hagsgate se habían venido abajo; no quedaba nada por romper. Parecía que la ciudad hubiera sido pisoteada.

Los habitantes de Hagsgate estaban sentados en los umbrales de sus puertas, si es que aún existían, pensando en la tragedia. Siempre habían tenido el aspecto de ser pobres, aun en

Librodot

medio de la abundancia, y la ruina les hacía sentirse casi aliviados, pero en modo alguno más pobres. Apenas advirtieron la llegada de Lír, hasta que éste habló:

-Soy el rey. ¿Qué ha sucedido aquí?

-Fue un terremoto -murmuró un hombre perdido en sus ensoñaciones.

-Fue una tempestad que llegó del mar, del noreste -le contradijo otro-. Hizo añicos la ciudad y llovió granizo, piedras grandes como puños.

Otro hombre insistió en que un poderoso oleaje había caído sobre Hagsgate, un oleaje blanco como el cornejo y pesado como el mármol, que no ahogó a nadie pero lo destrozó todo. El rey Lír les escuchó con una sonrisa inexorable.

-Escuchad -les dijo cuando terminaron-. El rey Haggard ha muerto y su castillo ha sido destruido. Yo soy Lír, aquel niño de Hagsgate que fue abandonado al nacer para evitar que se cumpliera la profecía de la bruja. -Con un gesto de la mano abarcó las casas deshechas-. Gente estúpida y miserable, los unicornios han vuelto, los unicornios que veíais cazar al Toro Rojo y pretendíais no ver. Fueron ellos los que tiraron el castillo abajo, y también la ciudad. Pero ha sido vuestra avaricia y vuestro temor la que os ha destruido.

Los ciudadanos suspiraron con resignación, pero una mujer de mediana edad se adelantó hacia el rey y dijo con cierto temple:

-Disculpadme, mi señor, pero todo parece algo injusto. ¿Qué podríamos haber hecho para salvar a los unicornios? Temíamos al Toro Rojo. ¿Qué podríamos haber hecho?

-Con una palabra habría bastado -replicó el rey Lír-. Ahora nunca lo sabréis.

Estaba a punto de volver grupas y abandonarles allí cuando una voz débil y cascada le llamó:

- ¡Lír..., pequeño Lír, mi hijo, mi rey!

Molly y Schmendrick reconocieron al individuo que llegaba corriendo, con los brazos abiertos, jadeando y cojeando como si fuera más viejo de lo que realmente era. Se trataba de Drinn.

-¿Quién eres? -preguntó el rey-. ¿Qué quieres de mí?

-¿No me conoces, hijo mío? -El hombre manoseó los estribos y se frotó la nariz contra las botas-. No, claro, ¿cómo ibas a conocerme? ¿Merezco acaso que me conozcas? Soy tu padre..., tu pobre, viejo y muy feliz padre. Yo soy aquel que te abandonó en la plaza del mercado una noche de invierno, hace muchos años, y te condujo así hacia tu heroico destino. ¡Cuan sabio fui, cuan triste estuve tan largo tiempo, cuan orgulloso estoy ahora! ¡Mi niño, mi bebé!

Aunque no podía derramar auténticas lágrimas, su nariz moqueaba como si llorara con sinceridad.

Sin una palabra, el rey Lír tiró de las riendas del caballo y se apartó de la multitud. El viejo Drinn dejó caer los brazos extendidos a los costados.

- ¡Cría cuervos! -vociferó-. Hijo ingrato, ¿abandonarás a tu padre en la hora del desastre, cuando una palabra de tu brujo favorito habría puesto las cosas en su sitio otra vez? ¡Despréciame si quieres, pero he tenido mi parte al ponerte donde estás, y no oses negarlo! La maldad también tiene sus derechos.

El rey quiso volver atrás, pero Schmendrick le contuvo.

-Es verdad, como sabéis -susurró-, pero para él, para todos ellos, el cuento habría funcionado igual de otra forma. ¿Quién se atrevería a decir que el final habría sido tan feliz

como éste? Debéis ser su rey y gobernarles con tanta bondad como si fueran más valientes y más fieles, porque forman parte de vuestro destino.

Entonces Lír alzó la mano en dirección a la gente de Hagsgate. Los presentes se empujaron y se dieron codazos.

-Debo partir con mis amigos y acompañarles un trecho. Pero dejaré aquí a mis hombres de armas y os ayudarán a reconstruir vuestra ciudad. Cuando vuelva, dentro de poco, yo también

colaboraré. No empezaré a erigir mi nuevo castillo hasta que vea a Hagsgate de pie una vez más.

Se lamentaron amargamente de que Schmendrick podía hacerlo en un momento por medio de su magia, pero éste respondió:

-No podría aunque quisiera. Hay leyes que gobiernan las artes mágicas, como hay leyes que rigen las estaciones y el mar. La magia os hizo ricos en otro tiempo, mientras la demás gente del país era pobre; pero vuestros días de prosperidad han terminado y os toca comenzar de nuevo. La tierra baldía de los tiempos de Haggard crecerá verde y generosa, pero Hagsgate arrastrará una existencia tan miserable como los corazones que la habitan. Plantaréis vuestros campos otra vez y levantaréis los huertos y los viñedos caídos, pero nunca prosperarán como antes, nunca... hasta que aprendáis a disfrutar de ellos sin motivo alguno.

»Yo, en vuestro lugar, tendría hijos -aconsejó, con la mirada desprovista de ira, pero llena de piedad; luego se dirigió al rey Lír-. ¿Qué decíais, Majestad? ¿Dormiremos aquí esta noche y seguiremos nuestra ruta al amanecer?

Pero el rey espoleó al caballo y salió a todo galope de la ruinosa Hagsgate. Molly y el mago tardaron bastante en alcanzarle, y aún transcurrió un tiempo antes de que se detuvieran para dormir.

Viajaron durante muchos días a través de los dominios del rey Lír, y cada día sabían menos y se deleitaban más. La primavera se extendía ante su vista con tanta rapidez como se propaga el fuego; vestía lo que estaba desnudo y abría lo que había estado herméticamente cerrado; tocaba la tierra como la unicornio había tocado a Lír. Toda clase de animales, desde osos a escarabajos negros, jugaban, se arrastraban o se escabullían a lo largo de su camino, y el cielo, antes arenoso y árido como el suelo, se llenó de pájaros que volaban en bandadas tan espesas que nublaban el sol la mayor parte del tiempo. Los peces saltaban y se movían con agilidad en los rápidos riachuelos, y flores salvajes brotaban en las colinas como prisioneros en fuga. El ruido de la vida llenaba el país, pero fue el silencioso regocijo de las flores el que mantuvo despiertos a los tres viajeros por la noche.

Las gentes de los pueblos les saludaban cautelosamente, con casi la misma sequedad que habían mostrado cuando Schmendrick y Molly habían pasado por primera vez. Sólo los más viejos habían visto la primavera antes, y muchos sospechaban que el desbordante verdor podía deberse a una plaga o a una invasión. El rey Lír les dijo que Haggard había muerto y el Toro Rojo desaparecido para siempre, les invitó a visitarle en su nuevo castillo y siguió su camino.

-Necesitan tiempo para sentirse a gusto con las flores -fue su comentario.

Allá donde hacían un alto, el rey prometía que todos los proscritos serían perdonados, y Molly confió en que las noticias llegarían a oídos del capitán Cully y su alegre banda. Así ocurrió, y todos los alegres bandidos abandonaron de inmediato la vida en el bosque, salvo el capitán Cully y Jack Jingly. Ambos adoptaron el oficio de juglares vagabundos y, según los rumores, consiguieron una razonable popularidad en las provincias.

Librodot

Una noche, los tres dormían en la más lejana frontera del reino de Lír, en camas improvisadas con la hierba. El rey les anunció que a la mañana siguiente se despediría de ellos y regresaría a Hagsgate.

-Será un viaje solitario -comentó en la oscuridad-. Preferiría ir con vosotros a ser rey.

-Bueno, conseguiréis que os guste -replicó Schmendrick-. Los mejores jóvenes del pueblo se abrirán camino en la corte y les enseñaréis a ser caballeros y héroes. Los ministros más inteligentes vendrán a aconsejaros, los más hábiles músicos, malabaristas y narradores vendrán a solicitar vuestros favores. Y un día, cuando sea la hora, llegará una princesa, o bien huyendo de sus intolerables y perversos padre y hermanos, o bien suplicando justicia para ellos. Quizá oiréis hablar de ella, encerrada en una fortaleza de pedernal impenetrable, por única compañía una compasiva araña...

-No me importa nada de eso -dijo el rey Lír. Estuvo callado durante tanto rato que Schmendrick pensó que dormía, pero luego dijo-: Me gustaría verla una vez más y confesarle mis sentimientos. Nunca sabrá lo que realmente quería decir. Prometiste que la vería.

-Prometí tan sólo que veríais alguna señal de los unicornios, y así ha sido. Vuestro reino está bendecido más allá de todo merecimiento porque ellos lo han cruzado en libertad. En cuanto a vos, vuestro corazón y las cosas que dijisteis y no dijisteis, las recordará cuando los hombres sean meros entes de fantasía en libros escritos por conejos. Pensad en ello y callad.

El rey no habló más y Schmendrick se arrepintió de sus palabras.

-Os tocó dos veces -dijo al cabo de un rato-. La primera para devolveros a la vida, pero la segunda era para vos.

Lír no respondió y Schmendrick nunca supo si lo había oído o no.

Schmendrick soñó que la unicornio volvía y se quedaba a su lado, bajo la luz de la luna. El ligero viento de la noche levantaba y desordenaba su crin, la luna brillaba sobre el cincelado copo de nieve de su pequeña cabeza. Sabía que era un sueño, pero estaba feliz de verla.

-Qué bella eres -dijo - . Nunca llegué a decírtelo.

Habría alertado a los otros, pero los ojos de la unicornio cantaron una advertencia tan diáfana como dos pájaros asustados, y supo que si se movía para llamar a Molly y a Lír se despertaría y la criatura desaparecería.

-Aún te quieren más, creo, a pesar de que hago lo que puedo.

-Por qué... -dijo la unicornio, pero el mago no consiguió descifrar la respuesta. Yacía muy quieto, con la esperanza de que, cuando despertara por la mañana, recordaría con exactitud la forma de sus orejas-. Ahora eres un auténtico mago..., y mortal, tal como deseaste siempre. ¿Eres feliz?

-Sí -replicó con una silenciosa sonrisa-. No soy el pobre Haggard, que perdió el deseo de su corazón al poseerlo, pero hay magos y magos, magia negra y magia blanca, y los infinitos matices del gris entre ambas..., y ahora veo que todo es lo mismo. Tanto si decido ser lo que los hombres llaman un mago sabio y bueno, ayudando a los héroes, frustrando los planes de brujas, nobles perversos y padres irrazonables, produciendo lluvia, curando el Baile de San Vito y el sonambulismo, bajando gatos de los árboles, como si elijo las retortas llenas de elixires y esencias, los polvos, las hierbas y las pociones venenosísimas, los libros encuadernados en piel humana y encerrados bajo candado, que mejor sería no dar a la luz, la niebla turbia que oscurece la habitación y la voz dulce que balbucea en su interior..., bueno, la

Librodot

vida es corta. A fin de cuentas, ¿a cuántos podré ayudar o perjudicar? Tengo mi poder al fin, pero el mundo es todavía demasiado pesado para moverlo, aunque el amigo Lír no piense lo mismo.

Y rió de nuevo en el sueño, con algo de tristeza.

-Es verdad. Eres un hombre, y los hombres no pueden hacer nada importante. -Pero su voz era extrañamente lenta y grave-. ¿Qué elegirás?

-Oh, la magia benéfica, sin duda, puesto que tú la prefieres

-rió el mago por tercera vez-. Creo que nunca más te volveré a ver, pero trataré de hacer lo que te agradaría, en caso de que lo supieras. Y tú..., ¿dónde te quedarás el resto de tu vida? Pensé que ya habrías regresado a tu bosque.

La unicornio se apartó un poco y el súbito centelleo de su lomo hizo que toda la charla sobre magia dejara un regusto arenoso en la garganta del mago. Polillas, mosquitos y otros insectos nocturnos demasiado pequeños para ser algo en particular vinieron a bailar lentamente alrededor de su cuerno luminoso, pero, en lugar de prestarle un aspecto ridículo, aumentó en belleza y sabiduría ante aquellos que la festejaban. El gato de Molly se frotaba contra sus patas delanteras.

-Los otros se han ido. Se han dispersado por los bosques de donde procedían, cada uno por su lado, y a los hombres les será tan fácil verlos como si aún estuvieran en el mar. Yo también regresaré a mi bosque, pero no sé si viviré a gusto allí, o en cualquier otro lugar. He sido mortal y una parte de mí es todavía mortal. Estoy llena de lágrimas, de anhelos y de temor a la muerte, a pesar de que no puedo llorar, no deseo nada y no puedo morir. Ahora no soy igual que los otros, porque no ha nacido ningún unicornio que pueda tener remordimientos, y yo los tengo. Yo los tengo.

Schmendrick ocultó su rostro como un niño, a pesar de ser un gran mago.

-Lo siento, lo siento -musitó-. Te he hecho daño, como Nikos al otro unicornio, con el mismo resultado, y no puedo enmendarlo. Mamá Fortuna, el rey Haggard y el Toro Rojo juntos fueron más buenos contigo que yo.

-Mi pueblo ha vuelto al mundo. Ninguna pena vivirá tanto en mí como esa alegría..., salvo una, que te agradezco también. Adiós, bondadoso mago. Intentaré volver a casa.

No hizo ningún ruido al marchar, pero el mago estaba despierto y el gato de la oreja torcida maullaba su soledad. Al girar la cabeza vio que el resplandor de la luna temblaba en los ojos del príncipe Lír y de Molly Grue. Los tres permanecieron despiertos hasta el amanecer, sin que nadie pronunciara una palabra.

El rey Lír se levantó con los primeros rayos del sol y ensilló su caballo.

-Me gustaría que vinierais a verme algún día.

Le aseguraron que lo harían, pero se resistía a abandonarles, retorciendo las flojas riendas entre sus dedos.

- ¡Anoche soñé con ella! -dijo por fin.

- ¡Yo también! -gritó Molly.

Schmendrick abrió la boca, pero la volvió a cerrar.

-Os pido por nuestra amistad que... me contéis lo que os dijo -rogó con voz estrangulada, y tomó una mano de cada uno en un apretón helado y doloroso.

-Mi señor, raramente recuerdo mis sueños. -Schmendrick le dedicó una débil sonrisa-. Me parece que hablamos solemnemente de tonterías, al estilo habitual... Vacíos, evanescentes y graves disparates.

El rey soltó su mano y enfocó su mirada medio enloquecida en Molly Grue.

-Nunca lo diré -respondió la mujer, algo asustada, ruborizándose intensamente-. Lo recuerdo, pero nunca se lo diré a nadie, aunque tuviera que morir por ello..., ni siquiera a vos, mi señor.

No miraba al rey mientras hablaba, sino a Schmendrick.

El rey Lír soltó su mano también y subió a la silla con tanta violencia que el caballo se lanzó hacia adelante con la velocidad de un ciervo, pero el príncipe se mantuvo firme sobre su montura y, echando fuego por los ojos, miró a Molly y a Schmendrick con un rostro tan ceñudo, ajado y hundido como si hubiera sido rey durante un larguísimo período.

-No me dijo nada, ¿comprendéis? No me dijo nada, nada en absoluto.

Luego su expresión se suavizó, como ocurría cuando el rey Haggard contemplaba las evoluciones de los unicornios en el mar. Por un momento volvió a ser el joven príncipe que se sentaba junto a Molly en la cocina.

-Me miró -prosiguió-. En el sueño me miró, pero no habló.

Azuzó a su cabalgadura sin despedirse, y le siguieron con la mirada hasta que las colinas lo ocultaron; un triste y erguido jinete que volvía a casa para ser rey.

-Oh, pobre muchacho. Pobre Lír -dijo por fin Molly.

-No le ha ido tan mal -respondió el mago - . Los grandes héroes necesitan penas y amarguras, de lo contrario la mitad de su grandeza pasaría desapercibida. Todo es parte del cuento de hadas. -La duda se transparentaba en sus palabras. Deslizó suavemente su mano sobre los hombros de Molly-. Ciertamente es la fortuna más apreciada, pero la que se obtiene con más esfuerzo. -Poco a poco la fue apartando hasta la distancia de su brazo y le preguntó-: ¿Me contarás ahora lo que te dijo? -Molly rió por toda respuesta; le resbaló el pelo sobre la cara y su belleza fue superior a la de lady Amalthea-. Muy bien. Tendré que encontrar a la unicornio; tal vez me lo diga.

Llamó a los corceles con un silbido.

Molly guardó silencio mientras el mago ensillaba su caballo, pero cuando hizo lo propio con el otro posó la mano sobre su brazo.

-¿Crees que..., de veras confías en que la encontraremos? Hay algo que olvidé decirle.

Schmendrick la miró de soslayo. El sol de la mañana hacía brillar sus ojos como la hierba fresca, pero a ratos, especialmente cuando se agachó a la sombra del caballo, un verdor mis profundo enturbiaba su mirada, el verde de la pinocha, que sugiere una leve y fría amargura.

-Por su bien, espero que no. Significaría que también anda sin rumbo, que es un destino propio de los seres humanos, pero no de un unicornio. Pero sí que confío, claro que confío. -Sonrió a Molly y cogió su mano-. De cualquier forma, puesto que debemos elegir un camino entre los muchos que llevan al mismo sitio, ojalá sea el que haya tomado un unicornio. Tal vez no le veamos nunca, pero siempre sabremos por dónde ha pasado. Ven, pues, ven conmigo.

Y de esta manera empezaron su nuevo viaje, que les condujo sucesivamente a la mayoría de los recovecos del dulce, pérfido y caprichoso mundo y, por fin, hacia su extraño y maravilloso destino. Pero eso fue mucho más tarde, porque, al principio, apenas transcurridos

Librodot

diez minutos de abandonar el reino de Lír, se toparon con una doncella que corría a toda prisa en su dirección. Llevaba el vestido desgarrado y tiznado, aunque la calidad del tejido era evidente, a pesar de que su pelo estaba revuelto y enmarañado, sus brazos arañados y su linda cara sucia, no cabía la menor duda de que se trataba de una princesa en peligro inminente. Schmendrick se apeó para sostenerla, y ella le agarró con ambas manos como un náufrago a una tabla.

- ¡Socorro, socorro, *au secours!* Si eres un hombre de temple y buenos sentimientos, ayúdame. Soy la princesa Alison Jocelyn, hija del buen rey Giles, traicioneramente asesinado por su hermano, el sanguinario duque Wulf, que ha capturado a mis tres hermanos, los príncipes Corin, Colin y Calvin, encerrándoles en una pavorosa cárcel como rehenes, a fin de obligarme a desposar con su obeso hijo, lord Dudley, pero soborné a un centinela y engañé a los perros con...

Pero Schmendrick el Mago levantó la mano y la joven se calló en el acto, mirándole llena de admiración con sus ojos color malva.

-Hermosa princesa, el hombre que necesitáis acaba de marcharse por allí -y señaló con el dedo la tierra que habían abandonado recientemente-. Coged mi caballo y os reuniréis con él antes de que vuestra sombra os preceda. -Juntó las manos para ayudar a subir a la princesa Alison Jocelyn, que trepó a la silla con muestras de fatiga y perplejidad. Schmendrick obligó al caballo a dar la vuelta y dijo-: Es probable que le alcancéis fácilmente, pues cabalgará al paso. Es un buen hombre, y un héroe para el que no hay empresas imposibles. Le envío todas mis princesas. Su nombre es Lír.

Luego palmeó al caballo en la grupa y lo mandó tras las huellas del príncipe Lír, hecho lo cual estuvo riendo tanto rato que se encontró demasiado débil para seguir a Molly, y se vio forzado a andar tras su caballo durante un trecho. Cuando recuperó el aliento entonó una canción, secundado por Molly. Y esto es lo que cantaban mientras se alejaban juntos, despidiéndose de esta historia y en dirección a otra:

No soy rey, ni soy noble,
ni soy soldado, dijo él.
No soy más que un arpista, un arpista muy pobre
que ha venido hasta aquí para casarse contigo.

Si fueras un noble, serías mi señor,
al igual que si fueras un ladrón, dijo ella.
Y si eres arpista, serás mi arpista,
pues no hago la menor distinción,
pues no hago la menor distinción.

¿Y si te pruebo que no soy un arpista,
que por tu amor oculté la verdad?
En ese caso te enseñorea tocar y a cantar,
porque las arpas me gustan, de verdad.

Librodot